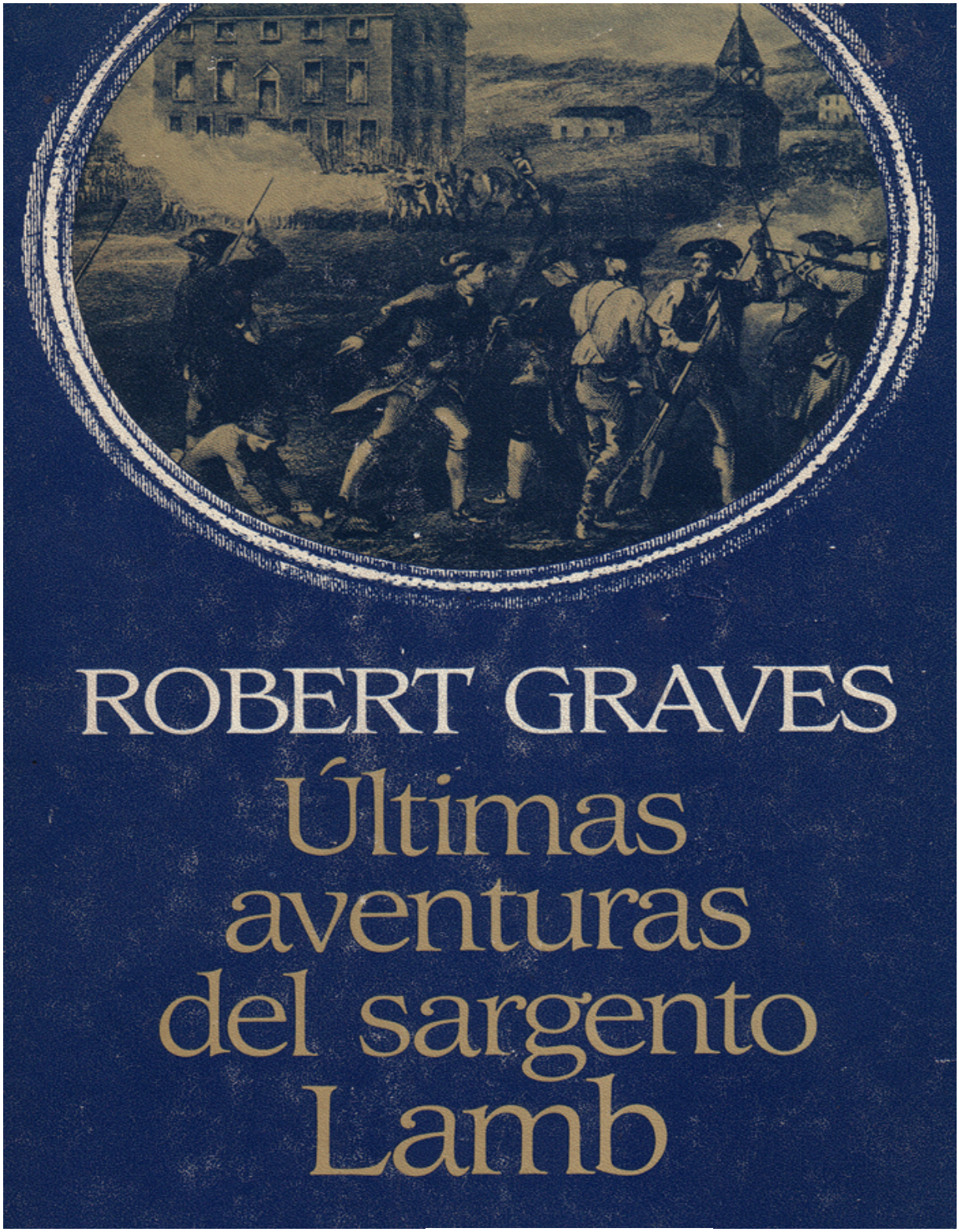
ÚLTIMAS AVENTURAS DEL SARGENTO LAMB
ROBERT GRAVES



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Este libro es la continuación y conclusión de Las aventuras del sargento Lamb. *El* Diario *y las* Memorias *del propio Lamb, escritos en forma harto inconexa, publicados en Dublín en 1809 y 1811, respectivamente, vienen a ser el esqueleto de la narración, hallándose el cuerpo hecho a base de una gran cantidad de crónicas contemporáneas de procedencia británica, americana, francesa y alemana. Ningún evento de importancia histórica ha sido inventado ni desvirtuado. Ha habido exceso más que escasez de material documental; por lo pronto, no menos de tres oficiales del regimiento de Lamb, el Veintitrés o Reales Fusileros Galeses, llevaban sendos diarios de la guerra de la Independencia: los capitanes Julian y de Saumarez y el coronel Mackenzie.*

En 1809 Lamb presentó un memorial, a la consideración del duque de York, solicitando una pensión de veterano de guerra. La petición concluye así:

El remitente, ahora de edad avanzada, solicita humildemente de Vuestra Alteza Real que lo recomiende para la concesión de una pensión militar, que haría más llevaderos sus postreros años y sería recibida con suma gratitud como una recompensa por las muchas veces que ha arriesgado su vida al servicio de Su Majestad.

En cuanto a la verdad de esos hechos, se remite muy humildemente al testimonio del general H. Calvert y del coronel Mackenzie.

El coronel Mackenzie (el que llevó el diario) había sido ayudante del Veintitrés en Boston y teniente ayudante general en Nueva York. Lamb se le había presentado en esta última ciudad cuando, en 1782, se refugió allí huyendo por segunda vez del cautiverio. En cuanto al general Sir Harry Calvert, Lamb, como sargento experimentado, le había ayudado en 1779 en Nueva York a dar sus primeros pasos militares con el grado de teniente segundo. Era a la sazón ayudante general del ejército y cuidó inmediatamente de que se concediera a Lamb una pensión diaria de un chelín —renta generosa para aquellos tiempos—, dispensándole del requisito de ir a Chelsea a documentar su identidad. El motivo oficial de la recompensa, qué consta en los libros del hospital, reza: "agotado".

No figura en el registro del hospital ninguna anotación relativa a la muerte de Lamb. Sin embargo, de una referencia que a él hace el reverendo padre W. *B. Lumley en una memoria de la Iglesia metodista de Irlanda de mediados de la época victoriana se desprende que "agotado" se refería sólo a la capacidad' de Lamb para continuar su vida de soldado. En efecto, quince años más tarde vivía aún y trabajaba duro, a los setenta años de edad. "El maestro más conocido de la Escuela Diurna de Whitefriar Street fue Mr. Roger Lamb, quien durante casi cuarenta años la dirigió con gran lealtad y con gran beneficio para los muchachos confiados a su cuidado. El nieto de aquel hombre bueno es ahora el elocuente y erudito doctor Chadwick, deán de Armagh."*

Una descendiente, Miss E. Chadwick, de Armagh, ha buscado gentilmente entre los papeles de la familia por si encontraba un retrato u otra referencia a Roger Lamb, pero sin resultado.

La historia de Lamb ha impresionado en varios aspectos mi fibra emotiva. Mi bisabuelo y mi abuelo paternos, posiblemente hasta mi padre -si Lamb vivió aún algunos años más después de su retiro-, residían en Dublín en la época de Lamb. Los almirantes Samuel y Thomas Graves, que sucesivamente comandaron la flota británica en aguas americanas, eran primos de mi bisabuelo, quien a su vez era jefe de policía en Dublín y se suscribió al Diario *de Lamb antes de su publicación. (La muy conocida familia de los Graves en Massachusetts, descendiente de Thomas Graves de Hatfield, la ciudad junto al río Connecticut por la que pasó Lamb en calidad de prisionero, está entroncada con la rama irlandesa, a la cual se*

halló "opuesta fratricidamente" en la guerra de la Independencia.) Mas el vínculo principal que me une al sargento es la circunstancia de que yo, como él, he tenido el honor de servir en el regimiento de los Reales Fusileros Galeses en una guerra larga y cruenta, encontrando sus características como regimiento y sus costumbres del día de San David felizmente tal como eran en los días de Lamb.

R. G.

Galmpton-Brixham, Devon, 1940.

Librodot

1

En el primer tomo de este relato auténtico de mi carrera militar, hablé de mi nacimiento en Dublín en el año de 1753, de mi enrolamiento, a los 17 años de edad, en el regimiento Noveno de infantería, de mi servicio en tiempos de paz en distintos cuarteles de Irlanda y de mi participación en las campañas del Canadá y el estado de Nueva York, en los años 1776 y 1777. Para beneficio de los que no han podido leer el primer libro, voy a esbozar otras cosas que les servirán de punto de partida para la lectura de este segundo y último volumen de mis aventuras.

Fui recluta junto con cuatro hombres que más tarde combatieron a mi lado. Eran mi buen amigo Terry Reeves, quien había sido paje de hacha en la ciudad de Belfast antes de enrolarse, siendo apodado Moon-Curser; Alexander, llamado "Smutchy Steel", quien en un tiempo había sido dueño de una taberna en Limerick y cuando serví con él en el ejército no era más que un torpe patán; Brooks el Carterista, un soldado malo y vil que había sido reclutado en la cárcel, y, por último, Richard Pearce, el hijo renegado de un noble de Ulster, que se había refugiado bajo el nombre supuesto de Harlowe en las filas del Noveno, huyendo de la justa venganza de la ley.

Ese Pearce, o Harlowe, se casó con Kate Weldone, la mujer que yo amaba, y se la llevó a la campaña del Canadá; pero cuando la engañó con otra, ella le abandonó en Fort Niagara, donde se hallaba acantonado, internándose en los bosques. Por un tiempo ella vivió conmigo como mi squaw,[1] *mientras yo estaba ausente de mi regimiento con autorización de mi superior, aprendiendo las artes indias de la guerra con ciertos guerreros mohicanos acaudillados por su brillante jefe Thayendanegea, o Capitán Brant. Más tarde Kate dio a luz una niña en la casa de un cuáquero en plena selva, a orillas del lago George. La vida libre y primitiva de los indios no solamente había dado alimento a mi imaginación, sino también satisfacción a mi espíritu, pareciéndome que ofrecía a una mente filosófica mucho más motivo de admiración que de repudio. Sin embargo, la llamada del deber militar me impidió seguir mi apasionada inclinación, o sea permanecer al lado de Kate (y del dulce fruto de nuestro ilícito amor), como miembro de la nación mohicana, en la cual había ingresado debidamente a través del mencionado Thayendanegea. Continué siendo un soldado leal al rey George HL La última vez que tuve noticias de Kate y la niña, eran huéspedes de la esposa de Thayendanegea, Miss Molly, en el pueblo de Genesee, en el territorio de las Seis Naciones, lejos de los límites del estado de Nueva York.*

Otro compañero de armas era el veterano Johnny Maguire el Loco, quien había luchado en América en las filas del Noveno cuando la ciudad de Savannah fue arrebatada a los españoles. Su hermano mayor, Cornelius, era un granjero de Norwalk, en Connecticut, y los dos se encontraron casualmente, al final de mi relato, después de una batalla en que, sin saberlo, se habían enfrentado en lucha fratricida. Johnny el Loco nos había prestado un buen servicio a Steel, Harlowe, Reeves y a mí mismo cuando, siendo reclutas todos nosotros, nos arrepentimos a tiempo de un plan desesperado para desertar de las filas del ejército, el cual casi habíamos llevado a cabo. En efecto, Johnny, que hacía la guardia, nos permitió regresar antes de que nos apresaran. El motivo de nuestra alocada decisión de desertar había sido los malos tratos que nos daba un cabo de nuestra compañía, un tiranuelo de nombre Buchanan.

Considero que los datos que acabo de dar bastarán para que mis lectores conozcan los nombres y caracteres de mis compañeros de armas que hasta ahora han desempeñado un papel importante en mi relato. Ahora debo presentarles a dos personas de condición civil, siendo la primera de ellas una mujer joven y delicada, Jane Crumer, esposa de un soldado raso del Noveno. La señora Crumer atendió con gran solicitud a nuestros heridos, después de

[1] Nombre indio, de EE.UU., que significa 'esposa'. (N *del T)*

nuestra conquista de Fort Anna, al sur del lago Champlain, y más tarde arriesgó su vida en Saratoga para ir a buscar agua de un arroyo desafiando el fuego de fusilería de tiradores americanos apostados en la orilla opuesta. El otro personaje es difícil de describir: era un irlandés flaco y carienjuto, de negra melenay lengua zalamera. Era el reverendo John Martin. Lo encontré por primera vez el día de mi enrolamiento, en 1770, durante una pelea de gallos en la que perdí dinero que no me pertenecía; en aquella ocasión no iba vestido de clérigo, y llevaba un gallo de alas oscuras bajo el brazo. Más tarde apareció vestido de capellán católico en la cárcel de Newgate de Dublín, el día que ahorcaron a Pretty Murphy, un asesino, estando yo al mando de la guardia. Finalmente, ese reverendo John Martin fue visto por Terry Reeves en 1777, el día que tomamos la fortaleza de Ticonderoga. En aquel entonces hacía de capellán del Cuarenta y Siete, y estaba leyendo un libro encuadernado en cuero junto a las fortificaciones del enemigo. A Terry Reeves le pareció que este fantástico personaje debía ser el mismísimo diablo; yo tampoco juraría ahora que era un hombre de carne y hueso, sino más bien una visión colectiva de nuestras mentes trastornadas.

Veamos ahora la situación en que yo me encontraba en noviembre de 1777, el mes en que se inicia el relato de este nuevo volumen. Había alcanzado yo el grado de cabo, y cumplía los deberes de sargento en el Noveno de infantería ligera. El Noveno formaba parte del ejército del teniente general Sir John Burgoyne, miembro del Parlamento. En el verano de 1777 este ejército, que se componía de tropas regulares británicas y algunos mercenarios alemanes, había invadido el estado de Nueva York por los lagos canadienses y el río Hudson. En octubre de ese mismo año fuimos copados y obligados a capitular en Saratoga, junto al río Hudson, por un ejército americano cuatro veces más poderoso que el nuestro, al mando del general Horatio Gates, un inglés renegado. Sin embargo, había sido tan evidente nuestra determinación de luchar hasta el último hombre antes que rendirnos ignominiosamente, que el general Burgoyne logró arrancar al general Gates condiciones mucho más favorables que las que teníamos derecho a esperar, o sea, una garantía de enviarnos sanos y salvos de vuelta a Gran Bretaña a cambio, solamente, de deponer nuestras armas y comprometernos a no servir más en el continente americano mientras durase la guerra.

Entregamos debidamente nuestros mosquetes y municiones y lo que quedaba de nuestra artillería; luego marchamos por tierras salvajes, escoltados por nuestros enemigos, a Boston, la llamada "Ciudad de los Santos", a unas doscientas millas del Este. Allí, de acuerdo con el convenio firmado por los dos generales contrincantes, debían enviarse barcos transportes desde Nueva York, ciudad que estaba en manos británicas, para repatriamos. Hasta que llegasen los barcos, los ingleses fuimos hacinados en miserables cabañas abandonadas, enclavadas en Prospect Hill; pero, esperando confiadamente que pronto quedaría aliviada nuestra situación, no nos dejamos desalentar por el mal trance en que nos hallábamos. Éramos unos dos mil hombres, algunos cientos de ellos enfermos y heridos. Los prisioneros alemanes habían sido enviados por los americanos a mejores alojamientos, con la esperanza de que desertarían de nuestra causa.

Hacía muy mal tiempo; la lluvia penetraba en el interior por las ventanas abiertas. La primera noche, desprevenidos e insolentes, habíamos arrancado algunas vigas de la techumbre para alimentar el fuego del hogar, acto que nos valió violentos denuestos por parte de nuestros guardianes. Entonces corría noviembre, cuando el pleno rigor del invierno estaba aún por delante. Al llegar el mes de diciembre, aquellos de nosotros que podían acostarse por la noche, y los muchos que pasaban las noches desvelados a causa del frío, tenían que ponerse de pie de vez en cuando para sacudir de sus ropas la nieve que el viento arrojaba adentro por las aberturas. Nuestros oficiales fueron separados de nosotros y alojados en la ciudad universitaria de Cambridge, convertida en un arsenal de pertrechos bélicos, donde sólo pocos estudiantes seguían con sus estudios de latín -pues la guerra es la enemiga de las

humanidades-; eran muchachos muy jóvenes. El alojamiento de nuestros oficiales era apenas mejor que el nuestro, a pesar de que muchas casas magníficas, pertenecientes a leales americanos, estaban desiertas, a merced de los saqueadores.

A los oficiales, los sargentos y las esposas de los soldados se les otorgaban pases, que eran renovados cada mes, para alejarse de su alojamiento unas pocas millas; pero a nadie se le permitía acercarse a la ciudad de Boston, centro de la rebelión, más que hasta Bunker's Hill y Breed's Hill (donde se libró la batalla), a este lado del río Charles. El que a los soldados rasos no se les permitiera salir de los cuarteles se consideraba como un grave inconveniente, tanto más cuanto que el coronel David Henley, comandante americano del campamento, nos obligaba a comprar todas nuestras provisiones en dos almacenes que había instalado allí para su propio beneficio. Por cualquier mercadería nos cobraba un precio muy superior al que imperaba en el mercado.

Nuestro alojamiento y alimentación eran pagados en papel por el Congreso, que exigió al general Burgoyne el reintegro de sus desembolsos en oro y plata, ¡al valor nominal de los billetes! Cuando el general Burgoyne protestó por este abuso, la respuesta fue: "Supone el general Burgoyne que su moneda sólida vale tres veces más que nuestra moneda. ¡Pero qué idea debe de tener de la autoridad de estos estados, para suponer que su dinero puede cotizarse mejor que el nuestro en los pagos públicos! Tal pago sentaría un precedente que depreciaría al instante nuestra moneda."

Lo que era peor, a los soldados se nos retenía gran parte de nuestra paga en concepto de indemnización por supuestos daños causados por nosotros a nuestro paso por el estado de Massachusetts; se pretendía que habíamos quemado cercas, destruido heno, cereales y lino y robado muebles de las casas. No había medio de rebelarse contra tan descarada mentira y afrentosa injusticia, pues éramos prisioneros; y no se desoiría a los demandantes que buscaban ávidamente una oportunidad de resarcirse de pérdidas sufridas por la guerra alegando daños inventados por ellos. El general Gates era maldecido de todo corazón por todos nosotros por tolerar semejante proceder.

Yo fui designado, por el teniente coronel Hill, médico interino del regimiento, pues el doctor Shelly, que había sido capturado en la batalla de Fort Anna, no había vuelto. Así llegué a ser, en cierto modo, un oficial. Sin embargo, no presté el juramento de los oficiales y permanecí al lado de mis camaradas en Prospect Hill. Tenía que trasladarme con frecuencia a los municipios de Watertown, Mystic y Cambridge para comprar medicamentos y artículos necesarios para nuestros enfermos. Los mejores americanos que encontraba en tales ocasiones me trataban con hospitalidad, pero muchas veces era insultado por aquellos cuyos negocios habían sido arruinados por la guerra o que habían perdido parientes durante los combates. Lo que parecía sorprenderles era que yo pudiera ser irlandés y permanecer sin embargo leal al rey George, quien, según me decían con insistencia, sometía mi país a un monstruoso régimen de opresión.

A menudo se me instaba a desertar y elegir la profesión que en

Nueva Inglaterra, y en la mayoría de las colonias de América, era virtualmente acaparada por mis compatriotas: la de maestro de escuela ambulante. Me decían que podría ganarme bien la vida recorriendo los municipios apartados y enseñando a los niños y a las niñas a leer, escribir y contar. Me pagarían en especies; se me daría alojamiento y alimentación; mis ropas y mi calzado serían mantenidos en buen estado y, además de eso, al término de cada curso escolar recibiría un barril o dos de harina, hilo, una cantidad de lana, un barrilito de melaza y tantas cuerdas de leña. Se daba aquí mucha importancia a la educación y se leía mucho, si bien en su mayor parte la lectura consistía en controversias religiosas y políticas, en opúsculos y en periódicos. Padres aprovechados que no estaban en condiciones de pagar al maestro irlandés metían a menudo a sus hijos furtivamente en las últimas filas de su clase, para que aprendieran cuanto pudieran antes de que se descubriera el engaño. Se me advertía sonriendo que yo debería ser muy listo para no ser engañado por mis presuntos alumnos y por sus padres.

Para no ofender a nadie, contestaba a los que me instaban a seguir ese camino que si alguna vez elegía esa profesión sería en Irlanda, mi patria, donde la ignorancia prevalecía mucho más que en su ilustrado país, habiendo en consecuencia mucha mayor necesidad de maestros de escuela que en América.

Vi muchas cosas de gran interés para mí. En las calles de Cambridge, por ejemplo, vi una casa entera que era desplazada sobre troncos montados en ruedas. La casa había sido levantada mediante cuatro gatos colocados en las esquinas, disponiéndose después los troncos debajo de ella. Tuve el valor de preguntar al dueño el motivo de su mudanza, y el hombre me contestó con desenfado:

-Mi suegra es una víbora, pero los diáconos no me dan la razón contra ella, pues temen su lengua tanto como yo. Como soy un hombre pacífico, me voy lejos para ponerme fuera del alcance de su mal genio.

Muchas mujeres jóvenes pasaban a caballo por mi lado, sin compañía, fijando la mirada en mí con notable desenvoltura. Iban montadas en los caballos característicos de Nueva Inglaterra -una raza de cabeza fina, largas crines, ancas estrechas, andar airoso y cola erguida-. Cuando la nieve cubría la tierra con una capa espesame cruzaba con gran número de grandes trineos, con capacidad para una docena de personas, tirados por dos o cuatro caballos y haciendo sonar las campanillas, pero no estaban decorados de la manera atractiva del *cariole* canadiense. En las noches de luna, grandes grupos de jóvenes de ambos sexos solían hacer en esos trineos excursiones de dos o tres horas, a un distante punto de cita con grupos similares procedentes de otra ciudad; se pasaban la noche bebiendo, bailando y de jarana, y a la mañana siguiente se entregaban a sus respectivas ocupaciones sin haber dormido. En Irlanda tal costumbre sería considerada muy imprudente; aquí, en cambio, parecía bien a todo el mundo.

Lo más desagradable de mis salidas era cuando tenía que pasar frente a los centinelas americanos apostados en los portones del campamento. Eran milicianos de edad demasiado avanzada, o demasiado jóvenes para prestar servicios más activos. Los "abuelos" -como llamábamos a los viejos-, tocados con exuberante peluca, eran en general reposados, majaderos y lerdos, en tanto que los "nietos", nombre con que habíamos bautizado a los mozalbetes de quince y dieciséis años de edad, eran fogosos, engreídos y estaban ansiosos por realizar hazañas en el campo de batalla. Los abuelos solían hacernos esperar con cualquier pretexto, pretendiendo que nuestros pases eran falsos o que no éramos las personas indicadas en los mismos; y si dábamos muestras de impaciencia, nos retenían aún más. Los nietos nos amenazaban y nos insultaban, pero se desenvolvían con menos lentitud.

Un centinela, concejal (o funcionario eclesiástico) de Cambridge, me retuvo tres días consecutivos. Al tercer día le dije:

-Vamos, amigo, supongo que no he de pasarme la vida esperando aquí.

-¡Alto ahí! -gruñó él, apuntando a mi pecho con su mosquete-. Te juro que si tratas de pasar te voy a destapar la sesera. Yo no te conozco, canalla.

Entonces se produjo un incidente cómico, aunque un tanto irritante, que ha sido narrado por el teniente Anburey con palabras tan finas que yo no podría contarlo mejor. La esposa de un soldado, una de esas mujeres que se las traen, y que hacía treinta años que andaba con el ejército, podía llevar cargas como un buey, sabía cocinar cual una bruja, saquear como un soldado de Hesse y blasfemar de una manera que dejaba atónito al mismísimo Harry el Mortal, salió de forma bulliciosa del campamento, con una corta pipa de arcilla entre los labios y un mugriento pase en la mano. Se llamaba Winifried la Larguirucha, y hacía unos años había aguantado sin pestañear un castigo de cien azotes en la espalda desnuda por el delito de robar el toro de la ciudad de Boston, sacrificarlo y convertirlo en bistecs. Winifried la Larguirucha agitó el papel en las narices del viejo concejal y se dispuso a pasar. Entonces él montó en cólera y le ordenó detenerse, o de lo contrario haría fuego. Ella se volvió y volcó sobre el concejal un torrente de palabras, explicándole que corría a comprar un poco de leche para su nietecito enfermo; y que tuviese mucho cuidado, que ella no se dejaría retener por él.

Librodot

Citemos ahora las palabras del teniente: "Cuando el viejo se exasperó al punto de amenazarla con el arma, la mujer corrió al instante hasta él, se la arrebató, lo derribó al suelo y, encaramándose con aire de exultante triunfo sobre el héroe postrado, lo salpicó profusamente, no de rocío olímpico, sino, a fe mía, de algo más natural. Y no se retiró de su puesto hasta que un grupo de mocetones fue valientemente en ayuda del hombre, desarmó a la amazona y permitió al fiero paladín asumir una actitud gallarda y volver a echarse el mosquete al brazo." En cuanto a mí, no esperé hasta esta escena final, sino que recogí presurosamente mi pase, que había caído al suelo, y me precipité sendero abajo, para que no me señalaran como cómplice del hecho.

En la mañana del día 13 de diciembre, salí del campamento rumbo a Cambridge, a dos millas de distancia, para atender al teniente coronel Hill, quien se hallaba enfermo y me había pedido le practicase una sangría. El centinela que ese día estaba de guardia era un muchacho joven y debilucho, que no me creó dificultades en el portón, así que anticipé una excursión agradable; era una radiante mañana de domingo, las campanas de las iglesias tañían y el sol brillaba con fuerza sobre la delgada capa de nieve.

Había cruzado Willis Creek y me aproximaba a la casa del coronel, en las afueras de Cambridge, cuando me cerró el paso mi enemigo, el "fiero paladín", pero esta vez en su calidad de concejal, no de centinela. Me hizo notar que yo estaba violando, a la vez, tres de los preceptos más viejos y más venerados de la provincia: primero, llevando un paquete en el Día de Descanso -tenía en la mano un pequeño maletín con instrumentos para aplicar ventosas-; segundo, dejándome ver en la calle a la hora del servicio divino; y tercero, haciendo un recorrido mayor que el permitido a los judíos por Moisés en un Día de Descanso.

Le contesté diciendo que estaba en camino para hacer una obra de caridad y obedeciendo órdenes de mi superior, pero él se puso muy violento y no quiso escucharme. Al instante, me recluyó en un calabozo de la cárcel municipal que era oscuro y muy frío, y allí me tuvo hasta el día siguiente sin más alimento que pan, y agua; al hacer girar la llave en la cerradura de la puerta, observó con soma que yo no era más que un bruto, y que tenía aún muchos problemas por delante. Dos pequeñas puertas con cerradura y cerrojo dobles me separaban del patio de la prisión. Por dos ventanillas sin cristales y con fuertes barrotes de hierro se filtraba una tétrica luz. Dormí sobre un poco de paja húmeda. En este agujero me mantuvieron encerrado por espacio de dos días y sus correspondientes noches, sin que se me diera siquiera la posibilidad de salir para hacer mis necesidades, teniendo que agregar mi parte a la fétida masa depositada en un rincón por delincuentes anteriores. Tampoco se me permitió enviar un mensaje a mi superior para explicar el motivo de no haberle atendido, sino que me llevaron de vuelta al campamento, donde me encerraron en la cabaña que servía de prisión, junto al calabozo en el que los guardianes americanos recluían a nuestros hombres por faltas leves o imaginarias, sin consultar previamente con nuestros oficiales. Esa cabaña-prisión resultaba aún peor que la cárcel de Cambridge, pues era muy húmeda y estaba llena de bichos; pero al menos estaba acompañado. El primero en saludarme allí fue Terry Reeves, quien había sido arrestado en mi ausencia. Me preguntó, sorprendido, cuál era la causa de mi reclusión; era, en efecto, la primera vez en todos mis años de servicio que me encontraba en tan ignominiosa situación.

-El Deuteronomio, supongo -dije-. Y tú, ¿por qué estás aquí?

-Por jugo de tabaco -contestó él no menos lacónicamente, y me contó su historia.

Le habían dolido mucho las muelas y, no encontrando otro alivio que el ron, había bebido más de una pinta con el estómago vacío. Cuando iba de su cabaña al calabozo a informar sobre los hombres que habían caído enfermos, vio que se le acercaba una persona vestida con un abrigo de frisa y con un gorro de lana. Esta persona, que masticaba tabaco, escupió el jugo desde la esquina de la boca al camino de Terry, mojándole las botas, ante lo cual Terry, exasperado, gritó:

-¡Cuidado con salpicarme las botas con esa porquería, bruto! El hombre contestó:

-Yo escupo donde me da la gana, canalla. Soy mayor, al servicio de Massachusetts.

La réplica de Terry fue:

-Si eso es cierto, lo que dudo, no es usted motivo de orgullo para el servicio provincial. Escupir a las botas de un soldado es una costumbre detestable en un militar. -Tras lo cual el oficial arrestó a Terry.

También el sargento Buchanan estaba recluido, por "habérsele encontrado en posesión de una zapa, sabiendo que había sido sustraída a la guardia".

El comandante del campamento, el coronel David Henley, era un hombre apasionado y muy dado a la bebida, y el causante de la mayoría de nuestros problemas, pues instigaba a sus subordinados a tratarnos con crueldad. Al día siguiente de mi reclusión en la cabaña-prisión, un número de sargentos de avituallamiento fueron a la oficina del ayudante general para la renovación mensual de sus pases. Les increpó a todos por el alboroto que, según informes de las guardias, se había armado la noche anterior en las cabañas. Al señalar el sargento Fleming, del Cuarenta y Siete, a modo de excusa, que ninguno de nosotros había podido dormir a causa del frío, lo cual era muy cierto, el coronel Henley amenazó al sargento con el puño cerrado, gritando:

-Los voy a hacer trizas, canallas. Una noche de éstas yo mismo voy a hacer la ronda, y si oigo la menor palabra o ruido en vuestros alojamientos, os voy a sacar de ahí a balazos. Además, mis queridos soldados, los centinelas me informan que cuando os dan el alto para ver los pases, los miráis de mal modo. Si yo fuera un centinela y me hicieseis esto, os haría saltar la tapa de los sesos, ya fuerais Whaley, Goffe o el propio diablo.[2]

Tres días más tarde, ese coronel Henley vino a caballo con otros oficiales de la milicia a poner en libertad a varios de los nuestros que estaban recluidos, para hacer lugar para otros, pues la cabaña-prisión estaba abarrotada. Nos llamó por orden jerárquico, primero a mí y luego a los dos sargentos. Después de dar lectura a nuestros delitos nos hizo a los tres observaciones muy procaces, que yo escuché con indiferencia, el sargento Buchanan con fingido respeto y asombro, y Terry Reeves con indignación. Finalmente nos dijo que el Noveno daba más problemas que ningún otro cuerpo. A lo cual Terry, que nunca sabía dominar su lengua, observó muy sagazmente:

-Creo, señor, que tanto el general Schuyler como el general Gates compartieron su opinión durante la última campaña.

Entonces, el coronel Henley, sintiéndose herido en su dignidad, se puso furioso y empezó a rugir contra Terry.

-¿Cómo te atreves, asesino asalariado, a insultar a un oficial de la Provincia, como insultaste ayer al mayor McKissock? ¿Tienes el coraje de decir a tus mayores británicos que deshonran a su ejército?

-No señor -replicó Terry muy tranquilo-, pues no digo mentiras.

Ésa fue la parte de la conversación que yo alcancé a oír, pues el coronel Henley, notando la sonrisa que se dibujaba en mis labios, me mandó recluir otra vez.

Me contaron que después de salir yo, Terry continuó:

-Sin embargo, señor, lo, siento si insulté al mayor; pero yo no podía saber que lo era, pues iba vestido de civil y masticaba y escupía como no suelen hacerlo los oficiales. Confieso que estaba bebido, a causa de un dolor de muelas, y por eso estoy dispuesto a pedirle perdón si mi conducta le pareció irrespetuosa.

-Te lo juro -gritó el coronel Henley, furioso-, si te comportases así conmigo te hacía

[2] Esta expresión, muy generalizada en Nueva Inglaterra, se refiere a los dos famosos espadachines y regicidas a quienes se negó el indulto general el Día de la Restauración. Habían huido a Nueva Inglaterra, donde vivieron bajo nombres supuestos en el pueblo de Hadley. En una ocasión, Goffe derrotó a un maestro de esgrima, bravucón, quien había venido a Boston a dar una exhibición, sin más armamento que un trapo mojado y un queso atado en un pañuelo, que usaba a modo de escudo. El maestro de esgrima, cuyo sable fue en cada estocada a dar en el queso mientras el trapo le golpeaba la cara, exclamó: "¿Quién eres, en el nombre de Dios? Has de ser Whaley, Goffe o el propio diablo." R. L.

trizas. Eres un gran canalla.

Terry Reeves no se inmutó.

-Señor -contestó-, yo no soy ningún canalla, sino un buen soldado, y mis superiores lo saben.

-¡Cierra la boca, inglés cobarde! -rugió el coronel Henley. Otro oficial, el mayor Sweasey, llamó canalla a Terry y blandió un látigo para pegarle.

Pero Terry Reeves no se calló:

-Yo no soy un cobarde, coronel Henley, y no me dejo agraviar así por usted. Si tuviese armas y municiones pronto estaría con el general Howe, luchando por mi rey y por mi patria.

-¡Al diablo con tu rey y con tu patria! Cuando tenías armas, bien dispuesto estuviste a arrojarlas -fue la respuesta del coronel Henley.

-Le digo, señor -gritó Terry Reeves-, que no le permitiré que injurie a mi rey.

El coronel Henley volvió a mandarle callar, y entonces el sargento Buchanan tuvo que intervenir, diciendo:

-Cállese, sargento Reeves, si se lo pide el oficial.

Terry se volvió con enojo hacia el sargento Buchanan: -Maldito adulador, ¿por qué no te levantas para defender a tu rey y a tu patria?

-Cállate, Terry, o nos vas a meter en líos a todos -murmuró Buchanan.

Pero Terry no estaba dispuesto a callarse.

-Al diablo con todo el mundo -gritó desaforadamente-. Yo estaré con mi rey hasta la muerte.

A lo cual el coronel Henley replicó con gran soma:

-Éste es un país libre, canalla. Aquí no reconocemos reyes.

-Ciertamente -dijo Terry-, coro no sea *King* Hancock.

Esta respuesta provocó la risa de los "nietos" que estaban de guardia, lo que enfureció tanto al coronel que les gritó:

-¡Silencio, muchachos, y venga uno de vosotros a clavarle la bayoneta a este canalla!

Pero ninguno de ellos se movió, pues en América siempre se respeta a quien sabe replicar, y entendieron que Terry Reeves no debía ser muerto por eso.

Entonces, el coronel Henley se bajó del caballo, arrebató a uno de los muchachos el arma con la bayoneta calada y se abalanzó sobre Terry. Éste retrocedió rápidamente un paso, así que el acero sólo lo pinchó en el costado izquierdo.

El coronel Henley, lívido de rabia, rugió:

-Una palabra más y te atravesaré el cuerpo.

-No me importa -gritó el valiente Terry-. Pues estaré con mi rey y mi patria hasta la muerte.

El coronel asestó otro bayonetazo apuntando al corazón de Terry, pero Smutchy Steel, que figuraba entre los nuevos prisioneros que iban a ser alojados en la cabaña, se precipitó hacia adelante en su ayuda, invitando a Buchanan a seguir su ejemplo. Los dos empujaron el arma hacia arriba y la bayoneta pasó sobre el hombro de Terry sin hacerle daño.

Entonces se interpuso con gesto ceñudo un viejo sargento de la guardia, quien dijo al coronel:

-No, compañero Henley, no debe usted matar a este hombre, pues ha sido puesto a mi disposición por el mayor McKissock, a quien insultó. Haga usted lo que quiera con los demás canallas, pero este sargento Reeves es mi prisionero y yo soy responsable de él ante el mayor McKissock, quien manda mi propia compañía.

Desmontó entonces el mayor Sweasey y urgió al coronel Henley a hacer volver a Terry a la cabaña-prisión, secundándole otro de los oficiales presentes. El coronel Henley finalmente accedió.

Terry fue llevado de nuevo a la cabaña, sangrando abundantemente de una herida de tres pulgadas. Con indignación no menguada gritó:

-¡Al diablo con todos! ¡No permitiré que se injurie a mi rey mientras viva!

Me apresuré a correr a su lado, pero él vino por sus propios medios y pude vendarle la herida con el material que llevaba en mi maletín de lona.

2

No se pueden extender los excesos crueles de un individuo como el coronel Henley, y su efecto sobre varios de sus subordinados, hasta acusar a toda la nación americana; y quiero observar aquí que, en tiempos de guerra, la mayor generosidad hacia el enemigo parece ser demostrada por las tropas que intervienen directamente en la lucha, mientras que los sentimientos más viles *e* inhumanos prevalecen en las bases y campamentos alejados del campo de batalla. No quiero tampoco ocultar a mis lectores que en Nueva York, donde los prisioneros tomados a los americanos eran recluidos en barcos viejos del puerto, el trato que se les daba habría sobrepasado ampliamente en crueldad al que nosotros recibíamos entonces. Es de notar que el comisario de los prisioneros de guerra, como la mayoría de los guardias de las prisiones, era un conservador americano, y éstos vengaban los viejos agravios sufridos por sus desdichados compatriotas. Ello no obstante, hay que censurar la negligencia de los altos oficiales británicos responsables del bienestar de esos prisioneros; y el capitán preboste, mayor Cunningham, una bestia humana (aunque me cueste decirlo), era irlandés. Cuando almas caritativas proporcionaban a sus presos medio muertos de hambre un plato de caldo, se divertía volcándolo y mirando a los pobres lamer el líquido como perros en el mugriento suelo. Naturalmente, cuando los dirigentes de Massachusetts supieron las atrocidades cometidas en los barcos viejos y en la cárcel del mayor Cunningham en Walnut Street, Nueva York, reaccionaron procediendo igual con nosotros.

No quiero, pues, extenderme excesivamente sobre los sufrimientos que nos hizo pasar el coronel Henley, sino limitarme a referir un incidente que tuvo lugar a principios del año 1778, mientras un grupo de nuestros hombres, yo entre ellos, presenciábamos un desfile de la milicia americana. Su torpe manejo de las armas provocaba el regocijo callado de espectadores veteranos como nosotros, si bien nos esforzábamos por disimular nuestra hilaridad. Sin embargo, el coronel Henley, que mandaba el desfile, se dio cuenta de nuestro gran interés y gritó:

-¡Largaos de ahí, canallas, u os pesará!

Inmediatamente dimos media vuelta y nos retiramos bien que mal por el barro, esperando los que estaban atrás a que se dispersara el resto del gentío.

-Vamos, malditos -gritó el coronel Henley-, ¡os voy a hacer caminar!

En ese momento, el cabo Buchanan, mirando atrás, vio que al miliciano que actuaba como -jefe de fila se le caía al suelo el mosquete a causa de un movimiento torpe, y no pudiendo ya contener su hilaridad soltó una estrepitosa carcajada. Entonces, el coronel Henley espoleó su caballo y galopó hacia él blandiendo la espada. Buchanan eludió el golpe y se salvó, pero la espada fue a herir a un sargento de otro regimiento en el costado izquierdo. El coronel Henley volvió a sus hombres, enderezando el arma, que, a causa de su poca calidad, casi se había partido en dos contra las costillas del sargento. Luego ordenó a sus hombres cargar sus mosquetes y regresar con él para dar caza a Buchanan y dispararle en cuanto lo encontraran. Si bien carecíamos de armas, nos sentíamos todos obligados a proteger a nuestro camarada, y aseguramos a gritos al coronel que sólo conseguiría atrapar a aquel hombre matándonos a todos.

Ya el coronel Henley había dado la primera orden para una descarga cerrada contra nosotros, cuando el mayor Sweasey, que afortunadamente apareció en ese momento, le imploró que desistiese, proponiendo en cambio que se pidiese al oficial británico que tenía el mando de nuestros alojamientos que detuviese a Buchanan y lo recluyera para ser procesado. El coronel Henley accedió de mala gana y nosotros nos dispersamos. Finalmente, Buchanan fue entregado como prisionero y condenado a algunos días de reclusión por falta de respeto.

Pero cuando otros dos soldados nuestros fueron heridos ese mismo día por instigación del coronel Henley, el general Burgoyne pidió que esta infame persona fuese llevada ante un

consejo de guerra especial. Se accedió a la demanda y él mismo actuó de fiscal, pronunciando un discurso elocuente y enérgico en el que recordó a los americanos el debido respeto a los derechos humanos que tan brillantemente habían sabido expresar en su Declaración de Independencia. De más está decir, sin embargo, que el coronel Henley fue absuelto de los cuatro delitos de que se le acusaba, ya que el tribunal estaba integrado por personas allegadas a él, y se prefirió el testimonio (cuidadosamente preparado de antemano) de los milicianos a los de los testigos oculares británicos. Se alegó en su defensa que día tras día y hora tras hora habíamos adoptado una actitud insultante e insolente hacia nuestros guardianes y hacia el propio coronel, con nuestra resolución de proteger a Buchanan, y que el coronel era un oficial impetuoso, pero bien intencionado, sólo animado por el deseo de defender a su país contra cualquier afrenta. Fue una farsa descarada. La réplica de Terry Reeves respecto a King Hancock fue desvirtuada mediante esta declaración absurda: "King Hancock ha venido a la ciudad. ¿No les parece descarado haberse acercado tanto al general Burgoyne?"

Se habló mucho de la acusación formulada por el general Burgoyne contra este coronel americano, y la sentencia absolutoria sirvió a los americanos y a sus enemigos en Inglaterra para presentarle como un alborotador. Pero los soldados le quedamos agradecidos por su cálida defensa de nuestra causa, y en definitiva su acción tuvo éxito, pues si bien el coronel Henley había sido reintegrado formalmente a su mando después de la vista del proceso, fue trasladado una semana más tarde siendo reemplazado por un coronel más humano llamado Lee. Este coronel acabó con un gran abuso: otorgó a nuestros hombres pases para la compra de provisiones, así que los desorbitantes precios que se nos cobraban en los dos almacenes de la colina bajaron al valor corriente del mercado.

El 10 de enero, dos días después del incidente ocurrido en el lugar del desfile, fui a Charlestown Neck a efectuar algunas compras a los granjeros de los alrededores de la incendiada aldea de Charlestown. Terry Reeves, ya repuesto de su herida, había sido elegido como sargento de avituallamiento del Noveno y se le concedió un pase para acompañarme.

Le dije:

-Vamos a pasar por Bunker's Hill y Breed's Hill para ver cómo fue la batalla.

Así lo hicimos, y estábamos descansando en el reducto en ruinas que había sido el escenario de la lucha más feroz durante esa batalla, cuando oímos pasos que se acercaban. Espiando por encima del parapeto nos vimos frente a una persona cuyo repugnante aspecto será a estas alturas tan familiar a los que han leído mi volumen anterior, que renuncio a describirlo de nuevo, toda vez que no había cambiado. Era, créanlo ustedes, una vez más el reverendo John Martin, pero esta vez vestido de sacerdote congregacionalista americano.

Cogí a Terry por el hombro en silencio, para hacerle ver mi determinación de hacer frente a la situación sin vacilaciones, y que esperaba su apoyo; pero el estremecimiento que le recorrió me reveló que estaba casi muerto de miedo.

-Buenos días, santo varón -grité-. Y por favor, ¿quién es usted? Pues es la tercera vez que nos encontramos, y sin embargo no nos conocemos todavía.

-Yo no recuerdo haberle encontrado antes -dijo él con brutal franqueza-. Pero veo que habla usted con acento irlandés.

-Mi padre también lo tenía -contesté con tono severo-; pero esto no hace al caso. Le he preguntado su nombre. ¡Dígalo, pues!

-Soy el reverendo John Martin -dijo él, de pronto muy humilde-, un capellán de la milicia de Rhode Island. Veo que usted pertenece al ejército de la Convención que fue tomado prisionero. Muchos de sus camaradas británicos hallaron la muerte aquí hace tres años. ¿Conoce usted acaso una hermosa obra de teatro que se titula *La caída de la tiranía británica?* Yo no soy el autor, pero rectifiqué algunas líneas.

-Dicen que es una obra malísima, que no vale nada -dije, a pesar de que jamás había oído hablar de ella.

-Oh, no -insistió el falso sacerdote-. Es una obra realmente magnífica. Y todos tienen

parte en ella. El almirante Tombstone (quiero decir, el almirante Graves, ¡ja, ja!)[3] dice en un estilo estrambótico: "Muchos *beaux, petits maítres,* empolvados, petimetres, calaveras, fatuos, *snobs,* bastardos de nobles e hijos de puta cayeron ese día."

-Ni una palabra más -dije-, o vengaré con mis puños el agravio hecho al ejército.

-No pretendo ofender a nadie -se apresuró él a contestar-. Una obra de teatro no es más que una obra de teatro, una cosa inofensiva. Pero, mi buen sargento, yo mismo tomé parte en la batalla. En efecto, fui yo quien la noche anterior, en ausencia del coronel Gridley, el patriota ingeniero, dirigió la construcción de este reducto. Tuve más de mil hombres a mis órdenes.

-Háblеme más -dije, mirándole fijamente a los ojos- y le creeré menos.

Pero él rehuyó mi mirada y trató de impresionar a Terry, quien temblaba como si le hubiera dado un ataque.

-Oh -dijo, cuando repetí mi orden en voz más alta-, como usted guste. Bueno, a la mañana siguiente bajé más allá de Charlestown con unos anteojos de campaña para echar un vistazo al enemigo. Una bala de cañón vino silbando y atravesó la casa donde yo estaba tomando un refresco, propiedad de un tal Mr. Cary. Me arrancó el sombrero, pero no me tocó, y regresé a la colina. Desde allí envié un mensaje al general Ward, en Cambridge, pidiendo refuerzos, pues consideraba que las fuerzas que ocupaban el reducto eran débiles, y en respuesta se presentó poco después de mediodía el coronel Putnam con los hombres de Connecticut.

-Así que tuvo usted un papel importante en la dirección de la batalla, ¿eh? -dije en tono de burla, pues me constaba que cada palabra era una patraña, y aparté de mí todo mi terror inmotivado.

-Pues eso no fue nada en comparación con lo que siguió después -continuó él, presuroso, levantando cada vez más la voz-. Regresé en persona al cuartel general de Cambridge para urgir al general Ward a que enviara carros para el traslado seguro de los heridos. A mi regreso se estaba luchando encarnizadamente. Me aposté junto a esa cerca (señaló hacia la izquierda, pues estábamos de pie, cara a Boston), donde los hombres de Connecticut, mezclados con algunas compañías irlandesas, estaban luchando con los Fusileros Galeses. Los irlandeses, sin darse cuenta, dispararon contra nuestras líneas, pero avancé corriendo y les pedí en irlandés antiguo que cesasen el fuego. Los hombres de Connecticut, que no entendieron esta lengua, sospecharon traición; pero los irlandeses me hicieron caso y todo salió bien.

-Así que usted también es irlandés -observé en un tono muy severo, como si lo supiese entonces por primera vez-. Ahora podemos hablar en un terreno común. ¡Siga!

El hombre continuó su relato, con los ojos tan inquietos como la llama de una vela en una corriente de aire.

-Me había ceñido ese día una larga espada irlandesa, e hice muy bien en venir armado así. Los británicos avanzaron flanqueando la cerca por el lado del agua y me llamaron mal clérigo, diciendo que me matarían ahí mismo. Uno de los galeses me disparó a quemarropa y se abalanzó sobre mí con la bayoneta calada. Pero yo lo destripé de un golpe de espada. Luego entablé combate con un oficial que desenvainó su acero; también le despaché al otro mundo con un tajo en el cuello. Sólo perdí un botón de la chaqueta.

Sobre este punto, dije al pastor:

-Si yo creyese que es usted un hombre honesto o un ministro del Señor, no le castigaría. Pero ha hecho usted ondear demasiadas banderas falsas, y en demasiadas ocasiones ha resultado un ave de mal agüero para mis camaradas y para mí mismo. Voy a cambiar mi suerte a la manera india, dándole una buena tunda.

Y me volví a Terry:

-Terry -dije-, por el honor de nuestro ejército y de Irlanda estoy decidido a propinar una

[3] Juego de palabras: *tombstone* significa en inglés 'tumba, piedra sepulcral', lo mismo que *grave. (N. del T)*

paliza a este mentiroso, "así sea Whaley, Goffe o el propio diablo". Préstame ese pequeño garrote de nogal que llevas ahí.

Terry gritó:

-No, no, Gerry. ¡No lo hagas! Nos jugará alguna mala pasada. Pero, no obstante, cogí el garrote que él había tirado al foso y lo arrojé contra la cabeza del falso sacerdote.

Este se agachó y saltó ágilmente el parapeto. Yo me dispuse a perseguirle, pero sentí un extraño aturdimiento, como si hubiese tocado un barbo, y le seguí torpemente. Cuando hube salvado el parapeto y miré en torno, él había desaparecido sin dejar rastro, como si nunca hubiese estado allí.

Terry me miró desconcertado.

-Oh, Gerry -dijo con voz desfallecida-, ¡tú sí que eres valiente! Yo, cada vez que me encuentro con ese diablo me siento como una rana frente a una serpiente negra. Estoy casi seguro de que a nuestro regreso al campamento nos encontraremos con alguna mala noticia.

Lo reprendí, diciendo:

-Terry, no debes permitir que te dominen esos malos pensamientos. Haz frente al diablo y verás cómo huye y desaparece, pues no hay fuerza ni poder en la mentira. Que tú eres un hombre valiente bien lo sabemos, por tu desafío al coronel Henley. Creo que ese reverendo tardará en cruzársenos otra vez en el camino.

-Si fuese un hombre mortal -explicó Terry con una voz todavía temblorosa-, no me importaría. Pero es tan viejo como la maldad del mundo.

De regreso en el campamento encontramos que el sombrío vaticinio de Terry estaba justificado, habiéndose confirmado los vagos rumores que desde hacía mucho tiempo corrían en el campamento. El convenio de Saratoga, firmado solemnemente por el general Gates, no sería ratificado por el Congreso, y en consecuencia seríamos mantenidos en cautividad por tiempo indefinido.

Aquí, como siempre que se trata del Congreso americano, hay que distinguir entre los verdaderos motivos que guiaban su política y las causas alegadas. Su excusa por la no ratificación del convenio fue que el general Burgoyne había puesto en tela de juicio la buena fe de los americanos, acusando injustificadamente a un coronel de la milicia de intento de asesinato, y quejándose, además, de que el miserable alojamiento de sus oficiales en Cambridge y de nosotros mismos en Prospect Hill no estuviera de acuerdo con lo convenido; y que en consecuencia, si podía expresarse en términos tan apasionados, bien pudiera ser que él mismo pensara en violar el convenio. Por otra parte, al entregar nuestras armas en Saratoga, habíamos conservado las cartucheras vacías y los cinturones, y así (aunque el general Gates no había insistido en ello) habíamos faltado al espíritu del acuerdo. También se quejó el Congreso de que no le hubiéramos proporcionado una descripción personal de todos nuestros oficiales y tropas, lo que sin embargo no había exigido expresamente. Por último, cuando a causa del peligro y de las dificultades de llevar durante los meses de invierno barcos transportes a Boston, se había pedido al Congreso que nos autorizara a marchar a Providence, en Rhode Island, donde las condiciones de anclaje eran más favorables, para ser embarcados allí, se pretendió que con tal petición se intentaba eludir las estipulaciones del convenio y preparar un movimiento ofensivo.

La realidad es que los americanos en general, y los de Nueva Inglaterra en particular, no soportaban la idea de salir perdiendo en un negocio; y cuando el Congreso supo que el general Gates, no obstante tener rodeado a nuestro ejército y poseer sobre él una superioridad numérica de cinco a uno, había cedido a la amenaza del general Burgoyne de lanzar un ataque desesperado, dejándonos en libertad, esos señores se sintieron defraudados y buscaron un resquicio legal por el cual salirse con la suya. El general Lafayette, un joven oficial francés, que con el grado de mariscal de campo formaba entonces parte de la familia militar de Washington, dijo al Congreso que sería una estupidez ratificar el convenio. Alegó que, aunque no fuésemos enviados de nuevo a América, podríamos servir como tropas de

guarnición en algún otro punto del Imperio, permitiendo así que otros regimientos ocupasen nuestro lugar. Además, se nos podría utilizar activamente contra los franceses, a quienes la noticia de nuestra rendición alentaría ahora seguramente a concertar una alianza abierta con los americanos contra nosotros. El general Lafayette insistió en estas consideraciones militares tanto más fácilmente cuanto que la violación que proponía de una promesa dada afectaría sólo a la República Americana, pero no a su propio país. Se dice que el general Washington y otros hombres de honor no compartieron su punto de vista, sino que denunciaron con indignación los débiles y fútiles pretextos que esgrimía el Congreso para eludir sus obligaciones. Sin embargo, el general Lafayette logró vencer todos los escrúpulos, estableciendo como precedente una pretendida violación hecha por nuestro gobierno, muchos años atrás, del convenio de Kloster Seben, donde los franceses habían perdido.

Como el convenio no había sido repudiado abiertamente, nos quedaba todavía al menos la esperanza de ser canjeados por prisioneros americanos. Mientras tanto, entre nuestros guardianes corrían rumores de que el almirante Howe había hecho una tentativa de penetrar con su flota en Boston para liberarnos; y cierta noche en que fueron encendidas fogatas de colina en colina, se produjo un gr$_a$n revuelo y la milicia acudió de lejos para repeler el ataque, que se juzgaba inminente. Sin embargo, fue tan sólo una falsa alarma, organizada por los americanos para estimular el recelo popular con respecto a la buena fe británica.

Nuestro cautiverio había llegado a colocarnos en una situación muy penosa, por la falta de ocupación y la pérdida de nuestras esperanzas, pero nos consolábamos pensando que la primavera no tardaría en llegar y que la nueva campaña daría el triunfo definitivo a las armas británicas. Era del dominio público que el general Washington, único general americano que mantenía un ejército en campaña durante este invierno, había sido llevado a una situación muy apurada por sus enemigos en el Congreso, que le negaban abastecimientos, y por las deserciones de sus milicianos, que se resentían de la disciplina que les imponía. Ya no contaba más que con tres mil hombres bajo las armas en el campamento de Valley Forge, junto al río Schuylkill, y el general Howe, confortablemente instalado en Filadelfia, sólo se abstenía de atacarlo por creer que la fuerza de la revolución ya estaba rota por las rivalidades e intrigas de sus dirigentes.

Nuestra consigna era: "paciencia".

Sin embargo, antes de que transcurriera mucho tiempo, llegaron noticias de que los de las colonias habían hecho algo que no les hubiéramos creído capaces de hacer: ¡habían firmado una alianza armada con nuestros enemigos mortales, los franceses, renunciando así para siempre al nombre y a la tradición de ingleses! Desde el comienzo de la contienda, Francia había alentado secretamente a los americanos en su rebeldía, suministrándoles armas y municiones, mientras que al mismo tiempo halagaba a Gran Bretaña haciendo declaraciones de las más pacíficas intenciones. Agravaba las cosas el hecho de que los traidores de nuestro partido opositor en la metrópoli estaban en perseverante contacto con los agentes americanos en Francia, y se regocijaron abiertamente al enterarse de la capitulación del general Burgoyne en Saratoga.

Mal que me pese, debo decir que los agentes americanos que visitaban nuestro campamento y nos bombardeaban continuamente con amenazas y halagos, en un esfuerzo por persuadirnos de que desertáramos, tuvieron bastante éxito con algunos regimientos, incluso en esos primeros tiempos de nuestro cautiverio, aunque los resultados fueran muy escasos con el Noveno. Se nos prometía la libertad, carta de ciudadanía y permiso para ejercer nuestra profesión en cualquier estado en que prefiriéramos establecernos, y, si optábamos por entrar en su ejército, ¡el grado y la paga de oficial para cada hombre con tres o más años de servicio! Incluso el más reciente recluta nuestro podría ganar una bonita suma si desertaba; porque los granjeros y fabricantes acaudalados llamados a servir en la milicia se encontraban poco menos que en la imposibilidad de contratar sustitutos, y estaban dispuestos a ofrecer casi cualquier precio por ellos. Es notable el escaso número de los que mordieron esta carnada, el gran número de los que lo hicieron eran sólo desertores fingidos y pasaban a Nueva York en la

primera oportunidad que se les ofrecía. Sin embargo, toda la banda de música del Sesenta y Dos, salvo el director, fue seducida y ofreció *Yankee Doodle* y otras marchas patrióticas a un regimiento de Boston; y una vez reconocimos a un soldado del Cuarenta y Siete, que había desertado tres años antes, que llegó al campamento a caballo, luciendo el uniforme de mayor, al frente de una columna de abastecimientos. Nuestros oficiales tuvieron que pasar por el humillante trance de obedecer órdenes suyas.

El 15 de abril, cuando la primavera había llegado inesperadamente y volvíamos a ver pastos verdes por primera vez desde nuestra captura, se pasó revista a nuestra brigada, que constaba de la artillería, las tropas de vanguardia y el Noveno, y se le dijo que debía prepararse para marchar a Rutland, en el interior de la provincia, por haber decidido el Consejo de Boston que estaríamos mejor allí. Por fortuna para nosotros, un barco había arribado dos días antes de Nueva York al puerto de Boston, enarbolando bandera de tregua, con algunas cosas que nos hacían falta, o sea mantas, ropa y medicamentos; de lo contrario nos hubiéramos encontrado en una situación muy lamentable. Se nos hizo marchar por el mismo camino de Worcester que habíamos tomado en el viaje a Boston, y aproximadamente a mediodía hicimos un alto en un pueblecito llamado Weston, antes de seguir viaje a Westborough, a veinticinco millas del campamento al que debíamos llegar por la noche.

Yo estaba descansando al borde del camino, eludiendo en lo posible toda conversación con los habitantes del pueblo, que se divertían a nuestras expensas, cuando oí a alguien pronunciar mi nombre, y un sargento de la milicia americana se me acercó por entre el gentío y me cogió de la mano.

Al principio no le reconocí, pero él juró que, debiéndome la vida, debía al menos insistir en que yo tomara un refresco con él en una taberna cercana. Era un tal Gershom Hewit, cuyas heridas yo había vendado después de la lucha en Fort Anna. Primero me negué a acompañarlo, por temor a que me apresasen por abandonar la columna; pero él se comprometió a extenderme un pase, y su ofrecimiento de un vaso de *mimbo,* o sea ron y agua caliente endulzados con melaza, era muy tentador; así que subí con él la colina hasta la taberna.

Hewit me llevó a un salón privado, donde se nos sirvió el *mimbo.* Cuando el tabernero se hubo retirado, me dio unas cordiales palmadas en la espalda y me dijo que habíamos vuelto a encontrarnos en un momento afortunado, pues él estaba ahora en condiciones de prestarme un gran servicio, con lo que podía pagarme la deuda de gratitud que tenía conmigo.

Al preguntarle yo de qué se trataba, me dijo, evidentemente convencido de que aceptaría, que si yo estaba dispuesto a desertar del servicio del rey y de una causa que -debía admitirlo- era mala y estaba perdida, él podía hacerme médico de su regimiento, con una paga muy buena; ¡pues ese mismo día había sido encargado de encontrar a alguien que pudiera llenar la vacante!

-Sargento Gershom Hewit -le contesté-, usted se ha formado una opinión equivocada acerca de mi carácter. Le agradezco su ofrecimiento de conseguirme ese puesto de médico y la hospitalidad que me brinda, pero debo negarme a hablar con usted de traición, incluso en este salón privado.

Levanté mi humeante vaso y brindé por la salud del rey George, agregando:

-Si se niega a beber conmigo, tengo que beber solo.

Bebí solo, pues él se levantó y se fue sin decir palabra. Me quedé uno o dos minutos más en el salón, leyendo un manoseado ejemplar del *Poor Richard's Almanack,* para el año 1744, editado en Filadelfia por el doctor Benjamin Franklin, que estaba sobre la repisa de la chimenea.

Había en él unos versos que me llamaron la atención y los aprendí de memoria para edificación de mis camaradas. Se referían a la costumbre de Nueva Inglaterra de "arroparse", esto es, de acostarse en la misma cama dos personas jóvenes y solteras, de ambos sexos, que se tienen cariño, pero con supuesta castidad absoluta, con objeto de hacerse compañía y economizar combustible; era una costumbre que por estas tierras estaba todavía generalizada

Librodot

entre la gente pobre, que sostenía que el hombre y la mujer (habiendo sido ya santificados por la Gracia) no podían ceder a la tentación. Generalmente, la propia madre de la muchacha en cuestión metía a la pareja en la cama y apagaba la luz. Quiero señalar aquí que en América abundaban los hijos naturales; mas casi siempre el hombre se casaba con la muchacha a la que había seducido, y la ventaja de una población nutrida en un país tan extenso y rico disculpaba la falta incluso en el caso de que no fuese reparada luego por el matrimonio, siempre que no se tratara de incesto o que no fuera repetida con excesiva frecuencia por una misma mujer. El "arroparse" era motivo de frecuentes bromas, y comprobé que si en compañía de americanos censuraba chistes de esta clase, se me tomaba por un mal pensado que dudaba de la inocencia de quienes practicaban esa costumbre.

Los versos decían:

Biblis es admiradora de la soledad,
y muy amante de las tinieblas;
todas las noches apaga el fuego de su alcoba
y sólo *deja una simple chispa;*
así, se queda despierta hasta las cuatro,
caldeándose, no cabe duda, con piedad.
Y luego, ya cansada, a las cinco,
suspira... y *apaga* la chispa.

Pensé: "Éstas son gentes que nunca alcanzaré a comprender. Si esa costumbre es realmente casta, ¿cómo les gusta tanto hacer bromas alusivas al respecto? Y si es una costumbre viciosa, ¿cómo es que los ministros, que tienen tanta influencia sobre esa gente, la toleran y hasta alientan como una práctica inocente?"

En este punto de mi meditación, llegaron del local de la taberna destinado al público fuertes gritos, ruidos como si hubiese pelea y chillidos de miedo y de indignación de las mujeres de la casa. Supe más tarde que una compañía de nuestros artilleros me había seguido a la taberna en busca de un vaso de *mimbo,* y que el sargento Hewit, después de dejarme, se había unido a ellos, tratando de hacerles desertar. Le habían dado respuestas despectivas que agraviaron a los americanos presentes, produciéndose una batalla con sillas y puños. Se rompieron tres vasos, pero aparte de algunas magulladuras, los contendientes no sufrieron daño. Los artilleros se retiraron con éxito y se reintegraron a la columna en el momento preciso en que ésta reanudaba la marcha.

Cuando me disponía a salir tranquilamente de la taberna, el tabernero, temeroso de no recibir satisfacción por el daño ocasionado, gritó:

-Yo tengo posada y mujer, pero no tengo miedo. Le voy a sacar el dinero del bolsillo, lo juro. -Corrió hasta mí y, asiéndome del cuello de la chaqueta, exclamó-: ¡Vamos, canalla inglés, o me pagas estos vasos rotos o te llevo ante la justicia!

-Tabernero -le contesté-, usted sabe tan bien como yo que no estaba en este lugar cuando volaban las sillas, sino en el salón privado.

-¡Mentiroso! ¡Sinvergüenza! -gritaron su mujer y sus hijos-. ¡Usted era el cabecilla del grupo! ¡Lo hemos visto con nuestros propios ojos!

-Esto le va a costar sesenta dólares, joven -declaró el tabernero, muy serio-. Ya ve, hay testigos.

Me volví hacia la mujer del tabernero y le pregunté suavemente:

-¿Puede usted decirme, señora, pues hace mucho que las vicisitudes de la guerra me tienen alejado de mi Biblia, cuál es el mandamiento que prohíbe levantar falsos testimonios? ¿Es el décimo o el noveno?

Pero ella no se confundió:

-El mandamiento sólo prohíbe levantar falsos testimonios contra el prójimo, y el

Evangelio da claramente a entender (en el capítulo relativo al buen samaritano) que sólo es prójimo aquel que presta un servicio amistoso a un hombre. Usted no nos ha prestado ningún servicio amistoso. Muy por el contrario, ha venido a nuestro país a devastarlo y a aniquilar a nuestros jóvenes, como los asirios fueron a la tierra de Israel. Y no siento amor ni piedad por usted.

-Llame usted entonces al sargento Gershom Hewit, señora -le contesté-, pues él sí que puede llamarme prójimo, y dará fe de que yo no soy responsable de estos daños.

-Oh, no -exclamó el tabernero-, no puede escapársenos así. El sargento Hewit, aunque le ha traído a usted aquí, me está muy obligado y no perjudicaría mi negocio. El mandamiento prohíbe levantar falsos testimonios contra el prójimo, pero no dice que uno deba dar voluntariamente testimonio auténtico, ni aun cuando lo inviten a ello. Vamos, vamos, no me venga con historias y págueme mis sesenta dólares. Bueno, por amor a la paz, me doy por satisfecho con cincuenta.

No hubo manera de convencerles para que llamasen al sargento Hewit, que había vuelto a su casa con la cabeza lastimada, pues todos sabían que me estaba obligado.

Llevaba ocultas en mis botas cuatro guineas de oro, cada una de las cuales valía a la sazón lo menos cincuenta dólares en papel continentales, y prefería sacrificar una parte de mi tesoro a ser encarcelado y separado de mis compañeros. Aunque se trataba de una injusticia tremenda, me encontraba a merced del tabernero. Desgraciadamente, empero, esta salida me estaba cerrada; en cuanto revelase el secreto de mi dinero, el tabernero se lo llevaría todo, e incluso se las daría de benevolente por avenirse a aceptar veinte dólares en lugar de los cincuenta.

Cincuenta dólares en papel no era un precio tan elevado como parece a primera vista; acaso sólo fueran el doble del valor de los vasos rotos. Pues los americanos habían dependido de Gran Bretana e Irlanda para la casi totalidad de sus necesidades de objetos de vidrio y alfarería, así que tres años de guerra y, antes de la guerra, las poderosas asociaciones de colonos para evitar el uso de mercaderías manufacturadas de procedencia británica y, finalmente, la rápida depreciación del papel moneda habían elevado el precio de los más simples utensilios domésticos de medio penique a dólares. Era poco menos que imposible reemplazar lo que se rompía, y quiero mencionar a este respecto que, cuando después de la capitulación de Saratoga, el general Gates dio un banquete al general

Burgoyne y su estado mayor, sólo pudieron encontrar cuatro platos y dos vasos para tal fin en todo el campamento americano.

Para ser breve, me negué a pagar, diciéndoles que estaban en libertad de llevarme ante un juez, ante quien podrían probar mi delito, si esto les era posible. Hubo entonces un cuchicheo entre los hombres que habían intervenido en la riña con los artilleros, y, al cabo, uno de ellos avanzó hacia mí y me preguntó:

-A ver canalla, ¿sabes correr?

Le dije que correría tras el mismo diablo, pero él me pidió airado que no hiciera bromas a su costa y me explicó que deseaba saber si yo era ligero de piernas.

-¿Se trata de algún desafío? -pregunté.

-No, señor -contestó él muy despacio-, no precisamente de un desafío, sino de una provocación.

Los presentes festejaron con risotadas esta réplica y entonces comprendí que habían decidido hacerme "pasar por las baquetas" hasta la casa del juez más cercano. Pasar por las baquetas, entre las filas de un regimiento cuyos hombres estaban armados cada uno con un látigo o una correa, era un castigo que el general Washington había copiado últimamente del ejército británico e introducido en el suyo, junto con los castigos más graves de los azotes y del caballo de madera. Este último castigo, muy doloroso, que consistía en colocar al delincuente a horcajadas sobre el canto de un tablón a determinada altura del suelo, con mosquetes atados a los pies, y aplicarle cierto número de golpes en la espalda, se infligía sólo por delitos graves, como el robo de un caballo y la deserción. El general Washington acabó

Librodot

por desecharlo a causa de las lesiones permanentes que muchas veces ocasionaba, pero al mismo tiempo, por autorización del Congreso, el número lícito de azotes fue aumentado del límite Mosaico de treinta y nueve a quinientos, si bien tengo entendido que rara vez se pasaba de los doscientos. "Pasar por las baquetas", que combinaba el entretenimiento con el castigo, era la condena generalmente aplicada en todo el ejército norteamericano a los soldados que habían faltado a su deber. Como todo el regimiento ejecutaba la sentencia, los tambores quedaban librados del odio peculiar que les acarreaba en todo el ejército su desagradable deber como encargados de aplicar los azotes; y había también la ventaja de que el reo se hallaba a merced de sus camaradas, que graduaban el castigo de acuerdo con su concepto de la gravedad del delito y el carácter del delincuente como soldado.

Se me dispensó gentilmente de la precaución que, en general, se tomaba para asegurarse de que la víctima no saliera bien librada del castigo, y que consistía en que un sargento con una bayoneta apuntando al pecho del reo caminaba lentamente hacia atrás para retardar su paso. Me llevaron a la puerta de la taberna y me señalaron la casa del juez a unos cien metros de distancia, colina abajo, que se distinguía por la bandera americana que ondeaba en un palo.

-Vamos, canalla -gritó uno-, ¡mira las bandas de la Libertad!

Seguidamente su jefe me dio la señal de "¡adelante!" y al instante eché a correr. Era joven y ágil, y la pendiente, aceleró mi carrera, así que recibí sólo pocos golpes, a pesar de que una multitud de gente armada con palos trataba de pegarme a mi paso.

El juez, un hombre de rostro colorado que lucía una enorme peluca color paja, se hallaba en el corredor que rodeaba su casa y parecía divertirse con el espectáculo. Cuando me precipité dentro del santuario de su salón, fingió sorpresa por mi prisa tan poco ceremoniosa y me preguntó con voz desapacible qué modales eran ésos. Pronto llegó también el tabernero, llevando en una bandeja los vasos rotos como prueba contra mí, para reivindicar de mi bolsillo los cincuenta dólares. Dijo sin embargo:

-Vamos, le juro que soy un hombre compasivo. Me doy por satisfecho con cuarenta, que es baratísimo.

El juez me llamó canalla y vulgar camorrista, y, sin escuchar mi defensa, me amenazó con enviarme a los barcos-prisión de Boston, donde me tendrían a pan y agua, si no pagaba al instante. Sin embargo, seguí declarando que no había participado en los desmanes y reté a todo el mundo a demostrar lo contrario, pidiendo que se me hiciera justicia. Observé que evidentemente había logrado crear un escrúpulo en la conciencia de la mujer y las hijas del tabernero, pues no se atrevieron a prestar declaración jurada contra mí. Sin embargo, como el tabernero mismo se mostró muy insistente, el juez rechazó mi defensa y repitió que yo iría a parar a los barcos si no ponía el dinero sobre la mesa.

A lo cual declaré lo siguiente:

-En cuanto al dinero, señor, por más que usted presione y amenace, no puede sacar sangre de un guijarro ni monedas de un pobre. Está usted en libertad de registrar mis bolsillos y coger lo que encuentre, pero nada más. Siempre he creído que los hombres de Massachusetts eran gente razonable. -Luego saqué dos dólares en papel continentales y una moneda inglesa de seis peniques, todo lo cual deposité sobre la mesa—. En cuanto a eso de enviarme a Boston —proseguí—, sólo le ocasionará molestias; tampoco reparará la pérdida de los vasos, que, lo repito, yo no he roto; y eso testificaría de buen grado el sargento Gershom Hewit, quien me está obligado por haberle salvado la vida, si fuese citado para declarar.

Me pareció que el juez no quería ofender a Gershom Hewit. Después de deliberar entre ellos por un rato, el asunto quedó arreglado satisfactoriamente para todos. El precio de los vasos rotos iba a ser cubierto mediante una contribución voluntaria de toda la compañía, que a cambio solicitaron el placer de azotarme de nuevo, ya que no habían conseguido hacerlo a su gusto la primera vez.

Fui pues llevado a la puerta y sujetado por el juez y sus hijos, hasta que mis enemigos se

hubieron apostado en fila entre la casa y el camino de Westborough, prontos a pegarme. El juez pidió que dieran la señal, y cuando la dieron, me soltaron. Una vez más eché a correr pasando junto a la fila, si bien el terreno no me favorecía como antes; pero a pesar de que el número de mis atacantes había aumentado considerablemente a raíz de la noticia de mi arresto, que había circulado por toda la ciudad, no recibí en total más de una docena de golpes. La confusión de ellos y su avidez por asestarme golpes en la cabeza, carente de protección, no les permitían conseguir su propósito, y yo esquivé los golpes con una agilidad que me sorprendió a mí mismo. No me persiguieron una vez que hube llegado al camino, y caminando con paso rápido pude reunirme con mis compañeros. Pero durante muchos días me dolieron la cabeza y el cuerpo.

Librodot

3

A nuestra llegada a Rutland, diez millas más allá del municipio de Worcester, nos encontramos con que no se había preparado nada para nosotros. En un lugar cubierto de bosques, lejos de todo punto habitado, se nos entregaron hachas para talar gran número de árboles y cortar de ellos estacas de cinco y de veinte pies de largo, terminadas en punta por ambos extremos. Luego se nos ordenó hundir estas estacas firmemente en la tierra, muy juntas unas de otras, formando una cerca que encerraba un recinto de dos o tres acres de superficie. Sólo cuando hubimos terminado este trabajo se nos permitió construir cabañas que nos sirvieran de resguardo y alojamiento; para tal fin tuvimos que talar más árboles y llevarlos a un aserradero que quedaba a algunas millas de distancia para procurarnos tablones. Se nos proporcionaron algunos da-vos para nuestro trabajo de carpintería. En cuanto a sillas, nos contentamos con usar troncos de árboles o bloques redondos; dos bloques con un tablón colocado sobre ellos servían de mesa, y unas estaquillas hacían las veces de alacenas.

En un ángulo de la cerca se construyó un portón, y fuera del portón se levantó la garita del centinela. Aquí estaban continuamente apostados dos centinelas americanos, y nadie podía salir sin un pase extendido por el oficial de la guardia; pero éste era un privilegio otorgado a pocos, salvo para el trabajo de tala y transporte de troncos. Alrededor del recinto estaban apostados otros centinelas, a una distancia oportuna unos de otros, armados con fusiles cargados. Nuestra alimentación consistía en exiguas raciones de arroz y tocino salado, y no teníamos para beber más que agua, si no pagábamos fuertes sumas a los guardias. La bebida favorita allí era la sidra.

Los agentes americanos eran muy activos tratando de lograr nuestra deserción, pero se les hacía poco caso, salvo por parte de los peores soldados. No causará extrañeza si digo que Brooks el Carterista se dejó seducir para desertar de su deber. Fue tentado a venderse como sustituto de un sombrerero de Danbury, pero pronto desertó del regimiento de la milicia de Connecticut al que lo habían incorporado y se refugió en el estado de Massachusetts, donde no podía ser apresado, entrando como criado al servicio de una familia. También el cabo Buchanan nos dejó, para no volver más. Había sido ascendido a sargento para llenar una vacante que se produjo, y un oficial le había entregado dinero para proveer de calzado a la compañía, pues antes de su enrolamiento había sido zapatero remendón. Su pase le permitió ir hasta Worcester, donde debía comprar cuero, y allí conoció a una joven en una taberna y se dejó seducir, teniendo relaciones con ella. La mujer se declaró dispuesta a no acusarlo de estupro a condición de que él le entregara todo el dinero destinado a la compra de cuero. Temeroso de ser castigado si volvía con las manos vacías, Buchanan se fue entonces al pueblo de Taunton, unas cuarenta millas al sur de Boston, donde lo empleó un zapatero para hacer zapatos con el cuero que llevaban los clientes. Con su salario y el producto de la venta de zapatos para niños y del cuero que le sobraba de los encargos pudo juntar en el término de seis meses una bonita suma de dinero. Entonces escribió a un hombre, zapatero como él, que servía en el Catorce, instándole a desertar y proponiéndole asociarse con él. Pero a pesar de que el sargento Buchanan le pintó en vivos colores los placeres de la libertad y del trabajo, el hombre permaneció leal.

Seguíamos viviendo en este campamento, sin trabajo y sin alimentación suficiente; sin duda los americanos trataban de inducirnos así a desertar. Sin embargo, nuestros oficiales nos recalcaban continuamente que a la larga, por el honor de la naciente República Americana, el Congreso se vería obligado a cumplir con sus obligaciones y ponernos en libertad. Continuábamos, pues, cargados de paciencia. Nuestros sufrimientos se agravaron a raíz de la decisión del general Sir Henry Clinton, que había sucedido al general Sir William Howe en el mando de las fuerzas inglesas en América, de no mandarnos más nuestra paga en efectivo. Sostenía que la gran cantidad de metálico que se nos debía no había que ponerla en circulación entre los americanos, que lo usarían para comprar armas en Francia, y que esto les

induciría a mantenernos por más tiempo en cautiverio. Muchas personas de los estados del Sur, donde la moneda emitida por el Congreso estaba aún más depreciada que aquí, habían venido a nuestro campamento de Prospect Hill con objeto de cambiar papel por moneda. Debían tomar muchas precauciones, pues tales transacciones eran calificadas de traición. Por ese entonces, dos oficiales alemanes denunciaron a un comerciante de Virginia que se negaba a darles por sus guineas la cantidad de papel moneda que exigían, y el hombre fue llevado preso. Sufrimos, pues, por el bien público, y el papel moneda que nos daban a nosotros llegó a ofrecer tan poco interés para los americanos, a causa de su depreciación diaria, que si bien no osaban rechazarlo nos decían que no tenían nada que vender de lo que necesitábamos, o que nuestro dinero era falso. Debo mencionar aquí que leales americanos habían impreso en Nueva York una cantidad inmensa de billetes del Congreso falsos, haciéndolos circular por el territorio revolucionario con el objeto de minar la fe pública en la emisión legítima, fe que ya se estaba tambaleando. Era, pues, natural que la gente sospechara que el papel moneda que ofrecíamos nos era suministrado por el pagador que estaba en Nueva York.

Nos entreteníamos organizando partidos de boxeo, jugando "a la una la mula" y haciendo carreras, o jugando a las cartas mientras resistían nuestras manoseadas barajas. También poníamos en escena las obras de Shakespeare, siendo frecuentemente elegido yo, por mi buena memoria, para representar el papel principal. Mi mayor éxito era en el papel de Edgar en la *Tragedia del Rey Lear*, y recuerdo las risotadas del auditorio cuando representando a tal personaje me tocaba quejarme de hambre, presentándome en una escena disfrazado del harapiento Tom o Bedlam: cómo "ratas, ratones y otros bichos han servido de alimento a Tom durante siete largos años". Esas palabras nos tocaban la vena sensible, pues nosotros completábamos nuestras raciones con toda clase de pájaros y otros animales que cazábamos con trampas. Y todos sabían que mi mano izquierda estaba infectada debido al mordisco de una ardilla que había tratado de atrapar con fines culinarios. Y también: *"Hopdance* en el vientre de Tom pide a gritos un par de arenques. Cállate, ángel negro, que no tengo comida para ti." ¡Qué no habríamos dado nosotros por un buen arenque preparado a la manera de Dublín!

Jane Crumer era una actriz popular, y en una ocasión representó el papel de Desdémona, siendo yo Otelo. Era también admirada y compadecida por todos por la lealtad que profesaba a su marido. Ese pobre muchacho se había restablecido físicamente de la herida en la cabeza recibida durante la lucha en Freeman's Farm, pero a pesar de ser todavía buen mozo y fuerte como Hércules, ese golpe le dejó bobo para toda la vida e incapaz de realizar la más simple faena del campo. Económicamente, Jane estaba mejor que la mayoría de nosotros. En recompensa por sus servicios en Saratoga, donde había ido a buscar agua al río, los oficiales heridos a quienes benefició su valeroso comportamiento le habían arrojado a la falda dinero por valor de no menos de veinte guineas.

En el transcurso de ese verano nos familiarizamos con los hermosos pájaros del país, que alentábamos a que nos visitaran arrojándoles migas de pan: el cardenal, cuyo plumaje era de un color escarlata tan vivo como una chaqueta militar nueva; el azulejo, una especie de grajo pequeño, cuyas plumas combinaban todos los matices del azul, desde el pálido del alba incipiente hasta el azul subido y el azul real de las sedas finas; el pájaro de fuego, que parecía una llama viva, y el pájaro colgante, cuyo plumaje anaranjado estaba salpicado de negro. Jane Crumer fue obsequiada por un centinela con un nido del pájaro colgante, que parecía un avispero y pendía del extremo de una ramita mediante hilos de cáñamo. Las crías resultaron ser muy mansas y ella les enseñó muchas cosas. Picoteaban migas en sus labios, gorjeaban al unísono y cesaban de gorjear a una señal, y hasta "morían por su patria". Había otro pájaro, que los americanos llamaban petirrojo a causa de su pecho bermejo, pero que era tres veces más grande que un verdadero petirrojo y no cantaba. Esos pájaros eran muy inferiores en materia de canto a los de Irlanda; no oíamos los jubilosos trinos de la alondra ni la quejumbrosa cantilena del ruiseñor, ni tampoco el canto melodioso del zorzal. En cuanto al

Librodot

pájaro que los americanos llaman mirlo y que tenía el mismo tamaño que nuestros mirlos, pero que lucía alrededor del cuello un collar de irisadas plumas azuladas, me resultó muy antipático. Estos pájaros no emiten un dulce sonido aflautado, sino que lanzan gritos ásperos y desagradables, por lo cual les llaman "grajos" en algunas partes del país. Songrandes ladrones y tiranizan a los pájaros más pequeños, aparte de ser excesivamente lujuriosos.

Un par de grajos anidaba al principio en un árbol al otro lado de la cerca, y un día un centinela cazó al macho para divertirse. Esto nos pareció un acto reprobable, pero la hembra enviudada, por algún medio que no pudimos averiguar, llamó pocas horas después a otro macho, que se hizo cargo de todos los deberes y derechos de cónyuge. Entonces el centinela cazó también a este macho, y he aquí que a la mañana siguiente la desconsolada viuda ya había encontrado un tercer compañero. El mismo centinela dio muerte sucesivamente a siete machos, y cada vez la hembra atraía misteriosamente de las alturas a otro. "Por último, la mujer también pereció", observó este jocoso nativo de Nueva Inglaterra, citando los Evangelios, y esta vez tiró a la hembra misma. La mató, pero el cuerpo quedó suspendido de la rama por una patita, con la cabeza colgando hacia abajo. Ni aun muerta perdió sus atractivos para el otro sexo, pues dos días más tarde, cuando su cuerpo ya estaba pudriéndose, apareció otro macho, que empezó a erizar el plumaje y se le acercó pavoneándose, tal como habíamos observado en los anteriores cortejos de que fue objeto esta ave tan dotada de atractivos.

Lejos como estábamos de todo lugar habitado, no vimos árboles frutales en flor, que son la gran belleza de Massachusetts en la primavera, pero junto al portón crecía un hermoso cornejo, una especie de rosal blanco, que al principio tenía más flores que hojas y resultaba muy decorativo. La madera de este arbusto era muy dura y fibrosa, y la utilizábamos para confeccionar cepillos para los dientes. En verano se atan ramas de cornejo alrededor del pescuezo del ganado, pues tienen la virtud de reanimar a los animales agotados por el sol. Las flores carecen de la fragancia que pudiera esperarse de su belleza. Así como los pájaros en general no cantan, las flores carecen por lo común de aroma. Una vez pasada la floración de los árboles frutales, ya no cabía esperar nada en cuanto a flores. Un verano en Nueva Inglaterra es un verano sin rosas silvestres ni madreselvas, así como la primavera llega y se va sin campanillas, narcisos, primaveras ni margaritas.

Sin embargo, en los bosques que nos rodeaban había castaños, nogales, cedros, hayas, robles, pinos y los delicados tuliperos con sus curiosas hojas y flores verdes parecidas a tulipanes que ostentan durante quince días; como también sasafrases, cuyas flores eran utilizadas por los americanos como grato sucedáneo de esa perdición de su país, el té, y también como un rápido tinte amarillo para las prendas de lana, y zumaques de campanillas coloradas, cuyas hojas fumaban los indios, utilizándolas también como medicamento vulnerario, como relaté en mi primer libro.

Las noches eran muy ruidosas en este campamento, a causa de una colonia de ranas de un pantano próximo, que producía un alboroto como el gentío en una feria de ganado irlandesa, con numerosos tonos distintos y voces mezcladas. Había también lechuzas que gritaban lúgubremente, y un mochuelo llamado *whippoorwill,* nombre que sugería su repetido grito; le llamaban también *The Pope* (El Papa), por emitir el pájaro la palabra *pope* cuando se posaba sobre una rama o una cerca.

El verano pasó lánguidamente y seguimos recluidos en el campamento. A nuestros oficiales se les permitió alojarse en las granjas de la vecindad e ir al campamento para pasar lista y realizar las demás tareas de rutina. Pero se quejaban de ser frecuentemente tratados mal por los habitantes, y un día Mr. Bowen, que había' sido designado médico del Noveno (siendo yo restituido al servicio corriente), fue atacado a latigazos por un concejal que le acusaba de invadir sus tierras. Cuando ante el insulto reaccionó con un golpe, él y dos oficiales que le acompañaban, pero que no habían intervenido en la refriega, fueron llevados al calabozo común. Allí los retuvieron durante varios días obligándoles a dormir sobre el suelo, donde los guardias los salpicaban con tabaco mascado para divertirse, y hacían bromas soeces a sus

Librodot

expensas. Pareció que Mr. Bowen iba a estar durante mucho tiempo separado de nosotros, pues más tarde fue recluido por las autoridades civiles en la cárcel municipal de Worcester. Por eso yo volví a ser designado médico interino y se me otorgó un pase, como en Prospect Hill; con gran satisfacción mía (aunque sentía lástima por Mr. Bowen), pues la reclusión en el campamento abrumaba mi espíritu. Sin embargo, Mr. Bowen y sus compañeros consiguieron al cabo de pocas semanas su excarcelación; requirieron los servicios de un abogado de Worcester que se encargó (por una considerable remuneración) de probar un fallo en la acusación que pesaba sobre ellos. Convenció, en efecto, al jurado, de que la acusación era inconsistente, pues especificaba un delito contra los Estados Unidos, siendo sin embargo evidente que la violación de la paz (hecho que no negó en nombre de sus clientes) podía afectar únicamente al estado de Massachusetts.

En agosto fui ascendido al grado efectivo de sargento, para llenar la vacante que había dejado la deserción de Buchanan. Hasta entonces había cumplido los deberes de sargento y ostentado el grado sin recibir la paga correspondiente a dicha graduación ni disfrutar de los privilegios que comportaba. Era raro que un hombre modesto como yo fuese ascendido a sargento tras sólo ocho años de servicio militar, y yo me enorgullecí mucho de ello.

En septiembre nos enteramos de que Sir Henry Clinton había apelado una vez más al Congreso en interés de nuestro ejército. En una carta dirigida al presidente del Congreso y fechada en Nueva York, el 19 de septiembre de 1778, notificó a dicho cuerpo que Su Majestad le había dado órdenes expresas de reiterar su demanda de que se diera cumplimiento a las cláusulas del convenio de Saratoga, y de conseguir la autorización para que se nos embarcara en el puerto de Boston en transportes que se enviarían hacia aquel puerto.

El Congreso envió una respuesta que el conde Carlisle (uno de los negociadores de paz que a la sazón se hallaban en Nueva York) calificó con mucha razón de "grosera y descarada".

La respuesta decía así:

SEÑOR,

Su carta del 19 ha sido sometida a la consideración del Congreso, y he sido encargado de informar a usted que el Congreso no contesta cartas insolentes.

Firmado, CHARLES THOMPSON, *secretario.*

Esta noticia hizo cundir la desesperación entre nuestra gente, y muchos que habían parecido absolutamente leales no hicieron un secreto de su intención de desertar, ahora que la lealtad no reportaba honor ni ventaja alguna. Hasta Johnny Maguire el Loco decidió hacerlo. Vino a verme y, estrechándome la mano, dijo:

-Gerry, muchacho, me voy. Vamos, no pongas esa cara disgustada. Mientras los americanos me mantienen preso aquí, ya no soy soldado del rey, ¿no es cierto? Y si me dices que es deserción dejar un servicio que ya no existe, eres un mentiroso, ¡qué caramba! Ya que no puedo servir a mi rey con el arma en la mano, me niego a comer a sus expensas sin hacer nada, por pobre que sea la comida. Así que me voy, Gerry. Iré a trabajar a la granja de mi hermano Corny, como él me ha pedido, hasta que cambien las cosas. Estoy perdiendo mi vigor y mi alegría de vivir, y esto me entristece mucho.

No pude decidirme a disgustarme con Johnny Maguire el Loco. Le estreché la mano y le expresé la firme esperanza de que volviéramos a vernos una vez terminada la guerra. Sin embargo, al decir esto me daba cuenta de que la guerra tal vez se prolongaría aún durante meses y acaso años, ahora que la tambaleante causa de los americanos había sido reforzada con la ayuda francesa. Temía también que los españoles y los holandeses pudieran prestar igualmente su apoyo al ver nuestra difícil situación, temor que no tardaría en quedar justificado.

En octubre se me concedió un pase para visitar el pueblo de Brookfield, que quedaba a

Librodot

una buena jornada al sur. Era un deber triste el que me habían impuesto mis superiores: visitar al sargento Buchanan y al soldado Brooks en sus últimas horas, pues el jurado los había condenado muy justicieramente a la horca por el crimen de asesinato. La primera noticia que recibimos de este fallo la contenía una carta escrita por el sargento Buchanan al teniente coronel Hill, y que decía más o menos esto:

Al teniente coronel John Hill,
comandante del Noveno regimiento del ejército de la Convención en Rutland

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

Con profunda pena y sincero arrepentimiento someto a su consideración mi presente caso. Ha de saber usted que en el mes de mayo último recibí de mi oficial el encargo de confeccionar botas para la compañía, y que se me entregó la suma de ciento cincuenta dólares en moneda del continente para comprar cuero, hilo, piedra para batir el cuero, leznas, etcétera. Este dinero me fue sustraído en una taberna y, ante la imposibilidad de recuperarlo y dándome vergüenza volver con las manos vacías, me encaminé al pueblo de Taunton, donde ejercí mi oficio para rehabilitarme. Cuando había ahorrado lo necesario, emprendí, en julio, el regreso a Rutland, con la esperanza de conseguir el perdón de Vuestra Excelencia. Entonces conocí al soldado Thompson, que había desertado de la compañía de Granaderos y quien me informó que yo había sido declarado desertor y reemplazado por el sargento Roger Lamb. Al enterarme de esto resolví huir a Montreal, donde había dejado a mi mujer y a mi hijo, con la esperanza de obtener perdón por intermedio del general Sir Guy Carieton, al que me presentaría.

De camino hacia el Canadá pasé por este pueblo de Brookfield, donde reparó en mí una tal Mrs. Spooner, hija del bien conocido general Ruggles, que se destacaba por su apego a la causa del rey y me ofreció ayudarme con todos los medios a su alcance para llegar sano y salvo al Canadá. Por desgracia para ella, Mr. Spooner, su esposo, era un ardiente partidario de los revolucionarios y esto era causa de discordias domésticas que le hacían sentir un odio feroz hacia él. El apego común a la causa de Su Majestad fue un vínculo que nos unió a Mrs. Spooner y a mí, así que me enamoré profundamente de ella, aunque no me percaté de que el cariño que ella a su vez demostraba profesarme no era más que un simulacro. Pues (como ahora me doy cuenta) su propósito era usarme como el instrumento de sus designios y deshacerse del esposo para casarse con su criado. Cuando Mr. Spooner salió de viaje para Boston, ella me reveló un plan que había concebido para eliminarle, echando veneno en la comida que tomaría en una fonda del camino, y venció mis escrúpulos declarando que su esposo era un oficial del ejército rebelde y que, por lo tanto, darle muerte en tiempos de guerra era "matar, no asesinar".

Este plan fracasó, porque el hombre (según afirmó ella) bebió tan copiosamente en la fonda que vomitó el veneno, y Mr. Spooner regresó inesperadamente a casa, sorprendiéndome sentado en la sala. Se mostró muy disgustado por ello y, dirigiéndome muchos insultos que no quiero detallar aquí, me ordenó que me fuera. Mrs. Spooner me buscó otro alojamiento y se comunicó en secreto conmigo por medio del criado, su amante. Me aseguró que si yo la ayudaba a librar al mundo de aquel monstruo me daría una considerable suma en productos y tierras e iría conmigo en calidad de esposa a donde yo quisiera. Le contesté que me negaba a cometer ningún acto de violencia, y que tenía obligaciones con mi mujer y mi hijo, replicando ella que yo era un soldado y faltaría a mi deber si vacilaba en eliminar a tan enconado enemigo de mi soberano. Si yo accedía, ella me conduciría sano y salvo al límite canadiense (donde su esposo poseía tierras que a su muerte pasarían a manos de ella), haciéndome pasar como criado suyo, si yo no consentía en que me llamara esposo. Una vez allí me dejaría cruzar la frontera y ponerme a salvo.

En eso, ocurrió que el soldado Brooks, de mi compañía, pasó por Brookfield "castigando al gato", que es un término de la jerga que se usa por aquí para decir que se recorre el país ofreciéndose para trabajos temporales en las granjas. En un momento de ofuscación asocié a Brooks conmigo para la proyectada acción violenta, prometiéndole la mitad de la suma en metálico que Mrs. Spooner se había comprometido a pagarme. Un día, cuando Mr. Spooner se había alejado a caballo cierta distancia de la casa, resolvimos llevar a cabo nuestro propósito cuando regresara, por la noche. Brooks fue elegido para darle muerte, pues yo temblaba ante la idea de manchar mi mano con la sangre de un hombre desarmado. Y ya conoce Vuestra Excelencia sin duda de antiguo el carácter de Brooks, hombre dispuesto a todo.

Esa noche, Brooks, armado con un pesado garrote de nogal, se puso al acecho en un lugar conveniente cerca de la puerta de la mansión de los Spooner, y le fracturó el cráneo al desgraciado en el instante en que éste se disponía a entrar en la casa. Arrojamos el cadáver en un profundo pozo, y Mrs. Spooner nos entregó una suma de dinero y nos aconsejó ocultarnos hasta que ella pudiera explicar de algún modo plausible la desaparición de su esposo. Sin embargo, no pudo evitar que el criado la abandonara. Él se fue con nosotros, declarando que no podía casarse con una mujer que se regocijaba así ante el cadáver maltrecho de su esposo. Su abandono apenó mucho a Mrs. Spooner, y llevada por su ofuscación informó a sus vecinos que un grupo de desertores británicos había saqueado su casa y asesinado a su esposo, llevándose el cadáver. Así se descubrió todo y fuimos apresados en el pueblo de Linn, donde yo trabajaba en una fábrica de calzado. Nuestro crimen común fue, pues, descubierto, y el cadáver sacado del pozo.

Cuando el brazo de la ley se puso sobre mi hombro, me di cuenta plena del crimen horrendo del que había sido cómplice, y cuando el jurado me condenó a muerte, me resigné en cierto modo a mi suerte, pues el sacerdote que me visitó en la prisión me dijo que si yo daba pruebas de un arrepentimiento sincero y confesaba plenamente mi terrible maldad, me diría cómo pasar a la eternidad con el ánimo sereno, confiando en la infinita misericordia de Dios para con los pecadores. Sus palabras me llegaron al corazón y al instante me arrodillé para rezar con él. Tras rezar por espacio de algunas horas, vi la luz y supe en mi corazón que Dios me había perdonado. También mi compañero de maldad, el soldado Brooks, experimentó un cambio completo desde nuestra encarcelación, y aguarda con impaciencia la muerte que redimirá su alma de su cuerpo pecador, dejándola volar a mansiones eternas.

Tenga a bien Vuestra Excelencia perdonar a los dos de corazón por el oprobio que hemos causado al regimiento, accediendo, con su bien conocida generosidad, a enviar aquí a uno de nuestros antiguos camaradas, para que esté presente en la hora de nuestra ejecución, y nosotros no rindamos el alma completamente rodeados de extraños en esta tierra extraña. Consideraríamos un gran favor que fuera el sargento R. Lamb el elegido para tal servicio, pues será un digno depositario de nuestros últimos deseos y nuestro último adiós, y persona de cuyos propios labios esperamos oír el perdón por ofensas pasadas.

Quedo de V. E., su seguro y sinceramente arrepentido servidor, el pecador

J. BUCHANAN
(ex sargento)
BROOKFIELD, CÁRCEL MUNICIPAL
15 de octubre de 1778

Durante mi expedición a Brookfield, que realicé en un solo día, tomé un refresco en una taberna del camino, y el tabernero, una persona juiciosa, me informó sobre el reciente desarrollo de la guerra, desmintiendo o aclarando con su relato muchos rumores desorbitados que habían circulado en nuestro campamento. Me contó que el Parlamento británico había sometido al Congreso propuestas de paz y enviado agentes con este fin poco después de divulgarse la noticia de la alianza francesa. Estas propuestas incluían la renuncia al derecho de

Librodot

recaudar impuestos en América y a toda reivindicación que pusiera trabas al libre desenvolvimiento del pueblo americano, así como el indulto para todos los rebeldes, siempre que no fuera cortado el vínculo que unía a los dos países, esto es, la lealtad común a la Corona. Pero a estas alturas se había levantado tanto odio contra Gran Bretaña, y el pueblo de América esperaba que la alianza con los franceses daría lugar a una expansión tan grande de su comercio, que el Congreso no tardó en repudiar a los agentes enviados por el Parlamento. Tal decisión entristecía a muchos americanos que se consideraban todavía británicos; pero eran impotentes frente al clamor de los patriotas que consideraban a Inglaterra como una nación condenada a una bien merecida destrucción.

A fines de junio nuestro ejército principal al mando del general Clinton había abandonado la ciudad de Filadelfia (donde se designó al general Arnold gobernador militar) y, retirándose a través de Nueva Jersey, había hecho frente al ejército del general Washington en la tenaz acción de retaguardia de Monmouth y regresado sano y salvo a Nueva York. El general Washington había avanzado hasta el río Hudson, cruzado su cauce, acampado en White Plains, en las Highlands, amenazando a Nueva York, y apoderándose de la fortaleza de West Point, más o menos a mitad del camino, aguas arriba, de Albany, su reducto principal junto al río. Entonces, nuestras fuerzas de Nueva York habían realizado una o dos incursiones muy enérgicas y victoriosas en ambas márgenes del río Hudson y contra pueblos e islas de la costa de Nueva Inglaterra, tomando un gran botín y destruyendo gran número de barcos corsarios.

En cuanto a los franceses, hasta entonces habían defraudado las esperanzas de los americanos, a pesar de que una flota francesa muy superior numéricamente a nuestra escuadra había llegado a aguas americanas y tratado, en cooperación con el general Sullivan y una gran fuerza de milicianos de Nueva Inglaterra, de copar y capturar la guarnición británica de Newport, en Rhode Island. No tardó en crearse una antipatía recíproca entre estos precarios aliados, y los franceses se retiraron, ofendidos. Además, en Boston, un grupo de apasionados marineros franceses atentó de tal manera contra la moral de aquella ciudad puritana, que los habitantes dieron muerte en la calle a un oficial francés. La alianza habría terminado en aquel momento y lugar a no ser por el Consejo de Massachusetts, el cual, temeroso de las consecuencias de este acto de locura popular, se apresuró a votar un monumento al francés asesinado. ¡El crimen fue imputado políticamente a marineros británicos capturados y a nosotros mismos, el lastimoso ejército de la Convención! Entretanto, muchos de los hombres del general Sullivan se habían pasado a nuestras filas y fue levantado su asedio a Newport, que se había hecho peligroso. En fin, la guerra no iba tan mal para nuestra causa, después de todo, si bien frente a nuestros éxitos había que poner la captura de casi mil buques mercantes británicos por corsarios americanos por un valor total de dos millones de libras esterlinas.

El mismo tabernero me informó también sobre una incursión muy cruenta realizada por leales americanos e indios de las Seis Naciones contra un distrito fronterizo de Pensilvania; fue completamente devastado un valle entero, el del río Wyoming, y muchos prisioneros fueron quemados atándolos a estacas. Dije que esperaba sinceramente que este relato de salvajismo indio fuera no menos exagerado que relatos anteriores de esta índole.

El hombre no me mostró hostilidad por el hecho de que yo fuera un soldado al servicio de Gran Bretaña, sino que me compadeció en cierto modo, lo que me disgustó no poco. Me dijo que hacía algunos años había visitado Dublín, y me preguntó con toda sinceridad cómo podía yo conciliar mi actuación militar con el sentido común. ¿No opinaba yo, aunque evidentemente no me consideraba como un esclavo y me enorgullecía de mi subordinación al rey, que la tierra libre de América era de todo punto preferible a la de Irlanda? Dijo que, por su parte, había visto tantas cosas desagradables en medio del esplendor y la soberbia de los ricos en la ciudad de Dublín, que su impresión de conjunto fue la de pena y de horror.. ¡Tantos enjambres de mendigos callejeros! ¡Tantas bandadas de criaturas miserables! ¡Tanta gente degradada y desamparada! ¿Cómo los labriegos de Irlanda y de la misma Inglaterra se

Librodot

las arreglaban para vivir con salarios tan bajos, siendo tan caros los artículos de primera necesidad? Me dijo que no se lo explicaba. Y sin embargo, pese a tanta pobreza y miseria, se le exigía al pueblo impuestos con implacable rigor, para engordar a los esbirros del trono y dar pensiones y prebendas a esos aristócratas holgazanes. Me enseñó un diario que recalcaba la presente situación miserable de Irlanda, e informaba (sin mucha exageración, como advertirán mis lectores) que mi país estaba al borde de la ruina. La ruptura con las colonias había cerrado el mercado principal de la industria del lino, el comercio de víveres estaba aniquilado por una proclama real, los precios del ganado vacuno y lanar habían bajado, y millares de fabricantes se veían obligados a cerrar sus fábricas. En Dublín el pan se vendía a precios de verdadera carestía, y multitudes hambrientas desfilaban por las calles llevando un crespón negro en señal de su desgracia, en tanto que en el campo "los miserables que quedaban apenas parecían seres humanos".

A duras penas contuve las lágrimas al leer ese diario, pensando en las penurias a que mis propios padres y hermanas estaban necesariamente expuestos, y en mi actual impotencia para prestarles ayuda. Sin embargo, las preguntas del patrón no surtieron sobre mí el electo deseado; le dije que, aunque él me considerara por ello un hombre depravado, permanecería en todas las circunstancias leal al rey al que había jurado fidelidad, y que las actuales penurias y miserias de Irlanda y de Inglaterra tenían su origen en gran parte en el hecho de que los americanos habían faltado a ese mismo juramento de fidelidad, lo cual causaba enormes sufrimientos y gastos a los tres países.

-¡Vaya un irlandés raro que es usted! -exclamó él-. ¿Acaso no es cierto que el carácter nativo y la idiosincrasia política de su pueblo siempre han tendido a la rebelión, y que los irlandeses siempre y como un solo hombre se han resentido de la dominación de los reyes británicos?

-Eso, señor -le contesté-, es una calumnia tradicional en los historiadores. Precisamente lo contrario es cierto; a lo largo de más o menos veinte reinados que han sucedido a la sumisión inicial de los príncipes irlandeses, la lealtad de Irlanda a los reyes de Inglaterra se ha roto muy rara vez. Con frecuencia soldados irlandeses han sido llevados a Inglaterra para proteger a sus soberanos contra las insurrecciones de rebeldes británicos. En el mismo período hubo en la isla más grande más de treinta guerras civiles de mayor o menor importancia, y se destronó a cuatro monarcas británicos, asesinándose a tres.

Entonces, él cambió la dirección de su ataque:

–Bueno, si usted dice la verdad y me han informado mal, me sorprende sin embargo que las continuas crueldades y desatinos de los gobernantes británicos no le hayan llevado a romper con la causa británica. Lo que es yo, no quisiera vivir en ninguna parte como no fuera en la libre tierra americana.

Repliqué a esto que ponía en duda la prosperidad política de un país que expulsaba a sus conservadores, lo mismo que la de un país que colgaba a sus liberales. Pero lo complací diciéndole que había en América muchas costumbres o inclinaciones de mi agrado y que podrían ser trasplantadas con ventaja a Irlanda; por ejemplo, la hospitalidad y ayuda mutua que se prestaban las gentes de tierra adentro y el gran valor que se daba a la educación. Sin embargo, le juré que nunca sería capaz de renegar de mi país natal, y que a mi regreso haría lo posible por mejorar sus condiciones a la luz de mis nuevas experiencias, como un súbdito leal del rey.

Algunos meses más tarde recibí la noticia de que mi padre había muerto en Dublín casi el mismo día en que tuvo lugar esta conversación, abrumado por la pobreza y las deudas y muy apenado por haber sido informado que yo había muerto en la batalla de Saratoga. Falleció, empero, en un tiempo en que las cosas de Irlanda empezaban, al fin, a enderezarse un poco. Recordarán mis lectores que al finalizar ese mismo año el rey George tuvo la condescendencia de considerar las reivindicaciones de mis compatriotas, a lo cual fue impulsado por manifestaciones de lealtad, por demás extraordinarias, de mis paisanos, realizadas el 4 de noviembre, cumpleaños de Guillermo de Holanda. Cuarenta mil voluntarios

Librodot

irlandeses que habían sido alistados para- repeler las incursiones contra nuestras costas con las que amenazaba el capitán de un corsario americano, Paul Jones, desfilaron ante la estatua del rey Guillermo en College Green, en Dublín, disparando salvas al aire, agitando banderas y arrastrando cañones a los cuales estaban atados carteles que decían: "¡Libre comercio o esto!" Esta manifestación tuvo un efecto inmediato. En diciembre, el Parlamento en Westminster votó resoluciones concediéndonos a los irlandeses la libre exportación de nuestros productos y manufacturas, así como privilegios en el comercio con las colonias británicas iguales a los que disfrutaban los comerciantes de Inglaterra y de Escocia.

En Brookfield me costó poco trabajo conseguir acceso a la cárcel, diciendo al llavero que el ministro metodista que era capellán de los presos sabía sin duda que se esperaba mi visita. Fue llamado el capellán, que me condujo a la celda, donde Buchanan y Brooks me recibieron con palabras tan santas que quedé asombrado. Ambos imploraron mi perdón, que les concedí de buen grado, por los engaños, fraudes y crueldades de que me habían hecho victima -de los cuales ignoraba algunos, en tanto que otros ya no los recordaba-, y trataron de convertirme a su propio estado de éxtasis religioso. Antes de su encarcelación, Brooks había sido no solo un hombre notoriamente profano, sino casi ignorante; pero desde su reclusión se había entregado con tal empeño a una lectura devota de las Sagradas Escrituras, que ahora podía leerlas con facilidad, explicarlas de una manera edificante a sus desgraciados compañeros que compartían su celda, y hasta seleccionar los capítulos más adecuados a su triste situación.

El día de la ejecución, el siguiente a mi llegada, fue una dura prueba para mí. Deseaba alegrar a esos pobres muchachos haciéndoles creer que habían logrado mi conversión, pero francamente no me fue posible. No es que yo fuera un hombre ateo o que anduviera por mal camino –pues llevaba, casi por necesidad, una vida regular y decente–, pero un cambio de sentimientos habría significado la renuncia a toda esperanza de reanudar mis relaciones con Kate Harlowe y nuestra hija. Esta perspectiva seguía siendo mi más dulce sueño y no se dejaba borrar de mi imaginación.

Mrs. Spooner, la asesina, debía morir el mismo día, pero abrigaba grandes esperanzas de escapar al castigo merecido. Esgrimió el argumento de que estaba encinta para que se le perdonara la vida, y daba muestras de impenitencia. Sin embargo, sus opiniones de conservadora la arrastraron irremisiblemente a la horca y sellaron el destino del hijo que no llegó a nacer. El patíbulo fue montado a dos millas de distancia de la cárcel, y se congregó allí una multitud de espectadores endomingados que, empero, fueron castigados por su curiosidad ociosa por una gran tormenta seguida de lluvia torrencial que de pronto cayó sobre ellos desde un cielo radiante y sereno, empapándolos hasta los huesos. Mrs. Spooner fue a la muerte lanzando gritos histéricos y feroces vituperaciones; Buchanan y Brooks, en cambio, permanecieron fieles a sus recién descubiertas convicciones y murieron con el nombre de Jesús en los labios.

Debo agregar una última observación a mi relato de tan ignominiosa catástrofe. La viuda de Buchanan, conocida con el mote de "Ana la Terrible", que con anterioridad había sido la viuda de Harry el Mortal y aun antes la de un tambor del Treinta y Tres, no se afligió cuando en Montreal conoció la muerte de su marido. Era una mujer dotada del mismo misterioso poder de atraer nuevos hombres que la consolaran en sus frecuentes viudeces que aquel grajo hembra de que he hablado anteriormente. Su cuarto marido fue un sargento comisario del Cuarenta y Siete, que tenía fama de ser el peor sinvergüenza de todo el ejército.

Librodot

4

A principios del mes de noviembre de 1778, cuando a fuerza de trabajar y pensar ya habíamos mejorado nuestras precarias cabañas haciéndolas suficientemente confortables para protegernos contra otro riguroso invierno de Nueva Inglaterra, se nos envió al interior de Virginia. Se dijo que nuestro lugar de destino era Charlotteville, a casi ochocientas millas de distancia. El propósito era que los estados del Sur debían pagar su parte del gasto que suponía nuestra manutención, particularmente ahora que no recibíamos la paga de nuestras propias autoridades. Otro motivo era el deseo de impedir cualquier tentativa de liberación. Nos encontrábamos en grandes apuros por la falta de dinero para emprender esta marcha, y nuestros superiores se reunieron para deliberar sobre el medio de procurarnos alguna suma. El general Burgoyne había regresado a Inglaterra bajo palabra de honor, y el general Phillips, que tenía ahora el mando, habló en términos de cálida simpatía respecto a nuestra necesidad de dinero, insistiendo en su impotencia para intervenir:

-Dios mío, señores, ¿qué quieren ustedes que haga? Yo no puedo fabricar el dinero. Ojalá ustedes pudieran cortarme en billetes de banco..., me prestaría de buen grado a ello para bien de la tropa.

Con todo, el tesorero logró de un modo u otro reunir suficiente dinero para ponernos en condiciones de emprender la marcha; eran algo menos de doscientas libras esterlinas en valor, pero un enorme montón de billetes, que fueron distribuidos entre los regimientos. Nuestra preocupación primordial era entonces el estado calamitoso de nuestras chaquetas y pantalones. Desgraciadamente, un barco que llegó a Boston bajo bandera de tregua, con los uniformes que hacía mucho tiempo necesitábamos, llegó tarde para su distribución entre nosotros. La partida no podía ser postergada. Sin embargo, conseguimos algo de calzado, ropa y mantas, y el 10 de noviembre salimos del campamento. Nos ofendió el que se nos hubiera hecho despejar de árboles tantos acres de monte y construir buenas cabañas en número suficiente para alojar a varias familias americanas, pues esto aumentaría mucho la prosperidad de los propietarios, sin ningún beneficio para nosotros mismos. Pero no incendiamos nuestros alojamientos para vengarnos, por temor a que luego se anulara la partida.

De Rutland marchamos en dirección sudeste a razón de aproximadamente veinticinco millas por día, escoltados por un regimiento de alemanes de Pensilvania, y cruzamos en Endfield el río Connecticut. Esta etapa del viaje nos ofrecía poca novedad, pues un año atrás, durante nuestra marcha hacia el cautiverio, habíamos pasado por la misma parte de Massachusetts, aunque un poco más al norte. Fue sin embargo interesante para mí notar los distintos grados de civilización y prosperidad alcanzados en tal y cual región que atravesábamos. Estos quedaban indicados por las varias clases de cercas, que rodeaban, primero, el terreno despejado, donde todo estaba bien nivelado; después el terreno medio despejado, donde quedaban cepas entre los rastrojos, y finalmente la parte sin despejar, donde los robles y otros árboles de madera dura estaban por el momento solamente cercados, dejándose al viento la tarea de derribarlos. La clase de cerca más tosca era una maraña de ramas livianas; seguíale la cerca de Virginia, hecha con troncos de árboles superpuestos en ángulo obtuso, en forma de zigzag; decíase por allí de un borracho que "hacía cercas de Virginia" cuando caminaba haciendo eses. Luego venían las cercas hechas con postes y estacas; y cuando un colono se había establecido al punto de poder tomarse el trabajo de limpiar su terreno de piedras, apilaba éstas para formar un muro con una rampa de tierra en la cual hundía estacas; pero esto se veía en muy pocas ocasiones.

En general, el tiempo nos favoreció mucho, pues la temperatura era benigna y hacía sol, si bien el frío era intenso durante la noche, cuando acampábamos en los lóbregos bosques de pinos, buscando resguardo en las grietas de las rocas; todas las mañanas, los trillados caminos estaban cubiertos de hielo que crujía.

Librodot

"¡Dios se debe de haber vuelto conservador!", exclamó una vieja agria, mirando con fastidio el cielo azul cuando pasamos junto a su puerta. El general Washington había tenido la consideración de suministrar carros para nuestras mujeres e hijos, que nos acompañaban en número de doscientos, aproximadamente.

Nuestra ruta pasó entonces por el límite norte de Connecticut, pero la mayoría de los llamados municipios (como Endfield, Suffield, Sunbury, que atravesamos en este orden) no eran ciudades en el verdadero sentido de la palabra. Cada uno se componía de cien o doscientas granjas diseminadas que pertenecían a una sola corporación, representada por un delegado en el seno de la Asamblea del estado. Un centro de reunión o una iglesia, a veces con una taberna y una o dos casas, constituía el núcleo del municipio, pero con frecuencia no había más que la iglesia. Observamos que el interior de gran número de casas junto a las cuales pasamos estaba a medio terminar. En general, el hombre que despejó el terreno y construyó la casa con los troncos de los árboles talados había completado sólo una mitad de ella, dejando la otra mitad como simple armazón (si bien con techo y con cristales puestos en todas las ventanas), para ser amueblada y ocupada por su hijo al casarse. Nos gustaron los enjambres de niños sanos que salían corriendo de todas las casas a nuestro paso, y nos impresionó la belleza de las mujeres que se nos cruzaban en el camino, muchas veces yendo solas, a caballo o conduciendo sus carros. Como continuaba el buen tiempo, llevaban delantales blancos, vestidos de algodón y elegantes sombreros. Supimos que aunque todos los hombres eran granjeros, la mayoría de ellos ejercían al mismo tiempo algún oficio, siendo curtidores, aserradores, hojalateros, herreros, médicos o dentistas. Además, cada mujer entendía de gran número de artes domésticas, sabiendo hilar, tejer y hacer escobas y cestas, labores en que las ayudaban sus hijos, de modo que el campo era en cierto modo independiente de la industria de las ciudades.

Pasamos por un fértil valle de río en New Hartford, donde abundaban los gansos y los pavos, así como cerdos extraordinariamente grandes que llevaban alrededor del cuello collares triangulares de madera que les impedían romper las cercas de los campos cultivados. Los caballos y el ganado llevaban dispositivos similares. Flotaba en el aire un olor a sidra y aguardiente de manzanas.

En el pueblo de Sharon, una mujer nos permitió a algunos de nosotros visitar un molino extraordinariamente ingenioso inventado por un tal Joel Harvey, quien había recibido por ello una recompensa de veinte libras de la Sociedad Americana de Artes y Ciencias. Una rueda hidráulica accionaba todo un complicado mecanismo para trillar, aventar, moler y cerner trigo, así como para batir y preparar simultáneamente cáñamo y lino. Pero las dos secciones podían ser desconectadas en caso de necesidad, manteniendo una sola operación.

Llegamos finalmente al límite del estado de Connecticut y nos aproximamos al río Hudson, en el estado de Nueva York. Era, pues, hora de llevar a la práctica una resolución audaz que yo había tomado en cuanto nos enteramos de que se proyectaba trasladarnos a Virginia: ¡me separaría de la columna en marcha y huiría en busca del ejército del general Clinton, en Nueva York! En esta tentativa, el río mismo me señalaría la ruta; por otra parte, no tendría que seguir su curso más que setenta millas aguas abajo desde el lugar donde nuestras fuerzas debían cruzarlo. Llegué a la conclusión de que sería mucho más agradable y hasta menos peligroso realizar la fuga con algún compañero, y en consecuencia consideré a cuál de ellos debía elegir.

Naturalmente sondeé primero a Terry Reeves, por ser el hombre más valiente y más listo del regimiento; pero no quiso saber nada de mi plan, preguntándome si yo no sabía que nuestros oficiales (temerosos de que a nuestro regreso a Europa los regimientos estuvieran reducidos a meros esqueletos) habían impartido órdenes en el sentido de que todo soldado que se ausentara de su unidad durante más de veinticuatro horas debía ser traído de vuelta como desertor y, si fuese entregado por las autoridades americanas civiles o militares, azotado sin consideraciones. Le contesté que lo sabía muy bien, pero que la esperanza de luchar de nuevo

Librodot

por mi rey y mi patria pesaba en mí más que tales órdenes. No logré convencer a Terry y le dejé con el ánimo abatido. Pero Smutchy Steel, que era ya entonces un soldado excelente, se mostró ansioso por acompañarme. Declaró que por más que quisiera a Terry, no le pesaba que éste no nos acompañase, por cuanto en cualquier aventura Terry traía mala suerte a sí mismo y a sus compañeros, y parecía no salir nunca ileso, lo que era muy cierto. Recomendó como tercer compañero a Richard Harlowe, quien esa misma mañana había expresado el deseo de escapar, recordándome que Harlowe dominaba el francés y el alemán, circunstancia esta que tal vez sería de gran utilidad para nosotros, particularmente el alemán, cuando tuviéramos que burlar a nuestros guardianes. Harlowe era, ciertamente, uno de los que menos me agradaba como compañero, pero lo que me dijo Smutchy sobre la utilidad que tendría para nosotros el conocimiento de lenguas extranjeras me pareció una gran verdad, y ningún otro de nuestros conocidos poseía estos conocimientos.

-Muy bien -dije entonces a Smutchy-, que sea Harlowe. A caballo regalado no le mires los dientes. Pero háblale tú en mi nombre. No quiero hacerlo yo directamente.

Smutchy me informó al poco rato que Richard Harlowe estaba dispuesto a acompañarnos. Habíamos llegado a un lugar llamado Nine Partners, a unas cuarenta millas al noroeste del lugar donde, según nos enteramos entonces, cruzaríamos el río. Smutchy consiguió de Jane Crumer, que a su vez lo recibió prestado de una de las mujeres, un almanaque para el año en curso, "el segundo siguiente al año bisiesto y el segundo de la Independencia Americana, calculado para el meridiano de Boston por Daniel George", y me entregó el libro, diciendo con aire satisfecho:

-Aquí hay buenas noticias para nosotros.

Abrí el almanaque al azar y, para bromear con Smutchy, empecé a leer un pasaje que trataba de cómo criar pavos.

-"Sumérjase el pavo en un recipiente lleno de agua a la misma hora, de ser posible, o en todo caso el mismo día de su nacimiento, obligándolo a tragarse un grano de pimienta entero. Luego devuélvase a la madre..."

-No, eso no -protestó él.

Leí de nuevo:

-"Los vinos extranjeros igualados por los de América, o una receta para elaborar un vino tan bueno como la mayor parte del importado, pero mucho más barato. Agréguese a un galón de agua un galón de grosellas..."

-No, no -volvió a protestar Smutchy, bastante fastidiado. Continué leyendo:

-"La Imprenta de Newbury Port compra a precios máximos toda clase de retales de lienzo y de algodón..., los más pequeños son de tanta utilidad como los grandes. Se ofrece a cambio, a un precio muy reducido, un buen papel para escribir..." Vaya, Smutchy, ¿quieres vender tu vieja camisa por una hoja de papel para escribir?

Él me quitó el libro de la mano.

-No sea usted pesado, sargento Gerry -dijo-. Lea aquí donde está doblada la página. Hay luna nueva pasado mañana, el 18 de noviembre, a las diez de la noche, y aquí se predice también el tiempo.

En efecto, pese a todas mis bromas, el tiempo que haría durante nuestra fuga era para nosotros de suma importancia. Así que finalmente accedí a leer la predicción para los cinco días próximos: *nubes bajas y fuertes vientos del Sur que lo arrastrarán todo, y tal vez un poco de lluvia o nieve. Seguirá el mal tiempo.*

-Bueno -exclamé riendo-, ¿es la verdad o no es más que otra treta de esos malditos yanquis para fastidiarnos?

-El vecino Daniel George no se atrevería a engañar a su público respecto a la luna -replicó Smutchy-, y supongo que conoce el curso habitual del tiempo por aquí. Así pues, la luna no va a estorbarnos, porque será demasiado joven. En cuanto a la lluvia o nieve, que llueva, y cuanto más mejor, para que se moje la pólvora de los rebeldes y porque así la oscuridad será mayor. En verdad, que sea tan oscuro como boca de lobo. No me importa. Y

Librodot

en cuanto al fuerte viento del Sur, nos soplará en la cara y tanto más rápidamente nos advertirá el peligro. Dios bendiga al gran Daniel George, digo yo.

Entre Nine Partners y el río se extendía una tierra bien cultivada y los habitantes eran en su mayoría holandeses. Todo este territorio había pertenecido antes a la República Holandesa, la cual, si no me equivoco, lo cedió al rey de Inglaterra a cambio de Surinam, la tierra de las especias. Algunos de nuestros oficiales fueron engañados por el tabernero holandés que les ofreció hospedaje en Opel, u Hopewell, nuestra parada siguiente. Él y toda su familia les trataron con gran cortesía y solicitud y apenas les permitieron pagar lo que habían consumido. Entonces, los oficiales, creyendo que se trataba de leales, les abrieron su corazón y observaron que era una gran vergüenza que los oficiales británicos corrieran con tales gastos, que debieran ir por cuenta del Congreso. Entonces el patrón salió de la habitación y les hizo una factura elevada, insistiendo en el pago de la misma, y al declarar los oficiales que era a todas luces exorbitante y cargaba tres veces más de lo convenido, el holandés contestó:

-Es cierto, señores, pero pensaba que el Congreso debía hacerse cargo de todos sus gastos y no quería pedirles demasiado. Pero ahora que sé que todo ha de ser pagado por ustedes mismos, no puedo aceptar menos de lo que indica la cuenta. -Y no les quedó más remedio que pagarla.

El 17 de noviembre, estando acampados en un bosque unas millas más allá de Hopewell (un nombre de buen augurio), realizamos nuestro intento de recuperar la libertad, eligiendo para ello la hora del desayuno, la misma mañana que íbamos a reanudar la marcha. Esa tarde el ejército debía cruzar el río Hudson, y el propio general Washington presenciaría su paso. Richard Harlowe había hecho amistad con un cabo alemán de la guardia, y obtuvo su permiso para ir a una casa que quedaba cien yardas más allá de la línea de centinelas, con objeto, dijo, de comprar algunos huevos, prometiendo regalarle dos al cabo. Cuando habían transcurrido unos tres minutos de su partida, volvió (como yo le había sugerido), como para asegurar al alemán que no pensaba desertar. Le dijo que el granjero estaba ocupado aserrando madera, y se negaba a dar a su mujer la llave del gallinero, que estaba cerrado para protegerlo contra la rapacidad de la soldadesca, hasta que hubiera terminado su trabajo cotidiano. Esta tarea le llevaría aún más de una hora, que era más tiempo del que podíamos esperar; pero se podría acortar si le mandaban al hombre dos o tres soldados británicos para ayudarle en su faena. El cabo creyó esta farsa, pues de la granja llegaba claramente el sonido de una sierra, y Harlowe, con su permiso, nos pidió que le echáramos una mano. Accedimos de falsa mala gana.

Nos dirigimos con paso lento por entre los árboles hacia la granja, para evitar que el cabo entrara en sospecha; pero no bien estuvimos fuera del alcance de su vista echamos a correr por el bosque, evitando todo sendero, y al cabo de pocos minutos nos habíamos alejado por lo menos una milla de la línea de centinelas.

-Ahora -dije, cuando hicimos un alto en la orilla de un arroyo para tomar aliento-, ¿seguimos o nos escondemos?

Harlowe y Smutchy abogaron por seguir adelante, pero yo argumenté que era más conveniente rondar lo más cerca posible del campamento. En primer lugar, nuestros perseguidores creerían que nos habíamos ido lo más lejos posible, y en segundo lugar, en el supuesto de que tuviésemos la mala suerte de ser apresados, sería mejor que esto sucediese antes de transcurrir las veinticuatro horas que nos convertirían en desertores. Si seguíamos adelante y éramos capturados lejos, existía la posibilidad de que nos trajeran de vuelta demasiado tarde para poder acogernos al perdón.

Harlowe sostuvo que cuanto más lejos nos fuésemos, tanto menor sería la probabilidad de que nos apresaran y trajeran de vuelta; pero contra este argumento argüí que cuanto más lejos nos fuésemos tanta mayor probabilidad existía de que nos encontráramos con gente que podría informar sobre nosotros.

-¿Cómo piensas, entonces, llegar a Nueva York, imbécil? -preguntó Harlowe.

Le expliqué pacientemente que, si bien nuestro propósito primordial era ponernos a

Librodot

salvo, debíamos tener en cuenta el peligro de ser apresados. En este último caso, nuestra esperanza residía en ser descubiertos en breve plazo, o después de transcurrido tanto tiempo que nuestros guardias ya hubiesen abandonado la búsqueda -que seguramente abreviarían para no perderse la oportunidad de ver al general Washington, considerado por ellos como un héroe nacional-, y cruzado el río. Entendía yo que los holandeses, si nos apresaban, no se tomarían el trabajo de llevarnos a remo, bajo escolta, a la otra orilla del río, pues en general alentaban las deserciones. La etapa más peligrosa de nuestra fuga sería la última, o sea la tentativa de unirnos al ejército británico.

Entonces Smutchy se puso de mi parte, así que formábamos mayoría frente a Harlowe. Cruzamos el arroyo y pronto divisamos una pequeña cabaña al borde de un bosque. Smutchy se adelantó para explorar y después nos hizo señas de que no había peligro. Fuimos hasta la cabaña, llamamos, entramos y nos recibió una pobre mujer, con dos niños pequeños que estaban sentados a la mesa, llenando los tazones de arce con soup a un o potaje de maíz.

La mujer resultó ser una tal Mrs. Eder de Nueva York, viuda de un holandés que unos días antes había muerto aplastado por un árbol. La familia vivía sumida en una gran pobreza, según se desprendía de los míseros utensilios de cocina y las caras famélicas de las criaturas. Cuando entramos, el pequeño lloriqueaba:

-¿No hay más melaza, mamá? ¡No hay más melaza! Y ella contestó tristemente:

-No, hijito, no hay más melaza, ni tampoco leche, pues la vaca ya no da.

Pedí disculpas a la señora por nuestra visita tan temprana, y le supliqué nos ocultase en su casa durante algunas horas. Le dije que nuestros guardias alemanes pronto descubrirían nuestra huida y saldrían a buscarnos, y agregué:

-No sé cuál es su opinión política, señora, ni se la pregunto; pero veo que a sus hijos les convendría este invierno un poco de manteca, leche y miel, cosas que con este dinero podrá proporcionarles. -Diciendo esto le enseñé tres monedas españolas de plata, y en seguida vi que surtían el efecto deseado. La viuda, que era una mujer joven pero a quien la vida dura que evidentemente llevaba, viviendo sola en aquella selva, había hecho perder todo atractivo, accedió ávidamente a todo lo que yo le pedía. Se mostró incluso dispuesta a observar los movimientos de los guardias, y, en caso necesario, a engañarlos dándoles informaciones falsas.

-¿Dónde nos va a ocultar? -le pregunté-. ¿Conoce usted tal vez algún árbol hueco en el bosque, o una cueva?

La mujer negó con la cabeza.

-El mejor lugar para ustedes -dijo- es aquí mismo, en la casa. Voy a echar el cerrojo a la puerta y pueden estar seguros de que en caso de venir un guardia no se tomará el trabajo de forzarla, a menos que venga informado de que ustedes están aquí.

Al expresar Harlowe que a lo mejor ella iba a traicionarnos, dijo que dejaría a su hija menor con nosotros como garantía de su sinceridad.

-Señora -dije yo-, no dudamos de su sinceridad, pero aceptamos gustosos su ofrecimiento. La chiquilla es una niña muy simpática y nos hará compañía. ¿Puede usted darnos también algo de comer, pues estamos todavía en ayunas?

Nos dio lo poco que quedaba del potaje, algunas manzanas amargas y una cola de cerdo escabechada, que era todo lo que tenía en la casa. Luego se fue con su hijo, después de habernos encerrado en un cuarto pequeño y limpio, donde la chiquilla nos divirtió con su parloteo del que apenas entendíamos alguna que otra palabra, pues balbucía un inglés torpe mezclado con palabras holandesas.

Pasamos el tiempo reuniendo nuestros conocimientos geográficos del río Hudson y haciendo conjeturas acerca de nuestras perspectivas de éxito. En un cajón había algunos libros holandeses, pero trataban de derecho y teología y no había mapa alguno entre ellos. Sabíamos que estábamos más o menos a una jornada de marcha aguas arriba de la fortaleza de West Point, pero en la orilla opuesta, y que el ejército continental del general Washington estaba justamente entre nosotros y nuestra meta, apostado en las Eastern Highlands. Smutchy opinó

Librodot

que en lo posible (usando a esa mujer como primer eslabón de la cadena) debíamos conseguir de etapa en etapa recomendaciones que persuadieran a personas allegadas a nuestra causa a ayudarnos en nuestra fuga, y caminar solamente por la noche. Compartí su parecer y Harlowe no argumentó en contra.

Aproximadamente a las diez de la mañana oímos voces: era un alemán que hablaba en un inglés dificultoso con un americano. El alemán dijo con voz grave:

-Debemos registrar esta cabaña, hermano.

-No, Hans -gruñó el americano-. ¿No ves la llave colgada de un clavo, aquí fuera? Puedes ahorrarte este trabajo. Si los prisioneros estuviesen ahí dentro, la puerta estaría cerrada por dentro.

-Imbécil -contestó el alemán-, ¡a lo mejor los ocupantes de la cabaña han encerrado a los ingleses desde fuera!

-Tú eres el imbécil -replicó el americano-. Si los ocupantes de la cabaña desearan proteger a los desertores, ¿dejarían la llave colgada en un lugar donde pudiéramos encontrarla? A no ser que ellos también fuesen unos imbéciles. Sería una estupidez.

-Quizá con las prisas se han olvidado de ella -insistió el alemán-. Voy a averiguarlo.

-¡Vaya una pedantería la tuya! -fue la respuesta.

-Por lo menos voy a mirar dentro por la ventana -dijo el obstinado Hans.

No sabíamos que Mrs. Eder había dejado la llave colgada junto a la puerta, y permanecimos con el alma en suspenso cuando el alemán se encaminó a la cabaña pisando fuerte. Primero fue a atisbar por la ventana de la cocina, donde informó que no había nadie.

Luego se acercó a nuestra ventana. Nos apiñamos y nos tendimos junto a la pared, bajo el alféizar, para colocarnos debajo del campo visual del alemán al mirar hacia adentro. La niña estaba acostada en su cuna, chupando un trozo de azúcar ordinario que yo había encontrado en mi bolsillo y le había dado para aquietarla. El alemán debió de hacer una mueca grotesca a la criatura, pues ésta se puso a chillar.

El le dijo en tono jocoso que era una niña mala y que no debía tener miedo a un pobre alemán honrado. Luego le oímos alejarse, gritando al americano:

-Disculpa, estaba equivocado. Allí sólo hay una linda criatura que come un dulce. La madre ha salido y la ha encerrado dentro, para que no caiga al fuego y no haga travesuras. ¡Perdón! ¡Vámonos, hermano!

Les oímos a continuación registrar juntos los cobertizos y graneros, así como el desván que había encima de nosotros, al que treparon por una escalera desde fuera; pero en ningún momento entraron en la casa. Sin embargo, el americano, que permanecía junto a nuestra ventana, informó a un oficial que se presentó que habían buscado por toda la casa, sin encontrar nada.

Luego las voces se fueron apagando a lo lejos. Pasado el peligro, dije a Smutchy Steel:

-¡Sólo a una mujer se le ocurriría colgar la llave así, de una manera tan incitadora! ¡Y me consta que ningún hombre, como no fuera un alemán, se tomaría la molestia de atisbar por las ventanas!

-Sí, como una mujer -afirmó Smutchy.

-Esa mujer por poco nos hunde por exceso de astucia -dijo Harlowe-. Y eso también es cosa de mujer.

No hubo más contratiempos, y al caer la noche volvió la mujer, demostrando un profundo alivio al encontrarnos todavía donde nos había dejado. Sacó de la cuna a su hija y la estrechó entre sus brazos.

-¡Oh! -exclamó mitad llorando, mitad riendo-, has ensuciado tu lindo vestidito con un dulce. ¡Te has puesto perdida, criatura glotona!

Luego se volvió hacia nosotros:

-Ya ven, amigos míos, que les he sido leal. Sus camaradas ya han cruzado todos el río con la mayor parte de los guardias. He visto muy pocos soldados americanos por el camino.

Agregué a las tres monedas prometidas una cuarta parte de nuestros fondos, pensando

que el gasto se justificaría por sí mismo. Luego le dijimos que nos proponíamos huir a Nueva York, lo que hasta entonces no le habíamos revelado.

-Se han impuesto ustedes una tarea muy ardua, amigos míos -declaró ella-. Bueno, querido Pieterkin, ve a jugar con tu hermanita, pues quiero pensar tranquila.

Apretó los nudillos contra las sienes y nosotros no interrumpimos su meditación, que al poco rato dio frutos. Nos dio instrucciones detalladas para llegar a la casa de la hermana de su marido. Esta mujer estaba casada con un hombre de Rhode Island de lealtad muy dudosa hacia la causa revolucionaria. Debíamos atravesar un pinar, dar la vuelta a una colina desnuda y cruzar un río de considerable anchura. Ella no había recorrido este camino desde la gran crecida de hacía un mes, y nos expresó su temor de que el puente hubiera sido arrastrado por las aguas. Después nuestra ruta discurría otras dos millas a través de trigales y terreno despejado, y en el extremo norte del siguiente bosque encontraríamos la casa en cuestión, que estaba situada lejos de toda otra vivienda y se distinguía por un círculo de cedros rojos podados que rodeaban un estanque con patos. El marido era el capitán Webber.

Nos despedimos cordialmente de nuestra leal protectora y sus hijos. Regalé al muchacho el prisma de cristal que el año anterior había conseguido en Diamond Island, en el lago George, un obsequio que evidentemente le encantó. Le dije que debía colocarlo en la ventana a la mañana siguiente, cuando hubiera salido el sol, pues proyectaría arcos iris en el techo.

Seguimos con cuidado las instrucciones fijándonos en todos los mojones hasta que llegamos al río, que tenía el mismo nombre -Fishkill Creek- que el que regaba los dominios del general Schuyler en Saratoga. La corriente era rápida, y no alcancé el fondo con un palo largo; no había rastros de puente en el lugar donde terminaba nuestro camino. Ni Harlowe ni Smutchy sabían nadar, pero propuse cruzar dos veces el río llevando en cada viaje a uno de ellos. Les aseguré que si seguían, confiados y valientes, mis indicaciones, asiéndose con las manos suavemente de mis caderas y dándose impulso con los pies al mismo tiempo, pronto los llevaría a la otra orilla. Sin embargo, ambos rechazaron mi ofrecimiento alegando que era una tentativa demasiado arriesgada para realizarla de noche, y propusieron seguir la orilla del río aguas arriba en busca de un vado.

Tuvimos suerte, pues no bien hubimos caminado doscientas yardas aguas arriba, encontramos un árbol muy alto que había sido derribado en forma tal que iba de orilla a orilla del río en un lugar donde el cauce era estrecho. Así que, después de todo, pasamos al otro lado sin mojarnos los pies. En América son muy frecuentes tales comodidades para cruzar los ríos.

Consideramos entonces que estábamos en el buen camino, y que debíamos seguir adelante con decisión.

Librodot

5

Finalmente llegamos a la sólida casa del capitán Webber que nos había sido indicada, reconociéndola por el círculo de cedros. Por las ventanas no se filtraba el menor indicio de luz, lo que no tenía nada de sorprendente, pues ya había pasado la medianoche. Fuimos hasta la puerta y dimos fuertes golpes.

Una voz de hombre preguntó desde dentro:

-¿Quién es?

Yo contesté:

-Tres amigos de su cuñada, la viuda Eder.

-¿Qué amigos? -inquirió el mismo hombre, con cierta alarma. Smutchy tuvo la audacia de contestar:

-Tres soldados británicos.

Entonces gritó una voz de mujer:

-¡Váyanse, soldados! Aquí no queremos británicos, y a la mujer de mi hermano Jan debería darle vergüenza enviarnos aquí tales hombres. Siempre ha causado problemas a la familia.

El hombre evidentemente reprendió a su mujer, pues al insistir nosotros en nuestro ruego de que se nos franqueara la entrada, bajó la escalera en camisa de noche, con una linterna en la mano, y nos abrió la puerta. Era un hombre alto y corpulento, y llevaba un gorro de dormir.

-Bueno, señores -dijo-, ¿qué les trae por aquí? Mi esposa está muy alarmada por su presencia aquí a estas horas, y les ruega abrevien sus explicaciones. Además, hace mucho frío.

Pasamos a la cocina, que tenía el suelo de ladrillos y estaba bastante bien arreglada, con paredes empapeladas, platos de peltre en las alacenas y muebles de recargado estilo holandés. Sobre la repisa de la chimenea colgaba una enorme escopeta de caza, y en un rincón había un reloj alto con esfera de bronce. También observé un loro disecado en una vitrina.

-Póngase esto sobre las rodillas, señor -dijo Harlowe, sacando de su mochila una manta inglesa nueva, una de las que nos habían sido entregadas poco antes de emprender nuestra marcha-. Así entrará en calor.

-Es buena lana -dijo él, admirándola-. No nos quedan más que dos delgadas mantas; las demás nos las quitaron para la milicia, a pesar de que yo mismo soy capitán.

-Es suya, y también otra tan buena como ésta, si puede usted llevarnos sanos y salvos a Nueva York -le aseguró Smutchy.

-Es muy buena lana -volvió a decir el hombre-. Pero tendrían que darme una suma de dinero para que accediera a eso. Es peligroso, muy peligroso, lo que ustedes me proponen.

-Llévenos a las avanzadas británicas -dije yo-, y le daremos todo el metálico que tenemos, que en oro y plata asciende a veinte dólares, aparte de las dos mantas como pago adelantado. Además, el comandante en jefe, Sir Henry Clinton, le entregará otra recompensa: tres guineas por hombre. Eso le servirá para pasar bien el invierno, capitán Webber.

Pero entonces la esposa de Webber, una mujer flaca y de pelo gris, apareció en el umbral de la habitación donde estábamos conversando y oyó lo que yo acababa de decir.

-William -gritó alarmada-, no irás. Como amante esposa y madre de tus tres hijos no permito que vayas... aunque tenga que impedírtelo por la fuerza.

-Vamos, mujer -dijo él, tratando de apaciguarla-, ya sabes que los tiempos son difíciles, y confieso que la suma que me ofrecen es muy tentadora, si se me garantiza esa recompensa. Te compraría **un** vestido nuevo, y calcetines y zapatos para. todos los muchachos, aparte de las ovejas de que hemos hablado hoy.

Ella prorrumpió en llanto, no sabría decir si sincero o hipócrita.

-Cómo! -exclamó con acento dramático-. ¿Quieres hacerme desdichada, corriendo al encuentro de la muerte? ¿Piensas dejarme sin esposo, como mi pobre cuñada Eder, y dejar huérfanos a nuestros hijos? Bien sabes que hay varios campamentos y guarniciones en las Eastern Highlands, entre este lugar y Nueva York. No podrías caminar diez millas sin ser apresado, y entonces te colgarían como a un perro.

Los crudos argumentos de ella actuaron sobre el capitán Webber con la fuerza de la naturaleza. Cambió al instante de parecer.

-Señores -habló-, como ya les he dicho, es una empresa muy peligrosa. Todo lo que ha dicho mi esposa es muy cierto. Nuestra gente tiene avanzadas muy poderosas a lo largo del río hasta King's Bridge; y si me capturan al llevarles a ustedes hasta las líneas británicas no me perdonarán. Sin embargo, si no les acompaño hasta el final, no obtendré la recompensa.

Entonces ya fueron vanos todos nuestros argumentos, pese a nuestra promesa de agregar doce dólares a las mantas inglesas como pago a cuenta. Finalmente, por un dólar de plata, se declaró dispuesto a llevarnos a otro amigo, un hombre pobre, conocido simplemente como el viejo Joe, quien vivía dos millas más allá y probablemente accedería a acompañarnos. El capitán Webber nos aseguró que sólo accedía a ayudarnos hasta este punto porque no deseaba desairar a Mrs. Eder.

Partimos aproximadamente a la una de la madrugada, y al cabo de una hora llegamos a la cabaña del pobre hombre, enclavada en la cumbre de una alta montaña. Había luz y encontramos al viejo Joe y a una joven sobrina suya atendiendo a su mujer, que se hallaba enferma de malaria. La luz era proporcionada por una vela de cera verde hecha con las bayas de un arbusto llamado árbol del sebo, que ardía despidiendo un olor agradable. Las velas de sebo legítimo eran muy raras en los estados del Norte durante la guerra, ya que todo el ganado gordo había sido requisado para abastecer a los ejércitos. Explicamos nuestra situación, y yo informé al viejo Joe -que parecía muy preocupado porque su esposa estaba enferma-que poseía ciertos conocimientos médicos. Recomendé para la mujer una decocción de la corteza de una especie de sauce que los indios usaban como remedio contra dicha enfermedad, y el hombre dio muestras de gran alivio por tener un médico en casa. Por un dólar accedió a llevarnos seis millas más allá, hasta donde vivía un colono alemán que con toda probabilidad se prestaría a servirnos de guía, pues había perdido casi todas sus ovejas a raíz de las últimas crecidas y se hallaba muy necesitado de dinero. Partimos en seguida, y tras caminar por espacio de casi seis horas, a través de un desierto sin caminos y lleno de pantanos, llegamos al borde de un bosque, encontrándonos a cincuenta yardas de un campamento americano. Soldados vestidos de color ante y azul llevaban baldes llenos de agua y haces de forraje a través de un campo de ejercicios bajo la dirección de un sargento, que afortunadamente nos daba la espalda. Rápidamente retrocedimos al bosque, y el viejo Joe, aterrado, nos abandonó, huyendo a todo correr.

Harlowe corrió tras él y, cogiéndole del cuello, le preguntó cómo se le ocurría abandonarnos de aquella manera. El hombre confesó que se había equivocado de camino y que sólo ahora se daba cuenta del lugar donde estábamos. Nos encontrábamos en pleno campamento enemigo. El paraje se llamaba Red «Mills, cerca del lago Mahopac y a unas seis millas de Goolden's Bridge, sobre el río Croton. Como último servicio, el viejo Joe nos informó sobre un sendero que conducía al puente, más allá del campamento americano aconsejándonos dar la vuelta alrededor del campamento a través del bosque, hasta dar con él. Este sendero pasaba junto a la cabaña de amigos que le debían favores. Nos describió la cabaña, pero no nos dijo el nombre de sus moradores. Le dimos las gracias y seguirnos su consejo. No tardamos en dar con el sendero y avanzamos cautelosamente por el bosque que lo flanqueaba, hasta que, más o menos a mediodía, llegamos a la cabaña.

Sus ocupantes eran gente buena, leales por inclinación y, a mi entender, arrendatarios de la familia Colden que poseía tierras por allí. Cuando pregunté a la mujer cómo se llamaba, contestó tras una breve vacilación que su nombre era Hannah Sniffen, esposa de James Sniffen. Su marido no estaba, sino únicamente ella, una hija adulta y dos muchachos. Nuestra

Librodot

llegada los sorprendió, pero estaban evidentemente complacidos con nuestra compañía, pues los nombres del capitán Webber y del viejo Joe eran de peso para ellos. Preguntaron cómo estaban dichas familias, ay cuando hablé de la enfermedad de la mujer del viejo Joe y del remedio que había prescrito para ella, Mrs. Sniffen, una mujer bulliciosa de mejillas encendidas, mostró interés y preguntó si además de cirujano y médico yo era también sacamuelas. Me dijo que hacía noches que no podía dormir a causa de un dolor de muelas, pero que tampoco se decidía a confiarse a las pinzas de su marido, por temor de que arrancara la corona del diente, que tenía cariado, empeorando así las cosas.

Le contesté que a cambio de una buena comida le arrancaría gustoso y sin complicaciones cualquier diente que tuviera en la boca, pues con la ayuda de unas pequeñas pinzas de acero estaría en condiciones de llevar a cabo la operación. Así quedó convenido.

Nos sirvió asado de cerdo, frío, y patatas salteadas con un dulce de membrillo de sabor agridulce, así como sendos jarros de estaño llenos de cerveza de abeto. Salvo el potaje de maíz y las manzanas que nos había servido Mrs. Eder -pues no habíamos probado la cola de cerdo que nos ofreció-, no habíamos comido nada desde nuestra cena en Nine Partners, dos días atrás; así que de más está decir que esta comida nos resultó muy aceptable. Terminado el almuerzo me entró sueño, al punto que apenas si podía mantener abiertos los ojos. Pero primero tenía que cumplir con lo convenido, sacando aquella muela, y tuve la buena suerte de extraerla toda entera, a pesar de tener la raíz muy torcida, sin lesionar la encía. Esta hazaña suscitó la admiración de la familia, arrancándoles exclamaciones de: "¡Espléndido! ¡Ha sido una extracción magnífica!" También los dos muchachos se declararon dispuestos a confiarse a mi habilidad profesional; pero rehusé hacerlo alegando que estaba muy fatigado por la caminata y dije que, con el permiso de Mrs. Sniffen, me proponía acostarme y echar una siestecita sobre mi manta en un rincón. Mis compañeros ya se preparaban para hacer lo mismo.

Sin embargo, ella se opuso categóricamente a esto, a pesar de que su hija suspiró: .

-Bien se han ganado una siesta, los pobres. Déjalos descansar ahí; no van a estorbarnos.

-No seas tonta, Mary -exclamó la madre-. ¿No sabes que nuestros soldados vienen con frecuencia por aquí desde White Plains? Es muy posible que algunos vengan mientras duermen estos ingleses, ¡e imagínate lo que sufriríamos entonces por el delito de haberles dado hospedaje! Vamos, ahora mismo oigo ruido de pasos..., ¡salgan corriendo, soldados!, ¡dense prisa..., escóndanse en el desván!

Y nos echó apresuradamente.

Pero sólo era su marido, un hombrecillo pálido e indeciso. Al verlo comprendí muy bien que su mujer dudara en confiar el diente a sus pinzas. El hombre pareció alegrarse de nuestra presencia. Le revelamos nuestra intención de huir a Nueva York, pero él repitió lo que habían dicho nuestros anteriores protectores respecto al gran número de puestos americanos, particularmente a lo largo del río, agregando:

-Les juro, muchachos, que hay cien probabilidades contra una de que sean apresados.

Le prometimos recompensarle generosamente si accedía a guiarnos. Al fin dijo:

-A varias millas de aquí,. en Pine's Bridge, vive un hombre joven. Se llama Van Wart. Es un muchacho muy inteligente y tiene amigos tanto entre los *cowboys* como entre los *skinnerss*[4] Creo que estará dispuesto a servirles de guía. En tal caso no tendré inconveniente en acompañarles también, pues él conoce el país como la palma de la mano. Pero sé muy bien los peligros a que nos expondremos, y no iré sin un segundo guía.

Pregunté quiénes eran esos *cowboys* y *skinners*, y Mrs. Sniffen me dijo que eran la plaga del condado de Westchester, a cuyo límite norte habíamos llegado. Los principales terratenientes del distrito, que se habían encontrado en una situación muy próspera, apoyaban la causa británica, pero pronto tuvieron que refugiarse en la ciudad de Nueva York. Sus

[4] *Skinner:* 'desollador'. *(N. del T.)*

arrendatarios y otros hacendados experimentaron grandes pérdidas a causa de las requisas de ambos ejércitos, en tanto que los jornaleros y el vulgo, que se habían quedado, se juntaron para formar bandas de salteadores como pretendidas fuerzas auxiliares de uno u otro ejército. Los que pertenecían al "partido alto", esto es, a los leales, se llamaban *cowboys,* por su práctica de llevarse el ganado de los revolucionarios; pero el ganado no era su única presa. Los que formaban parte del "partido bajo", los revolucionarios, se conocían con el nombre de *skinners,* pues eran gente de corazón aún más endurecido y despojaban a sus víctimas de ambos sexos de todo cuanto poseían en el mundo, y no vacilaban en llevarse hasta las medias y la ropa interior de las mujeres. Esos *cowboys* y *skinners* operaban en la Tierra de Nadie entre las dos avanzadas, y aunque fingían despojar sólo a los secuaces del bando opuesto, se dedicaban en realidad a degollar y saquear con absoluta indiferencia hacia la filiación, de sus víctimas. La esposa de Sniffen nos aseguró que existía un entendimiento perfecto entre estos dos enemigos declarados, que tras un simulacro de escaramuza destinado a convencer a las tropas regulares de que cumplían con su deber, se reunían en secreto como amigos en alguna granja abandonada para alternar jocosamente la melodía del *Yankee Doodle* con la *Marcha de los Granaderos* y el *Hot Stuff.* El objeto de estos encuentros consistía en intercambiar ganado y mercaderías robados por los *cowboys* a sus aliados, los leales, y por los *skinners* a sus aliados, los revolucionarios. Estas mercaderías, que era peligroso convertir en dinero en territorio aliado, podían ser canjeadas con el enemigo, y lo que conseguía cada bando era presentado como legítimo botín tomado en supuesta lucha. Cada bando pretendía siempre haber causado pérdidas abrumadoras al adversario y haberle causado numerosas bajas. Dicen que cuando el celebrado Aaron Burr comandaba las avanzadas americanas en esa Tierra de Nadie y se dio cuenta de los saqueos y crueldades de los *skinners,* exclamó indignado: "¡Yo podría ahorcar a media docena de *buenos* liberales con todo el veneno de un inveterado conservador!" Pues una banda de esos miserables, tratando de sacar a un anciano cuáquero más dinero del que poseía, lo habían tostado desnudo sobre ceniza caliente, como uno asa una patata, hasta que al pobre se le levantó la piel en ampollas. Luego lo habían colgado tres veces de una viga, dejándolo allí un rato, y ajado otras tantas veces, hasta que finalmente murió.

Isaac van Wart fue llamado y llegó al cabo de algunas horas, cuando ya habíamos reparado nuestras fuerzas durmiendo en el bosque, ocultos en un montón de hojas caídas. Aseguró que políticamente era un *cowboy,* pero en seguida pudimos ver que su coraje no estaba a la altura de su profesión. Era un bruto de aspecto salvaje y no sabía leer ni escribir. Se jactó mucho de sus éxitos y estratagemas en la Tierra de Nadie, y de cuántas veces "las balas habían zumbado como abejas alrededor de su cabeza"; pero estuvimos convencidos de que Mr. Sniffen tenía un concepto demasiado elevado de su talento. Primero se declaró dispuesto a cualquier empresa desesperada, pero con un pretexto u otro postergó siempre, una y otra vez, la hora de nuestra partida; y Sniffen se negó a partir sin él.

Por fin, al cabo de dos días, Van Wart accedió a acompañarnos, siendo continuamente acusado de cobardía por Mary Sniffen, y sólo después de haberle entregado nosotros cinco monedas de plata españolas a cuenta, y una de las dos mantas inglesas. Sniffen aceptó el mismo pago y señaló la insólita calidad del dinero en moneda, refiriéndose al hecho de que conservaba su peso íntegro. Una cantidad inmensa de monedas de oro y plata españolas, portuguesas e inglesas se había introducido en América desde el inicio de la guerra, circulando allí en gran variedad de formas mutiladas. La culpa de la mutilación de las monedas la echaban los americanos unánimemente al teniente general Archibald Robertson, un ingeniero escocés y ayudante general de Intendencia de nuestro ejército, a tal punto que las monedas mutiladas se denominaban "Robertsons". Mas todo el mundo, en ambos bandos, cortaba cualquier moneda en mitades, cuartos u octavos para procurarse moneda pequeña, y, naturalmente, muchos octavos eran en realidad novenos o décimos. Sin embargo, se prefería esta moneda con mucho al papel.

Salimos a las seis de la tarde del cuarto día de nuestra aventura, y caminamos toda la noche a través de pantanos profundos, bosques espesos y abruptas montañas, hasta tres horas

Librodot

antes del alba. Entonces Isaac van Wart se detuvo de repente y dijo:

-Les aseguro que ésta es una empresa peligrosa y difícil. Ojalá no me hubiera metido en ella; la belleza de su hija, amigo Sniffen, prevaleció sobre mi prudencia. Pero ella está ahora a diez horas de marcha de nosotros, y se ha desvanecido la fascinación que ejerció sobre mí. Estamos a unas cuatro millas de Tarry Town y a una distancia igual de White Plains. A menos de una milla de nosotros hay un campamento americano de mil hombres. Estuve allí hace unos días y conozco la ubicación de todos los centinelas. Hay uno apostado en la esquina de aquella arboleda. Si me apresan, perderé la vida, pues ya tienen motivos para sospechar que he conducido vacas pertenecientes a liberales.

El hombre parecía estar dominado por un intenso terror y miedo, que no disminuyeron cuando Smutchy dijo con voz áspera:

-No nos asustamos por uno o dos centinelas. Sólo llévenos por el mejor camino que pueda. Si no hay manera de eludir alguno de ellos, puede dejarnos el asunto a nosotros y darse a la fuga para salvar su vida.

Pero nada de lo que le dijimos causó efecto en él y, a pesar de que allí mismo le ofrecimos otros doce dólares en metálico, se negó a dar un paso más hacia adelante. Con gran sorpresa nuestra, James Sniffen, que no había presumido de valiente y había insistido en que no emprendería la aventura sin Van Wart, cambió entonces de opinión. Por voluntad propia, se comprometió a conducirnos a destino si Van Wart le indicaba la manera de evitar a los centinelas, a lo cual accedió aquél.

Cuando se hubo marchado Van Wart, Sniffen dijo:

-Me mostré tan cauteloso para tranquilizar a mi mujer. Soy leal al rey George, y si puedo reintegrar tres buenos soldados al servicio de Su Majestad, me consideraré un buen súbdito. ¡Al diablo con los rebeldes! ¡Ahora, adelante con valentía!

Había llovido torrencialmente durante toda la noche, y la oscuridad era absoluta hasta cuando salió la luna; por esta razón, a pesar de que creíamos que de un momento a otro daríamos con la línea de centinelas, la atravesamos sin ser descubiertos. Sniffen nos llevó sin contratiempo por delante de un blocao atestado de soldados dormidos, y cuando nos internamos en el bosque para eludirlo, observó con frialdad:

-Señores, estos blocaos son de construcción singular, pues por

, falta de clavos están hechos con troncos unidos. Supongo que en su país difícilmente se ven construcciones hechas enteramente de madera, sin un pedazo de hierro, excepto la cadena con el gancho para la olla que cuelga en la chimenea.

Estuvimos de acuerdo en que América era un país muy notable, y que sus habitantes demostraban poseer un ingenio nada común, lo cual pareció complacerle sobremanera.

Luego trepamos por precipicios y vadeamos pantanos, y poco antes de rayar el alba llegamos a la casa de unos amigos de nuestro guía. La casa estaba situada a mitad de camino entre Tarry Town y White Plains; Sniffen los despertó llamando a la puerta. Permanecimos ocultos fuera hasta que él nos dio la señal de que todo estaba bien y podíamos entrar. Nunca supimos el nombre de aquella gente, que nos lo ocultó para que, en caso de ser apresados, no pudiéramos declarar contra ellos. Nos sirvieron asado de vaca frío con ensalada de lechuga, sidra y nueces, pero nos suplicaron que no permaneciésemos en la casa, pues eso era muy peligroso tanto para nosotros como para ellos, ya que la soldadesca americana estaba diseminada por casi toda la región e iba continuamente por allí.

Deliberamos sobre qué debíamos hacer. Sniffen nos propuso escondernos en el pajar que estaba cerca de la casa, hasta que él pudiera averiguar la manera más segura de ponernos a salvo. Nos dijo que allí nos encontraríamos tan cómodos como "pulga en piel de oveja". Accedimos por unanimidad y, cuando el alba empezó a filtrarse a través de la lluvia torrencial, trepamos al pajar, que estaba sin bardar, y cada uno se sepultó en el heno hasta la barbilla. El diluvio continuó durante todo el día. Aproximadamente a mediodía, durante un momento de calma, llegó alguien a caballo, desmontó y ató la cabalgadura a una cerca

Librodot

próxima; luego hizo a nuestro huésped ir con él hasta el pajar. Le oímos decir con acento de Connecticut:

-Sí, señor, es una magnífica partida de heno y vendrá muy bien a nuestras bestias. Consumen una cantidad de forraje que da miedo. Le mandaré en unas dos horas un destacamento para que lo lleven al campamento. Sin duda nos permitirá usted usar su carro, ¿verdad?

-Francamente, capitán, es usted muy duro con nosotros -protestó el pobre granjero-. Le aseguro que no sabré cómo mantener vivas a mis bestias este invierno, si ustedes se llevan ahora lo que queda de mi forraje. Ya lo pasan bastante mal.

-Bueno, supongo que tendrá que sacrificar lo que no puede alimentar, y puede estar seguro de que le pagaremos un buen precio por su carne. Los hombres también tienen que comer, lo mismo que los animales, y muchos de ellos tienen el estómago muy activo.

-¡Mi gallinero es saqueado regularmente por los soldados y todas mis cercas han sido derribadas! ¡Qué dura es la vida de una familia que vive cerca de un campamento militar! -continuó el granjero.

-Bueno, los muchachos quieren divertirse y cometen toda clase de travesuras -replicó el otro con indiferencia-. La guerra es así; y puede usted considerarse afortunado por no vivir al otro lado de King's Bridge. Allí los comisarios son mucho más duros que los oficiales como yo.

-A este respecto no puedo opinar, capitán -contestó nuestro huésped-; pero al menos dicen que allí pagan en moneda contante y sonante.

Bueno, en eso tiene usted razón -le compadeció el oficial-.

Pero repito que la guerra es así; y siento manifestarle que debe dejar ese heno donde está, hasta que vengamos esta tarde a buscarlo.

Nos alarmó mucho la perspectiva de que se lo llevarían, pero cuando el oficial se hubo marchado, nuestro protector se quedó para asegurarnos que iba a llover más y que por esa razón no vendrían a buscar el forraje. Pero en caso de que viniesen, los vería desde lejos y nos prevendría a tiempo para huir y escondernos en otra parte.

-¡Benditos mil veces sean el profeta Daniel George y su descendencia para siempre! -observó Smutchy.

-Amén -dije yo.

Permanecimos todo el día en el pajar empapado de agua, durmiendo a ratos y por turnos; uno de nosotros siempre vigilaba. A las seis de la tarde nuestro huésped nos sirvió un excelente jamón, bien curado en la forma que había dado fama a aquella región, y sendos vasos de ron. Salimos del montón de heno y estiramos las piernas, pero todavía se nos prohibió entrar en la casa. Como volviera a arreciar la lluvia regresamos a la pila de heno, y allí pasamos toda la noche. Richard Harlowe evitaba en lo posible dirigirme la palabra, aunque existía entre ambos un acuerdo tácito a causa de los intereses y peligros comunes. Ahora reconocía de mala gana mi jefatura, y cuando se originaba una disputa sobre lo que debíamos hacer, siempre tenía que someterse a mi criterio; pues Smutchy me consideraba infalible y Harlowe no se atrevía a separarse de nosotros. En un momento dado Smutchy, que ayudaba a Harlowe a bajar del pajar, murmuró:

-¡Vaya!, ¿qué es esto? -Y luego se dirigió hacia mí-. ¡Sargento Gerry, venga usted a ver lo que he descubierto!

Acercó mis dedos a él y palpé una hilera de monedas cosidas en la costura de los pantalones de Harlowe.

Esto iba contra lo que habíamos convenido antes de emprender la huida: compartir -por partes iguales- todo el dinero y demás bienes que poseíamos, desempeñando Smutchy la función de tesorero. Harlowe había manifestado poseer solamente tres dólares, y allí tenía otros fondos que no había declarado. Le quitamos cinco guineas. El hombre trató de defenderse alegando, en un esfuerzo por restar importancia al asunto, que se había olvidado de su existencia; sin embargo, Smutchy, registrándole más detenidamente, le encontró otra

Librodot

guinea, medio *Joe* portugués, moneda equivalente a treinta y cinco chelines en moneda inglesa, y tres *moidores* españoles muy recortados, ocultos bajo la manga de la chaqueta. Entonces Smutchy dijo en tono violento:

-Recuerdo un paseo que dimos juntos, sargento Gerry, cuando éramos reclutas. Cuando me burlé de la soberbia de este caballero Harlowe usted se disgustó, ¿no es cierto? ¿Qué me dice ahora de su conducta caballeresca? Vamos a ver.

Reprendí a Smutchy:

-Por Dios -le dije-, ésta no es hora de recriminaciones. Harlowe dice que olvidó agregar estas guineas al fondo común. De todos modos las tenemos ahora, y tanto mejor para todos nosotros.

No se habló más del asunto. Conforme iba transcurriendo la noche nos inquietó la idea de que también James Sniffen nos hubiera olvidado, abandonándonos a nuestra suerte; sin embargo, nuestro amable anfitrión, al visitarnos un poco antes del alba trayéndonos el desayuno, nos aseguró que James Sniffen era un hombre íntegro que no faltaba a su palabra. Su larga ausencia era una prueba de que se había preocupado por obtener toda la información posible respecto a la ubicación de los campamentos y avanzadas por entre los cuales debíamos pasar. Richard Harlowe expresó dudas al respecto y propuso proseguir viaje sin guía, pero le disuadimos de ello. Por fortuna para nosotros el viento huracanado continuó todo el día soplando del Sur, y el pajar, con nosotros dentro, siguió en su sitio. Este segundo día, Smutchy volvió a bendecir fervorosamente a Daniel George de Newbury-Port, jurando que debería ser secuestrado y designado astrónomo general de nuestro ejército. El tiempo parecía deslizarse con gran lentitud.

Al fin volvió James Sniffen. Nos dijo en voz queda desde abajo que todo estaba bien, y que debíamos prepararnos para partir con él al caer la noche. Nos quedaban todavía veinte millas por recorrer, pero caminando con brío podríamos llegar esa misma noche a King's Bridge.

Esa noche, cuando llevábamos casi treinta y seis horas metidos en el pajar, nos despedimos de los que nos habían brindado hospitalidad (y que se negaron a aceptar una recompensa por toda su gentileza) y emprendimos con buen ánimo la etapa final de nuestra tentativa. No sabría indicar con exactitud la ruta que seguimos, pero cruzamos y volvimos a cruzar el río Bronx por vados y escalamos varios montes escarpados; el temporal no amainaba, y era noche tan cerrada que costaba creer que el guía supiese por dónde iba. Nos habíamos puesto de acuerdo en no hablarle ni hacerle preguntas para no darle ninguna excusa por errar el camino. Pero no pareció confundirse ni una sola vez. Finalmente nos dijo con alivio:

Hemos llegado a las estribaciones de los Montes de Fordham, y debemos andar con la máxima cautela, pues por aquí hay avanzadas americanas cuyas posiciones no conozco. Estamos a sólo tres millas de King's Bridge. Una milla más allá está Musholu Brook, que conduce derecho al puente. Les acompañaré durante este último trecho si ustedes lo desean, pero creo que ahora ya pueden arreglárselas solos; estoy seguro de que querrán ahorrarme el riesgo de pasar y volver a pasar junto a esas avanzadas, teniendo en cuenta los peligros que ya he corrido para servirles a ustedes.

-Pero, ¿y la recompensa del comandante en jefe? -preguntó Harlowe-. ¿No viene usted a Nueva York para cobrar la recompensa?

-No, señor -contestó Sniffen-. Creo que lo que ya he recibido y lo que ustedes se han comprometido a pagar alcanza para cubrir mis necesidades.

Deliberamos, y luego le dijimos:

-Si llegamos sanos y salvos a Nueva York será principalmente gracias a su habilidad y vigilancia. Creemos que hemos llegado a donde usted dice, y estamos dispuestos a proseguir viaje por nuestros propios medios. Aquí tiene usted los veinte dólares que le prometimos a usted y a Van Wart, y aquí van tres guineas más en señal de nuestra gratitud. Si llegamos a

Librodot

destino, muy bien..., nuestra libertad vale diez veces más que esta suma; pero si nos apresan y nos ahorcan, es preferible que usted y su familia se beneficien de este dinero antes que nuestros verdugos. Váyase ahora y que tengan buena suerte usted y los suyos, amigo Sniffen.

Sin embargo nos acompañó todavía un trecho, en señal de gratitud, y nos indicó el punto de arranque de Musholu Brook, donde nos estrechó la mano en cordial despedida y nos dijo que ya estábamos en lugar seguro. Ésta era Tierra de Nadie y estaba bajo el fuego de las baterías británicas de Fort Charles, que dominaba

King's Bridge. No volvimos a ver a nuestro excelente guía, pero confío que llegó a casa sano y salvo.

Llegamos a una pequeña cabaña, donde Harlowe se vio asaltado por el repentino recelo de que nuestro guía nos hubiera traicionado conduciéndonos a las líneas americanas. Opinó que debíamos verificar al instante la verdad de las indicaciones de Sniffen, interrogando a los ocupantes de la cabaña. Yo tenía plena confianza en Sniffen; éste nos había asegurado que estábamos en la Tierra de Nadie y ya no teníamos nada que temer, pera no me' opuse a la decisión de Harlowe. Éste fue hasta la cabaña y llamó a la puerta. Los ocupantes, un viejo negro y su mujer, se asustaron mucho al vernos, y su terror fue en aumento cuando les ordenamos encender una vela y hacer fuego para secar nuestra ropa empapada. El viejo negro cayó de rodillas y nos imploró no insistir en ello, ya que si la menor traza de luz era vista a estas horas desde Fort Charles, no tardarían en echar abajo la cabaña a cañonazos.

Entonces supimos a ciencia cierta que todo estaba bien y no tuvimos inconveniente en pasar en la oscuridad y el frío las pocas horas que quedaban de esta séptima noche de nuestro viaje: sabíamos que sería muy peligroso acercarnos al puente en la oscuridad.

Cesó la lluvia, aclaró el firmamento y pronto comenzó un alba rojiza a extenderse lentamente sobre las colinas a nuestra izquierda. Una luz rosada salpicó de reflejos relucientes las aguas de Harlem Creek, que separa Manhattan Island, donde está enclavada la ciudad de Nueva York, del municipio de Westchester. Con el corazón henchido de alegría nos encaminamos al puente.

-¡Alto! ¿Quién vive? -gritó con voz bronca el centinela. He aquí un instante que debe ser imaginado, ya que no se puede describir.

-Un sargento y dos hombres del Noveno. Nos hemos escapado -contesté yo.

-Avancen para su identificación -fue la orden, y con gran escándalo del sargento de la guardia, que había sido llamado, el centinela de avanzada arrojó su arma al suelo, lanzó el sombrero al aire y se precipitó hacia adelante para abrazarnos efusivamente.

¡Era Johnny Maguire el Loco!

-¡Oh, Gerry y Smutchy, queridos! -chilló-, ¿de veras sois vosotros? ¡Y también el "caballero" Harlowe! (Aquí nos lanzó una mirada de inteligencia.) ¡Oh, Gerry, querido, en qué triste compañía andas ahora!

Yo quedé casi tan sorprendido de este encuentro como Johnny Maguire el Loco.

-¡Sí, Johnny, somos nosotros! ¡Hemos desertado los tres para volver a unirnos a nuestro ejército!

-Dame ese mosquete Tower, querido Johnny -dijo Smutchy-. Déjame sentir su peso. He sido un hombre enfermo estos trece meses sin mi viejo mosquete, Johnny, un hombre enfermo y un esclavo.

La guardia por cuyas filas pasamos eran miembros de los Reales Fusileros Galeses, y todos mostraban un aire muy marcial, salvo el pobre Johnny, quien muy justamente fue arrestado por su efusividad hacia nosotros, actitud impropia de un buen centinela, pues los sentimientos íntimos no deben prevalecer sobre la disciplina.

Librodot

6

Pedí permiso al sargento de guardia para conversar con Johnny Maguire el Loco antes de hacerse efectivo su arresto, permiso que me fue concedido. Maguire me contó entonces a qué se debía el que él estuviese en Nueva York. Había ido a vivir con su hermano Cornelius, quien tenía una granja cerca de Norwalk, en la parte sur de Connecticut, situada frente a Long Island, al otro lado del estrecho. Una vez llegado allí sin contratiempo, Cornelius le había enseñado a cuidar ganado, árboles, sembrados y aves de corral. Cuando estuvo seguro de que podía confiar al Loco Johnny, con la ayuda de la familia, el cuidado de los trescientos acres de su propiedad, Cornelius cogió su escopeta de caza que colgaba de un clavo y anunció su propósito de ir a reunirse otra vez con el ejército del general Washington en East Highlands. Entonces, Johnny se negó a permanecer en la casa si Cornelius se alistaba en el ejército, señalando con mucha razón que de lo contrario cometería el delito de alta traición: liberar a un soldado para luchar contra el rey era el mismo crimen que luchar personalmente contra él. Así llegaron a las manos. Cada uno agarró una de las pesadas barras de hierro que en esas tierras se usaban calentadas al rojo vivo para chamuscar los *flips* (una desagradable mezcla de cerveza, ron y melaza, que sin embargo era buena para combatir el frío) y la emprendieron a golpes el uno con el otro, resueltos a no dar ni recibir cuartel. Johnny derribó a su hermano sobre el suelo de la cocina, pegándole en el cráneo, y luego se dio a la fuga, huyendo hacia Nueva York, que quedaba a unas dos jornadas de marcha.

-¿Fuiste sin guía, Johnny? -pregunté.

-Sin más guía que el diablo -respondió.

-¿Caminaste de noche? -inquirí.

-¿Y qué haría yo caminando de noche? -contestó él-. El sol me va mejor que la luna para viajar.

-Siendo así, ¿cómo te las arreglaste para llegar a salvo? -pregunté, confundido-. ¿No vestías el uniforme escarlata?

Me guiñó un ojo con malicia y, tras una breve pausa, dijo sencillamente:

-Bueno, yo iba solo, ¿sabes?, y hablaba con acento irlandés, así que creían que era un desertor..., en efecto, lo era..., y, naturalmente, inclinado a la infidelidad. Parece que hay un tal doctor Ben Franklin que últimamente ha dirigido al Viejo Mundo cartas muy persuasivas, diciendo que la rebelión es el deber y salvación de los irlandeses. Me fui a Nueva York por el camino de Eastchester, y cada vez que veía venir a alguien en dirección contraria, me sentaba al borde del camino, fingía curarme un pie como si estuviese lleno de sabañones y le dejaba acercarse. Luego le preguntaba ansiosamente a qué distancia quedaba el pueblo que yo acababa de dejar, y le decía que me llamaba Johnny Maguire, que era un desertor del ejército de Nueva York y que iba con los pies doloridos a reunirme con mi hermano Cornelius Maguire en Norwalk. Le acompañaba un trecho cojeando, y luego volvía a sentarme y a mirarme el pie. Cuando el otro se había perdido de vista, me levantaba y continuaba viaje.

-Debió de ser una manera incómoda de viajar cuando había mucha gente en el camino -observé.

-Sí -asintió él gravemente-. Hubo días en que avancé dos millas y retrocedí tres. Pero podía progresar más cuando la lluvia limpiaba de gente los caminos. Bueno, conforme me acercaba a destino, mayor alegría fingía de haber roto las cadenas de la esclavitud británica y salido al aire libre de la América patriota. Tal sentimiento me ganó más de una buena comida, y más copas de lo que me convenía, pues a pesar de ser gente tan lista se dejan engañar fácilmente. ¡Pero estaba visto que los engañaba con demasiado éxito! Un individuo excesivamente cordial me invitó a subir a su magnífico carruaje amarillo y no quiso aceptar mi negativa. Me llevó medio camino de vuelta a Norwalk y me costó librarme de él. Finalmente llegué a unas tres millas de aquí y desde entonces, cada vez que me encontraba con alguien hacía ver que desesperaba por escapar a mis perseguidores, y fingía que el pie me

Librodot

molestaba más y más. Al fin, un supuesto amigo me traicionó con la esperanza de recibir una recompensa; me delató a un centinela británico, que vino 'y me llevó sano y salvo a las filas inglesas. Y ahora te toca a ti contar cómo te las arreglaste para escapar. ¡Venga tu historia, sargento Gerry Lamb!

Fuimos entonces agasajados en el cuartel de la guardia con víveres y cerveza británicos. Los hombres se mostraron muy cordiales y los oficiales nos trataron con gran gentileza. Terminada la comida, aunque yo hubiera deseado vivamente dormir todo el día, fuimos conducidos a la ciudad de Nueva York, que estaba a unas quince millas, para presentarnos en el cuartel general. Éramos el primer grupo que había escapado del ejército de la Convención desde el mes de septiembre.

El sargento que nos acompañaba, de nombre Collins, natural de Londres, fue con el tiempo un buen amigo mío. A diferencia de la mayoría de los suboficiales de este regimiento, era muy comunicativo, siendo la mayor parte del discurso que me dirigió tan divertido como instructivo. Me dijo:

-Usted será llevado ante el mayor André, el ayudante general. Tiene el mejor cerebro y el corazón más bondadoso de todo el ejército británico. El general Clinton está entusiasmado con él. Naturalmente, algunos oficiales lo consideran demasiado afrancesado; dicen que es un hombre romántico y excesivamente interesado por las modas y el teatro. En efecto, diseñó todos los trajes para nuestras representaciones en el teatro de Filadelfia, se hizo cargo de los papeles principales, escribió los prólogos, pintó los decorados y qué sé yo cuántas cosas más. La gran *Mischianza,* o función de despedida para el general Howe, fue una representación estupenda, y el mayor André la inventó y organizó personalmente. Caballeros de la Montaña en Llamas, Caballeros de la Rosa, una regata, un torneo, reinas de belleza, doncellas de honor, grandiosos fuegos artificiales..., ¡vamos!, fue una fantasía hermosa y exquisita, un cuento de hadas que se convertía en realidad ante nuestros ojos. Era una burla a los estragos de la guerra que nos rodeaban y un desafío al rey francés que acababa de pronunciarse contra nosotros.

Nuestro aspecto de hombres agotados por un largo viaje suscitó la compasión de los soldados que se nos cruzaron en el camino, y. dos o tres veces fuimos invitados a alguna taberna e incitados a contar nuestras aventuras. Pasamos bajo los bastiones de Fort Washington y por McGowans Pass, cerca del pueblo de Harlem, que era un lugar tan bien defendido que algunas compañías apostadas allí estarían en condiciones de tener a raya a todo un ejército. Aproximadamente a mediodía llegamos a Nueva York propiamente dicha, enclavada en el extremo de la isla y que ya por entonces era una gran ciudad de diez mil habitantes nativos, si bien no tenía ni la mitad de su actual categoría e importancia. Había allí un gran exceso de población, por la afluencia de elementos militares y de gran número de leales procedentes de todos los puntos del país, que compensaban con creces la pérdida de tantas familias que militaban en el bando contrario. La congestión se agravaba a causa de la pérdida de mil cien casas, más de un cuarto de la ciudad, que habían sido incendiadas por los americanos al evacuar la ciudad. Las ruinas de estas casas estaban al este de Broadway (la magnífica vía de setenta pies de ancho que corría a lo largo de una loma en el centro de la ciudad) y al sur de Wall Street, donde residía la gente de dinero. Alrededor de las chimeneas y paredes que seguían en pie habíanse dispuesto tablones y lonas, y los andrajosos que habitaban esos agujeros daban a la ciudad un aspecto miserable. Eran en parte la habitual escoria de la humanidad que pulula alrededor de las puertas de las ciudades del mundo entero donde hay guarnición militar, pero en parte también las más lastimosas víctimas de esta guerra fratricida: terratenientes y sus familias, descendientes de los primeros colonos que la ley del populacho y la rapiña había echado de sus tierras y reducido a la mendicidad. De las casas que se habían salvado algunas estaban construidas con buen gusto al estilo inglés, muy sólidas y pulcras y de varios pisos; pero la mayor parte eran construcciones holandesas de techo puntiagudo, cuyos aleros se proyectaban hacia la calle. Comprobé que el espíritu holandés gobernaba todavía la ciudad; la norma de los holandeses, que de hecho acaparaban los mercados y los negocios, era dar poco y pedir mucho; ocultar las ganancias y vivir sólo

Librodot

para ellos. Podían ser reconocidos por su cómica costumbre de fumar "cigarros", que eran hojas de tabaco arrolladas en forma de un tubo de seis pulgadas de largo, cuyo humo absorbían sin la ayuda de ningún instrumento. Según me informó el sargento Collins, obtenían ganancias enormes alquilando apartamentos y vendiendo provisiones. Los precios que me indicó eran cuatro o cinco veces más caros que los que regían en Dublín en los días en que yo estaba acantonado en aquella ciudad.

Otras cosas que vi y que me sorprendieron en esta primera visita a la ciudad fueron una larga fila de esclavos negros llevando fardos de mercancías en la cabeza -casi un cuarto de la población neoyorquina estaba constituida por negros o mulatos-, y tres queridas de oficiales, yendo en elegantes coches y luciendo cada una un traje de corte militar con los distintivos del regimiento de su respectivo protector. Las calles principales estaban pavimentadas, limpias y flanqueadas de árboles. Había algunas tiendas realmente buenas en las calles cercanas a Broadway, algunas de ellas tan lujosas como las que más en Dame Street o Parliament Street de mi ciudad natal, de las que bien puede decirse que son dos de las más importantes calles comerciales de Europa. No dejó de impresionarme vivamente el contraste entre este ambiente opulento y el horrible campo del que había escapado esa misma mañana.

Delante de una de esas tiendas, donde se vendían cajas de rapé y cajas para confites, esmaltadas, estaba de pie en actitud negligente un joven y bien parecido petimetre, vestido con una casaca de seda azul celeste y un chaleco floreado, chupando el cabo de su bastón al parecer de malaca, el cual, cuando lo apartó de la boca con un gesto pensativo, resultó ser de ámbar oscuro. También lucía una capa militar española, de seda color amarillo canario con forro de inmaculada blancura, y una espada con pomo de cristal y vaina toledana. Se parecía tanto a una figura de cera o un figurín, que se me ocurrió hacerle hablar, para ver qué lengua brotaría de aquellos labios de Cupido. Le pregunté, pues, la hora.

Él clavó en mí una mirada vaga, pero cuando repetí mi pregunta en voz más alta, pero en tono todavía cortés, optó por contestarme, en vista de que iban conmigo otros tres soldados. Extrajo reposadamente del bolsillo derecho del chaleco un reloj de oro con incrustaciones de brillantes, lo miró unos instantes y proclamó:

-Honrado casaca roja, sepa usted que sólo faltan tres minutos para mediodía.

El hombre recordaba tan vívidamente al estrambótico bufón Arden de Shakespeare, que me atreví a citar:

Así podemos ver, dijo él, cómo se mueve el mundo.

El hombre se rió ante esta salida. -Touché -murmuró, y continuó:

Y así de hora en hora llegamos a la madurez, y luego de hora en hora a la decadencia, y con eso se acaba la historia.

Satisfechos mi curiosidad y humorismo, me dispuse a darle las gracias y seguir mi camino, pero él me retuvo.

-No tan de prisa, amigo -dijo-. Hasta ahora hemos consultado sólo un oráculo cronológico. Quédese aquí mientras consultamos el otro.

Extrajo del bolsillo izquierdo de los calzones color perla otro reloj de gran precio; a continuación sacó otra vez el primero, intentando, evidentemente, establecer un término medio entre ambas horas. Pero antes de que pudiera contestarme, la batería que dominaba los accesos Norte y Este del río disparó el cañonazo que anunciaba el mediodía, y al punto repiquetearon las campanas de varios templos.

-Ahora es mediodía -declaró entonces con seguridad.

-Le estoy muy agradecido, señor -contesté, haciendo una leve reverencia, que él tuvo el gesto caballeresco de devolver, diciendo en tono sincero:

-No, señor, no hay de qué.

Proseguimos nuestro camino hacia el magnífico edificio de ladrillos situado al final de Broadway que, según pudimos ver por la guardia de honor apostada junto al portón y el

estandarte real que ondeaba en lo alto, era el cuartel general. Pero Richard Harlowe se rezagó y nos hizo señas de que esperásemos un poco, dirigiendo a su vez la palabra a nuestro amigo el petimetre. No oímos lo que decían, pero los dos mantuvieron durante medio minuto una animada charla; luego Harlowe volvió a reunirse con nosotros.

-Hola, Caballero Harlowe -dijo Smutchy en tono de burla-, ¿era aquella preciosidad su hermano menor? ¿Ha accedido acaso a comprar su licencia?

Harlowe le lanzó una mirada penetrante y contestó, algo confundido:No, es sólo un primo irlandés.

Todos reímos de buena gana, aunque sin ver la gracia que podía tener esa respuesta.

En el cuartel general fuimos recibidos al instante por el oficial de guardia, quien nos dijo:

-El ayudante general, mayor André, ya está enterado de su huida y desea verles inmediatamente.

Fuimos llevados a la presencia del mayor André, quien nos dio a todos la bienvenida, felicitándonos por nuestra fugas Luego se dirigió a mí:

-¿No ha sido usted, sargento Lamb, quien ha dirigido esta expedición?

Cuando confirmé que así era, el mayor me invitó a pasar al salón, ordenando antes a su ayudante que llevara a mis camaradas y la escolta a la despensa para ser agasajados allí. Luego me sirvió personalmente un vaso de vino de Madeira.

-¡Hable usted, sargento Lamb! -dijo simplemente.

Sonreí.

-¿Dónde debo comenzar mi relato, Excelencia? Ya sabe usted que es peligroso pedir a un irlandés que cuente su historia. El mayor prorrumpió en una sonora carcajada.

-Bueno, cuénteme primero, si quiere, las circunstancias que le llevaron a enrolarse en el ejército.

-Creo que me alisté porque estaba harto de ser un empleado de oficina y ambicionaba la gloria -contesté.

El me dio una palmada en el hombro y exclamó:

-Vaya, por esa misma razón me alisté yo. Pero..., yo tuve la suerte de tener un padre rico que pudo comprarme el grado de oficial. ¿Cuántos años tiene usted?

-Veintitrés -le informé.

-Bueno, hay más mérito en ser sargento a los veintitrés años que coronel a lose veinte -observó con gran franqueza-. Pues, a Dios gracias, el dinero o el privilegio rara vez intervienen en el nombramiento de nuestros oficiales subalternos, que son el alma de nuestro ejército de línea.

Nunca, antes ni después, oficial alguno me habló con tal llaneza y familiaridad ni provocó en mi corazón tan inmediato y espontáneo afecto. Su rostro, de tez morena, era bondadoso, abierto y animado. Tenía cabellos largos y hermosos, que de acuerdo con la moda los llevaba atados con una cinta negra y le colgaban sobre la espalda; el encaje del cuello y de los puños era de Mechlin y pulcrísimo, y las guarniciones de la casaca escarlata de corte impecable eran de un vivo color verde. En una palabra, era el hombre más apuesto que yo he visto jamás. No había tampoco en él traza alguna de arrogancia, y cuando fue al grano y me preguntó detalles de mi cautiverio y fuga, me di cuenta en seguida de que el sargento Collins no se había equivocado al alabar tanto su inteligencia. Quiero mencionar, de paso, que era característico en él al hablar de nuestro enemigo americano el nombrarlo con respeto, sin tratarlo jamás de "rebeldes" o *yanquis*, o *mohairs*, sino que siempre les llamaba cortésmente "los coloniales".

Primero me preguntó lo que sabía yo, por experiencia y por referencias, sobre la disciplina, composición, armas y disposición de las fuerzas de los "coloniales", la capacidad y el espíritu de sus oficiales y el actual estado de ánimo de la milicia, de las tropas regulares y los campesinos. Anotó rápidamente mis respuestas y, asintiendo con la cabeza, las cotejó con

apuntes que ya figuraban en un gran libro encuadernado en piel de becerro que tenía delante.

-¿Vio usted alguna vez al general Benedict Arnold? -me preguntó de pronto.

-Sí, Excelencia -contesté-. Lo vi recorriendo al galope las líneas en el combate de Freeman's Farm; es un hombre sin miedo. Es una gran lástima que un oficial tan juicioso y gallardo sea mariscal de campo al servicio de los americanos.

-*Entre nous*, muchos congresistas continentales parece que opinan lo mismo -dijo él riendo-. Siento no conocerle personalmente. Pero conozco a la dama a quien ha entregado su corazón; es una joven sentimental y buena. Le deseo que sea feliz con él. Su padre fue muy gentil conmigo cuando estuve en Filadelfia. Por eso temo que, no obstante estar enamorado de ella el gobernador militar, la pobre Peggy Shippen sea tachada de conservadora por las celosas señoras liberales de allí, y proscrita de las reuniones sociales. En cuanto al general mismo, mis agentes dicen que lleva un tren de vida muy por encima de sus recursos en aquella ciudad; allí todo es muy caro, ¿sabe? Temo que esto le acarree más dificultades con sus enemigos. Pero hablemos de su fuga. Voy a traer un mapa y trazaremos juntos su ruta. Ahora estamos aquí, a cinco millas al sudoeste de Hopewell, ¿verdad? ¿Dónde hay que marcar la cabaña de la viuda Eder?

Trazamos la ruta con lápiz en el mapa y marqué lo mejor que pude los blocaos y campamentos, y también los puentes sobre los arroyos y otros detalles de interés militar. Cuando le dije el nombre de nuestro guía, describí su persona y hablé de su mujer y de su casa, el mayor exclamó riendo:

-¡Conque dijo llamarse James Sniffen!, ¿eh? Éste no es su verdadero nombre. Lo tomó de un granjero liberal de White Plains... No; yo conozco a ese hombre y podría decir su nombre si quisiera, pero no se lo diré a usted, ya que él lo mantuvo en secreto. Haré que mis agentes le entreguen una adecuada recompensa, como estímulo. Es un hombre muy audaz y ha hecho mucho por nuestra causa.

Cuando hube dado al mayor André toda la información que pude, expresó gran satisfacción.

-Bien, sargento Lamb -dijo-; como oficial subalterno del Noveno usted disfruta de un privilegio que no se concede a la tropa, o sea el de elegir si quiere regresar a Inglaterra con el primer barco, para recibir un puesto en el regimiento, o, si prefiere, seguir sirviendo en América. Por mi parte, espero sinceramente que elija esto último. Aquí nos hacen falta soldados expertos.

Cuando vacilé un momento antes de contestar, adivinó la causa.

-Permítame asegurarle de antemano que no será enviado a ningún cuerpo en que no le agrade servir; sé muy bien cuánto varían los regimientos en calidad. No, no, sargento Lamb. Sir Henry Clinton, el comandante en jefe, me ha autorizado a dejar a su propio criterio la elección del regimiento en el que quiera ahora servir en América.

-En tal caso la respuesta es muy fácil -dije-. Me quedaré aquí. Elijo el de los Reales Fusileros Galeses. Si me es permitido solicitar un favor, deseo que el soldado Alexander Steel, que ha venido conmigo, sea trasladado al mismo cuerpo, pero el soldado Richard Harlowe a otro.

-Me ocuparé de esto -dijo el mayor-. E informaré al coronel Balfour de los Reales Fusileros Galeses que usted es un hombre enérgico e instruido, y le pediré que le conserve su grado. Entretanto, le doy las gracias por su información y por su decidida lealtad. ¡Que la suerte le acompañe!

Me estrechó cordialmente la mano y luego me envió con su ordenanza al coronel Handfield (el actual comisario general de Irlanda), que estaba encargado de pagar a los hombres que escapaban del cautiverio. Recibí una recompensa de tres guineas, aparte de la suma que, de acuerdo con mi informe, habíamos pagado de nuestro bolsillo para sobornar a los guías. Me inclino a creer que este premio que recibimos mis camaradas y yo se debió en gran parte a la benevolencia secreta de Sir Henry. El coronel Handfield aplicó a mi huida del

Librodot

ejército de la Convención el calificativo de "deserción honrosa". Ésta era la diferencia que el propio general Burgoyne estableció, al dirigirse al Parlamento, entre los soldados que desafiando todas las dificultades se reintegraban a las fuerzas de Su Majestad y aquellos que abandonaban su regimiento con intención de ir a vivir entre los americanos.

Antes de nuestra partida tuve una oportunidad de ver a Sir Henry. Era un hombre bajito, corpulento y pletórico, con una nariz señorial y un aire de honradez y gallardía, aunque no era fácil penetrar su reserva ni era él tan afable con las tropas como lo había sido el general Burgoyne.

Aquella noche dormimos en el cuarto de guardia del cuartel general, y a la mañana siguiente, después de recorrer la ciudad, regresamos a King's Bridge. El sargento Collins se quejó mucho de lo cara que era ahora la vida en Nueva York, pero expresó la esperanza de que pronto "fuésemos lanzados a una campaña que empujase al abismo las tambaleantes fuerzas de los rebeldes". Dijo que ese verano había participado en una batalla naval contra los franceses, habiéndose ofrecido tres compañías del regimiento para actuar como fuerza de marinería bajo las órdenes del almirante Richard Howe. Iba en el barco *Isis,* de cincuenta cañones, al mando del capitán Raynor, cuando se entró en combate con el *César,* francés de setenta y cuatro cañones, que quedó tan maltrecho que, con sus velas al viento, fue a resguardarse al puerto de Boston.

-Pero la guerra principal por aquí -dijo- no es contra la rebelión, sino contra el fisco de Gran Bretaña. Me enfurece ver los escandalosos fraudes y desfalcos que se cometen aquí al amparo del gobierno militar.

Le pedí detalles que apoyaran esta acusación general.

-Oh -contestó-, en todo lo que se ve por aquí hay una cuestión moral. Mire usted aquel ganado que llevan al matadero; ¿de dónde cree usted que viene?

-¿Es ganado de los rebeldes sacado por los *cowboys* del distrito de Westchester, o comprado por ellos a los *skinners?* ¿O acaso se lo han quitado a los liberales de Long Island o Staten Island?

-Ya veo que sabe usted algo de eso. Bueno, cualquiera que sea su procedencia, los comisarios de ganado lo habrán recibido por lo menos a razón de dos guineas por cabeza, y vendido como carne de vaca al ejército a razón de dos chelines la libra, quedándose con las pieles y el sebo. ¡Vaya una ganancia! ¿Y qué ve usted más allá? Es el King's College, que era la universidad de esta ciudad, con facultades de Artes y Física. Ahora hay tropas alojadas allí. Los intendentes cobran a la Corona un alquiler excesivo por estos edificios, como también por las iglesias, centros de reunión de cuáqueros, cervecerías, etc. ¿Y cree usted que esos agentes restituyen a los dueños un solo centavo? Nada de eso. Y fíjese en el humo que sale de aquella hilera de chimeneas. Es otra historia. Los mismos intendentes traen la leña de los bosques de Long Island o Staten Island y pagan a los propietarios conservadores quince chelines por cuerda y a los liberales nada en absoluto. El transporte les cuesta menos que nada. Sin embargo, ¡hay que ver el precio que cobran por la leña! ¡Ochenta chelines por cuerda!

Dudé de la veracidad de muchas de esas afirmaciones; pero más tarde me convencí de que eran ciertas. Tampoco se beneficiaban solamente los oficiales de categoría inferior. En esos años, cuatro intendentes generales del ejército de América se retiraron sucesivamente a Inglaterra, cada uno de ellos, según se decía, dueño de nada menos que un cuarto de millón de libras esterlinas. Sin -embargo, dos ayudantes generales de Intendencia, Archibald Robertson y Henry Bruen, citados en Nueva York, en 1782, a comparecer ante una junta de oficiales de alta graduación (en la cual yo estaba empleado), para explicar los prodigiosos gastos de su sección, insistieron en que el sistema de contratos privados era preferible al de compra directa por parte del gobierno militar. Declararon: "Ningún hombre versado en los negocios o capaz de juzgar de la naturaleza humana puede suponer que un contrato realizado por el poder público pueda ser o sea cumplido con la misma economía, el mismo cuidado y atención que cuando están directamente en juego los intereses de particulares. También sería poco menos

Librodot

que imposible para cualquier jefe de sección, por grande que fuese su celo y atención, cuidar de que se procediera con estricta justicia en la adquisición de la variedad de artículos que requiere el transporte por tierra y por mar de un ejército, particularmente en este país."

Y el sargento Collins prosiguió:

–Ello no obstante, Nueva York es un lugar agradable y sano, en comparación con otros de América. Hay brisas refrescantes en verano y un aire más templado en invierno. Me refiero más bien a la parte situada en North River, donde vive la gente pudiente; el barrio comercial que está ahí abajo, en East River, ¡uf!, despide en verano un hedor como la sentina de un transporte. Es muy agradable el mes de septiembre, cuando los manzanos dan fruto y están en flor al mismo tiempo. Pero le voy a decir una cosa: uno de los más graves inconvenientes es la falta de agua buena, pues hay pocos pozos por aquí. La ciudad se abastece principalmente de una fuente que dista casi una milla, y el agua es distribuida entre la población desde el depósito que hay al comienzo de Queen Street y que le voy a mostrar. Eso, y el precio elevado del jabón, hacen que por el lavado cobren unos precios fantásticos. Mire esto, ¡mi factura más reciente: siete chelines y medio por una docena de piezas! Sí; hay muchos lugares peores que Nueva York en tiempos de paz. Estábamos aquí en 1773, dos años antes de la crisis. ¡Qué tiempos aquéllos! Tenías buena carne de vaca por tres peniques y medio la libra, y carne de cordero de muy buena calidad al mismo precio. Los pollos costaban nueve .peniques el par, en vez de los cuatro chelines que cobran ahora por uno solo y pequeño. ¡Esos malditos tenderos holandeses son trapaceros como los judíos! La carne de tortuga a siete peniques la libra, ya no se la ve ahora, y las piñas, grandes como una jarra de litro, a seis peniques la pieza, también pertenecen ya al pasado. Hay sin embargo una sola ventaja en esta enorme alza de precios, y es que la gente no puede emborracharse tan fácilmente. En aquellos días se vendía un aguardiente de Nueva Inglaterra, que quemaba como fuego, a razón de tres peniques el cuartillo; y en mi vida he bebido veneno peor. En aquel entonces se erguía todavía la hermosa estatua ecuestre del rey George en Bowling Green; los malditos rebeldes la derribaron, la hicieron pedazos y fundieron los trozos en moldes para balas. Hicieron de él más de cuarenta mil balas para ser disparadas contra los pechos de sus leales súbditos, ¡oh, canallas!

De regreso en King's Bridge, me presenté al teniente coronel Balfour, de cuya amable atención estaré siempre agradecido. El coronel del regimiento era el general Howe; pero, naturalmente, no lo mandaba en el campo de batalla. El teniente coronel Balfour me facilitó ese mismo día ropa y otras cosas necesarias, y le nombró sargento en la primera oportunidad que sé le presentó.

Por entonces, como ahora, el regimiento Veintitrés o Reales Fusileros Galeses era uno de los más importantes del ejército y conservaba un número de notables costumbres, que en su mayor parte perpetuaban el recuerdo de algún glorioso episodio histórico o mantenían la conexión titular del regimiento con Gales, aunque pocos de sus oficiales y soldados eran oriundos de ese país. Ostentábamos divisas muy hermosas en nuestras banderas y equipos. En el centro de la bandera, las plumas del príncipe de Gales proyectándose fuera de una corona, y en tres ángulos, las insignias de Eduardo, el Príncipe Negro, a saber: el Sol Naciente, el Dragón Rojo y las Tres Plumas con el lema *Ich Dien.*[5]

Nuestras gorras de granaderos llevaban las mismas plumas y el Caballo Blanco de Hannover, con el lema *Nec aspera terrent, es* decir, "No nos amilanamos ante las dificultades". Las plumas y el lema *Ich Dien* estaban pintados en nuestros tambores y eh el caño de las armas. Nuestras banderas y equipos llevaban también el lema: *Minden.* Uno de los privilegios honrosos de que gozábamos era el de desfilar precedidos por el magnífico macho cabrío que era la mascota del regimiento, con los cuernos dorados y adornado con pequeñas coronas de flores. Nos jactábamos mucho del origen lejano de esta costumbre.

Las galas marciales pueden ser un estímulo para la disciplina y al mismo tiempo un

[5] Palabras alemanas que significan 'Yo sirvo'. *(N. del T.)*

ejercicio útil, y debo confesar que alegraba mi corazón el participar en un desfile de este regimiento; me quitaba de la boca el resabio de los ejercicios impuestos en el cautiverio con bastones en vez de mosquetes, y del recuerdo de los destacamentos tan poco marciales que habían sido nuestros guardianes durante el cautiverio de Prospect Hill y Rutland.

Durante los siguientes meses estuvimos acampados en distintos lugares de Manhattan Island, y una vez cerca del pueblo de Harlem, en cuyas cercanías estaba el notable estrecho de Hell Gate, con sempiternos remolinos y constante bramar de .....aguas. La tremenda vorágine se debía a la estrechez y sinuosidad del cauce, siendo arrojadas las olas contra un lecho de rocas que se extendía hasta el otro lado. A un lado había rocas sumergidas llamadas "El lomo del cerdo", y al otro, un sitio no menos peligroso, "La sartén del diablo", donde el agua siseaba como si fuese vertida sobre hierro incandescente. En el medio, la corriente arremolinada provocaba un movimiento como de agua hirviendo, conocido con el nombre de "La olla". Este lugar había sido famoso por sus enormes y excelentes langostas, que en tiempos de paz se habían vendido a tan sólo un penique y medio la libra; pero el terrible cañoneo con motivo de la batalla de Long Island las había ahuyentado y no habían vuelto más.

Posteriormente, Sir James Wallace, perseguido por la flota francesa, llevó el *Experiment*, armado con cincuenta cañones, sin contratiempo hasta Nueva York a través de este peligroso paso, con gran asombro del almirante Howe. El mérito principal, sin embargo, le cupo al piloto negro encargado de la maniobra. En el instante de mayor peligro Sir James, de pie en el alcázar, dio algunas órdenes que en opinión del piloto interferían en los deberes de su propio cargo. Fue, pues, hasta Sir James y, dándole unas palmadas en el hombro, este negro le dijo: "Señor, esto me corresponde a mí." Sir James, comprendiendo la validez de la recriminación del valiente muchacho, calló y más tarde, en prueba de gratitud por su extraordinaria hazaña náutica, le asignó una anualidad de cincuenta libras esterlinas a perpetuidad. La frase se hizo proverbial en el regimiento, y en cierta ocasión tuve la audacia de emplearla frente a un joven oficial que por entonces se incorporaba a nuestras filas, cuando trató de interrumpirme mientras instruía a mi compañía en los métodos de lucha en la selva. Aceptó la reprimenda como convenía a un cumplido caballero. Este subteniente (como curiosamente son llamados en el regimiento, en lugar de "alféreces"), el joven Harry Calvert, ha llegado a ser ahora teniente general y ayudante general de las fuerzas británicas; a su condescendencia debo mi pensión de un chelín diario que recibo del Hospital Real de Chelsea.

En una o dos ocasiones tuve oportunidad de visitar el Teatro Nuevo, abierto para Año Nuevo en John Street, del que era director el cirujano jefe del ejército, y los papeles principales corrían a cargo de oficiales del estado mayor. Me encantó particularmente la actuación del mayor André, quien representaba sus papeles con gran naturalidad y sentimiento; las representaciones de *Macbeth* y *Ricardo III* a que asistí me hicieron avergonzar de mi autosatisfacción como actor en el acantonamiento de Rutland. Los papeles femeninos estaban a cargo de las queridas de los oficiales o, a falta de ellas, de jóvenes alféreces de la guarnición.

La celebración, por parte del regimiento, del día de San David, que es el día uno de marzo, daba lugar a un desborde de buen humor y a copiosas libaciones entre los Reales Fusileros Galeses. Los oficiales y sargentos lo celebraban entre ellos con el banquete tradicional y los brindis de rigor¸. A cada brindis se suele agregar el nombre de San David, lo que presta una solemnidad cómica a la ceremonia. El primer brindis es siempre por "Su Alteza Real el príncipe de Gales... y San David", mientras la banda toca la melodía de *The Noble Race of Jenkin* y un joven tambor, elegantemente ataviado y montado en una cabra profusamente adornada con las insignias del regimiento, es conducido tres veces alrededor de la mesa por el tambor mayor. Sucedió en Boston, cuatro años atrás, que el macho cabrío pegó de pronto un brinco lanzando al joven tambor sobre la mesa, entre los vasos y las botellas, y, saltando sobre las cabezas de algunos oficiales, volvió corriendo al cuartel.

Librodot

Después se brindaba por "las espuelas de Toby Pucell[6]... y San David", *"Jenkin Morgan,* el Primer Caballero de Gales... y San David", "las Damas... y San David... ¡Dios les bendiga!", "las gloriosas Rosas de Minden... y San David", "los Viejos Camaradas... y San David", prolongándose la alegría durante toda la noche. Entonces, todos los oficiales y sargentos que no han cumplido en años anteriores el rito de "comer el puerro", en la forma inmortalizada por el Fluellen de Shakespeare, son obligados a hacerlo en honor de San David, subidos sobre una silla con un pie colocado sobre la mesa, mientras redoblan los tambores, hasta que la nauseabunda planta cruda ha sido ingerida por completo, tras lo cual se les consuela con un buen trago, proclamándolos galeses honorarios. Los otros sargentos de mi regimiento me obligaron a cumplir este rito, y el coronel Balfour, que acababa de incorporarse al regimiento procedente de la Guardia del Rey, hizo lo mismo en la mesa de los oficiales. Así llegué a ser una persona de triple nacionalidad: irlandés por nacimiento, e indio mohawk y galés por iniciación y adopción. Espero no haber deshonrado nunca a ninguna de estas tres naciones en mi calidad de militar.

Si bien nuestro servicio en Nueva York fue interrumpido por cuatro expediciones de carácter bélico y varias incursiones, el regimiento se comportaba como si todo fuese "paz, desfile y parque de Saint James". Me refiero con ello a la formalidad y regularidad de nuestra conducta y el cuidado extremo que todos los soldados debían dedicar a su aspecto exterior. Cada día pasábamos muchas horas limpiando nuestros pantalones y correaje, lustrando las botas, puliendo los botones y las hebillas y, sobre todo, arreglándonos correctamente el cabello. Me acordaba que en ocasión del desembarco del Noveno en Three Rivers, en el Canadá, el mayor Bolton había informado a los oficiales que en adelante el sebo que se nos suministraba se aplicaría mejor a las botas, para preservarlas de la humedad, que al cabello, para fijar la harina con que lo empolvábamos; y que esta harina nos sería asimismo más útil bajo la forma comestible del pan. Desde entonces pocos, incluso entre los oficiales, trataron de mantener una apariencia atildada. Pero los Reales Fusileros Galeses no eran un regimiento rudo y vulgar; entre nosotros el peine, la polvera y la caja de pomada eran artículos de primera necesidad, no menos que la cartuchera, la bolsita de pólvora y la baqueta, y no se toleraba la menor desviación de la conducta militar correcta en los cuarteles, ni tampoco ningún comportamiento grosero ni deambular impropio de soldados por las calles. A menudo se burlaban de nosotros, tildándonos de petimetres, pero lo aceptábamos a título de cumplido, pues también cuidábamos de nuestras armas más que los otros regimientos. Por ejemplo, comprobé complacido que los oficiales de las compañías, que eran gente pudiente y llena de orgullo profesional, habían proporcionado de su propio bolsillo a sus hombres los magníficos pedernales negros que llevan los caballeros en sus escopetas de caza. Estos se conservaban afilados aun después de cincuenta disparos, mientras que la pólvora gruesa parda y opaca que suministraba el ejército no servía nunca para más de quince, y muchas veces ni para ésos. Lo que es más, cuando estábamos en Harlem y una parte del regimiento tenía su campamento en un muelle, se anclaron figuras de hombres de tamaño natural, hechos de cartón delgado, a una distancia adecuada del extremo del muelle, y los soldados disparaban contra ellas como ejercicio de tiro. También se les señalaba, como blancos, objetos que flotaban en el agua, como por ejemplo botellas de vidrio, balanceándose a merced de la marea, y se otorgaban premios a los mejores tiradores. Ningún otro regimiento, que yo sepa, se ejercitaba así en el tiro; los coroneles se contentaban con que las descargas se hicieran perfectamente sincronizadas, descuidando la puntería.

Siempre he sido un hombre amante de la regularidad, del orden y de la pulcritud, y como sargento de este regimiento podía dar satisfacción plena a esta inclinación. Mi peluca de

[6] Esas espuelas, conquistadas por el mayor Toby Purcell, que servía en el regimiento cuando la victoria del Boyne, se conservaban en poder de su sucesor, el mayor más antiguo del regimiento, y se exhibían cada año con motivo de la fiesta de San David. (Fueron destruidas por el fuego en Montreal, cuando el regimiento se hallaba acantonado allí en 1842; pero todavía se brinda por ellas durante el banquete con que se celebra todos los años el día de San David.)

sargento, que había sido costeada por el coronel y confeccionada por el peluquero del regimiento, estaba hecha del pelo más fino, y la conservaba siempre en un estado impecable. Smutchy Steel se adaptó de buen grado a este modo de vivir, pero fácilmente se comprende que a Johnny Maguire el Loco le resultaba difícil cambiar sus antiguos hábitos desordenados. Siempre estaba en apuros.

Richard Harlowe fue transferido al Treinta y Tres. Resultó entonces que, por uno de esos azares que ocurren a menudo en ocasiones extraordinarias, Smutchy Steel había estado en lo cierto. Aquel petimetre shakespeariano era en efecto pariente de Harlowe y, antes que correr otra vez la suerte indigna de ser abordado en la calle por un soldado vulgar que pudiera llamarlo primo, cuando no hermano, prefirió comprar su licencia, a condición de que se le encontrara un sustituto, lo cual no era muy difícil entre los leales reducidos a la indigencia. Así este mal soldado salió del ejército.

Librodot

7

Sobre las expediciones que en 1779 emprendimos desde nuestra base de Nueva York no necesito escribir en detalle. La primera se realizó el 30 de mayo, cuando fuimos enviados en barcos aguas arriba por *el* río Hudson contra Stoney Point y Verplanck's Neck, a unas cuarenta millas más allá de Nueva York, donde los americanos tenían fuertes. Hallábanse éstos en King's Ferry, un lugar donde se estrechaba el cauce del río, que era el camino que tomaban las fuerzas revolucionarias para ir de las provincias del centro a Nueva Inglaterra, o al revés. Si se tomaba este paso, tendrían que dar un rodeo de sesenta millas por las montañas. Para mí el interés principal de esta expedición radicaba en que veía por primera vez el hermoso paisaje del curso inferior del río Hudson, que aquí tenía aproximadamente dos millas de ancho, paisaje que excede a todas las descripciones. La orilla occidental presentaba primero una continua muralla oscura de roca, que por sus grietas verticales daba la impresión de empalizadas, y efectivamente tenía este nombre. De vez en cuando la interrumpía un curso de agua y por doquier aparecía festoneada y salpicada del fresco verdor del temprano estío. La ribera oriental -que miré con interés por ser la región que el invierno anterior había atravesado como fugitivo- tomaba gradualmente un aspecto agreste y épico, con bosques, praderas y enormes acantilados. Todas las combinaciones más nobles de bosque y agua, luz y sombra, se daban aquí con la mayor perfección, y, por el deleite de la naturaleza que descubría en mí mismo, comprendí que al fin había recobrado mi propio ser, que había salido del marasmo de malestar y apatía en que el cautiverio me había hundido durante un tiempo. Sin embargo, las casas, cobertizos, aserraderos y fuertes americanos que veía, todos hechos de madera sin labrar y muchos en ruinas a causa de la guerra, se meantojaron una visión ingrata y melancólica comparándolos en el recuerdo con las pulcras casas encaladas y las hermosas iglesias con reluciente aguja de metal que festoneaban el río San Lorenzo en el Canadá. Meditando sobre ello, decidí: ¡Oh, no; siempre preferiré una propiedad modesta y decente a la más romántica vista de montaña, abismo y selva enmarañada!

Nuestro destacamento desembarcó un poco antes de mediodía a siete millas aguas abajo de King's Ferry. Otro siguió aguas arriba y antes de caer la noche se apoderó de Stoney Point sin experimentar más bajas que un solo herido. Era un lugar de grandes posibilidades defensivas naturales, pero el enemigo abandonó precipitadamente las fortificaciones a medio construir. Entretanto, nosotros, avanzando por un terreno accidentado y difícil, sitiamos *el* fuerte ubicado en nuestro lado del río, denominado Fort Lafayette, y acampamos a tiro de mosquete del mismo. A las cinco de la madrugada siguiente, nuestros hombres de la orilla opuesta habían subido cañones y morteros de los barcos a Stoney Point y empezaron a cañonear Fort Lafayette a través del río. Este fuerte resultó ser un reducto pequeño, pero completo, con empalizadas, doble foso, árboles talados con el ramaje hacia afuera, caballos de frisa y un blocao a prueba de obuses en el medio. Los setenta americanos que lo ocupaban no tardaron en izar bandera blanca, y el mayor André fue enviado por el general Clinton en calidad de parlamentario para aceptar su rendición. La única condición puesta por los americanos fue la promesa de que recibirían buen trato. Tras haber dejado sendas guarniciones en estos dos fuertes, pronto volvimos a descender por el río.

El 4 de julio el regimiento fue enviado en una expedición contra la costa *de* Connecticut, una provincia llena de gente y donde abundaban las provisiones, y que era una de las principales bases de los ejércitos americanos. Como desde hacía mucho tiempo los habitantes de Connecticut se jactaban de que temíamos atacarlos a causa de sus cualidades guerreras, Sir Henry Clinton resolvió desengañarlos. Causando todos los estragos posibles en los arsenales públicos, almacenes, cuarteles, etc., esperaba tentar al general Washington a salir de las Highlands. Si mordía la carnada, muy bien, pues sus tropas, aunque adiestradas a la sazón por el barón Von Steuben, un militar prusiano, no podían rivalizar con nosotros; y si se quedaba

Librodot

atrás, todavía mejor, porque adquiriría entre las gentes de Connecticut fama de ser indiferente a sus sufrimientos o de no atreverse a ir en su ayuda. La razón de que Connecticut hubiera quedado tanto tiempo preservada de los horrores de la guerra era que la gran mayoría de los habitantes de los distritos costeros profesaba la fe episcopal y era de tendencia leal, si bien estaba intimidada por la minoría disidente y revolucionaria, pareciendo insensato forzar las cosas. Sin embargo, como esos leales eran tan lentos en mostrar una actitud definida, Sir Henry les ofreció entonces la oportunidad de tratarnos como a enemigos o como a liberta-dores: lo que gustaran.

Para ser breve: nuestra pequeña expedición de fuerzas regulares combinadas con fuerzas provinciales americanas desembarcó a ambos lados del fuerte de New Haven en Connecticut, a unas ochenta millas costa arriba de Nueva York, y nos apoderamos del fuerte que protegía aquella ciudad. Las embarcaciones que estaban en el puerto y toda la artillería, municiones y depósitos públicos que había en tierra fueron tomados o destruidos; pero la ciudad, bella e importante, no fue incendiada. Sin embargo, como era de esperar, la presencia de los provinciales al mando del coronel Fanning entre nuestras fuerzas dio lugar a algunas irregularidades; en los primeros momentos no se pudo impedir que se entregaran al saqueo de casas particulares, y ante esta provocación, los habitantes dispararon desde las ventanas contra los centinelas que habían sido apostados para evitar desmanes ulteriores. Los vecinos de New Haven, dicho sea de paso, eran conocidos en toda Nueva Inglaterra con el mote de "calabazas", a causa de una vieja ley de Connecticut que mandaba a todo hombre hacerse cortar todos los sábados el pelo alrededor de la gorra, sustituyéndose muchas veces ésta por la cáscara dura de una calabaza. Parece que con ello se perseguía el impedir que aquellos que habían perdido las orejas por el delito de herejía ocultaran la falta de ellas bajo largas trenzas. Tras publicarse un bando para persuadir a esos "calabazas" a volver a la senda de la lealtad, el fuerte fue desmantelado y nos reembarcamos.

La expedición prosiguió viaje a Fairfield, un pueblo que quedaba aproximadamente veinte millas más cerca de Nueva York y un poco tierra adentro. Dos años atrás Fairfield y Norwalk, un pueblo vecino, habían escapado a la destrucción durante una expedición del gobernador Tryon de Nueva York, que ahora volvía a ejercer el mando, realizada contra el arsenal de Danbury. Los americanos, confiando en que se volvería a tener la misma indulgencia con el pueblo, utilizaron las casas como emboscadas contra nuestra gente cuando avanzamos para apoderarnos de los almacenes públicos. Tuvimos cierto número de bajas entre muertos y heridos; el gobernador Tryon declaró que los americanos debían aprender a usar las casas particulares únicamente para fines privados o, si no, atenerse a las consecuencias, y ordenó que el pueblo fuese arrasado por el fuego. Esto hubiera sido para todos nosotros un espectáculo muy penoso si el resentimiento que nos embargaba por la pérdida de nuestros camaradas no hubiera mitigado nuestra compasión. Con todo, yo, por lo menos, sentí pena al ver arder la iglesia entre aquellos edificios seculares, y una pobre mujer que con una criatura en brazos vino corriendo hacia el pelotón a mi mando, instándonos a gritos a cesar nuestra obra de destrucción, resultó ser la esposa del pastor del pueblo, el reverendo John Sayre. Según nos contó la mujer con voz entrecortada, él había sido muy mal tratado por los liberales durante los últimos cuatro años, teniendo que limitarse a leer los domingos a su comunidad la Biblia y las homilías, pues le habían prohibido la liturgia. ¡Pero había que ver -gritó la mujer-cómo su paciencia y santidad era recompensada incluso por aquellos por cuyo triunfo rogaba a Dios todas las noches! Le habían reducido su magnífica iglesia, como también su bonita casa, a un montón de cenizas y destruido los vasos sagrados de la comunión, y él mismo y su mujer, con ocho hijos, quedaban privados de alimento, ropa y vivienda. El comandante de nuestra compañía le ofreció un salvoconducto para ir a Nueva York, pero ella lo rechazó, diciendo que en la confusión había quedado separada de su esposo y de dos hijos, y que no se movería de allí hasta que toda su familia volviera a hallarse reunida. Así que la dejamos vociferando, fuera de sí.

Norwalk y Greenfield, dos pueblos que tomamos inmediatamente después, corrieron

Librodot

idéntica suerte, pues la resistencia de la milicia movilizada en grandes contingentes era de un carácter tal, que ningún ejército regular podría soportarla pacientemente. El nombre del gobernador Tryon provocó entre la población, que le consideraba como el principal culpable de que nuestro bando prosiguiera la guerra (del mismo modo que nosotros acusábamos a King Hancock y a los Adams como los principales agitadores del bando de ellos), un odio tal, que cada cobertizo se convirtió en una fortaleza que se oponía a nuestro avance, y nuestras bajas se elevaron en total a ciento cincuenta.

Cerca de Norwalk, Johnny Maguire el Loco -solicitó permiso a nuestro oficial para salir de la columna por espacio de diez minutos mientras hacíamos un alto en un campo. Cuando *el* oficial le preguntó el motivo, Maguire contestó que debía a un vecino del pueblo la suma de cuatro chelines y tres peniques y deseaba cancelar su deuda. El oficial accedió a tan singular petición, y mandó a un sargento y dos soldados con Maguire para que le vigilasen. Yo fui el sargento elegido.

Fuimos por un camino hasta un grupo de edificios de una granja, pasando a través de un bosquecillo de cerezos muy cargados de frutas negras con las que por esos lugares elaboran una especie de aguardiente, y de pequeñas cerezas rojas y dulces, muy gratas al paladar. Maguire, conduciéndonos con seguridad, me explicó:

-Ésta es la granja de mi hermano Cornelius, el rebelde; y allí está mi sobrino, que se llama Johnny, como yo. Ven acá, ¡hola!..., ven acá, Johnny, querido bribón, a saludar a tu tío.

Pero *el* chiquillo no se acercó, y a la vista de nuestras chaquetas- rojas y nuestras armas corrió al lado de su madre lanzando gritos. Ella estaba ocupada, encaramada en una escalera, cogiendo cerezas de 'un árbol; y como era un poco sorda, no oyó nuestros pasos. Cuando llegamos hasta ella también empezó a dar gritos, si bien con suficiente presencia de ánimo para no volcar su cesta. Bajó presurosa de la escalera y se postró a mis pies, implorando que no atentásemos contra su vida ni la de su familia.

-Tengo el gusto de hablar con Mrs. Maguire, ¿verdad? -dije cortésmente-. Su cuñado acaba de llegar para pagar a su esposo una pequeña deuda.

-Ah, ¿no es más que ese canalla y ladrón de Johnny? -gritó ella, trocando su miedo en indignación violenta-. Por poco mató a mi pobre marido, que era tan bueno con él, partiéndole el cráneo con una barra de hierro. ¡Pero yo voy a dar su merecido a este canalla!

Tomó al pequeño Johnny de la mano y se precipitó hacia la granja cogiendo un hacha al pasar junto a una pila de leña.

Corrimos tras ella y llegamos a tiempo para ser espectadores de una escena curiosa: una pelea familiar entre Maguire y un enjambre de adolescentes, sobrinos y sobrinas suyos, que habían estado atareados en la cocina, por la posesión del gran fusil de Cornelius. 'Este mismo dirigía las operaciones de su familia desde el jergón de paja en que estaba acostado, en un rincón de la cocina, vendada la cabeza con un trapo y gritando débilmente:

-¡Hacedle trizas, muchachos! ¡Sacadle los ojos, niñas, a este bandido! ¡De no ser por estas malditas paperas yo mismo le haría frente, y vaya si lo despacharía al otro mundo como a un perro!

Cuando Mrs. Maguire intervino en la refriega blandiendo el hacha, nos interpusimos y la desarmamos. Maguire me entregó el fusil capturado.

-Ahora -dije-, ¿qué le parece, soldado John Maguire? (Pues en nuestro nuevo regimiento, los sargentos tenían el deber de distanciarse de los soldados rasos y ya no nos tratábamos de "Johnny" y de "Gerry", salvo cuando estábamos solos.) ¿Vamos a coger prisionero a su hermano?

Mrs. Maguire prorrumpió en sollozos y habló de la ingratitud de su cuñado que así pagaba *el* bien con el mal, y de que "nunca más volvería a ver a su querido Corny, y eso que *el* pobre sufría de paperas".

Yo deseaba evitar toda dureza innecesaria, y me parecía injusto que Johnny, que sólo había ido a ver a su hermano con el propósito de pagar una deuda de honor, privara a esta

laboriosa familia de su "puntal", según la expresión de Mrs. Maguire al referirse a su marido. Sin embargo, el que Cornelius padeciera una enfermedad infecciosa que también le impedía caminar era excusa suficiente para no llevarlo con nosotros, máxime no estando armado ni vistiendo uniforme. Por otra parte, empero, sabíamos muy bien que en cuanto se restableciera de su enfermedad volvería a su regimiento de las milicias. Entonces, Johnny Maguire, a punto de llorar también por la situación a que su impulso generoso nos había arrastrado a todos por igual, tuvo una feliz idea.

-Sargento Lamb -gritó-, ya sé lo que debemos hacer. Lo que más le falta al ejército del general Washington son ropas y armas, pero especialmente ropas. Supóngase que le quitamos a este canalla su chaqueta, sus polainas, botas y calzones, su mosquete y provisión de pólvora, como efectos personales que le serán devueltos una vez ganada la guerra. Esto será mucho mejor que matarlo o llevarlo prisionero, pues así privaremos al enemigo de un soldado, sin privar a esta pobre familia decente de su padre.

Accedí a esta proposición y, a pesar de las vehementes recriminaciones de Mrs. Maguire, hicimos de su contrariado y gimiente marido un "inválido", que era el término que se aplicaba a aquellos numerosos soldados de las fuerzas revolucionarias que no podían desfilar por falta de ropa. Sin embargo, ella tomó su desquite. Cuando Johnny se despedía de ella y se disponía a besar al pequeño Johnny, depositando un chelín en la palma de su mano, la mujer cogió un puñado de cerezas negras de la cesta que había dejado junto a la puerta e, invitando a sus hijos a seguir su ejemplo, empezó a aplastarlas contra su uniforme y equipo.

-¡Toma, ladrón, más que ladrón! ¡Dejar sin camisa a tu pobre hermano enfermo! ¡Canalla! ¡Monstruo! ¡Qué van a decir tus oficiales! ¿No te meterán entre los inválidos, igual que a mi pobre Corny, para que no los deshonres?

Entonces esta extraordinaria familia prorrumpió en grandes risotadas, a las que el propio Johnny Maguire se sumó de buena gana.

Tuvo razón la mujer en eso del deshonor. Cuando regresamos a la compañía, nuestro oficial hizo arrestar a Maguire, y tan mal aspecto tenía éste que le ordenó no dejarse ver por nadie. Más aún, el pobre contrajo las paperas -enfermedad muy generalizada en el ejército americano-, contagiadas por los niños con los que había forcejeado, cayendo gravemente enfermo.

Tocó entonces a la ciudad portuaria de Greenfield ser incendiada por orden del gobernador Tryon, ignoro a raíz de qué provocación; y estábamos avanzando sobre Nueva Londres, centro principal del comercio pirata en Connecticut, cuando la noticia de que los americanos estaban concentrando grandes fuerzas nos indujo a postergar el ataque hasta que pudiéramos traer refuerzos. No éramos en total tres mil hombres. En el término de nueve días habíamos causado a la población de Connecticut tan graves pérdidas, que Sir Henry Clinton fue informado por sus agentes secretos destacados en aquella provincia de que se estaba preparando un movimiento para concertar una paz por separado con nosotros, por haber perdido los habitantes toda esperanza de recibir ayuda del general Washington. Sin embargo, no se intentó el asalto a Nueva Londres, pues el general Washington, avanzando súbitamente sobre Stoney Point y Fort Lafayette, nos arrebató ambos fuertes mediante un ataque a la bayoneta efectuado por la noche. En consecuencia, nuestras fuerzas fueron retiradas para reconquistar estos dos importantes reductos, lo cual se hizo.

Hay que decir que el general Washington emprendía contra nosotros cuanta acción estaba dentro de sus posibilidades. No conseguía tropas del Congreso, el cual ahora esperaba sin duda que el esfuerzo activo de expulsarnos de su país fuera realizado principalmente por los franceses, del mismo modo que en guerras anteriores se había dejado principalmente a nosotros la tarea de expulsar a los franceses. El propio general Washington expresó el temor de que la virtud y el patriotismo se hubieran extinguido en América, y que "la especulación, el espíritu mercantil y una insaciable sed de dinero" hubieran llegado a prevalecer en casi todos los círculos de sus compatriotas. Estas palabras fueron escritas en un momento de desesperación; pero la ansiedad de los ricos y los pobres por igual ante la progresiva

Librodot

depreciación del dinero en papel y la gran escasez de moneda impulsaron a todo el mundo a procurarse alguna forma de riqueza que tuviera todavía valor en el caso de que el Congreso se declarase en bancarrota. Y lo hizo en efecto al poco tiempo, cotizando su papel en diecinueve chelines y medio la libra.

El relato sencillo e imparcial que acabo de hacer de esta expedición a Connecticut destaca ventajosamente frente a las versiones de los escritores americanos Ramsay y Belsham. Éstos han utilizado todos los artificios de la tergiversación arbitraria para desvirtuar los hechos con miras a hacer odioso a la humanidad el nombre británico. En expediciones de esta índole naturalmente se producen escenas contra las cuales se rebela el corazón sensible; pero en tiempos de guerra, el soldado humano no puede hacer más que aliviar los horrores de la misma, y no impedirlos del todo, particularmente si aquellos cuya morada se convierte por desgracia en escenario de la guerra no se comportan cuerdamente. Hace Mr. Ramsay esta afirmación extraña: "En New Haven, los habitantes fueron despojados de sus enseres domésticos y muebles. El puerto y el muelle quedaron cubiertos de las plumas vaciadas de los colchones rotos." Es cierto que la gente de Nueva Inglaterra y, en realidad, todos los americanos hasta Carolina del Sur tienen una predilección exagerada por los grandes colchones rellenos de plumas, que a los ingleses se les antojan lechos sofocantes e incómodos; pero no se tomó venganza por esta peculiaridad. ¡Parece extraño que soldados agobiados por el peso de armas, municiones y provisiones transportaran hasta tan lejos colchones de plumas, nada más que para romperlos! Y en lo que se refiere a los muebles, ¿qué íbamos a hacer con ellos? En nuestras tiendas no había espacio para instalar roperos y relojes de pie, y cosas por el estilo, aun suponiendo que nos hubiéramos tomado el trabajo de sacarlos de las casas del enemigo. Tan calumniosas improbabilidades se refutan por sí mismas. Yo nunca vi nada semejante.

Además, Mr. Ramsay tiene la audacia de escribir: "A un anciano que padecía un impedimento natural para hablar le fue arrancada la lengua por uno del ejército Real." Y en otro lugar: "Una criatura que mamaba fue despojada de parte de su ropa, mientras una bayoneta apuntaba al pecho de la madre." Nadie que haya estado en América durante una gran parte de la guerra y haya participado personalmente en muchos de los combates puede leer tan burdas mentiras sin debatirse entre la indignación y la risa. Cualquier acto vergonzoso como el mencionado en primer término, de que se encontrara culpable a un soldado británico, habría sido castigado con todo rigor por sus superiores; en cuanto al segundo, la precaria camisa de algodón que basta a una criatura americana en los calores estivales habría sido un extraño botín para todo el que no fuese un loco.

Mr. Belsham, si bien algo más cauteloso que Mr. Ramsay, no _ por eso se aparta menos de la verdad. De su afirmación de que "todos los edificios y viviendas campesinas comprendidos en un radio de dos millas de la ciudad fueron arrasados por el fuego", puedo encargarme yo de calificarla de máxima calumnia. Es lamentable que tal tergiversación de los hechos pueda ser transmitida a las generaciones venideras bajo el nombre pomposo de historia.

Permítaseme agregar que nuestra causa fue mal servida por miembros del Parlamento que trataron *de* justificar el arrasamiento de las ciudades no por una afirmación clara *de* la provocación que hizo necesarios tan penosos actos, sino haciendo referencia a los escritos de Puffendorf y Grotius. Parece que mucho antes, estas dos autoridades en derecho habían declarado que *el* arrasamiento por el fuego de ciudades no fortificadas donde se atendía a los soldados estaba de acuerdo con las normas aceptadas de la guerra. Sin embargo, Mr. Burke, en nombre de la oposición, protestó, declarando que nuestros actos habían excedido todo cuanto pudiera sancionar el derecho de la guerra, aniquilando a una parte de la humanidad. El primer ministro y el fiscal del Estado se levantaron sucesivamente para censurar a Mr. Burke por esta exageración y tergiversación de los hechos, pero Mr. George Johnstone, que en 1763 había sido un gobernador rapaz de Florida y, más tarde, delegado de la Paz en compañía del conde de Carlisle, convino impetuosamente con Mr. Burke en que en efecto se estaba librando una guerra de exterminio contra el pueblo americano. "No debe darse cuartel al Congreso

Librodot

Americano, y si se pudiese soltar a los habitantes del Infierno sobre él, yo, señor presidente, aprobaría la medida." El estúpido acaloramiento del gobernador Johnstone se debía a su resentimiento contra *el* Congreso por haber repudiado *el* convenio de Saratoga y por haberle tratado a él y los demás delegados con estudiada frialdad.

El 23 de septiembre fuimos embarcados cuatro mil hombres en Sandy Hook, cerca de Nueva York, bajo el mando del teniente general Conde de Cornwallis, a quien mencioné en mi primer libro como coronel ejemplar del Treinta y Tres, en los días en que yo estaba en Dublín aprendiendo los nuevos ejercicios de la infantería ligera. Se nos dijo que nuestro destino eran las Indias Occidentales, pues Jamaica se hallaba bajo la amenaza de la flota francesa. Después de socorrer a nuestra guarnición allí, ocuparíamos todas las islas francesas del Azúcar, como también las posesiones españolas, pues por entonces los españoles habían entrado en la guerra contra nosotros. Nos enteramos con alegría de esta expedición, pues al menos nos iba a proporcionar un cambio de clima. Un nuevo contingente de reclutas procedentes de Inglaterra había traído la fiebre, que pronto se propagó por toda la ciudad y la isla, al punto de que en el término de seis semanas seis mil hombres de la guarnición estaban incapacitados para el servicio militar. Nuestros oficiales, que siempre cuidaban mucho de nuestra salud, velaron para que desinfectáramos frecuentemente nuestras tiendas y nos proporcionaron quinina; no obstante, tuvimos muchos enfermos y algunos muertos. Nueva York era una ciudad muy expuesta a tales fiebres, particularmente a causa de la suciedad y estrechez de las calles en el lado Este, donde se apiñaban las casas y la ribera estaba atestada de un montón confuso de almacenes de madera, construidos sobre muelles que se proyectaban en todas direcciones. Grupos de negros empleados por el concejo municipal solían transportar por las calles, sobre sus cabezas, baldes hediondos llenos de las evacuaciones nocturnas procedentes de los retretes de los pudientes, para vaciarlos sobre el fango de las orillas, donde se producían vapores nocivos. También las cabañas de los conservadores indigentes que se levantaban en el área arrasada por el fuego de la ciudad eran centros de infección.

Cuando llevábamos dos días en alta mar (con un tiempo pésimo) nuestra expedición a Jamaica fue cancelada, pues llegaron informes de que la flota francesa había salido de las Indias Occidentales y se dirigía de nuevo hacia el continente americano. Regresamos el 29 de septiembre, y tuvimos que esperar dos meses antes de ser reembarcados rumbo al Sur.

Llegaron noticias que me apenaron profundamente. El general americano Sullivan había recibido orden de atacar con cuatro mil hombres las colonias de las Seis Naciones por las que yo había pasado dos años atrás, en invierno, acompañado de mi amigo Thayendanegea; los indios, apoyados por algunas fuerzas leales, habían entablado batalla con el general en Chemung, junto al río Susquehannah, y sufrido una aplastante derrota. El general había arrasado entonces todas las aldeas y pueblos, algunos de los cuales se componían de sesenta, ochenta y aun cien casas, y causado estragos mucho más grandes que los que nosotros provocamos a las poblaciones de Connecticut, pues sus hombres destruyeron completamente las cosechas de los indios; arrancaron incluso las hortalizas y los groselleros de los huertos y mataron todos los cerezos, manzanos y melocotoneros. Durante mis posteriores viajes por el interior de América encontré a un soldado que había participado en esta campaña y que era un hombre de buenos sentimientos. Me dijo: "Cuando incendiamos las cabañas de los indios, eso estaba muy bien hecho; parecía una venganza justa por lo que se había hecho con nuestras propias casas en el valle de Wyoming. Nos reímos ante el espectáculo de las llamas crujientes. Pero cuando cumpliendo las órdenes recibidas tuvimos que arrasar los sembrados, le juro que se me rebeló el alma. ¿Quién podía ver sin lágrimas cómo aquellos troncos que se erguían tan magníficos, con anchas hojas verdes y adornados con espléndidos frutos, llenos de dulce y lechosa savia..., cómo aquellas plantas sagradas caían bajo nuestros cuchillos para marchitarse y pudrirse inútilmente en los campos?"

Los indios, al mando de Thayendanegea, se pusieron a salvo, pero aquel invierno

Librodot

tuvieron que retirarse al Canadá y depender allí de la caridad del general Carleton. Las primeras noticias que recibimos decían que los americanos habían masacrado la población entera de las Seis Naciones, y son fáciles de imaginar los pensamientos sombríos que se apoderaron de mí. Desde el día en que me había despedido de Thayendanegea en la selva, cerca de Saratoga, antes de la capitulación, no había dejado ni un instante de pensar en Kate Harlowe y nuestra hija, y acariciaba todavía la esperanza de que algún azar de la guerra o la eventual firma de la paz volvería a reunirnos felizmente. Al proyectar mi huida del ejército de la Convención, había considerado primero la posibilidad de huir no aguas abajo, a Nueva York, sino aguas arriba, más allá de Albany, con intención de cruzar la colonia fronteriza americana, remontando el río Mohawk, e ingresar en las filas de los fusileros al mando del coronel Guy Johnson, quien operaba en combinación con las Seis Naciones, pues creía que Kate viviría todavía en el pueblo indio de Genesee, donde ella residía según informes de Thayendanegea. Kate era un imán a cuyo poder de atracción me resultaba sumamente difícil sustraerme.

La pena que me causó la falsa noticia de la matanza no tuvo sobre mí el efecto esperado; no me entregué a la bebida y a la vida disoluta. Era entonces un soldado con experiencia suficiente para no caer en estas insensateces. Por el contrario, concentré todas mis energías en un esfuerzo por perfeccionar mis conocimientos militares, leyendo libros que me prestaban mis superiores, y hacerme digno del regimiento en el que tenía la fortuna de servir ahora, cumpliendo estrictamente con mi deber. Aunque aquí el invierno llegaba por lo común hacia el Año Nuevo, a mediados de noviembre nevó y hubo heladas prematuras; y el comportamiento de los pájaros y los animales vaticinaba tiempo muy crudo. Resultó ser, en efecto, el invierno más riguroso de los últimos doscientos años; caza tan común como el venado, los pavos, las ardillas y las perdices quedó casi exterminada en todas las colonias del Norte; todos los setos de alheña en Pensilvania murieron a causa del frío; y el río Hudson se heló hasta Nueva York, ofreciendo un sólido puente de hielo de agua salada de una orilla a otra, en una distancia de más de una milla. Sin embargo, nosotros nos libramos de él. El día siguiente a la Navidad de 1779, el comandante en jefe, habiendo recibido de Lord George Germaine en Londres la orden de llevar la guerra a las provincias del Sur, se embarcó al frente de nosotros y de una gran parte del ejército para reconquistar Charleston, la capital de Carolina del Sur, que a la sazón estaba en poder del general americano Lincoln. Había ya mucho hielo en el puerto de Nueva York cuando nos hicimos a la mar.

Esperábamos llegar a destino para la Navidad de las Señoras, que es el nombre que en mi país se da a la víspera del día de Reyes; pero pronto nos dimos cuenta de que no cabía esperar que continuase el buen tiempo con que habíamos iniciado la travesía. El 28 de diciembre sopló un fortísimo temporal en la costa, de la que estábamos a treinta millas, y tuvimos que capearlo hasta la mañana siguiente. Las tropas que iban en nuestro transporte fueron presa de un grave mareo, y al amanecer el día siguiente había todavía mar gruesa y la flota estaba dispersa; uno de los transportes había perdido los palos durante la noche. Al día siguiente hizo buen tiempo, pero la víspera de Año Nuevo una bruma extraordinaria cubría las aguas. Soplaba viento del Norte y el mar hervía bajo una especie de vapor que en ningún momento se levantaba más que unos pies sobre el nivel de las aguas. Año Nuevo resultó un día radiante, como un augurio para el año que comenzaba, pero luego nos sorprendió otro temporal, que sopló del noroeste por espacio de toda una semana, obligándonos a arriar todas nuestras velas y permanecer al pairo durante todo este tiempo.

Nuestros hombres mareados se debilitaron mucho con el constante balanceo y, como las escotillas estaban cerradas a causa del grueso oleaje, no podíamos ventilar la parte del barco en que nos hallábamos alojados, de modo que el aire se hizo irrespirable. Tocino salado y galletas no eran ciertamente una medicina adecuada contra el mareo, pero no disponíamos de otro alimento. Al agua se le ponía alumbre, lo cual impedía que se corrompiese, pero al mismo tiempo la hacía muy desagradable al paladar.

El sargento Collins era el más activo de todos nosotros. Cuando le preguntamos cómo se las arreglaba para no tener náuseas y vomitar continuamente, nos indicó, casi avergonzado, el viejo remedio de los marineros, que consistía en ingerir un trozo de tocino graso y volver a ingerirlo tantas veces como lo rechazara el estómago. Dijo que a la cuarta tentativa el estómago era dominado por esta expresión de firme voluntad de la garganta y el tocino ya no iba y venía entre los dos, sino que pasaba debidamente al intestino. Sin embargo, ninguno de nosotros se animó a probar la receta, a pesar de datar ésta de los tiempos del Arca de Noé. Yo llevaba conmigo dos libras de té de Souchong, que alivió grandemente a los mareados mientras duró, pues le agregué ron.

El 9 de enero el temporal amainó durante un día, pero luego sopló del Oeste sin interrupción seis días seguidos, durante los cuales estuvimos al pairo una vez más. Continuamente el agua verde se volcaba sobre nosotros barriendo todo lo que había en cubierta. Muchos hombres resultaban heridos al ser arrojados contra la madera o el hierro a causa de los balanceos y cabeceos de nuestro barco. Mucha agua salada entró en la embarcación, y nuestra reserva de agua dulce se fue reduciendo de manera alarmante en los toneles. Creo que fue durante este temporal cuando se fueron a pique el barco que transportaba la artillería pesada de la expedición y otras tres o cuatro naves. El *Russian Merchant,* un transporte que llevaba artilleros junto con sus mujeres e hijos, empezó a hundirse lentamente ante nuestra vista, a raíz de haber saltado su maderamen de forma que era imposible calafatearlo. Era un barco viejo y destartalado, y nunca debiera haber sido movilizado para tan importante servicio. Nos fue imposible prestar la menor ayuda, pues nosotros mismos luchábamos duramente con la mar gruesa y las olas se habían llevado todos nuestros botes y el palo de mesana. Sin embargo, a pesar del tremendo oleaje, el *Lady*

Dunmore, una balandra armada en corso, se acercó y subió a bordo a la tripulación y a los pasajeros. Lanzamos con entusiasmo tres hurras en su honor por esta acción audaz. No bien el último bote se había alejado un poco, el *Russian Merchant* volcó y se fue a pique en medio de un gran remolino.

Nuestra flota dispersada se cruzó, unos días más tarde, con una flota americana de veintiséis velas, procedente de la isla holandesa de Eustacia, el depósito más grande de los contrabandistas en las Indias. Los holandeses no habían entrado aún abiertamente en la coalición dirigida contra nosotros. Entonces *el* mar estaba tranquilo. Los americanos apresaron algunos de nuestros barcos que habían perdido el contacto con la flota escolta y saquearon otros. A su vez, una nave de la Flota Real capturó una goleta de ellos que había perdido el timón. El transporte en que íbamos nosotros, y cuyo nombre no recuerdo por ser un nombre holandés difícil de pronunciar, escapó a duras penas de otra goleta americana; pero aprovechamos un viento del que ella no se benefició y así escapamos del alcance de sus cañones. Fue una cosa muy extraordinaria, pues nos aventajaba en velocidad y se nos acercó hasta una distancia de milla y media, quedándose *de* pronto inmovilizada. Luego nosotros también nos quedamos sin viento, pero se levantó uno procedente de otro cuadrante, que aprovechamos, mientras que ella siguió inmóvil. Habíamos aparejado un palo de mesana improvisado.

Continuó la racha de contratiempos hasta la primera semana de febrero, cuando, después de haber pasado Carolina del Sur, llegamos a Tybee, en Georgia, un puerto situado en la desembocadura del río Savannah, que separa las dos provincias. Nuestra compañía dio en todo momento pruebas de la mayor disciplina y entereza, así que a mí me fue fácil reírme del peligro y mostrar indiferencia por nuestra suerte. Todos compadecían mucho a los caballos que llevábamos a bordo, que perecían de hambre por falta de forraje; tuvimos que matar a tiros a seis de ellos, y los demás tampoco sobrevivieron a la travesía. En efecto, ni uno solo de los doscientos caballos que llevábamos para la artillería y la caballería desembarcó sano y salvo.

Nuestro transporte fue uno de los últimos que arribaron a Tybee, quedando apenas tiempo para llevar a bordo agua y fruta fresca, particularmente naranjas y limones, que nos

Librodot

hacían mucha falta para depurar nuestra sangre antes de hacernos nuevamente a la mar. Regresamos en verano y por primera vez vi palmeras y áloes, junto con otros árboles y plantas que conocía solamente a través de la lectura de las Sagradas Escrituras. Un perfume denso y exquisito se mezclaba extrañamente con el hedor del puerto; Georgia se halla a unas mil cuatrocientas millas al sur de Quebec, a novecientas de Nueva York y en la misma latitud que Jerusalén y el delta del Nilo. En Europa no se tiene una noción cabal de la enorme extensión de Norteamérica, que es igual a la de todo el océano Atlántico Norte.

Me hubiera gustado mucho visitar Savannah, la principal ciudad de Georgia, situada unas pocas millas aguas arriba del río del mismo nombre; pero no tuve ocasión de hacerlo. Algunas semanas antes, la pequeña guarnición de Savannah había repelido con éxito el primer ataque combinado de una flota francesa y un ejército americano, y a raíz de este fracaso, como en ocasiones anteriores, hubo recriminaciones recíprocas entre los aliados. La flota francesa se retiró en parte a Europa, en parte a las Indias Occidentales, y el general Lincoln, comandante americano, invernaba ahora con sus tropas en la hospitalaria ciudad de Charleston, cien millas al norte en la costa. Con el propósito de sorprenderle allí, el 10 de febrero partimos de Tybee para el pueblo de Edisto del Norte, a treinta millas de Charleston, y llegamos sin contratiempos. Con nosotros vino una parte de la guarnición de Savannah, que últimamente había sufrido mucho a causa de la fiebre amarilla.

Librodot

8

Charleston, nuestro objetivo, era una ciudad situada cerca del mar en una lengua de tierra formada por la confluencia del río Cooper, al norte, y del río Ashley, al sur. Sus aguas unidas se vertían en el océano frente a la isla Sullivan, donde los americanos tenían un fuerte guarnecido con baterías pesadas. Entre la ciudad y la isla había un buen puerto para barcos. Las grandes mareas de estos ríos, así como las agradables brisas del mar, hacían de Charleston un lugar más saludable que las tierras bajas circundantes, de manera que frecuentemente acudía allí gente enferma de las islas de las Indias Occidentales para restablecerse de la fiebre. Sin embargo, el agua potable se contaminaba con frecuencia y, a causa del clima bochornoso, toda la población blanca tenía la tez de color de grasa y bilioso, y sus energías reducidas hasta tal punto que parecía incapaz de cualquier esfuerzo físico sostenido. Todo hombre blanco de cierta categoría tenía un número de esclavos, y ninguno estaba dispuesto a rebajarse haciendo el menor trabajo siempre que pudiera realizarlo un esclavo, ya se tratase de cargar su escopeta de caza, de peinar sus cabellos, o de trinchar la carne en el aparador antes de la comida. Incluso el niño que iba a la escuela disponía de un joven esclavo que le llevaba la cartera, y la señorita que dejaba caer un abanico de sus manos flojas llamaba a un esclavo para que lo recogiese antes que agacharse para hacerlo ella misma. Esa gente despreciaba o compadecía a los "pobres blancos" que, faltos de recursos para comprar y mantener a uno o dos esclavos, estaban obligados a hacer por sí mismos trabajos viles.

Ya que la institución de la esclavitud es el aspecto más característico de los estados del Sur, el lector me dispensará si me extiendo sobre este particular en el curso del presente relato. Los habitantes de Charleston no la consideraban en absoluto vergonzosa u odiosa, por estar tan generalizada, si bien como ciudadanos americanos que eran proclamaban su culto a las libertades civiles e insistían en los fueros y la dignidad del hombre. En efecto, los vecinos de Charleston eran conocidos en toda América por su hospitalidad, su cortesía y su espíritu progresista, y cabe mencionar en su honor que, durante toda la guerra, siguieron importando libros y todas las nuevas creaciones de las artes de Inglaterra y otros países del Viejo Mundo. Charleston era, en particular, el centro del arte musical en América y casi todos los hombres sabían tocar el violín o la flauta o algún otro instrumento, mientras que todas las mujeres sabían cantar.

En la costa, al sur del río Ashley, había cierto número de islas bajas que teníamos que ocupar una a una: Edisto, St. John's, St. James. Cuando al día siguiente de nuestra partida de Tybee llegamos a la aldea de Edisto del Norte, desembarcamos sin encontrar resistencia y ocupamos St. John's Island, cuyas playas restantes estaban limitadas por Stono Creek. Desde este brazo de agua, un canal tortuoso llamado Wappo Cut conducía al río Ashley, directamente frente a Charleston; a su derecha estaba situada St. James Island. Menciono estos detalles, porque al día siguiente de nuestra llegada a St. John's Island fui designado para realizar con un destacamento al mando del mayor Moncrieff, nuestro ingeniero jefe, sondeos en Stono Creek. Él deseaba averiguar si sería posible llevar barcos de avituallamiento hasta nuestro campamento desde el mar. Fue ésta mi primera aventura en los estados del Sur, y aunque ocurrió muy poco que tuviera importancia militar, recuerdo todo el itinerario con la viveza de las primeras impresiones que perduran en la mente sin perder nitidez, mientras que hechos posteriores mucho más notables se borran por completo de la memoria.

Cuando casi habíamos terminado nuestro trabajo, el mayor Moncrieff, un escocés inteligente, encontró francamente insoportable el calor de nuestra embarcación y pidió que hiciéramos un alto y nos refrescáramos un poco. Estábamos pasando junto a un campo anegado en que chapoteaba un grupo de esclavos negros, hombres y mujeres, sin más vestimenta que un trapo en torno de la cintura. Estaban entregados al cultivo del arroz. El

Librodot

arroz era el producto principal de aquella provincia, y su cultivo requería mucho trabajo.

Enfilamos hacia la orilla, y el teniente Sutherland, del cuerpo de ingenieros, que formaba parte de nuestro destacamento, hizo señas a un joven negro, quien se nos acercó. Con gran sorpresa mía descubrí que el infeliz apenas si sabía tres palabras de inglés; sólo articulaba una jerga ininteligible, sin duda la lengua nativa de la selva del Congo de donde le habían llevado para ser vendido como esclavo.

Sin embargo, una mujer vestida con una harapienta camisa de algodón vino en su ayuda, y se dirigió al teniente Sutherland:

-Buen día, señor coronel. ¿Quiere hablar con capataz? Él dormir allá, bajo aquel árbol.

-Entonces ve a despertarlo, buena mujer -dijo el teniente, complacido con eso de coronel-. Dile que el ingeniero jefe de las fuerzas británicas desea hablar con su patrón.

-¡Caramba, señor coronel, qué difícil es eso! Le diré: coronel británico desea verle; despiértese o el señor enojarse mucho.

Se fue corriendo y pronto vino un joven capataz mulato, avanzando lentamente a través del arrozal. Parecía enojado por la interrupción de su siesta, pero deseoso de disimular su enojo por temor al castigo.

-Llévame a tu amo -le ordenó el mayor Moncrieff.

-Mi amo quizá duerma aún -objetó el capataz-. Es un buen patrón, pero muy violento, y se pone furioso si se le despierta.

-Yo me responsabilizo de las consecuencias -declaró el mayor-. Tengo entendido que por aquí los señores son muy amables con los forasteros.

Cuando el capataz vio nuestra determinación de hacer la visita, cambió de tono.

-No; le he mentido. Mi amo no está durmiendo, y le será muy grato recibirlo. Nadie quedará tan complacido como él con su visita.

Se volvió hacia los esclavos, amenazándolos con terribles castigos si abandonaban el trabajo durante su ausencia, y nos indicó el lugar donde podíamos amarrar nuestro barco y desembarcar. Luego nos condujo a la casa del colono, que se levantaba detrás de un bosquecillo de pequeñas palmeras, flanqueada por un enorme granero y dos o tres pilas de paja de arroz. Antes de llegar hasta ella pasamos junto a una hilera de destartaladas cabañas, unas treinta en número, con tejado de hojas de palmera, de las que brotaba un nauseabundo olor de animales. Dos negras, viejas y desnudas, con motas canosas en la cabeza y senos marchitos, asomaron la cabeza a nuestro paso profiriendo gritos de asombro y admiración al ver nuestras armas y ropas.

-Allí está el matadero -dijo el capataz, señalando con la mano-. Mi amo es un hombre muy rico. Posee un centenar de negros que trabajan bien. Todos, salvo los viejos, trabajan en los arrozales.

Se adelantó para avisar a su amo de nuestra llegada. Este caballero se llamaba capitán Gale -en todo el Sur todos los hombres ostentaban algún grado militar, aunque no hubiesen servido un solo día en las filas de la milicia provincial- y era el prototipo del plantador. Se presentó ante nosotros en ropa de casa: camisa de batista, pantalones de lienzo, gorro, los pies desnudos, y blandiendo en la mano izquierda un látigo siempre vibrante para tener a raya a los esclavos. Vino a nuestro encuentro con la mano derecha tendida para saludar a los oficiales. No estaba borracho ni sobrio, sino en un estado de vaga euforia.

-¡Señores, me es muy grato darles la bienvenida! -dijo-. ¡Vaya! Es bálsamo para mis ojos ver una vez más a militares británicos. Es el preludio de acontecimientos muy gratos. Ustedes los británicos arrojarán pronto a esa maldita chusma de rebeldes más allá de Charleston. Desde que se han hecho fuertes por aquí estoy apartado de todo trato con gente decente, excepción hecha de mis vecinos, los Bennet, los Motte y los M'Corde. ¡Esto cambiará ahora! ¿Qué les parece si tomamos una copa de licor añejo a la salud de Su Majestad el rey George? ¡Eh, Cudjo, Cudjo!, maldito perro negro, ¿hasta cuándo he de desgañitarme llamándote? ¡Anda y sírvenos *el* licor en seguida!

Desde la otra habitación llegó una voz alarmada:

-¡Voy, amo! ¡Cudjo siempre responde cuando le llama el amo!

Y Cudjo, otro joven mulato, vino corriendo con el aire culpable de quien ha sido sorprendido dormido, trayendo en una bandeja una botella de licor y tres copas. El capitán Gale hizo restallar en broma su látigo ante el chico, llamándole holgazán.

Entonces se brindó en la terraza a la salud de Su Majestad, mientras yo apostaba centinelas por los terrenos; luego me presenté al mayor Moncrieff para recibir órdenes, quien tuvo la gentileza de sugerir al colono que a mí también me gustaría apurar una copa, observando que era un oficial subalterno que ya había realizado un servicio notable en la guerra y había sido premiado por Sir Henry Clinton por llevar a un grupo de prisioneros evadidos, sanos y salvos, a través de las líneas del general Washington.

Al instante el capitán Gale se deshizo en amabilidades para conmigo y ordenó a Cudjo traer en seguida otra copa.

-¡Vaya, mi buen héroe! -exclamó-. Conque usted engañó a ese viejo Fabio de Virginia, ¿eh?, como un Aníbal. ¡Bravo, bravo! ¡Y ahora va a vengarse por lo que esa maldita chusma yanqui le hizo! ¡Canallas! Los hay a montones en Charleston. ¡No les *dé* cuartel! ¡A pegar duro! ¡Hay que matarlos como a perros! ¡Hay que hacerlos trizas! ¡Hurra! ¡A ellos, británicos! ¡Si no fuera por mi maldito lumbago, les juro que me lanzaría con ustedes a la carga contra esos hijos de perra!

Brindé respetuosamente por la salud del rey, bebiendo el licor, que era en efecto muy bueno pero de fuerte efecto en un estómago vacío.

El mayor Moncrieff pronunció algunas palabras ponderando la plantación, palabras que el capitán Gale escuchó complacido, y el teniente Sutherland observó que la vida de un plantador debía de ser muy agradable.

-A Dios gracias, no tengo motivos para quejarme, salvo de esa maldita guerra. Se llevó nuestras bonitas monedas de oro y de plata, inundándonos en cambio con esa porquería continental que se convierte en insulto y traición en cuanto uno la coge en la mano. Gracias a Dios, ustedes han venido finalmente en nuestra ayuda, pues las cosas se han puesto muy feas para los hombres honrados.

A continuación se jactó de su "ganado negro", término con el que se refería evidentemente a los negros. Poseía seis sirvientes y criadas, mulatos todos, ya que eran los mejores para los quehaceres domésticos.

-Los crío personalmente -dijo en tono jovial-, porque así, ¡caramba!, sólo puedo culparme a mí mismo por sus puntos flacos. Lo que es la madre de Cudjo, era una magnífica y robusta muchacha de la Costa de Oro, virgen aún, y la conseguí por nada, esto es, se la gané a un viejo y decrépito francés de Tradd Street en Charles-ton, en una noche de naipes. ¡Valiente esfuerzo me costó derrotar al viejo aquel, punto por punto, hasta que conseguí el premio! Creo que Cudjo se parece un poco a mí..., fíjense en su manera de andar y en mis propias piernas torpes... La misma criada me dio otro hijo, que es mi lacayo y también un chico muy apuesto, aunque debo admitir que me jacto demasiado de él. Al capataz lo tuve con otra muchacha de la Costa de Oro, a quien empleaba de cocinera. Era una mujer de todos los diablos, pues se puso celosa de la madre de Cudjo y la envenenó..., bueno, se lo perdoné, ¡je, je!, ya que los celos no son un grave delito en una mujer... Pero entonces la preñó un negro que había venido de casa de los Bennet con un grupo musical. Así que perdí la paciencia con esa zorra locuela y la devolví al trabajo con la azada. ¿Qué le parece eso, mayor?

El mayor Moncrieff, que estaba familiarizado con este tipo de gente acomodada, contestó que aquella criada le había jugado sin duda una mala pasada.

-Ah, pero eso no es todo, ni mucho menos -continuó el capitán Gale-. Abortó en el tercer mes, como por despecho; y temiendo que volviera a jugar sucio conmigo, la cambié al viejo Bennet por una yegua preñada. Sin embargo, después de todo, ella resultó una buena paridera mientras que mi yegua perdió su potrillo, así que el viejo Bennet salió ganando. ¡Son unos bichos difíciles, esas hembras negras! ¡Se lo aseguro!

Librodot

-Sin duda deben de tenerle muy atareado día y noche -observó el teniente con soma.

-Almorzamos a las dos, señores -continuó el capitán Gale-, e insisto en que nos hagan ustedes el honor de comer con nosotros. Hay también una buena comida para sus hombres..., un plato de cerdo con batatas y pastel casero, si eso les gusta. ¿Qué le parece, sargento?

-Ya lo creo que nos gustará, señor -contesté.

-En cuanto a nosotros, caballeros -prosiguió-, sé lo que nos tocará en suerte. -Guiñó un ojo y les hundió el índice en el abdomen a los dos oficiales-. Un ganso con jalea de grosella, y para rociarlo, una botella de vino añejo de Madeira. ¡Algo especial para usted, mayor Moncrieff, mi noble hijo del trueno!

Seguí escuchando con atención la extraordinaria charla de este terrateniente, y pronto tuve el privilegio de ver a su mujer e hija blancas que vinieron a saludar a los oficiales británicos. Las dos lucían vestidos franceses muy bonitos y modernos, y llevaban en la cabeza una enorme papalina de gasa azul, de las que por allí usaban todas las mujeres de cierta posición social; estaban hechas con una redecilla que se sujetaba firmemente a la parte posterior de la cabeza. La parte delantera, a la que pequeñas varillas de caña daban rigidez, se proyectaba unos dos pies o más hacia adelante sobre la cara e iba adornada con cintas de color cereza.

El mayor Moncrieff y el teniente Sutherland hicieron a la señora de la casa y a la hija algunos cumplidos a la manera neoyorquina, que ellas aceptaron con avidez, como si fuesen golosinas, sonriendo con afectación y jugando tanto con los ojos que me quedé pasmado. Noté que la señorita Arabella, que había nacido en aquella mansión, había contraído el acento y dialecto negroide. Pues en las Carolinas era costumbre entregar a las criaturas blancas, inmediatamente después de nacidas, a un ama de leche negra, así que no bebían una sola gota de la leche materna, y a causa del constante contacto con la servidumbre de color, las hijas de los plantadores conservaban durante toda la vida el acento y las maneras viciadas de aquélla.

El grupo entró entonces en la casa y yo fui a atender a la tropa, mientras pensaba: "Son gente que no comprenderé nunca." Y mi perplejidad tampoco se desvaneció cuando una semana más tarde, consultando directamente a un miembro de la familia Motte, comprobé que el capitán Gale, aunque fluctuaba notoriamente entre la causa leal y la revolucionaria, era tenido en muy buen concepto en St. John's Island. Era un amo considerado con sus esclavos, esto es, tenía con ellos la consideración de un ganadero que no fatiga excesivamente al ganado ni lo castiga demasiado, ni tampoco les regatea el agua y el forraje. Y ellos se lo agradecían con una lealtad de perro, que me conmovía cuando la veía asomar en los ojos de Cudjo. Con su mujer era afectuoso; no la maltrataba ni cuando estaba borracho como una cuba. Ella aceptaba con calma la procreación de mulatos bastardos, a la que se entregaba su marido como parte de la economía rural, y no lo consideraba un proceder vil. Para su hija era un padre indulgente y toleraba sus amoríos, siempre que no deshonraran a la familia. Tenía un hijo al que había enviado a una escuela inglesa.

La vida del capitán, como la de la mayoría de los otros plantadores de la comarca, era ésta: Se levantaba aproximadamente a las ocho de la mañana, bebía un vaso de aguardiente fuerte con agua azucarada; luego montaba en su caballo pura sangre y recorría la plantación para inspeccionar su ganado humano y animal. Volvía hacia las diez para tomar un desayuno a base de jamón, tortas de maíz, tostadas y sidra. Después andaba por la casa, tocando la flauta o jugando a los dados, mano derecha contra mano izquierda. A mediodía echaba un trago de licor con agua, para abrir el apetito para el almuerzo, y bromeaba amablemente con sus sirvientes y los niños negros que jugueteaban en la galería. Comía a las dos, y a continuación dormía unas tres horas. Finalmente, después de haber tomado unos sorbos de té en compañía de su esposa y su hija Arabella, comenzaba el trabajo serio de la jornada, que consistía en emborracharse con aguardiente, tras lo cual, sus jóvenes sirvientes mulatos lo acostaban. Interrumpía esta rutina más o menos una vez por semana para asistir a alguna carrera de caballos o pelea de gallos, o a una subasta de esclavos o de ganado, y para visitar el juzgado vecino en su calidad de magistrado en los días de reunión del tribunal. El primer día

de cada mes llevaba a su mujer y su hija a Charleston, para que disfrutaran un poco de la sociedad; permanecían tres días en la ciudad, de donde él regresaba tendido en el suelo de su carruaje en estado de inconsciencia.

El 20 de febrero, día en que acampábamos en Stono Ferry, nos visitó el mayor André en su calidad de ayudante general. Este dijo a nuestro comandante, el teniente coronel Balfour, al alcance de mis oídos:

-Debemos tener mucho cuidado para evitar que, por un despliegue precipitado de fuerzas, el ejército del general Lincoln se retire de sus posiciones, hasta que estemos en condiciones de cortarle la retirada. La orden del comandante en jefe es terminante en este sentido. Se alegra ahora de que tardáramos tanto en llegar aquí, pues esto ha alentado al general Lincoln a concentrar toda su milicia y ponerla a trabajar en la mejora de sus fortificaciones. Ojalá no se decida a emprender una ofensiva prematura, cambiando de idea a última hora.

-El general Lincoln -opinó el coronel Balfour- cometerá una verdadera insensatez si no se retira ante la noticia de que más de siete mil hombres bien adiestrados están marchando contra sus cinco mil bisoños, y bajo el mando *de* oficiales con experiencia en el asedio. Me parece que cinco mil hombres no son suficientes para guarnecer tan extensas fortificaciones. Sin embargo, es probable que se sienta tentado a resistir un asedio, si lo que el verano pasado hicieron nuestros hombres en Savannah, frente a fuerzas muy superiores, desafía a su orgullo de americano.

-Dios quiera que así sea -dijo el mayor André.

-Bueno -observó *el* coronel Balfour-, también Sir Henry se siente picado en su orgullo, pues hace cuatro años fracasó frente a Charleston, si bien él no tuvo la culpa.

Entonces el coronel Balfour se excusó y se fue, y yo me atreví a dirigirme al mayor André y solicitar su permiso para informarle de algo. Él estaba montado, con los brazos en jarras, en un hermoso caballo gris que roía el pasto bajo un florido judas, un extraño árbol retorcido cuyas flores rojas brotan directamente de la corteza, evocando la sangre que manaba del traidor Judas cuando se ahorcó. Parecía sumido en pensamientos penosos. Se sobresaltó al dirigirle yo la palabra, pero fue muy gentil al reconocerme, y me alentó a decir lo que estuviera en mi mente. Le pedí perdón por meterme en asuntos que no me incumbían, pero proseguí:

-Puede usted estar seguro, mi mayor, de que el general Lincoln resistirá. Pues mis guardias en Rutland me aseguraron que había montado en cólera contra los generales Shuyler y St. Clair por haber abandonado el fuerte de Ticonderoga cuando lo sitiábamos, y juró que todo americano que no defendiera hasta el último cartucho una ciudad confiada a su defensa merecía ser colgado sin consideraciones. Me dijeron que el general Arnold argumentó en su contra y aprobó la decisión del general St. Clair, y que por poco llegaron a las manos. Me olvidé de mencionarle este detalle cuando, en septiembre pasado, usted tuvo la gentileza de llamarme a su gabinete.

El mayor André se golpeó la frente con los nudillos.

-¡Claro, sargento Lamb, si seré imbécil al no haber pensado antes en eso! Es cierto; yo también oí hablar de ello en aquel entonces. Le estoy muy agradecido, amigo mío, por habérmelo hecho recordar. Ahora puedo tranquilizar a Sir Henry Clinton. Ah, vamos a atrapar a ese viejo zorro, se lo aseguro.

El día de San David inició el mes de marzo con la acostumbrada fiesta en el regimiento, a la cual los fusileros invitamos a todos nuestros vecinos. El mayor André cantó en nuestra mesa de oficiales una parodia grotesca que él mismo había escrito, que se titulaba "Balada de la expedición a Rhode Island", y de la que sólo recuerdo estos versos:

Las harapientas fuerzas avanzaban
con sus banderas desplegadas, señor;

Librodot

sus pífanos tocaban Yankee-doodle-doo,
los capitaneaba King Hancock, señor.

Fue aplaudido ruidosamente. Al pedírsele que pronunciara un discurso, hizo la siguiente declaración:

-Señores, ésta ha sido una guerra muy larga, pero *será ganada este año.* Les ruego que no insistan en que les dé una explicación si les digo que pronto un perro ovejero americano entrará en secreto en nuestro redil, con todo su rebaño.

Esta oscura promesa corrió de boca en boca, y algunos la interpretaron en el sentido de que el general Washington estaba negociando en secreto con el general Clinton. Otros opinaron que el general Charles Lee iba a "hacer de general Monk" y acaudillar una contrarrevolución de los leales. De todos modos, el mayor André se expresó tan categóricamente, que todos le creyeron con respecto al próximo fin de las hostilidades.

Vino la Pascua, importante época festiva en Virginia y las Carolinas, y a pesar de la guerra las gentes de la región de Charles-ton no renunciaban a sus costumbres tradicionales de bebida, lucha, carreras y hacer rodar huevos. Como esta última práctica constituye en cierto modo una novedad, la voy a describir en detalle. Calentaban huevos de gallina en palo de campeche, que daba a la cáscara un bonito color carmesí. Este color no se desteñía, y con una aguja se podía trazar sobre las cáscaras cualquier dibujo o figura amatoria que la fantasía inspirara. Los dibujos favoritos eran lazos de amor, cupidos, flores y corazones atravesados por una flecha; y esos huevos adornados, con el nombre del ser amado (pues allí la Pascua se parecía mucho al 14 de febrero, día de los enamorados), eran un regalo sentimental con que se obsequiaba recíprocamente la gente joven enamorada. Los niños, que igualmente recibían de sus padres esos vistosos huevos, los hacían rodar uno contra otro hacia un agujero hecho en el césped, de modo que chocaban en el fondo del mismo; el huevo cuya cáscara quedaba rajada pasaba a manos de aquel cuyo huevo permanecía intacto. El vencedor final de ese certamen infantil recibía el título de "Rey de la Pascua". Sin embargo, el jolgorio pascual se tomó indignación ante la noticia de que el Congreso había repudiado su papel moneda. Se recordó que en el mes de septiembre anterior, el Congreso había proclamado: "Una república incumplidora e insolvente sería una novedad en el mundo político, y aparecería entre las naciones respetables como una vulgar prostituta entre recatadas matronas." Ahora esa recatada matrona aplicaba impúdicamente el colorete a sus propios labios. Se había producido un grave abuso con el cambio en todo el continente; en vez de perseguir el acreedor al deudor, las cosas ocurrían al revés. El deudor venía corriendo con un montón de papel comprado por muy poca moneda para cancelar un préstamo o una hipoteca, y el acreedor no podía rechazarlo. Muchos huérfanos y menores eran estafados en forma similar por sus tutores.

Sobre Wappo Cut fue tendido un puente, y una gran parte de nuestro ejército lo cruzó desde St. James Island y remontó el río Ashley en una distancia de doce millas, siendo luego llevado a la otra orilla, a la base de esa lengua de tierra cuya punta era la ciudad de Charleston. Por entonces ya era fin de marzo, pues Sir Henry procedía con gran cautela y siguiendo un cuidadoso método, asegurando sus líneas de comunicaciones y abastecimientos, ocupando y fortificando todos los lugares de importancia militar, y tendiendo puentes sobre los ríos y caminos por los pantanos. Entretanto, el general Lincoln no solamente se había mantenido firme, sino que hasta había enviado emisarios al Norte pidiendo refuerzos. La noticia de ello causó general satisfacción en nuestras filas. No dudábamos ni un instante que una batalla general, o un intento de asalto, terminaría con la victoria de nuestra causa.

Ahora bien, el general Lincoln podía abrigar la esperanza de burlar nuestro asedio si contaba con provisiones suficientes para alimentar a sus veinte mil hombres; pues las fortificaciones que había mandado construir desde que nuestra flota fue divisada eran muy poderosas. Se extendían detrás de la ciudad, desde el río

Ashley, a través de toda la lengua de tierra hasta el río Cooper, en una distancia de una

Librodot

milla y media. El primer obstáculo con que tropezaron nuestros hombres fue un ancho canal lleno de agua, que en ambos extremos desembocaba en un pantano y era dominado por un fuerte con un inmejorable campo de fuego a lo largo del canal. Seguían *abattis*, o sea, árboles hundidos en la tierra en posición inclinada y con las ramas fuertemente podadas proyectándose hacia afuera; luego un foso seco guarnecido con dos hileras de empalizadas y, finalmente, una cadena de bastiones unidos entre sí mediante trincheras. Había también, en el centro de la línea, un vasto hornabeque de mampostería, que constituía una especie de ciudadela avanzada. Tales eran las defensas enemigas levantadas contra nuestro avance por tierra solamente; en el litoral, numerosas baterías potentes protegían los accesos por mar, mientras estacas y otras obstrucciones dificultaban el desembarco desde botes. Nuestra flota estaba fuera del puerto, al sur de Sullivan's Island, pero no se aproximaba más a causa del fuerte de aquella isla, provisto de baterías pesadas para luchar por el paso.

La noche del día uno de abril, Sir Henry, o más propiamente el mayor Moncrieff, que dirigía el sitio en su calidad de ingeniero jefe, ordenó a dos mil hombres cavar posiciones de asedio a menos de media milla de distancia de las líneas americanas. Nuestro regimiento se hallaba destacado entonces en un lugar denominado Linning's, en la margen opuesta del río Ashley, justo enfrente de estas posiciones, y nuestra tarea consistía en llevar a través del río, en pequeños botes, herramientas, bastidores de madera y otros elementos de ingeniería. Durante esa noche las cuadrillas levantaron dos reductos, de un área aproximada de un cuarto de acre cada uno, que el enemigo descubrió al rayar el alba. A la noche siguiente agregaron un tercer reducto situado entre los dos restantes, y por espacio de una semana continuaron todas las noches cavando como topos en la tierra húmeda y construyendo emplazamientos para nuestra artillería.

El 9 de abril, a primeras horas de la tarde, oímos un intenso cañoneo más allá de la ciudad, y en seguida nos enteramos de que la flota había forzado valientemente el paso, experimentando tan sólo pérdidas insignificantes, y se había apoderado del puerto. Sin embargo, el general Lincoln había hundido un número de barcos a través del río Cooper, desde Charleston, oponiendo así una barrera insalvable al paso de nuestra flota; además protegía la margen opuesta del río con tres regimientos de caballería. Así los americanos estaban en condiciones de trasladar suministros a la ciudad de modo regular a través del río Cooper; y, el 10 de abril, setecientos buenos soldados de Virginia bajaron por el río en pequeñas embarcaciones y se unieron a la guarnición sin encontrar resistencia. "Tanto mejor -pensábamos-. Cuantos más peces haya en la red, tanto más importante será la redada." Recibimos entonces, por nuestra parte, el refuerzo de tres mil hombres procedentes de Nueva York.

Ese mismo día se envió al general Lincoln un parlamentario con bandera blanca intimándole a rendir sus tropas como prisioneros de guerra, con la promesa de que serían protegidas las vidas y los bienes de los habitantes; pues Sir Henry no había cañoneado aún la ciudad y no quería hacerlo sin previo aviso. El general Lincoln respondió lacónicamente que habría salido de la ciudad dos meses atrás si hubiese sido su propósito eludir la batalla.

Se inició, pues, el asedio, y nuestros morteros de diez pulgadas no tardaron en arrojar proyectiles incendiarios a la ciudad, que prendieron fuego a cinco o seis casas y produjeron gran alarma entre la población. Además, funcionaban tres obuses de ocho pulgadas y diecisiete baterías de veinticuatro libras, con *Coehorns, Royals* y otros cañones, que producían gran estruendo. Con la ayuda de un catalejo vi estallar un obús contra la torre de la iglesia de San Miguel, donde el enemigo tenía instalado un puesto de observación. También la flota participó en el cañoneo.

Al cabo de otra semana, nuestros hombres en la orilla opuesta del río Ashley habían avanzado zapando y completaron otra línea paralela de trincheras un cuarto de milla más cerca del enemigo. Entretanto, nuestras fuerzas de caballería, después de haber obligado a los plantadores de Port Royal, cerca de Savannah, a venderles sus caballos, con los que reemplazaron los caballos perdidos, habían cruzado el río Cooper treinta millas aguas arriba y

Librodot

aniquilado toda la unidad americana de caballería que estaba destacada allí. Les seguían fuerzas de infantería que se apoderaron de todas las posiciones en las restantes orillas, completando el cerco. Charleston se hallaba así sitiada por todos lados.

El 21 de abril, el general Lincoln envió una bandera blanca a nuestras líneas y pidió una tregua, proponiendo abandonar la ciudad con toda la guarnición a tambor batiente y con las banderas desplegadas, llevando consigo todas sus armas, incluso las municiones. Sir Henry debía comprometerse a no perseguir a la columna por espacio de diez días, y a los pocos barcos americanos que estaban fondeados bajo la protección de las baterías debía permitírseles igualmente hacerse a la mar sin ser molestados. Huelga decir que esta proposición fue rechazada, ya que se trataba de una grotesca mala interpretación de la verdadera situación.

¡Y se reanudó el asedio! Se avanzó una tercera línea paralela de trincheras a escasa distancia del foso enemigo, que fue drenado en el extremo norte, el del río Cooper, por una zanja cavada hasta allí. El foso quedó seco al cabo de dos días, y una compañía de tiradores alemanes se apostó en él para disparar casi a quemarropa contra los centinelas americanos en las trincheras. Nuestras pérdidas por el fuego del enemigo se elevaban por entonces a siete u ocho por día. El 8 de mayo, algunas baterías de cañones fueron emplazadas a unas cien yardas de la plaza y Sir Henry, impulsado por sentimientos humanitarios, ofreció las mismas condiciones que antes. Pero el general Lincoln todavía actuaba como si le quedaran más cartas de las que nosotros creíamos. Contestó en términos altaneros y hubo muchos hurras desafiantes y un violento cañoneo de cuantas bocas de fuego poseían, al parecer en un estallido de exaltación frenética, pero sin consecuencias para nosotros. Era cierto que al llegar el calor nuestro ejército tal vez perdería muchos miles de hombres a causa de la fiebre, y que los franceses posiblemente intentarían pronto romper el asedio; pero Sir Henry sabía que ya no quedaban provisiones más que para una semana en la ciudad, y que la ración diaria de maíz había sido reducida a seis onzas por persona. Sabía también, por espías que teníamos en el Congreso, que no se elaborarían planes de operaciones conjuntas de la expedición francesa y los ejércitos del general Washington hasta que aquélla llegara a aguas americanas. Ordenó, pues, que prosiguiera el cañoneo.

Para el primer disparo se utilizó un obús cargado, no de pólvora explosiva, sino de arroz y melaza, como demostración de que conocíamos perfectamente la escasez de alimentos en la ciudad.

Este obús fue devuelto media hora más tarde con el siguiente mensaje garabateado en él con tiza: "Para el regimiento número Setenta y Uno y sus hermanos escoceses", y contenía azufre y manteca de cerdo. Esta broma complicada se refería sin duda a la famosa comezón escocesa causada por el recalentamiento de la sangre caledoniana a raíz de una dieta demasiado simple a base de harina de avena. La manteca de cerdo era para el uso externo como emoliente y el azufre como depurativo interno. Los escoceses figuraban entre los súbditos más leales del rey George, y ni siquiera aquellos que residían en las Carolinas habían renegado de sus principios. Después de esta broma recomenzó el cañoneo en serio.

Nuestros hombres avanzaron sus posiciones aún más, y se hicieron los preparativos para un asalto general. Sin embargo, éste no se concretó, pues muy pronto los habitantes y la milicia obligaron al general Lincoln a capitular. En un gesto de generosidad se mantuvieron las condiciones originales, y la capitulación tuvo lugar el 12 de mayo. Se dieron a la guarnición algunos honores militares; por ejemplo, todos los oficiales conservarían sus espadas y pistolas y no se registraría su equipaje. Las tropas en general debían salir de la ciudad con sus armas, pero no al hombro, y las abandonarían junto al canal. A sus tambores no se les concedía el honor de tocar una marcha británica o alemana, aunque podrían tocar el *Yankee Doodle,* si querían; tampoco debían desplegar sus banderas. Las tropas regulares y las fuerzas de marinería serían luego tomadas prisioneras; los milicianos debían regresar a sus hogares bajo palabra de honor y, mientras no faltaran a ella, ni sus vidas ni sus bienes sufrirían daño. Los demás civiles aptos para llevar armas recibirían igual trato.

Librodot

El día 12, a las dos de la tarde, todos salieron para ser desarmados; eran cinco mil seiscientos, con siete generales, doscientos oficiales y mil hombres de las fuerzas de marinería. Los americanos nunca apilan sus armas, sino que las colocan sobre caballetes de madera o, más frecuentemente, las clavan en el suelo. Esto se hizo también ahora. Se nos entregaron cuatrocientos cañones, una cantidad de municiones, cinco potentes barcos de guerra y gran cantidad de abastecimientos. Las tropas regulares que ocuparon la ciudad (a los leales no se les dejó entrar, por temor de que saquearan e insultaran a sus paisanos) se comportaron en forma decente y no se entregaron a demostraciones de júbilo. El hecho de haber recuperado para la Corona (con esta capitulación de todo el ejército americano del Sur, al precio de tan sólo doscientas cincuenta bajas entre muertos y heridos, pérdidas más o menos iguales que las del enemigo) un territorio enorme, nos llenaba a todos de satisfacción. Todas las fuerzas habían esperado que se diera la orden de ataque, lo que habría significado la embriaguez frenética de la batalla y, según antiquísima tradición, la libertad de saquear cuando fuese tomada la ciudad. Pero por esta vez me alegré de que no se hubiera llegado a eso. Estaba ya harto de sangre y detestaba la sola palabra "saqueo", que desata los instintos más brutales y odiosos del hombre.

Ésa fue, dicho sea de paso, la primera vez que los americanos se aventuraron a defender una ciudad contra tropas regulares; y el resultado demostró la cordura del general Washington, quien se había pronunciado en contra de tal tentativa. Es de advertir, sin embargo, que Charleston era la única ciudad de importancia en la parte sur de la Confederación, y valía la pena hacer lo posible por conservarla, y que casi diez mil americanos se acercaban con rapidez para socorrerla. Algunas de estas tropas se volvieron atrás al enterarse de la capitulación; otras fueron interceptadas y derrotadas por nuestras fuerzas de caballería. También una gran flota francesa, que conducía seis mil soldados en transportes, estaba en camino; pero al recibir la noticia, en Bermuda, se dirigió al encuentro de nuestras fuerzas del Norte.

Librodot

9

Sir Henry Clinton regresó a Nueva York con la mayor parte del ejército, pues se esperaba que la flota francesa se presentaría pronto en las aguas del Norte. Dejó atrás cuatro mil hombres al mando del conde de Cornwallis, entre ellos, los Reales Fusileros Galeses, que por entonces eran unos quinientos hombres. Antes de hacerse a la mar emitió una proclama eximiendo de su promesa de honor a todos los prisioneros salvo las tropas regulares, pero declarando al mismo tiempo que todo aquel que negara lealtad al rey George sería considerado como rebelde. Prometió a los habitantes de las Carolinas la restitución de sus antiguos derechos y privilegios, así como la exención de todos los impuestos salvo los decretados por su propio gobierno provincial. Lord Cornwallis recibió instrucciones para conservar bajo todas las circunstancias el dominio de la provincia, y alentar u obligar a todos sus hombres aptos para llevar armas a formar una milicia que le ayudara en este cometido.

Carolina del Sur estaba habitada por una población muy heterogénea. Desde su fundación por un pequeño número de colonos británicos, un centenar de años atrás, había recibido sucesivamente inmigrantes franceses, suizos, alemanes, holandeses, escoceses e irlandeses, todos de religión protestante. Se les habían agregado últimamente aventureros procedentes de Pensilvania y Virginia. Estas razas no se mezclaban fácilmente, sino que, por el contrario, formaban colonias separadas junto a los varios ríos anchurosos o sus numerosos afluentes que regaban el país. Cada raza profesaba su propio credo político. Había siete principales corrientes de opinión, a saber: liberales fanáticos, liberales moderados, liberales, elementos indefinidos, conservadores, conservadores moderados y conservadores furiosos.

El caluroso clima del Sur incitaba a las pasiones, de suerte que los crímenes pasionales eran extraordinariamente frecuentes en comparación con las regiones pobladas de los estados del Norte. En el Norte, al menos en tiempos de paz, a nadie se le ocurría llevar una escopeta en sus viajes, salvo con la esperanza de encontrar caza; ni siquiera echaban el cerrojo a la puerta por la noche. En el Sur, en cambio, los asaltos en los caminos, los robos perpetrados durante la noche, y continuas rencillas de familia eran la regla general. Un hombre que fuese, incluso a la iglesia, sin llevar una pistola cargada en el cinto habría sido considerado un imbécil. La embriaguez era general, y la gente misma admitía con fundamento que esa costumbre suya de echar un trago de *grog* fuerte por la mañana y al mediodía era la principal maldición de su país, si bien se alegaba el calor fuerte y sofocante como excusa para tan perniciosa práctica. A la luz de lo antedicho se comprenderá fácilmente que las atrocidades que los partidarios del rey y los del Congreso cometían unos con otros llegaran en aquella zona tórrida frecuentemente a extremos que la pluma se resiste a poner por escrito.

Hablando en términos generales, la población blanca de las Carolinas, y del Sur en general, se dividía en dos clases: los ricos y los pobres. A diferencia de lo que suele suceder en otras latitudes, los pobres no eran mantenidos por los ricos, ya que éstos poseían esclavos que eran una mano de obra más barata y cuya piel negra y aceitosa les permitía soportar mejor el clima que la de los blancos pobres. Conforme los ricos acaparaban todas las tierras y todo el comercio, los blancos pobres se empobrecían aún más y era mayor su apatía. Sobraban los alimentos en el Sur, donde por seis peniques se obtenía arroz suficiente para todo un mes; abundaba la fruta y cada riachuelo ofrecía nutrida pesca. El más noble de todos los peces, el esturión, que en Inglaterra es considerado manjar de príncipes y dondequiera que se capture debe ser entregado para la cocina del rey, allí los negros y los blancos pobres lo pescaban fácil y frecuentemente para su propio uso, sorprendiéndolo cuando dormía en las aguas fangosas de los grandes ríos. Esa "hez blanca", nombre dado allí a los blancos pobres, rara vez ganaba dinero; y el poco que recibía lo gastaba en aguardiente. En mi vida he encontrado gente más indolente, más viciosa e inculta; y sin embargo, frente a los negros se consideraban la obra

Librodot

maestra de la Creación. Era una verdadera desgracia que tantos de ellos se unieran a nuestras fuerzas llevados por la esperanza de botín y deshonraran nuestro buen nombre, robando, incendiando y saqueando al grito de "¡Dios salve al rey!".

Los Reales Fusileros Galeses fuimos trasladados a Camden, pequeña ciudad ubicada a cien millas tierra adentro de Charleston, a menos de doscientos pies de altura sobre el nivel del mar, en un sitio muy caluroso y húmedo cerca de las márgenes del río Catawba que se deslizaba entre pantanos. En éstos proliferaban enebros y cipreses, recios robles cubiertos de liquen y una rica hierba que hacía engordar al ganado. Ciertas partes de esos pantanos eran completamente inaccesibles a causa de tupidos matorrales que formaban verdaderas marañas, escondrijos inmejorables de zorros y coatíes. Otras partes eran ciénagas traicioneras, o mero fango poblado de una fauna extraña, córnea o viscosa, y despedían un olor fétido y nauseabundo y provocaban la fiebre.

Nuestros hombres fueron advertidos por *el* médico de que debían evitar el agua que no estuviera purificada con un poco de alcohol. Tampoco debían comer fruta, como la sabrosa piña o la dorada níspola que hacía contraerse la boca, mientras estuviera caliente por el sol; de lo contrario, seguramente les daría cólico. Nos aconsejaron también no comer carne fresca de cerdo durante los meses de calor, y algunos que no hicieron caso de esta indicación perecieron intoxicados. Moisés fue un perspicaz legislador al prohibir a los judíos la carne de cerdo en la tórrida Palestina. Les tomamos gusto a las grandes sandías verdes de pulpa rosada y negras pepitas. Solíamos verter por la noche un poco de ron en un agujero practicado en un extremo, que era absorbido y quedaba deliciosamente incorporado a la fruta para la hora del desayuno.

Hacía un calor excesivo en las tiendas, y estaba muy entrado el verano cuando recibimos el material para la construcción de cabañas. Realizábamos nuestros ejercicios militares a primeras horas de la mañana, y a menudo se nos hacía realizar marchas por la noche, en parte para habituarnos a avanzar en la oscuridad por terreno difícil, pero en parte también para impedir que se nos aletargara la sangre. A pesar de todas las precauciones contra la fiebre y las constantes dosis de quinina, perdimos cierto número de hombres, aunque no tantos como los demás regimientos. En cuanto se nos exigía algún esfuerzo continuado durante el día, transpirábamos tan profusamente que casi nos desmayábamos. Contra esto encontramos el remedio de agregar a nuestra bebida un poco de sal, que nos restituía el agua que habíamos perdido sudando. El ganado y los cerdos de la vecina plantación holandesa usaban el mismo remedio. Venían de los pantanos, bajaban al muelle donde eran desembarcados los barriles que contenían las provisiones saladas para nosotros y se agolpaban alrededor de ellos lamiendo la salmuera. Tan ávidos eran que nos resultaba difícil transportar los barriles a nuestro campamento. Su necesidad de sal era tan grande, que en cierta ocasión vi un cerdo viejo ir hasta una yegua sudorosa que estaba atada a un poste, junto a la tienda de uno de los oficiales, y, levantándose sobre las patas traseras, lamerle ávidamente el cuello, los flancos y las patas.

Se cultivaba por allí mucho maíz. Los esclavos que cuidaban las cosechas de aquella plantación iban completamente desnudos y parecían muy descontentos en comparación con los del capitán Gale. Oí decir que en las islas de las Indias Occidentales había una profunda degradación humana de las distintas razas europeas en el trato dado a los esclavos, y que la misma regla se aplicaba en general al continente americano. Los más indulgentes eran los españoles; les seguían en orden los franceses; los ingleses no eran tan buenos; pero los más severos e implacables de todos eran los holandeses. Cosa extraña; era el mismo orden en que fueron cayendo los gobiernos políticos en escala descendente del absolutismo, desde la autocracia sagrada de España hasta el republicanismo obstinado de los holandeses. Bien dice el refrán que los republicanos son los peores amos; he aquí un buen argumento (si es que hiciese falta alguno) en favor de la monarquía.

Allí se hacía trabajar en exceso a los pobres negros, regateándoseles la comida en una forma que habría sido considerada vergonzosa si se hubiera tratado de animales. Eran despertados al rayar el alba y llevados inmediatamente al maizal. Allí trabajaban sin inte-

Librodot

rrupción hasta mediodía; luego se les concedía media hora para tomar el almuerzo, que consistía invariablemente en rudimentarias tortas de maíz, fritas sobre los mismos azadones con que trabajaban. A ello se agregaba un poco de salmuera lavada de los arenques salados que comía la familia holandesa. Regresaban al anochecer después de haber trabajado durante todas las restantes horas del día, y para no darles ninguna oportunidad de alborotar, se les entregaba una gran cantidad de maíz para descascarar. Si no cumplían la tarea que les era asignada, eran atados a la mañana siguiente y azotados cruelmente por sus capataces. Tenían siete horas para dormir, y los domingos y días de fiesta no se les concedía el menor descanso o solaz. Dormían en el suelo desnudo. Un negro que tratara de huir a los pantanos era azotado casi hasta la muerte si lo apresaban, y cuando se trataba de la segunda tentativa era ahorcado delante de sus compañeros. A un negro que osara atacar a un hombre blanco, aunque fuese en defensa propia contra la barbarie y el atropello, se le cortaba el brazo, según estipulaba la ley. Sin embargo, rara vez se hacía eso, porque era más provechoso administrar al hombre tantos azotes como resistía su físico y luego venderlo a otro amo. Nuestra proximidad a esta plantación tan bárbara nos era muy desagradable, y un grupo de sargentos advirtió al capataz que si no mitigaba al instante su severidad para con el ‘`ganado", le azotarían a él.

La situación de esos pobres infelices era muy distinta de la del enjambre de esclavos, propiedad de revolucionarios, que se habían unido a nuestras filas durante nuestra marcha desde Charleston. A nuestro paso se habían considerado desligados *de* todo respeto a sus respectivos patrones y redimidos de su esclavitud. La lástima que les teníamos y también los servicios útiles que podían prestarnos como labriegos nos impidió defraudarlos; podían vivir de nuestras sobras. Nos resultaban muy buenos servidores, y yo mismo empleé a uno, llamado Jonás, quien había sido "criado" en Virginia y era un experto pescador y cazador de coatíes en los pantanos. Al principio, esos esclavos emancipados llevaron una vida lujosa a nuestro lado, comiendo bien y trabajando poco. Luego se recurrió ampliamente a sus servicios, cuando llegaron órdenes de construir un depósito cerca de nuestro campamento y descargar de los botes que venían de Charleston grandes cantidades de ron, municiones, víveres salados, etc. Pronto aprendieron a jurar -un lujo que se negaba a los esclavos negros-, a jugar a los dados y a cantar en coro los cánticos del doctor Watt, que entonaban con sorprendente afinación y entusiasmo, a pesar de que nada sabían de la religión cristiana.

El que retuviéramos a esos negros, que llegaron a sentir gran apego por nosotros, era calificado de robo descarado por los colonos del Catawba, quienes afirmaban que también incitábamos a sus propios esclavos a desertar y a ser negligentes en el trabajo. En efecto, muchos miles de negros rondaban por entonces los campamentos de las unidades del ejército real. Para apaciguar a los habitantes, los esclavos cuyos amos no habían tomado las armas contra nosotros fueron, pues, si éstos los reclamaban, devueltos a sus cadenas. Así perdí pronto a mi Jonás, cuya libertad desgraciadamente no podía comprar por la suma de ochenta guineas en la que se había fijado su precio. El pobre quedó muy afectado cuando se enteró de que tendría que volver a su amo quien, según dijo, era un viejo borrachín y lo azotaría casi hasta la muerte. Pero al interceder yo ante algunos oficiales y ponderarles las excelentes cualidades de Jonás, resolvieron comprarlo juntos como sirviente para su mesa. Cuando informé a Jonás que de ordenanza de un simple sargento ascendía a esclavo de dos capitanes y tres tenientes, se postró a mis pies y me abrazó tan efusivamente que casi me derribó; luego brincó y saltó entonando a pleno pulmón, como en éxtasis, todos los juramentos y cánticos que conocía, como un loro frente a visitantes.

Pese al constante calor bochornoso, que rara vez terminaba en tormenta, tomé un vivo interés por las peculiaridades del país. En los primeros días del verano, unos enjambres enormes de luciérnagas revoloteaban del atardecer al alba, a unos pies de altura, por el campamento y sus alrededores. Las había visto ya antes en el Norte, pero nunca me produjeron un efecto tan mágico. Una docena de ellas, encerradas en un frasquito, proporcionaban luz suficiente para leer incluso letra pequeña, y cien mil, precipitándose y evolucionando en el aire, daban lugar a una iluminación francamente asombrosa y superior a

Librodot

todos los fuegos artificiales que he presenciado jamás. Faltaba ciertamente en este espectáculo la siseante ascensión y caída de los vertiginosos cohetes, pero el silencio absoluto de los destellos que se entrelazaban era a la vez hermoso y sobrecogedor. La luz emitida por cada insecto es continua, pero pueden apagarla a voluntad mientras vuelan. La utilizan para fines amorosos, pues deja de brillar conforme avanza el verano. Las luciérnagas pueden ser muy molestas para los centinelas y los viajeros, ya que confunden y distraen la vista.

También vi el colibrí, el pájaro más minúsculo y más hermoso de la Creación. Más que de plumas parece estar revestido de joyas, y se alimenta únicamente de miel, que extrae de las flores con su pico largo, revoloteando alrededor de ellas como un abejorro, al que no sobrepasa en tamaño. Cualquier bala, aunque fuese del menor calibre, haría pedazos al colibrí; los que deseaban satisfacer su curiosidad contemplando su cuerpo tenían que cargar el mosquete con una bolsa de agua, así lo mataban sin dañar su plumaje. Pasada la época de la miel, el pájaro hibernaba; pero nadie pudo decirme si su escondrijo era la tierra, un árbol o el agua. Recuerdo también un zorzal del Sur, de tamaño doble del de nuestro zorzal europeo, que cantaba muy dulcemente por la noche, y un ave de carroña, llamada aura, que los nativos cazaban por sus patas, que disueltas en aceite eran muy buenas contra la ciática y para aliviar los dolores y achaques reumáticos.

Había pescado de excelente calidad en el río Catawba, y unas anguilas muy sabrosas en los riachos más pequeños. En los pantanos se arrastraba el terrapene, una especie menuda de tortuga que da las sopas más apetitosas del mundo, excepción hecha, acaso, de la sopa de ostras que comimos en Harlem, cerca de Nueva York, en cuyas inmediaciones había magníficos bancos de ostras. Pero debo mencionar, frente a esta fauna hermosa y útil, dos insectos sumamente molestos, a saber: la sanguijuela y la garrapata. Aquélla es una clase de sabandija que infesta los arbustos de los pantanos. Chupaba la sangre mediante su probóscide, como un vampiro, y se hinchaba enormemente antes de caerse. Se cebaba en particular con el ganado. La garrapata era mucho peor; acechaba en la hierba alta y atacaba los pies y los tobillos. Su tamaño diminuto le permitía introducirse en los poros de la piel, donde levantaba ampollas ininterrumpidamente durante días y días. Frotar las partes afectadas era muy peligroso, pues a veces se gangrenaba la inflamación. Yo mismo sufrí de tres ampollas de esa clase, muy dolorosas, en el tobillo derecho, por haber caminado cierta mañana temprano por la hierba, cometiendo la estupidez de no ponerme las polainas de tela. Se me aconsejó no hacer servicio durante un día o dos y tratar el pie con humo de tabaco, como quien cuelga un arenque en la chimenea, para fumigar los poros y matar el bicho. Este tratamiento tuvo el efecto deseado.

La continuación de la guerra se había vuelto muy aburrida, y su impopularidad entre las fuerzas destacadas en América, así como también entre los mercaderes y manufactureros de Inglaterra, se reflejaba en el precio de los puestos de oficial, que había bajado a menos de un cuarto de su valor en tiempos de paz. En la mesa de los oficiales ya no se brindaba "por una guerra gloriosa y larga", sino "por un pronto arreglo de nuestras actuales diferencias". Corrían muchos rumores de tregua; la emperatriz Catalina de Rusia había ofrecido sus buenos oficios de mediadora. Se consideraba evidente que no era posible conquistar a toda América mientras Gran Bretaña sola tuviera que hacer frente simultáneamente a las flotas y los ejércitos coaligados de Francia y de España, y el gabinete estaba en consecuencia dispuesto a llegar a transigir, si el rey George lo consentía, concediendo la independencia de los estados del Norte y reteniendo, en cambio, nuestras conquistas en el Sur. Los americanos temían verse obligados a aceptar estas condiciones si Charleston seguía en nuestro poder, ya que en todas las disputas legales, privadas o públicas, la posesión efectiva es un título muy difícil de eliminar. La revolución languidecía a la sazón por falta de dinero y de soldados dispuestos a alistarse por un plazo largo; y las noticias de Charleston habían causado una viva impresión entre la gente del pueblo. El Congreso resolvió, pues, recobrar la confianza pública mediante un empleo audaz de sus menguantes fuerzas. Se emprendería una supuesta invasión del Canadá con objeto de distraer nuestras tropas de Nueva York, y luego una expedición lanzaría

Librodot

su ataque en dirección al Sur contra nuestro pequeño ejército, con toda la rapidez que permitiera el factor seguridad.

El general Washington recomendó al mariscal de campo Nathaniel Greene, intendente general del ejército americano, para asumir el mando de esta expedición; pero el general Horatio Gates, cuyos laureles conquistados en Saratoga verdeaban todavía, insistió ante el Congreso en que sólo él era el hombre indicado para hacerse cargo de este mando, y que su popularidad entre las tropas era tal, que éstas se amotinarían si se designaba cualquier otro jefe. La recomendación del general Washington no fue admitida y, en julio de aquel año, 1780, el general Gates avanzó contra nosotros al frente de cuantas tropas regulares el general Washington pudo sustraer a su pequeño ejército y de cuanta milicia pudo recoger por *el* camino.

Como se recordará, el capitán Gale se había mofado del general Washington llamándole "viejo Fabio". Fabio fue un general romano que, eludiendo un encuentro con los invasores cartagineses, había restaurado la buena fortuna de Roma. La política fabiana del general Washington era también ridiculizada por el general Gates, quien, según se decía, apoyado por sus partidarios del Congreso, aspiraba al cargo de general en jefe.

Dicen que en su marcha desde Filadelfia, el general Gates pasó por Frederick Town, en Maryland, y se encontró allí con su colega el general Charles Lee.

-¿Adónde va usted? -preguntó Lee.

-Al encuentro de Cornwallis -contestó Gates.

-Creo que va a ser un hueso duro de roer -observó Lee.

-¿Dice usted duro de roer? -exclamó Gates-. Pues tenga usted por seguro que lo voy a ablandar. ¡Haré *piloo* de él y me lo comeré vivo, señor!

Cuando Gates reemprendió la marcha, el general Lee le gritó: -¡Tenga cuidado, general Horatio Gates! Cuide que sus laureles norteños no se conviertan en sauces llorones del Sur.

El ejército que por entonces mandaba Gates había estado concentrado durante algunas semanas en Hillsborough, en Carolina del Norte. Las fuerzas regulares eran regimientos de los estados de Maryland y Delaware; la milicia había sido alistada en Carolina del Norte, y, gracias a la posterior incorporación de un regimiento de Virginia, los efectivos del ejército sumaban aproximadamente cuatro mil hombres. Después de emitir una proclama invitando a los patriotas de Carolina a "reivindicar los derechos de América", y decretar una amnistía para todos los que "por el brazo vil de la conquista" habían sido obligados a dar su palabra de honor, avanzó rápidamente a nuestro encuentro.

Nuestra situación era como sigue: Carolina del Sur, aunque pacificada en apariencia, se hallaba en un estado de intranquilidad extrema. Además del asunto ya mencionado de los negros que habían huido para unirse a nuestras fuerzas, reinaba un descontento profundo por la requisa de los caballos de los plantadores para uso de nuestras fuerzas de caballería y para fines de transporte; temían no recibir indemnización suficiente, o tal vez ninguna. Por otra parte, cantidades enormes de arroz, índigo, tabaco y otras riquezas de la provincia eran sacadas de las casas de liberales ausentes y vendidas a leales a precios inferiores a los del mercado. La sumisión de la gente era, pues, tan sólo nominal; y cuando se empezó a enrolar a los solteros jóvenes, que eran los únicos llamados a filas, pronto se puso de manifiesto que no tenían la menor intención de tomar las armas en apoyo de su rey, y tampoco hubo manera de persuadirlos a ser buenos soldados. Para retener los vastos territorios de Carolina del Sur y de Georgia no teníamos más que cuatro mil hombres de confianza, de los cuales casi un millar estaban a la sazón enfermos de fiebre.

De este modo, a causa de los destacamentos que había que dejar como guarnición en Charleston y otras plazas importantes y para asegurar nuestras líneas de comunicaciones, podíamos enviar contra los americanos tan sólo setecientos hombres de las tropas regulares y mil doscientos voluntarios y milicianos. Cuando Lord Cornwallis vino de Charleston a asumir personalmente el mando, encontró nuestras fuerzas de campaña concentradas en las cercanías

Librodot

de Camden. Pudo haberse replegado detrás de las líneas de Charleston, pero no le pareció conveniente hacerlo. Teníamos enfermos internados en el hospital de Camden, y el depósito contenía pólvora y provisiones que no podíamos permitirnos el lujo de abandonar. Además, una retirada habría alentado a la milicia de Carolina del Sur a quebrar su nueva lealtad y vengarse por su capitulación en Charleston. En efecto, dos regimientos ya se habían amotinado, llevándose a algunos de nuestros hombres enfermos a Carolina del Norte.

A su llegada a los límites de Carolina del Norte, al general Gates se le aconsejó que, de las dos rutas que podía seguir en su avance hacia el encuentro de nuestras fuerzas, era más conveniente la más larga; un rodeo hacia el Oeste por Charlotte y Salisbury, a través de tierra fértil habitada por revolucionarios. Optó, sin embargo, por marchar directamente contra nosotros por una región *de* colinas arenosas y áridos pinares interrumpidos por pantanos.

Un prisionero de su ejército me dijo más tarde: "Era una región suficientemente pobre para hacer perecer de hambre hasta a la última oruga. Santo Dios, ¿qué esperanza nos quedaba estando en agosto, cuando de la vieja cosecha de maíz no quedaba nada y la nueva aún no estaba madura? ¡Especialmente en un pinar desierto, donde hasta en tiempos de paz debe de perecer de hambre más de una familia si no tiene la suerte de cazar una ardilla de los pinos o atrapar un terrapene en el pantano! Masticábamos *el* maíz aún verde que arrancábamos de los míseros campos, y nos estropeamos el estómago comiendo melocotones verdes. Sacrificamos algunas reses de unos conservadores, medio muertas de hambre, que encontramos en el monte; y un día hicimos una sopa con una vieja zorra y el polvo que llevábamos para nuestras coletas. La noche anterior a nuestro encuentro con vosotros pasábamos todavía mucha hambre, y a falta de ron el general Gates repartió melaza. Eso puede que sea bueno para un yanqui; pero revuelve cualquier honrado estómago del Sur. Aquella noche muchos de nuestros hombres enfermaron gravemente, y compañías enteras quedaron fuera de combate a lo largo del camino."

El 13 de agosto, el ejército americano llegó a Rugeley's Mills, a unas quince millas al norte de donde estábamos nosotros. Era éste un lugar que los Reales Fusileros Galeses conocíamos muy bien, pues algunos días antes habíamos sido llevados hasta allí, siendo sin embargo retirados pronto a Camden para evitar que nos arrollaran las fuerzas enemigas. El 15 de agosto, a las diez de la noche, recibimos orden de marchar contra el general Gates y atacarle por sorpresa de madrugada en su campamento, en el caso de que todavía estuviera en él, pues Lord Cornwallis había recibido noticias de que a esa misma hora el general Gates pensaba avanzar sobre Camden y cogernos a nosotros por sorpresa en la madrugada, en nuestro propio campamento. Partimos en el más profundo silencio, con orden de no cantar ni silbar, y de hablar sólo en un susurro. Mas los rumores agudos y caóticos de las aves nocturnas y los insectos en los pantanos habrían ahogado la charla más animada a veinte pasos de distancia. A medianoche llegamos a un río llamado Saunders' Creek, circunstancia que ocasionó cierta demora; el frente de la columna esperó la llegada de las fuerzas que cerraban la marcha. Al frente iba un destacamento de reconocimiento de los *Greens* de Tarleton, una fuerza de voluntarios compuesta de caballería e infantería, hombres muy intrépidos y sanguinarios. Sus uniformes eran de color verde claro; llevaban chaquetilla sin faldón, con puños y cuello negros, y cada hombre iba armado con un sable y una pistola. Las pistoleras vacías les servían de recipientes para sus raciones de pan y queso. Detrás de ellos marchaba medio batallón de infantería ligera, después nosotros, seguidos por el Treinta y Tres (el regimiento de Lord Cornwallis) y el resto de nuestras fuerzas. A las dos de la madrugada, aproximadamente, cuando habíamos recorrido unas nueve millas, haciendo un alto de tanto en tanto en espera de informes de nuestros exploradores, oímos ruido de fuego vivo de fusilería delante de nosotros. Un *Green* que volvía al galope pronto nos informó que su destacamento de reconocimiento había tropezado con fuerzas de caballería enemigas y había atacado inmediatamente. Sin embargo, el enemigo era más fuerte de lo que habían supuesto los *Greens,* y al ser herido uno de sus oficiales pusieron fin a la escaramuza.

Librodot

Se nos ordenó entonces romper la formación y formar una línea a través del camino, lo que hicimos a pesar de que era noche cerrada, pues no había luna, si mal no recuerdo. Pronto divisamos las sombras borrosas del enemigo que avanzaba, asimismo desplegado en línea, y abrimos fuego de pelotón. Por espacio de un cuarto de hora hubo un vivo duelo de fusilería; pero como ninguno de los dos bandos conocía *el* poderío del adversario ni se aventuraba a lanzarse a la carga hasta que pudiera contar con el apoyo del grueso de sus propias fuerzas, este fuego cesó pronto. El general Cornwallis se alegró al comprobar que nos encontrábamos en una posición muy favorable, pues estábamos protegidos a ambos lados por pantanos que impedían que el enemigo pudiera atacarnos por el flanco, aprovechando su superioridad numérica. Si hubiésemos iniciado la marcha tan sólo una hora más tarde, el general Gates habría podido ocupar posiciones sumamente ventajosas cerca de Saunders' Creek; pero *le* habíamos tomado la delantera.

Pasamos el resto de la noche alerta. El terreno era arenoso, con arbustos y algún que otro árbol disperso. La vivienda más cercana era una mísera granja que estaba aproximadamente a una milla.

Yo era el sargento más joven del regimiento, de modo que me cupo el honor de llevar uno de los estandartes. El macho cabrío no participaba en la acción, pues las sanguijuelas le habían chupado tanta sangre que apenas si podía mantenerse en pie, y menos aún andar quince millas. Yo me encontraba en el centro del ala derecha, que se componía de fusileros, de la infantería ligera y del Treinta y Tres. En el medio iba nuestra artillería, pero únicamente artillería ligera: dos morteros de seis libras y otros tantos de tres libras. El ala izquierda, bajo el mando del joven Lord Rawdon (reputado como el hombre más feo y más valiente de Europa) constaba de la infantería de los *Greens,* quinientos leales americanos de poca confianza y los Voluntarios de Irlanda, un regimiento que había sido organizado en Filadelfia mientras la ciudad estaba en nuestro poder. Esos paisanos míos habían, en su casi totalidad, desertado del ejército americano; muchos de ellos, hombres de Dublín, habían sido clientes de la tienda de mi padre y me habían conocido de niño. El coronel Ferguson, su comandante, quedó un día muy preocupado por haber sido sorprendido uno de los voluntarios desertando para volver a las filas del enemigo; no quiso dar orden de que el hombre fuera azotado, y dejó que sus propios camaradas decidieran lo que debía hacerse con él. Lo colgaron al instante del árbol más próximo. En la reserva estaban el Setenta y Uno de *Highlanders* y la caballería de los *Greens,* con otros dos morteros de seis libras.

El coronel Balfour -dicho sea de paso- no nos acompañaba, pues era a la sazón gobernador de Charleston, de modo que el regimiento estaba al mando del capitán Forbes Champagné, nuestro capitán de más edad. Como éramos el regimiento más antiguo ocupábamos la derecha de la línea, fieles a la tradición.

En cuanto se hizo de día vimos al enemigo desplegado en dos líneas, muy cerca de nosotros.

Había una calma absoluta, con una tenue neblina en el aire. Al frente estaba la milicia de Virginia, que se había unido el día anterior a las fuerzas enemigas; a su lado estaba apostada la milicia de Carolina del Norte, frente al Treinta y Tres, que se hallaba a nuestra izquierda. Reconocimos estos cuerpos por sus distintivos. Sólo se habían realizado algunos disparos ocasionales, cuando el general Gates, poco satisfecho con la posición de la milicia, ordenó a ésta reagruparse en un frente más extenso. Esta maniobra debía ser el preludio al ataque; pero Lord Cornwallis, dándose cuenta de las intenciones del general Gates, decidió atacarle mientras estaba "apoyado en un solo pie", como diría un boxeador, y ordenó al teniente coronel Webster, del Treinta y Tres, que mandaba el ala derecha, que avanzara inmediatamente. Sonó la voz de mando:

"¡Preparados, apunten, fuego!", y toda la línea disparó una descarga cerrada que llenó el aire de humo acre. El enemigo replicó con un fuego irregular; luego llegó la orden: "¡Calar la bayoneta!", y en derredor mío cada fusilero la ejecutó brillantemente como si se tratase de un desfile celebrado en honor del cumpleaños del rey. Los oficiales, pálidos y resueltos,

Librodot

desenvainaron sus sables y, lanzando un hurra, nos precipitamos hacia adelante en perfecta alineación. No había aire suficiente para desplegar la seda de los estandartes y hacer flamear el Sol Naciente, el Dragón Rojo, 'el Caballo Blanco y las Tres Plumas, pero mientras corría agité el asta. La pesadez del aire no dejaba tampoco disipar el humo; y como la batalla se fue generalizando a lo largo de toda la línea, el campo quedó envuelto en una oscuridad tan espesa que era imposible observar el efecto del fuego sobre ninguno de los bandos. La milicia de Virginia, indecisa sobre si debía continuar el movimiento de despliegue que se le había ordenado, resistir, o avanzar inmediatamente al encuentro de nosotros, cayó en un desconcierto total. Primero algunos, y luego todos, se replegaron precipitadamente en busca de la protección de su segunda línea. Los milicianos de Carolina del Norte, que estaban apostados allí, se contagiaron y echaron a correr a su vez. Otro regimiento de Carolina del Norte, sin embargo, que hacía frente al Treinta y Tres, se comportó muy bien, disparando hasta el último cartucho, pues lo mandaba un oficial excelente, un tal general Gregory. Yo creo que los hombres de todas las razas pelean con igual bravura si son dirigidos por oficiales capaces y queridos.

El humo se hizo tan espeso que luchábamos a ciegas; pero los hurras británicos y los "alaridos sureños" de los americanos -que en mi opinión habían adoptado de sus vecinos, los indios cherokees- nos daban alguna indicación respecto a quién era amigo y quién era enemigo. No nos detuvimos a perseguir a la milicia, sino que giramos bruscamente hacia la izquierda y, con la bayoneta calada y fuego cerrado, atacamos el flanco del regimiento de Maryland que avanzaba desde la retaguardia.

La lucha prosiguió por espacio de tres cuartos de hora, siendo muy encarnizada en el centro, donde el Treinta y Tres y los Voluntarios de Irlanda sufrieron grandes bajas a causa del fuego de artillería y de fusilería. Finalmente, las fuerzas de caballería de los

Greens de Tarleton avanzaron bajo la protección del humo y atacaron con sus sables. Nunca había presenciado yo un ataque de caballería, y con el alma en suspenso vi, a través del humo, los uniformes verdes cruzar vertiginosamente el terreno y emprenderla a sablazos contra las filas azules de los "continentales". Sólo una fuerza de infantería bien adiestrada y bien apostada puede resistir un ataque de caballería; aquéllos eran hombres harto intrépidos, pero nada podían contra la caballería. Sus líneas empezaron a ceder.

Pronto quedó definida la batalla, aunque el ala derecha del enemigo, ignorando que ya estaba perdida la partida, lanzó un valiente ataque contra las fuerzas leales que le hacían frente. Allí, el comandante americano era el mariscal de campo barón de Kalb, un alemán en el servicio francés, que por su aspecto rubicundo y juvenil aparentaba tener veinte años menos que los sesenta y tres que en realidad tenía. Cayó herido de once bayonetazos, tras haber matado con su sable a uno o dos de nuestros hombres. Más tarde Lord Cornwallis, con gran justicia, lo hizo sepultar con todos los honores militares.

Alrededor de cien americanos escaparon en un solo grupo compacto vadeando un pantano que quedaba a la izquierda y se pusieron a salvo. El resto huyó en desorden por el camino de Rugeley, siendo perseguido unas veinte millas por la caballería de los *Greens.* El camino quedó sembrado de armas y equipos abandonados. Casi todos los oficiales cogidos prisioneros habían perdido el contacto con sus hombres. Se rindieron mil americanos; seiscientos habían caído muertos, y trescientos heridos de gravedad fueron llevados a nuestro hospital en Camden. Perdieron toda su artillería (ocho morteros de campaña, de bronce), la totalidad de sus municiones y equipos y sus doscientos furgones, además de setenta oficiales entre muertos, heridos y prisioneros.

Las pérdidas de mi regimiento no fueron graves, limitándose a seis muertos y diecisiete heridos, de los doscientos noventa hombres a que las enfermedades y las escaramuzas habían reducido ahora nuestros quinientos. El capitán Drury, un oficial nuestro muy capaz, que estaba tendido bajo un árbol con una pierna herida, fue interpelado violentamente por un grupo de veinte prisioneros, entre ellos dos sargentos, porque ordenó que fueran llevados a la retaguardia bajo el mando del esclavo Jonás. Le dijeron que era una afrenta monstruosa para

Librodot

hombres blancos ser dejados a la merced de un "canalla negro" que amenazaba con "hacerlos trizas" si trataban de escapar. El capitán les contestó exasperado, pues le dolía su herida: "No puedo utilizar soldados para esta misión, muchachos. Y déjenme que les diga que sus aliados de Massachusetts se jactan en sus diarios de que mi amigo, el mayor Pitcairne de la marina, fue muerto a tiros, en Bunker's Hill, por un negro, Peter Salem. Si los negros están capacitados para matar oficiales británicos, también lo están para escoltar soldados americanos, ¡qué diablo! ¡Pero si prefieren ser muertos a tiros ahora mismo, esto también puede arreglarse!"

En general, empero, los prisioneros observaron una conducta cortés y no crearon dificultades.

Jonás sentía un gran desprecio por los americanos derrotados. "Ya es hora -dijo- de que esos malditos rebeldes cambien sus bayonetas por horquillas y se ocupen de criar ganado."

Le recriminé severamente por este modo de sentir.

Hacía casi tres años que Johnny Maguire el Loco y yo habíamos peleado juntos contra los hombres del general Gates. Vino a verme después de la batalla, la cara y la cantimplora cubiertas de pólvora, como las de todos nosotros. Con ese relajamiento de la disciplina permitido entre los fusileros sólo tras una victoria resonante o en la Noche de San David, me gritó:

-¡Gerry, mi tesoro, por fin nos hemos vengado de Saratoga!, ¿eh? ¿Qué diablos se habrá hecho de Gates, ese canalla con lentes? Lo he buscado en medio del humo con mi bayoneta, como Diógenes con su linterna quienquiera que fuera ese Diógenes; pero ese hombre no ha aparecido por ningún lado.

-Ah, Johnny -dije yo-; en mi vida perdonaré al general Gates por habernos acusado, a nuestros oficiales y a nosotros, después de haber caído en su poder, de depredaciones que sólo existían en su imaginación. Dónde está, pregunto yo también. No he oído que haya sido capturado ni que lo hayan encontrado muerto.

El general Gates, según explicó él mismo más tarde al Congreso, había tratado de reagrupar a los milicianos que huían. Se le oyó en efecto gritar: "¡Voy a llevar a esos canallas de vuelta a la línea de fuego!"

Luego fue "arrastrado por el torrente de fugitivos". Pero pronto se libró de ellos. Montaba un caballo de raza de cierta reputación que lo llevó sesenta millas antes de desplomarse. Dicen que mató dos caballos más de menos valor antes de llegar a Hillsborough, en Carolina del Norte, donde había iniciado su marcha. A propósito, últimamente se había publicado una antigua carta dirigida por el general Gates al general Lee, que terminaba con estas líneas enfáticas y patrióticas:

Sobre esta condición quisiera labrar mi fama,

y emular a los griegos y a los romanos;

¡creo que con mi sangre se compraría barata la libertad

y moriría gustoso por el bien de mi país!

El Congreso no volvió a confiar un ejército al general Gates, y al poco tiempo le pidió oficialmente que renunciase a su mando. Le apenó profundamente que, por una sola pequeña derrota, su victoria de Saratoga anunciada con bombos y platillos por toda América, y hasta en el mundo entero, fuera borrada de la página de la gloria, como si nunca hubiese existido. Pasó a ocuparse de sus asuntos privados, disgustado por las discordias políticas y del partido. Pero entonces, sus antiguos admiradores y adeptos se golpearon de pronto la frente con estupor y exclamaron: "¡Vaya! ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? En toda la campaña del Norte se las ingenió para no colocarse una sola vez bajo el fuego. ¿Y no eludió participar

Librodot

en la famosa batalla de Trenton, cuando el general Washington lo invitó a ello?" Y esos críticos olvidadizos acabaron por recordar al general Benedict Arnold, a la sazón comandante de la fortaleza principal de América, West Point, en el río Hudson, como al verdadero vencedor de Saratoga. Sin embargo, sus alabanzas llegaron tarde y no tardaron en ser acalladas, según veremos más adelante.

Durante algunos días, después de esta batalla, estuve muy atareado, pues me nombraron médico interino del regimiento; servicio por cuyo cumplimiento merecí el agradecimiento de mis superiores.

Librodot

10

Nuestra victoria en Camden allanó el camino para una invasión británica de Carolina del Norte, y en septiembre de 1780, en cuanto llegaron abastecimientos suficientes, se nos dio orden de marchar -remontando el curso del río Catawba- hacia Charlotte, ciudad situada en esa provincia. Pensaba Lord Cornwallis que no había nada mejor que el ejercicio para combatir el estado de salud, cada vez peor, de nuestro ejército, cuya potencia había disminuido en proporciones alarmantes debido a las enfermedades. Charlotte, que capituló tras una leve escaramuza, era un lugar de importancia para nosotros a causa de sus numerosos molinos harineros y varias granjas grandes y bien cultivadas, con abundante ganado. La ciudad sólo tenía dos calles, dominadas en su punto de intersección por un gran edificio de ladrillos, que servía de Palacio *de* Justicia en la planta superior y de mercado en la planta baja.

Durante nuestra estancia allí estuvimos bien alimentados; en un solo molino, el del coronel Polk, nos apoderamos de veinticinco toneladas de harina y una cantidad de trigo. Había carne fresca de vaca en abundancia, pues en los montes crecía durante todo *el* año un rico pasto y el ganado vacuno pacía en libertad; pero como era hierba gruesa, los animales estaban extraordinariamente flacos. En tiempos normales, ese ganado era vendido a un precio muy bajo a ganaderos de Pensilvania, quienes lo llevaban a engordar a los ricos pastos de Delaware. Como los bueyes en general eran piel y hueso y no servían para ser sacrificados, nos vimos en la penosa necesidad de sacrificar vacas lecheras y hasta vacas preñadas. Matamos cien reses al día por término medio. Esta matanza provocó gran indignación entre los habitantes, que figuraban entre la gente más revolucionaria en todos los estados *del* Sur. Varios mensajeros con comunicados para el comandante en jefe fueron asesinados en el camino, y nuestras unidades de requisa fueron frecuentemente atacadas por francotiradores escondidos detrás de los árboles.

Toda la región estaba cubierta de bosques espesos. Los caminos eran estrechos y se cruzaban en todas direcciones. Las plantaciones apartadas eran pequeñas y parecían mal cultivadas. Había tal vez algunos leales en ese distrito, pero eran frenados por la vigilancia y animosidad de los revolucionarios, y no podíamos fiarnos de ninguna información que recibíamos respecto a los movimientos del enemigo, pues si bien sus fuerzas de campaña habían sido aniquiladas, no por eso la guerra había llegado a su término. Tres audaces e inteligentes jefes guerrilleros, Sumpter, Marion y Horry, con algunos destacamentos de jinetes activos, armados con sables fabricados a martillo con sierras de los aserraderos y que montaban buenas cabalgaduras, mantenían viva la llama de la rebelión. Causaban estragos en nuestras comunicaciones y atacaban nuestros puestos aislados, sin tener base ni guarnición que nosotros pudiéramos atacar; aparecían en todas partes. Eran hombres valientes que se alimentaban frugalmente de galleta y de batatas que asaban en las brasas. El coronel Tarleton, al frente de sus *Greens,* les pisaba constantemente los talones, pero la población campesina en general, que tenía por héroes a esos guerrilleros, les daba la ayuda que negaba a nuestros hombres. Un grupo de ellos hasta osó atacar Polk's Mill, donde mi compañía estaba entonces de guarnición bajo el mando del teniente Guyon. Nuestros centinelas estaban alerta. Los rechazamos abriendo el fuego sobre ellos desde un edificio contiguo provisto de troneras.

En el equipaje capturado en Camden se descubrió correspondencia que demostraba que treinta vecinos prominentes de Charles-ton habían sido enemigos secretos nuestros en contacto con los revolucionarios; y a varios prisioneros cogidos en esa misma batalla se les encontraron, en los bolsillos, certificados de lealtad al rey George. Aquéllos, salvo algunos que escaparon por haber sido prevenidos a tiempo, fueron detenidos y encerrados en los barcos viejos, en tanto que éstos fueron ejecutados. Esta medida enérgica exacerbó aún más el encono de la provincia contra nosotros.

Hacia fines de setiembre, contraje una peligrosa fiebre y mis camaradas temieron por mi

Librodot

vida. Sólo al cabo de un mes pude reanudar, el servicio y por algún tiempo estuve muy apático y débil.

Debí la vida a la devoción del pobre Jonás, que por mí dejó la mesa de los oficiales. Pasaba las noches a mi cabecera en el mercado de Camden, que había sido transformado en hospital; me impedía por la fuerza quitarme la ropa en los accesos de delirio y precipitarme al río para nadar, el cual yo insistía en llamar Liffey, y siempre tenía a mano bebidas calientes o frías cuando yo las necesitaba. El febrífugo que me proporcionaba eran sales de ajenjo mezcladas con zumo de limón, azúcar y agua. Cuando me repugnaba la carne o cualquier alimento fuerte, el pobre negro iba de pesca y me preparaba un caldo; en una palabra, me trató con una solicitud y un cariño/ que ni antes ni después me ha dispensado ningún otro hombre y rara vez una mujer.

Durante mi enfermedad recibí frecuentemente la visita del sargento Collins. Cuando ya estaba de nuevo en condiciones de conversar con él de una manera coherente, dijo:

-¿Qué tal, Gerry Lamb? Pareció usted reconocerme en el colmo de su delirio. ¿Recuerda lo que me dijo?

-No recuerdo nada -le aseguré-. Mi mente es como un lago que ha barrido una tempestad. Sólo refleja el cielo azul y tiene olvidados el rayo y el trueno.

-Bueno -dijo él, riendo-; estaba usted sumamente preocupado por el mayor André, el ayudante general, y declaró que iba a ser colgado de un árbol de Judas en Linning's. Me suplicó usted que intercediera por él ante el general Washington. Después ya no era un árbol de Judas, sino una horca. Me hizo un relato muy impresionante del comportamiento del mayor en el momento de la ejecución, exactamente como si la estuviese presenciando. "Oh, ese canalla de verdugo con su cara negra y su insolente mirar", dijo usted. "¿Debe el mayor André sufrir a manos de un patán como él?" Luego murmuró: "¡Mire, mire quién es el capellán! ¡Había de ser el reverendo John Martin, naturalmente! Estuvo también en el velatorio de Jimmy, ¿sabe? Es el diablo en persona, sí, señor. ¡Y mire quién está al lado de él! Es Isaac van Wart, el *skinner,* con treinta dólares Robertson tintineando en el bolsillo. Treinta dólares Robertson y un árbol de Judas..., ¡vaya una coincidencia!"

Me empezó a brotar el sudor al oír el relato del sargento Collins y pedí un *grog,* que él me sirvió.

-Cuénteme más -le rogué.

-Bueno -dijo el sargento Collins-, era el delirio nada más. ¿De veras quiere que siga?

-Ah, sí; cuéntemelo todo -insistí.

-Fue realmente extraordinario -prosiguió-. Describió usted lo sereno que estaba el mayor, haciendo rodar un guijarro bajo la planta del pie, y cómo su criado enano rompió a llorar y fue recriminado por él. Luego contó cómo el mayor saltó sobre la carreta que estaba bajo el enorme patíbulo, le arrebató al verdugo la soga de las manos, se la colocó con dignidad alrededor de su propio cuello, con el nudo debajo de la oreja derecha, y se vendó los ojos con su propio pañuelo. Luego usted gritó, no en su jerga irlandesa, sino en suave acento inglés: "¡Sólo les pido, caballeros, que atestigüen al mundo que muero como un valiente!" Y después, en un susurro: "No será más que un dolor momentáneo." Después ya no habló más, aunque se le contrajo el rostro y, unos instantes después, se estremeció presa de un temblor violento y quedó postrado en la cama como si estuviese muerto.

-No me acuerdo de nada de eso -dije, aterrado-. ¿No se está burlando de mí, Collins?

Él continuó:

-Jonás prorrumpió en llanto, creyendo que usted había fallecido; y sin duda parecía usted un muerto. No pude percibir el menor latido de su pulso. Pero esa criatura fiel se arrojó sobre usted, soplando en sus pulmones y golpeteándole las mejillas y las manos, y al fin usted emitió un débil gemido y volvió a la vida. A partir de ese instante cedió la fiebre y entró usted en un período de franca mejoría.

Al cabo de tres o cuatro semanas recibimos noticias que nos llenaron de estupor. La primera decía que el general Benedict Arnold se había pasado a nuestras filas en Nueva York,

Librodot

y la segunda, que el mayor André había sido capturado por una partida de *skinners* en tierra neutral, en la margen oriental del río Hudson, ¡y ahora se hallaba en peligro de ser ajusticiado como espía! El sargento me llevó la infausta noticia, intensamente pálido:

-Estoy seguro de que ya lo han ahorcado -dijo-. Fue el dos de octubre cuando usted relató todos los detalles de su ejecución.

¡Desgraciadamente tenía razón! La escueta información que nos llegó a nosotros ocultaba una historia francamente extraordinaria, y no tardamos en saber lo que el mayor había querido decir cuando en tono confiado aseguró a nuestros oficiales, en el banquete del día de San David, que pronto un perro ovejero americano llevaría su rebaño a nuestro redil, poniendo así fin a la guerra.

La historia es como sigue: el mayor André había escrito una carta privada a su amiga, la señorita Margaret Shippen (cuyo nombre me había mencionado cuando fui a visitarle, en Nueva York), ahora esposa del general Arnold, ofreciéndole sus servicios para conseguirle artículos de tocador, como alambre para cofia, agujas y gasa, que no se podían obtener en Filadelfia a causa de la guerra. Le pidió que enseñara esta carta a su esposo, quien creía que era el corresponsal secreto "Gustavus" que últimamente había enviado al general Clinton informaciones valiosísimas sobre el ejército americano. Parece que cuando ella inocentemente le contestó, el general Arnold agregó a su carta, sin que ella lo supiera, una nota en la que confirmaba su identidad e indicaba un conducto por el cual André podría comunicarse con él sin temor.

El general Arnold, según su propio relato, había tomado al principio las armas contra el rey George porque por entonces las reivindicaciones americanas podían imponerse únicamente por la fuerza. Más tarde, dijo, abandonó ese criterio cuando los comisionados del rey ofrecieron una solución decorosa; y cuando la alianza con Francia fue ratificada por el Congreso, cambiaron todas sus ideas con respecto a la justicia y necesidad de la guerra y, en secreto, se hizo leal. Esto no parece inverosímil; y hay que agregar a ello que desde un principio el Congreso había puesto a prueba su lealtad despreciando sus méritos y poniendo trabas a su carrera militar. Como gobernador de Filadelfia, en 1779, recibió el mismo trato mezquino. El Consejo Ejecutivo de la ciudad llevó ante el Congreso numerosas quejas de vecinos contra su "modo prepotente y sospechoso de llevar los asuntos públicos", y aquél se apresuró complacido a llevarlo ante un tribunal de guerra. Luego, a pesar de que el general Arnold insistía en que se le procesase rápidamente, los acusadores retrasaron el asunto por espacio de nueve meses, durante los cuales él apeló sin cesar. Tras una larga investigación, fue en efecto absuelto de todos los cargos que afectaban a su honor; ¡pero se le condenó a ser amonestado por su "imprudencia" al utilizar ciertos vehículos públicos de transporte, que entonces no prestaban servicio, para poner bienes privados fuera del alcance de nuestros destacamentos de requisa, y por haber dejado pasar, en una oportunidad, a un barco mercante en el río Delaware, sin haber dado parte del asunto al general Washington!

Éste transmitió, con toda la delicadeza posible, esta amonestación al general Arnold; pero más tarde, puso de manifiesto su desaprobación a la actitud del Congreso entregándole el mando de la fortaleza de West Point. Ésta, que dominaba el río Hudson, unas millas más arriba de la fortaleza de Stoney Point, era el Gibraltar de América. Cerros rocosos que se levantaban uno tras otro la protegían contra el asedio por parte de cualquier fuerza inferior a veinte mil hombres. Había allí inmensos depósitos de abastecimiento y la fortaleza mantenía también abiertas para los americanos las comunicaciones entre Nueva Inglaterra y las provincias centrales. Su construcción había costado medio millón de libras esterlinas y un trabajo inmenso, y su guarnición constaba de tres mil hombres. El general Arnold proponía ahora entregar esta fortaleza al rey George, golpe que en opinión de Sir Henry Clinton pondría inmediatamente fin a la guerra. A cambio de su regalo, el general Arnold no pedía un millón de libras esterlinas -suma que habría sido muy inferior al verdadero valor, pues directa o indirectamente la guerra nos costaba millones mes tras mes-, sino que deseaba únicamente

que se le diera en el ejército británico un grado equivalente al que ostentaba en el americano, así como una indemnización por la pérdida de sus bienes privados, cuyo valor estimaba modestamente en seis mil libras esterlinas. El mayor André obtuvo permiso de Sir Henry Clinton para reunirse en secreto con el general Arnold y preparar los detalles para la entrega de la fortaleza al ejército británico.

Para ser breve, en septiembre de 1780, el mayor André se reunió secretamente con el general Arnold cerca de Fort Lafayette, y allí lo arregló y dispuso todo; pero un accidente fortuito le impidió regresar al barco que le había llevado aguas arriba bajo bandera blanca. Volvió, pues, a caballo dando un rodeo, con un salvoconducto del general Arnold extendido bajo el nombre falso de "John Anderson". Llevaba consigo, escondidos en los calcetines, los planos de West Point y un detalle del estado de las fuerzas destacadas allí. Cruzó sin contratiempo Pine's Bridge, ese mismo puente que

yo había cruzado dos años antes al huir hacia Nueva York; pero, cerca de Tarrytown, se topó con un grupo de ocho hombres que jugaban a los dados bajo un tulipero al borde del camino. Uno de ellos vestía un uniforme británico robado, y el mayor André supuso que se encontraba entre amigos, pues había cruzado el río Croton, considerado a la sazón el límite entre la parte británica y la americana de la tierra en disputa. Dijo que era un oficial británico en misión importante, y les rogó que le ayudaran a llegar a King's Bridge. Pero resultaron ser *skinners* americanos, nominalmente miembros de la milicia de Westchester, y estaban esperando el regreso de algunos camaradas que habían ido a vender ganado robado a los *cowboys.* Al revelar ellos su identidad, el mayor André cambió de tono y afirmó que él también estaba al servicio americano, y que había fingido ser británico como ardid para pasar. Para confirmar esto mostró *el* pase del general Arnold. "Al diablo con el pase de Arnold", dijeron ellos. La verdad era que querían dinero, y su primera presentación como británico les daba un pretexto para despojarlo. Le robaron sus dos relojes (de plata y de oro) y algunas guineas; luego le quitaron las botas de montar, que en las líneas revolucionarias eran un artículo muy valioso. Así, de modo casual, descubrieron los papeles y los sacaron, creyendo que se trataba de papel moneda. Entonces su cabecilla, el único de ellos que sabía leer, exclamó: "¡Santo Dios, un espía!" El mayor André, alarmado, les ofreció una suma total de mil guineas si le llevaban sano y salvo a King's' Bridge. Los hombres discutieron entre ellos la proposición, pero, o bien desconfiaron de sus posibilidades de reunir en breve plazo suma de dinero tan grande, o bien temieron que, una vez a salvo, no quisiera saber nada de lo convenido. Por tanto decidieron llevarlo a sus propias líneas, con la esperanza de ser recompensados por la captura de un espía. Sin embargo, desconocían tanto el valor de su presa como carecían de todo verdadero sentimiento patriótico, pues se trataba de *skinners,* no de soldados regulares.

El mayor André, fingiéndose indignado por su arresto, expresó, ante el oficial americano a cuya presencia fue conducido, el deseo de que se informara al general Arnold que John Anderson había sido detenido a pesar de llevar un salvoconducto del propio general, deseo que fue cumplido. Pero el general Arnold, al recibir esta información, lo abandonó todo. Montó rápidamente un caballo y pronto llegó al río, donde le esperaba una barcaza de su propiedad, con su tripulación; a bordo de ella bajó precipitadamente por *el* río con bandera blanca hasta el barco británico que aguardaba al mayor André, poniéndose así a salvo.

-¡Ya no se puede confiar en nadie! -exclamó el general Washington, presa de desesperación cuando recibió la noticia y muy consternado; pues parece que él mismo se proponía hacer un viaje de inspección a West Point hacia el tiempo de la proyectada entrega de la fortaleza a nuestras fuerzas, y en consecuencia hubiera sido capturado. Además, había dispensado tan grandes favores al general Arnold -pese a todo lo que habían dicho en el Congreso los enemigos de ese hombre extraño-, que ahora él mismo parecía sospechoso de estar complicado en la traición.

El desgraciado mayor André había sido persuadido por *el* general Arnold a partir sin sus

Librodot

distintivos militares; y como viajaba bajo un nombre supuesto, se hallaba en situación de espía. Un consejo de guerra formado por generales americanos y franceses le condenó a muerte. Esperaban así obligar a Sir Henry Clinton a entregar al general Arnold a la venganza de su país a cambio del mayor André. Pero tal proceder era absolutamente incompatible con el honor británico. Sir Henry ofreció canjear a seis coroneles americanos por el mayor, pero esto fue rechazado. Entonces el propio general Arnold propuso a Sir Henry que se le permitiera salir a rendirse al general Washington a cambio del hombre a quien sin querer había empujado a la muerte. Sir Henry le contestó: "Su proposición, señor, le honra mucho, pero aunque el mayor André fuese mi propio hermano no podría consentir semejante transacción."

Se apeló por todos los medios al general Washington en un esfuerzo por persuadirle a perdonar la vida al mayor -apelaciones a su humanidad, a su honor y a la justicia; grandes promesas y amenazas de vengarnos en los traidores de Charleston que estaban en nuestro poder-, pero todo fue en vano. El pueblo americano clamaba por una víctima, y como el general Arnold se había escapado, había de serlo el mayor André. El general Washington, aunque lo hubiese deseado, no habría podido salvar al mayor, ni siquiera sustituir la ignominiosa horca por un fusilamiento honroso. Si no mostraba la misma rabia implacable que sus compatriotas perdería su propia posición, y sabía que no había nadie capaz de reemplazarlo en el cargo de comandante en jefe. Además, el general Greene, el marqués de Lafayette y otros, por encono personal hacia Arnold o por el deseo de aparecer como seguidores fanáticos de la causa de la libertad, insistían tanto en el cumplimiento de la ignominiosa sentencia que parecía que estuvieran literalmente sedientos de la sangre del mayor André. El general Washington firmó, pues, la sentencia de muerte y, con el inmenso dolor y horror de todo el ejército británico, la ejecución fue llevada a cabo. Se realizó exactamente tal como yo la había descrito en mi delirio y a la misma hora. Sin duda, el profundo cariño que me había inspirado el mayor contribuyó a mi visión; por otra parte, yo no fui la única persona favorecida con ella. También su hermana y otras varias personas fueron advertidas en sueños de su triste destino. Los oficiales y sargentos de los Reales Fusileros Galeses, como también otros varios regimientos, guardaron luto por él.

En cuanto a los ocho *skinners*, cada uno de ellos recibió como recompensa una granja y una anualidad de doscientos dólares por el resto de su vida. Tres de ellos, entre éstos el guía traidor Isaac van Wardt, fueron condecorados con la Medalla de Plata del Congreso en que estaban grabadas las palabras "Fidelidad" y (en latín) "El patriotismo triunfa". Hay unos versos populares que dicen más o menos así:

La traición nunca prospera; ¿cuál es la razón?

Es que si prospera, deja de ser traición.

Si no hubiese sido por una serie de accidentes fortuitos, el mayor André habría regresado sano y salvo a las líneas británicas, West Point habría sido entregada, y el general Benedict Arnold, haciendo de general Monk, acaso habría conducido a las colonias, al menos por un tiempo, de nuevo a la lealtad hacia la Corona, ganándose la gratitud de la posteridad. Pero las cosas ocurrieron de otro modo, y la causa de la libertad surgió con renovado vigor por ese exceso de indignación que la traición descubierta provoca en los pechos de los patriotas apasionados. Efigies del general Arnold fueron quemadas en ciudades y aldeas, frecuentemente con detalles obscenos y repugnantes; y todo hombre que llevaba el mismo apellido que él, fuera o no su pariente, se vio obligado a cambiarlo, para librarse del estigma que ahora encerraba.

Por entonces sufrimos un grave revés en las Carolinas. Aguardábamos en Charlotte la orden de continuar el avance en Carolina del Norte y marchar sobre Hillsborough, cuando

Librodot

llegó la noticia de que el enemigo había atacado sin éxito un puesto en Georgia, muy al Sur. El mayor Ferguson fue entonces destacado con mil cien milicianos y voluntarios leales para cortar el paso al enemigo en retirada. Pero él mismo fue interceptado por fuerzas enemigas cuya existencia ignoraba Lord Cornwallis, un ejército de tres mil montañeses de más allá de los Montes Azules, a los que había movilizado la noticia de que los indios cherokees, sus enemigos mortales, se habían alzado en armas como aliados del rey George. También se les había prometido pagarles en la insólita moneda de carne humana, dando un número de negros arrebatados a los conservadores, a cada hombre, de acuerdo con su graduación. En King's Mountain, un enjambre de esos hombres rudos e incultos, armados con escopetas Deckard, rodeó a la fuerzas del mayor Ferguson y las aniquiló, disparándoles desde detrás de los árboles y arbustos. El mismo mayor cayó mortalmente herido, y casi la mitad de sus hombres fueron muertos o heridos, hasta que los restantes entregaron sus armas y se rindieron. Los montañeses ahorcaron a cierto número *de* prisioneros, y luego regresaron a sus tierras.

El mayor Ferguson era, después del mayor André, el oficial más querido en el ejército y el que tenía mayor poder para enrolar leales en nuestro servicio. Era también el tirador más notable de su tiempo.

A propósito, un ejemplo. curioso de la disparidad de los conceptos británicos y americanos del honor y comportamiento en tiempos de guerra lo proporciona la comparación de la orden del coronel Daniel Morgan relativa al atentado concertado contra la vida del general Fraser, cerca de Saratoga (orden que fue cumplida), con la aventura del mayor Ferguson cuando la batalla de Brandywine, en 1777. De acuerdo con su propio relato, había salido en misión de reconocimiento cuando vio a un oficial americano, que llamaba la atención por su uniforme de húsar, pasando lentamente a unas cien yardas de él, seguido por otro militar vestido de verde oscuro con un amplio sombrero ladeado y montado en un bayo. El mayor Ferguson ordenó a tres buenos tiradores avanzar sigilosamente y disparar a los jinetes, pero, según sus propias palabras, "la idea me disgustó y di contraorden". Y prosiguió así: "En el viaje de regreso, el húsar dio un gran rodeo, pero el otro pasó a unas cien yardas de nosotros. Al verle, salí de los matorrales y fui a su encuentro. A mi llamada se detuvo, pero cuando me vio prosiguió su camino. Volví a llamar su atención, pero *él* siguió adelante lentamente. Me separaba de él una distancia tal que, disparando con toda la rapidez posible, habría podido meterle en el cuerpo media docena de balas antes de que pudiera ponerse fuera de mi alcance. Todo dependía de mi decisión; pero me desagradaba disparar por la espalda a un individuo que no me había hecho nada y que cumplía con tanta sangre fría con su deber, así que lo dejé escapar."

¡Más tarde se comprobó que *el* caballero del sombrero ladeado era el general Washington en persona, y el húsar un ayudante de campo francés!

La derrota del mayor Ferguson en King's Mountain nos obligó a aplazar nuestras esperanzas de conquista y replegarnos a Carolina del Sur. Fue la marcha más triste de que guardo memoria, pues ninguna retirada es agradable aun con buen tiempo, y entonces llovió durante siete días sin interrupción. Lord Cornwallis sufría de fiebre y había transferido el mando a Lord Rawdon. No llevábamos tiendas, y cuando acampábamos de noche lo hacíamos en los mojados y malolientes bosques. Por espacio de varios días no dispusimos de ron, únicamente de agua espesa como el barro. Caminábamos con las botas hundidas en agua y lodo. Unas veces teníamos pan, pero carecíamos de carne, y otras teníamos carne, pero carecíamos de pan; rara vez disponíamos de pan y carne a un tiempo. En dos ocasiones nos quedamos sin alimentos durante cuarenta y ocho horas. Por espacio de otros cinco días nos alimentamos sólo de mazorcas de maíz, siendo la ración diaria de dos y media por hombre. Primero nos limitamos a tostarlas sobre el fuego; pero pronto descubrimos un método mejor de tratar este cereal, saludable pero duro: dos hombres de cada grupo convirtieron su cantimplora en un rallador abriendo agujeros en ella con la punta de la bayoneta. Luego, las espigas eran frotadas contra los ralladores, y de la harina resultante se elaboraban tortas que se tostaban sobre las palas usadas para cavar trincheras. Puedo asegurar a mis lectores que

Librodot

estábamos muy débiles. Cuando llegamos a un río llamado Sugar Creek, con una rápida corriente y las empinadas márgenes arcillosas resbaladizas como hielo, sólo logramos llevar nuestras carretas a la orilla opuesta utilizando como animales de carga a la milicia leal que nos quedaba. Estos soldados eran nuestro principal apoyo en esta retirada, pues conocían el país y no solamente nos protegían contra la traición y los ataques por sorpresa, sino que también actuaban como patrulla de abastecimiento. Conocían también el difícil arte de sacar el ganado vacuno a campo abierto desde los inaccesibles escondrijos de los pantanos.

Con el agua amarilla hasta el pecho vadeamos el río Catawba, que en aquel lugar tenía casi media milla de ancho. Afortunadamente nuestro cruce no fue obstaculizado por tiradores ocultos. Así, tras quince días de marcha, durante los cuales tengo el orgullo de decir que los hombres no se quejaron una sola vez de las penurias que sufrían, llegamos a la pequeña ciudad de Wynnsborough, situada entre los ríos Catawba y Congaree. Y allí permanecimos durante el resto del año 1780.

Librodot

11

¿Cómo iba la guerra para nuestras armas al finalizar el año 1780? La alianza con los franceses no representaba hasta entonces ninguna ayuda para los americanos, y los seis mil franceses de uniforme blanco que habían fracasado en su tentativa de romper el asedio a Charleston fueron desembarcados en Newport, Rhode Island, donde quedaron bloqueados por la flota británica del Atlántico. Una segunda división francesa que debía seguirles quedó encerrada en Brest por la flota británica del Canal de la Mancha. Las tropas del general Washington encontraban que el Congreso era un padrastro cruel en materia de paga y provisiones; andaban harapientas y famélicas, viviendo al día. Ultimamente su situación se había agravado aún más, pues Samuel Adams y otros miembros del Congreso intrigaron contra el general Nathaniel Greene, obligándolo a dimitir de su cargo de intendente general. El general Greene escribió al general Washington que había "perdido toda confianza en la justicia y rectitud del Congreso. Las intenciones sinceras y el servicio leal de poco valen frente a hombres sin principios, honor ni modestia". Hacía un año que las tropas no recibían su paga, ni siquiera en moneda continental, y a aquellos cuyo tiempo de servicio había expirado se les negaba la licencia. El día de Año Nuevo estalló un grave motín en Morristown, Pensilvania; mil trescientos *Ulstermen* de Pensilvania marcharon hacia Filadelfia al mando de tres sargentos, resueltos a obligar al Congreso a pagarles su soldada. Antes de partir, sus oficiales los habían atacado a sablazos, resultando muerto uno de ellos, un capitán. Fueron apaciguados a mitad de camino con promesas de pago, y persuadidos a regresar al servicio. Otro motín, de hombres de Nueva Jersey, fue reprimido a tiros y el general Washington pidió seguidamente permiso al Congreso para aumentar hasta quinientos el número de azotes a ser aplicados como castigo por tal comportamiento.

Por otra parte, la guerra afectaba gravemente al espíritu y al bolsillo del pueblo británico. Hacia fines de agosto de 1780 llegaron noticias de extrema gravedad. Nuestras flotas mercantes que habían partido juntas rumbo a las Indias Orientales y Occidentales, respectivamente, habían sido escoltadas por la flota del Canal de la Mancha hasta el promontorio del noroeste de España. Allí, el almirante en jefe, obedeciendo órdenes estrictas del conde de Sandwich, del Almirantazgo, se volvió atrás, dejando la protección de tan valiosa presa a cargo de un solo buque de línea y dos o tres fragatas. El 9 de agosto el convoy fue interceptado por una poderosa flota francoespañola, y el comodoro de la escolta, ante la imposibilidad de hacer frente a un enemigo que le superaba tan ampliamente en fuerza, abandonó el convoy. Así se perdieron cuarenta y siete buques mercantes y transportes de la flota de las Indias Occidentales, con cargamentos por un valor estimado en seiscientas mil libras esterlinas, cinco grandes buques mercantes de las Indias Orientales cargados de oro acuñado y en barras y otros géneros preciosos por un valor de un millón de libras, así como dos mil marineros, ochocientos pasajeros, mil doscientos soldados, ochenta mil mosquetes y una cantidad inmensa de equipos navales destinados a Madrás para reequipar nuestra escuadra destacada en aquellas aguas, que había salido malparada en batalla con los franceses. Los más viejos no recordaban que la Bolsa Real de Londres hubiera presentado jamás un aspecto tan pesimista y melancólico como en la tarde de aquel martes en que el Almirantazgo publicó la noticia de esta doble pérdida. Los anales mercantiles de Inglaterra no registraban ningún caso en que se hubieran perdido tantos buques a la vez, ni se experimentaran pérdidas superiores a la cuarta parte de la suma que esa vez se perdió. En ese mismo mes sé recibió en Londres la noticia de que una flota de quince barcos, que sin escolta se dirigía a Quebec, había sido interceptada frente a los bancos de Terranova por una fragata americana y dos bergantines armados en corso. Sólo tres de nuestros buques escaparon. Fue éste un golpe grave para la guarnición y la población de Quebec. Cabe observar aquí que en el curso de esa guerra contra las escuadras combinadas de Francia,España, Holanda y los Estados Unidos, perdimos tres

Librodot

mil buques mercantes entre los que fueron apresados y hundidos, aparte de otros daños navales.

La culpa de esas calamidades no había que buscarla en nuestros marineros ni en sus capitanes. Como ya ha sido mencionado, el conde de Sandwich, apodado *Jeremy Twitcher,* nos había hecho perder el dominio de los mares. Había paralizado los astilleros, mentido a la Cámara de los Lores sobre el número de barcos de guerra mandados construir, vejado y traicionado a sus almirantes, y condenaba a las pocas fragatas que todavía navegaban dispersas a elegir, en sus encuentros con las magníficas escuadras de nuestros enemigos, entre luchar contra una superioridad abrumadora, o bien huir en un intento por ponerse a salvo. Con harta frecuencia elegían la primera alternativa, logrando a veces una victoria inesperada. ¡No es menester que mi humilde pluma señale los nombres de Howe, Rodney, Hyde Parker y Keppel! Pero no debo dejar de mencionar la hazaña de Sir George Collier en la bahía de Penobscot, pues esta acción gloriosa (que a causa de la actitud despechada de Lord Sandwich no fue celebrada con repique de campanas ni con ninguna otra forma de aclamación pública, sino que al contrario, Sir George fue reemplazado en el mando en aguas norteamericanas y de regreso no recibió otro cargo ni fue ascendido) fue un golpe directo asestado a los americanos en sus propias aguas.

Penobscot es un puerto en la costa del norte de Massachusets, en una región que ahora se conoce con el nombre de estado de Maine. En el verano de 1779 se estableció allí una colonia de leales empobrecidos; y algunas compañías del Ochenta y Dos y Setenta y Cuatro dieron comienzo a la construcción de un fuerte. En cuanto los habitantes de Boston se enteraron de esta obra resolvieron desbaratarla. Veinticuatro transportes llevando a bordo tres mil soldados y diecinueve buques de guerra tripulados por dos mil marineros y armados con trescientos veinticuatro cañones -todo ello construido a un costo de casi dos millones de libras- partieron rumbo a Penobscot. Sin embargo, nuestra pequeña guarnición, parapetada tras ligeras fortificaciones, mantuvo a distancia a los de Boston por espacio de casi tres semanas. Entonces Sir George Collier fue en su ayuda con una escuadra que no contaba más que con doscientos cañones. Los americanos formaron una línea de batalla, pero cedieron al primer ataque y fueron rechazados aguas arriba del río Penobscot. He visto una copia de una carta escrita por el comandante militar americano, general Salomon Lovell, que decía: "Me es imposible describir aquella jornada terrible; ver cómo cuatro barcos británicos perseguían a diecinueve de nuestros buques armados, diecisiete de los cuales eran barcos poderosos; transportes en llamas, buques de guerra volados y la confusión más espantosa que uno pueda imaginarse." Para ser breve, ninguno de todos estos barcos americanos escapó a la captura o la destrucción, y los bostonianos que se refugiaron en la costa se encontraron a cien millas de toda base y sin alimentos. Estalló entonces una acalorada disputa entre los marineros y los soldados; éstos acusaron a aquéllos de cobardía, los marineros respondieron al insulto y se llegó a empuñar las armas, cayendo setenta hombres en lucha fratricida. Centenares más perecieron de hambre o de agotamiento durante su marcha por tierras salvajes de vuelta a las partes colonizadas de la provincia.

Este desastre enfrió el ardor bélico de "los Santos" por el resto de la guerra, pero sin gran beneficio para nosotros. Las tropas británicas en América eran insuficientes para conquistarla, y nuestras islas no podían desprenderse de más fuerzas. Las dos naciones en lucha parecían dos pugilistas maltrechos, trabados en encarnizado forcejeo, apenas capaces de mantenerse en pie, ninguno de los dos capaz de asestar un golpe decisivo a la mandíbula del otro. El general Arnold creía saber cómo se podía obtener la victoria. "El dinero podrá más que las armas en América", escribió a Lord George Germaine. "Ofrezca usted a las tropas continentales todas las pagas atrasadas que se les deben, cuyo total se eleva a unas cuatrocientas mil libras esterlinas, media paga por siete años, doscientos acres de tierra para cada soldado raso y proporcionalmente más para cada oficial, junto con un premio de veinte guineas en metálico por su deserción, y así conseguirá a dos mil o tres mil de los mejores

Librodot

soldados en América para la causa del rey." Creía que esa fuerza sería suficiente para tomar West Point y aislar a los estados del Norte del resto del continente, lo que obligaría al general Washington a luchar en nuestro propio terreno o a desmovilizar su ejército, pues sus fuentes de abastecimiento de carne estaban en el Este y las de pan y harina en el Oeste. Si tal operación parecía demasiado arriesgada, había otro plan, que consistía en dejar sólo una guarnición reducida en Nueva York y concentrar todo el ejército, para la conquista de Baltimore, en el extremo de la bahía de Chesapeak que divide el estado de Maryland; y, después de haber arrollado Maryland, Delaware y Virginia, estados contiguos, atacar Filadelfia desde el Sur. Había en aquella parte pocos obstáculos naturales, como montañas, pantanos, bosques y ríos. Sin embargo, no se tuvieron en cuenta las propuestas del general Arnold; y es probable que éste estuviera equivocado; al menos, respecto a la deserción de tantos soldados americanos. En efecto, cuando emisarios británicos abordaron a los *Ulstermen* amotinados de Morristown, ofreciéndoles una buena acogida en *el* campo monárquico, éstos los entregaron al verdugo.

Es de señalar, empero, que Joseph Galloway, el congresista de Pensilvania que se pasó a nuestras filas por estar disgustado con los Adams y con la alianza francesa, declaró que ni uno de cada cuatro soldados que integraban el ejército del general Washington era americano nativo, sino que la mitad eran irlandeses y la otra mitad británicos, mezclados con algunos desertores alemanes y algún que otro negro del Norte. Y por si se duda de la veracidad de su afirmación, ahí está, para corroborarla, la declaración del general Greene de que, hacia *el* final de la guerra, luchó contra nosotros en gran parte con soldados británicos. Los americanos siempre han sido reacios a la disciplina y a los compromisos a largo plazo -hasta tal punto aman la independencia-, y el ejército regular del general Washington estaba organizado al estilo europeo. Así que pocos americanos nativos estaban dispuestos a enrolarse en él, prefiriendo la vida fácil y carente de disciplina que ofrecía la milicia, donde la tropa mandaba a los oficiales, y no éstos a aquélla, y todos combatían a la manera de los indios, tendiendo emboscadas y evitando el ataque directo.

El comandante en jefe, Sir Henry Clinton, opinaba que no era conveniente iniciar operaciones militares ulteriores en gran escala, sino conservar las conquistas y "romper ventanas" hasta que la revolución se derrumbara por agotamiento. Tal vez su política era la más cuerda, si bien su éxito dependía de la superioridad británica en el mar, que por el criminal descuido de nuestra flota y astilleros por parte del conde de Sandwich habíamos perdido ahora en favor de los franceses, españoles y americanos. Pero Sir Henry Clinton no tuvo la última palabra, pues Lord George Germaine insistía todavía en dirigir la guerra a su manera desde su despacho de Downing Street.

En Carolina del Sur, la derrota del mayor Ferguson había alentado peligrosamente a la causa revolucionaria. Nuestra retaguardia y nuestros flancos estaban amenazados, nuestros abastecimientos cortados, y se atacaba a nuestros puestos avanzados.

El coronel Tarleton, al frente de sus *Greens,* devolvió golpe por golpe, pero era imposible aniquilar a las bandas de guerrilleros, que entonces invadieron toda la provincia. El general Washington designó al general Greene en sustitución del general Gates en Carolina del Norte, para resistir nuestra esperada invasión, y en diciembre llegó a Charlotte, donde reunió a dos mil hombres -insuficientes para atacarnos, pero bastantes para causarnos dificultades si eran organizados en destacamentos-. El conde de Cornwallis desarmó inmediatamente las tiendas y nos llevó a su encuentro aguas arriba por la margen derecha del río Catawba. Entonces *el* general Greene dividió sus fuerzas en dos columnas, una de las cuales, al mando del general Daniel Morgan, recibió orden de flanqueamos y hostigar nuestros puestos en Georgia. Esta columna estaba formada por los famosos rifleros de Virginia, además de algunas buenas tropas regulares, caballería e infantería, del ejército continental. Lord Cornwallis organizó una división similar, enviando al coronel Tarleton con una fuerte columna en persecución del general Morgan, quien le derrotó decisivamente en The Cowpens, a cincuenta millas al norte de Wynnsborough y a veinticinco del campamento

Librodot

adonde habíamos llegado remontando el curso del río.

En The Cowpens el coronel Tarleton perdió ochocientos hombres, incluyendo la totalidad de nuestra infantería ligera, dos cañones, las banderas del regimiento Siete y la confianza de todos los leales que quedaban en la provincia. Había agotado a sus hombres con marchas excesivas -una imprudencia característica de los comandantes de caballería-, aparte de que los rifleros del general Morgan eran las mejores tropas ligeras de todo el ejército americano. Como de costumbre concentraron su fuego sobre nuestros oficiales, eliminando a muchos de éstos no bien iniciada la lucha. El general Morgan tuvo mucha suerte, y la suficiente honradez para reconocerlo. En una fase avanzada de la batalla, el ala izquierda de su segunda línea decidió replegarse doscientos pasos para ajustarse a una maniobra del ala derecha. Esto aumentó la distancia de la carga que tuvieron que realizar nuestros hombres, ya agotados por el esfuerzo de hacer retroceder a la primera línea de milicianos; y cuando avanzaron en formación irregular, una descarga cerrada muy certera los detuvo y desconcertó. No pudieron resistir el contraataque. El coronel Tarleton escapó con la mayor parte de su caballería; pero la noticia de este desastre nos afectó profundamente, tanto más cuanto que las fuerzas del general Morgan habían sido más bien inferiores en número y casi no sufrieron bajas en la lucha.

Pero ni siquiera entonces Lord Cornwallis pudo decidirse a renunciar una vez más a su propósito de invadir Carolina del Norte. De Nueva York habían llegado valiosos refuerzos, entre ellos la Brigada de la Guardia *de* a Pie, que -hasta el desastre de The Cowpens- elevaron nuestros efectivos a un total de cuatro mil hombres. Sir Henry Clinton había destinado estos refuerzos para fines defensivos más que ofensivos, pero Lord Cornwallis, que había obtenido de Lord George Germaine el derecho de comunicarse directamente con él, y no en forma indirecta por conducto de Sir Henry Clinton, se creyó entonces en libertad de obrar como si su ejército fuese un comando independiente. Debiera haberle servido de escarmiento la suerte corrida por el general Burgoyne, quien en forma parecida se había embarcado en una invasión independiente aferrándose a la misma ilusión de coordinar los movimientos del ejército de Nueva York con los de sus propias fuerzas. En su desacato a las órdenes de Sir Henry Clinton, en el sentido de retener Carolina del Sur a toda costa, su señoría había llegado hasta a desmantelar las fortificaciones de Charleston, supongo que con el propósito de impedir que los leales las ocuparan y retuvieran en nuestra ausencia. Había concentrado, por entonces, armas, cañones y suministros suficientes para una campaña en regla y parecía una lástima no hacer uso de ellos. Por lo menos debía hacer todo lo posible por cortar la retirada del general Morgan e impedir su reunión con el general Greene.

Como habíamos perdido nuestras tropas ligeras, Lord Cornwallis resolvió que todo el ejército debía ir lo más liviano que fuese posible, para ganar rapidez de maniobra. Ordenó, pues, la destrucción de todo nuestro equipaje innecesario; sólo se conservaron carretas para el transporte de munición, sal y equipo sanitario, además de otras cuatro vacías para los enfermos y los heridos. Dio ejemplo a sus oficiales, cuyos baúles estaban abarrotados de sombreros, ropa y calzado superfluos, novelas, obras de teatro, vino, condimentos, artículos de tocador, objetos de plata y de cristal y ropa de cama, reduciendo el volumen y la cantidad de sus propios efectos personales. No hubo entre la oficialidad y la tropa una sola protesta por este sacrificio, aunque nos privaba de toda perspectiva de disfrutar de bebidas alcohólicas. Fue un espectáculo penoso la destrucción de tantos toneles de buen ron, y una gran novedad para un general británico, y conde por añadidura, no poder siquiera servir un vaso de vino a sus visitantes, y sentarse a una mesa tan huérfana de manjares refinados como la de cualquier soldado raso.

Lord Rawdon se quedó en Camden, que entretanto había sido fortificado poderosamente, al frente de una pequeña fuerza.

La primera dificultad con que tropezamos en nuestra marcha fue cruzar el curso superior del río Catawba, cuya orilla opuesta era defendida tenazmente por el enemigo. El grueso de

Librodot

nuestras fuerzas debía hacerlo en un lugar ya muy adentrado en el territorio de Carolina del Norte, en un vado particular llamado Mc Gowan's, mientras otra columna lo hacía seis millas más abajo. El vado Mc Gowan's, que tenía más o menos media milla de ancho, quedaba a corta distancia de los Montes Azules, entonces cubiertos de nieve. El cruce tuvo lugar el 1 de febrero de 1781, poco antes del alba, en una mañana gris y lluviosa.

No voy a aburrir a mis lectores con una detallada descripción geográfica de nuestra marcha de trescientas millas en persecución de las divisiones del general Greene, con las cuales logramos establecer contacto en la segunda semana de febrero. Tratábamos de cortar sus comunicaciones con Virginia, la siguiente provincia al norte, de donde recibía sus suministros. Baste con decir que avanzamos por Carolina del Norte a razón de casi veinte millas por día, término medio, pasando por Salisbury y las estribaciones arcillosas y cubiertas de pinares de los Montes Azules. Cada día nos acercábamos más a nuestro adversario, sin ser hostigados por su retaguardia. El aire era vigorizante y en los días de bonanza brillaba un sol radiante. Pero la mitad del tiempo llovía torrencialmente, con intervalos de nieve y granizo, y nuestros movimientos nos fatigaban mucho. El general Greene se retiraba hacia el río Dan, más allá del cual estaba Virginia y donde encontraría resguardo seguro. Lo habríamos alcanzado y obligado a presentar batalla, si Lord Cornwallis, no hubiese sido engañado por supuestos leales que *le* dijeron que los vados del curso inferior del río Dan eran impracticables, lo que no era cierto, persuadiéndolo a utilizar los del curso superior. El general Greene llegó a marchas forzadas a los vados inferiores y consiguió botes en número suficiente para llevar a la otra orilla hasta el último hombre de su retaguardia, el 15 de febrero, justamente cuando llegaba nuestra vanguardia. Pero gran parte de sus milicianos ya habían desertado y se dispersaron volviendo a sus casas. Sus tropas de línea se hallaban en condiciones pésimas; sólo disponían de una manta por cada tres hombres y de muy pocas botas, así que hubiéramos podido seguir su pista guiados por el reguero de sangre que los pobres muchachos dejaban tras de sí cual animales heridos. Al igual que nosotros, carecían de tiendas.

Como el general Greene se nos había escapado, regresamos lentamente a Hillsborough, ciudad que, no obstante ser la principal de la alta Carolina del Norte, no constaba ni siquiera de cien casas. Allí plantó Lord Cornwallis el estandarte real y emitió una proclama invitando a la provincia a retornar a la lealtad al rey. Fuimos recibidos a nuestra llegada con la noticia de que el general Benedict Arnold, que ahora luchaba en nuestro campo, había llevado una fuerza de leales americanos, remontando el río James, a la baja Virginia y "roto ventanas" con cierto éxito por espacio de tres semanas. Había capturado varios barcos cargados, volado una fundición de hierro en que se fabricaban cañones, e incendiado gran número de depósitos públicos y privados. Barría el país el humo oloroso de tabaco, pero no despedido por pipas, cigarrillos o cigarros, sino por depósitos en llamas de Richmond y Norfolk. El general Arnold regresó sin bajas a su base de Portsmouth, en la desembocadura del río.

No puedo omitir un hecho muy desagradable que tuvo lugar el 25 de febrero, no lejos de Hillsborough. Los leales que vivían al sur de nosotros habían surgido en gran número tras la proclama y se envió al coronal Tarleton para que ayudara en su organización; pero el coronel Harry Lee, de la caballería ligera americana, llegó antes que él y los trescientos leales, que encontraron la columna de Lee en un desfiladero, la tomaron por la del coronel Tarleton y se acercaron prorrumpiendo en aclamaciones. Fueron rodeados al instante y, a pesar de que suplicaron cuartel, los implacables americanos se negaron a ello y los masacraron a todos a sangre fría. De haber sucumbido así a las armas británicas veinte revolucionarios americanos ¡cómo habrían puesto el grito en el cielo los diarios de Ramsay, Belsham y los demás, vociferando acusaciones de asesinato, masacre, sed de sangre y perversidad! Durante toda la campaña ocurrieron ciertamente atrocidades entre los partidarios de uno y otro bando; incluso algunos de los *Greens* del coronel Tarleton incurrieron en los delitos de estupro, asesinato y ajusticiamientos en masa. Un destacamento de dragones que fue agregado a los *Greens* se disgustó tanto por ese proceder, que se negó a llevar el uniforme verde y se quedó con el

Librodot

suyo, de color escarlata.

Los habitantes de las regiones montañosas de Carolina, del Norte y del Sur, se diferenciaban grandemente *de* la población de las pantanosas regiones bajas, tanto en vigor como en complexión. Eran gente gallarda, fuerte y rubicunda, que en un grado notable aunaba la hospitalidad con la barbarie, y era, además, muy dada a la bebida. Apenas había hombre que no tuviera seis pies de estatura y fuese proporcionalmente ancho de espaldas; apenas había vivienda de dos piezas que careciera de alambique para la elaboración de caña. Las mujeres eran recias y bellas; no se emborrachaban, pero eran de moral poco rígida. Estaba de moda allí la práctica de "cambiar esposas", que era realizada con un grado notable de desenfreno. Un hombre, quien pensó que su nuera era más bonita que su propia mujer, propuso el trueque a su hijo, quien accedió a condición de que su padre le diese, además de la madre, dos vacas y otros tantos caballos. Las mujeres en cuestión, lejos de sentirse víctimas, parece que fueron las instigadoras de tan insólita transacción.

La mayoría de nuestros oficiales habían llevado perros consigo, y en Hillsborough se entregaron con entusiasmo a cazar codornices y conejos. Los conejos americanos no cavaban madrigueras, así que no había lugar para el empleo de hurones; después de una buena persecución, se hacían invisibles (valga la expresión) trepando ágilmente por algún árbol hueco. El esclavo Jonás, que hacía de cazador para nosotros, nos enseñó la manera de cazar con *el*

"hurón de Virginia". Cortó un palo de nogal y practicó una hendidura en uno de sus extremos, con el que se tenía que atizar la copa del árbol y trabar con él la piel del animal, para derribarlo al suelo de un empellón. Este método resultó muy práctico. En cierta ocasión en que yo asistía a tal caza se capturó una zarigüeya, que es una especie de rata con una larga cola peluda y prensil. La vimos colgada por la cola del extremo de una rama y fue derribada al suelo mediante el palo de nogal. Cuando cayó se quedó tendida y completamente inmóvil, fingiendo estar muerta, y los sabuesos de los oficiales, si bien le ladraban y la acosaban tanto que oí crujir sus huesos, no la devoraron a causa del horror natural de casi todos los animales, excepto los chacales y las hienas, a devorar lo que no han matado ellos mismos. El teniente Guyon, mi superior, recogió el pobre animal, que permaneció rígido en sus manos, y lo llevó a la casa en que se alojaba. Allí lo depositó al sol en el alféizar de una ventana y fue a sentarse en el rincón opuesto del cuarto, observándolo atentamente. Al cabo de un rato, el animalito abrió furtivamente un ojo, volvió con lentitud la cabeza para cerciorarse de que no era observado, y luego se levantó de un brinco, saltó por la ventana y desapareció. Jonás opinó muy sabiamente: "Es como un liberal rebelde de Carolina. Finge que está bien muerto; y de repente se levanta para matar a los pobres conservadores."

No bien nos detuvimos en aquella ciudad, empezamos a mejorar nuestro aspecto desaliñado, lavando nuestra ropa sucia y cepillando nuestro equipo cubierto de barro. Pero los varios ríos amarillentos y rojizos que habíamos vadeado se burlaron de nuestros más aplicados esfuerzos. No teníamos arcilla para limpiarnos, y aunque peinábamos nuestro cabello como era debido y lustrábamos los botones y las hebillas, nuestro aspecto exterior sugería una cárcel para deudores, donde unos caballeros venidos a menos, con más orgullo que suerte, vivieran precariamente con cuatro peniques al día. Las provisiones eran muy escasas, pues después de todo, la región estaba muy poco poblada, y el ejército americano que había estado acantonado allí antes que nosotros se había comido todos los excedentes de grano y carne. Cuando recogimos lo que ellos habían cosechado, el campo quedó vacío por completo, y si bien Lord Cornwallis había prometido que los bueyes de tiro, el único ganado que sobrevivía por allí, sólo serían sacrificados en caso de necesidad, ésta se presentó entonces, y hasta los leales se quejaron abiertamente de las penurias que tenían que sufrir por nuestra causa. El comisario de abastecimientos se vio obligado -deber muy desagradable- a ir de casa en casa por toda la ciudad con un grupo de soldados, ordenando a los vecinos que entregaran sus provisiones, porque en tiempos de guerra un ejército no debe perecer de

hambre mientras los ciudadanos a los que defiende tengan todavía cereales en su granero.

Nos retiramos unas treinta millas al sur hasta los afluentes superiores del río Cape Fear. Este río vierte sus aguas en el mar en Wilmington, a doscientas millas al sudeste, donde estaba acantonado un destacamento nuestro. Aquí el general Greene nos ofreció una batalla. Su ejército había sido aumentado a cinco mil hombres, y penetrando otra vez en Carolina del Norte había tomado posiciones en Guildford Court House, adonde acudió Lord Cornwallis con ánimo de atacarlo.

Nos encontrábamos a la sazón a doce millas al sur de Guildford Court House; y nuestro cuartel general estaba en un centro de reunión *de* cuáqueros de New Garden, en *el* delta del río Deep. Recuerdo que estando destacado junto con el comisario, señor Stedman, para requisar provisiones en las plantaciones de los alrededores, un venerable cuáquero, del que recibimos una gran cantidad de grano, hizo algunas observaciones muy atinadas.

-¿Cuál es el estado de ánimo de la gente por aquí? -preguntó el señor Stedman.

-La mayoría desean unirse a Gran Bretaña, amigo -contestó él.

-Entonces, ¿por qué no se unen a nosotros? -inquirió el señor Stedman-. Y si se unen a nosotros, ¿por qué dejan tan pronto el servicio?

– Vaya una pregunta, amigo! ¿No conoces el odio de los revolucionarios hacia los que apoyan tu causa? ¿Y cuántas veces esos partidarios han sido defraudados en sus esperanzas de ayuda, o abandonados a sus enemigos cuando tu ejército se retiró de sus puestos? ¿Y la venganza que esos hombres sanguinarios toman contra las familias de los que sirven al rey George?

-Le ruego que me informe sobre este particular -dijo *el* señor Stedman.

-Amigo, el temor a sufrir daño mueve a los hombres más que la esperanza de ser recompensados por un comportamiento honesto y leal. Los conservadores de Carolina del Norte viven bajo el terror de los liberales. Hay quien, como una bestia acosada, ha vivido por espacio de dos y hasta tres años en los bosques, sin atreverse a regresar a su casa, siendo alimentado en secreto por su familia, o por algún esclavo leal, con galleta y carne salada, escondidas de vez en cuando para ellos en sitios apartados del bosque. Otros, que habían recibido garantías de seguridad de sus vecinos, han sido muertos a tiros cuando trabajaban en sus sembrados, o atados a un árbol y azotados hasta quedar sin sentido. No lejos *de* aquí, un hombre de quien se sospechaba era partidario del rey fue muerto a tiros de madrugada, cuando se hallaba en la cama con su mujer.

-No cabe duda de que estas circunstancias son abominables -exclamó el señor Stedman-. ¿Pero es que esa pobre gente cree que podrá vivir feliz o tranquila bajo otro dominio que no sea el de Su Majestad británica?

-No, amigo -contestó el cuáquero-. Pero no se trata de eso. La gente ha sufrido tanta miseria durante los vaivenes de esta guerra, que se sometería a cualquier gobierno del mundo, ya fuera cristiano, judío o turco, con tal *de* obtener la paz. Y tan grandes son las desventajas contra las cuales lucha tu nación, y tan estúpidos son tus ministros (y perdóname mi atrevimiento), que la gente desespera del triunfo de vuestra causa. Se inclinan hacia el Congreso. Pero una cosa puedo asegurarte, y es que como soldados de la milicia rebelde son de poca utilidad para el general Greene.

Librodot

12

El general Greene tuvo la mala suerte de perder los servicios del general Daniel Morgan, quien después de su resonante victoria en The Cowpens sé retiró del ejército alegando sufrir de fiebre intermitente y de dolores reumáticos. Tales dolencias, aunque penosas, no habrían sido, sin embargo, suficientes para alejar a tan valiente y patriótico militar del campo de batalla si el general Morgan hubiese tenido la seguridad de que el Congreso lo apreciaba de acuerdo con sus méritos; pero con harta frecuencia había sido desilusionado al postergarse sus ascensos, y se *le* habían agradecido con frialdad sus extraordinarios servicios. Por otra parte, no estaba muy de acuerdo con la política del general Greene. Se retiró a su granja y ya no luchó más contra nosotros. El general Greene era lo que en el Sur llamaban un hombre "juicioso", esto es un hombre que formaba sus juicios con cautela. Sus conocimientos militares procedían sólo de la lectura, no de la experiencia en el campo de batalla; con todo, en esta ocasión sus disposiciones fueron muy atinadas. El terreno elegido por él era sin duda muy favorable para la defensa.

El Tribunal de Justicia, pintado de cal, se levantaba en una suave pendiente al borde de un claro irregular de aproximadamente ciento veinte acres. Los únicos edificios, aparte de éste, que había en el claro eran dos pequeñas alquerías y tres graneros. Supongo que el tribunal había sido construido en aquel lugar porque se trataba de un cruce de caminos, y era un sitio más o menos equidistante de las plantaciones diseminadas por los alrededores y que formaban el municipio de Guildford. Llegamos desde el sur por un angosto desfiladero cuyas laderas estaban cubiertas de bosque espeso. Al salir de él penetramos primero en un claro pequeño, de unos cincuenta acres, que era atravesado por el camino. La línea avanzada de defensa del general Greene, compuesta por milicianos de Carolina del Norte, estaba parapetada detrás de una cerca de estacas en el extremo lejano del claro más pequeño, donde el bosque comenzaba de nuevo. Delante de esta línea habían emplazado dos cañones para abrir fuego sobre nosotros en el momento en que emergiéramos por el desfiladero; además, compañías de fusileros escogidos ocupaban posiciones avanzadas a ambos lados, y dos escuadrones de caballería estaban preparados para lanzarse a la carga en cuanto diéramos señales de pánico. Para impedir que se dispersaran los hombres de Carolina del Norte, algunas tropas veteranas habían sido apostadas inmediatamente detrás de ellos, con orden de fusilar a quien retrocediera. Ese bosque se extendía media milla hasta el punto en que nuestro camino llegaba al claro grande, en cuyo fondo estaba el Tribunal de Justicia. En el medio del bosque, detrás de sólidos parapetos, el general Greene había organizado una segunda línea de defensa, guarnecida con mejor milicia, de la que formaban parte los famosos fusileros adiestrados por el general Morgan. La última línea de defensa, apostada en las laderas que rodeaban el Tribunal, la formaban las tropas regulares y veteranas. La milicia avanzada estaba separada de los veteranos de reserva por una distancia de tres cuartos de milla.

Cabe sorprenderse de que el general Greene hubiera establecido sus líneas a una distancia tan grande una de otra. El hecho es que sabía que la victoria del general Morgan en The Cowpens se debió a que había defendido su posición mediante líneas sucesivas y sólidas de infantería, de modo que, desalojada una línea, nuestra carga perdía su empuje antes de llegar a la siguiente; y confiaba en que después de quedar maltrechos por el primer encuentro, la espesura del bosque nos obligaría a romper nuestra formación y enfrentarnos con sus mejores tropas ya agotados y en desorden. Si el general Morgan hubiese estado presente, habría aprobado las disposiciones del general Greene en principio, pero las habría criticado en cuanto a sus detalles. Está bien separar las líneas de forma que la defensa se haga en profundidad y el enemigo se agote al intentar quebrarla; pero está mal separarlas excesivamente una de otra. En este caso, las unidades avanzadas se sienten solas y sospechan

Librodot

que han sido destinadas al aniquilamiento en beneficio de los que se hallan más atrás. Si no son tropas habituadas a la lucha, no resistirán largo tiempo.

Las circunstancias en que se desarrolló la batalla, que tuvo lugar el 15 de marzo de 1781, son tan complejas y han sido expuestas tan hábilmente por Mr. Stedman en su *Historia,* que sería una impertinencia por mi parte pretender superar su relato. Me contentaré, pues, con referir mis propias experiencias en la batalla, remitiendo a mis lectores al estudio de Mr. Stedman para un conocimiento más detallado de la misma.

Los Reales Fusileros Galeses entramos en acción con aproximadamente doscientos veinte hombres entre oficiales y tropa; desde la batalla de Camden se habían producido unas ochenta bajas por enfermedad y en escaramuzas. Partimos de New Garden al rayar el alba, sin haber desayunado, no por negligencia de nuestros oficiales, sino simplemente porque no había nada que desayunar. Llevábamos una semana con raciones muy reducidas, y ya no disponíamos de víveres. Tras una noche fría, había un sol agradable que calentaba nuestros miembros entumecidos, y el croar de las ranas y el gorjeo de los pájaros nos hacían recordar que era ya bien entrada la primavera. Sin una ración diaria de *grog* la vida no resultaba confortable -he de confesarlo-, particularmente para los soldados veteranos. Hasta San David había quedado defraudado en su fiesta tradicional; la cantidad de licor de melocotón que el capitán Champagné se había esforzado por reunir el 1 de marzo para tan piadoso fin, sólo alcanzó a medio *gill*[7] por grupo.

Aproximadamente a mediodía nuestras patrullas de caballería se toparon con las del enemigo a unas cuatro millas de Guildford Court House, y Lord Cornwallis, ante la imposibilidad de obtener de prisioneros o nativos informaciones relativas a las disposiciones del adversario, se vio obligado a librar batalla a ciegas. Los fusileros íbamos en el centro del ejército que avanzaba y oíamos un confuso fuego de artillería y fusilería delante de nosotros. Un jinete se acercó a la columna trayendo órdenes para el teniente coronel Webster del Treinta y Tres, que mandaba nuestra división; debíamos avanzar rápidamente y desplegar las fuerzas hacia la izquierda en cuanto llegásemos al primer claro. A la una y media de la tarde, aproximadamente, avanzamos por la arcilla rojiza y húmeda de un campo arado, el Treinta y Tres a la izquierda y el Setenta y Uno a la derecha de nosotros. Sonaban los pífanos y los tambores, pero como los hombres que tenían a su cargo esa misión ahora servían como mosqueteros, utilizábamos para tal fin a muchachos americanos que en Camden se habían incorporado a nuestras filas. Nuestro pífano mayor era *el* negro Jonás, que tocaba gallardamente la *Marcha de los Granaderos* y *The Noble Race of Jenkin.*

Nosotros formábamos la vanguardia, y nos encontramos con fuego de fusilería a unos ciento cincuenta pasos del bosque hacia el cual avanzábamos rápidamente. Como los rifles americanos eran de un alcance superior a nuestros mosquetes Tower, nos vimos obligados a continuar nuestro avance sin hacer fuego, no obstante experimentar grandes bajas. Particularmente los tiradores apostados en los flancos causaban estragos en nuestras filas. Allí cayó Johnny Maguire el Loco, alcanzado por una bala en el corazón; pero no me enteré de la suerte de mi pobre amigo hasta el día siguiente, cuando fue hallado por Smutchy Steel, tendido de espaldas en un surco, las toscas facciones curvadas por la plácida sonrisa que en vida raras veces no había brillado.

Cuando nos hubimos acercado hasta una distancia de sesenta pasos, nos detuvimos a disparar una descarga cerrada; luego el coronel Webster ordenó: "¡A la carga!" Pero como el Treinta y Tres, que había experimentado graves pérdidas, estaba todavía rezagado a la izquierda, aguardamos un momento, a cuarenta pasos del enemigo, con el fin de darle tiempo para alinearse con nosotros. Entonces, el coronel Webster, interpretando mal nuestra vacilación, gritó forzando la voz, de por sí estentórea y que era muy familiar a nuestra brigada: "¡Vamos, mis bravos fusileros!" Los milicianos *de* Carolina del Norte estaban apostados en masa detrás de la empalizada con el arma echada a la cara, y apuntaban con la

[7] *Gill,* medida equivalente a 1/8 de litro. *(N. del T.)*

Librodot

mayor precisión. Avanzamos a la carrera, pero nuestras bayonetas no los alcanzaron. Pese a la vigilancia que se había establecido sobre ellos para impedirles la retirada, quinientos hombres se desbandaron hacia los flancos y desde allí se dispersaron en dirección a sus casas; ((para besar a sus mujeres y novias", según expresó más tarde jovialmente el general Greene.

Después arremetimos contra los hombres de Virginia en medio del bosque, quienes abrieron fuego sobre nosotros con gran violencia desde detrás de sus parapetos de maleza. No pudimos lanzarnos sobre ellos a causa de los árboles que habían derribado a lo largo del camino, y tuvimos que cambiar de dirección, torciendo a la izquierda.

Yo corría al frente con un grupo de veinte hombres aproximadamente, entre los que se encontraba Smutchy Steel. Cuando llegamos al extremo del parapeto que nos había costado tantas vidas valiosas, y nos abalanzamos sobre los virginianos con la bayoneta calada, vi a un oficial americano que trataba de huir a través de nuestro frente. Me separé al instante de mis camaradas, dejándolos bajo el mando de Smutchy, y me precipité tras él. Cuando el hombre se dio cuenta de mi intención de apresarle, huyó a todo correr. Lo perseguí -no sé qué distancia- hasta un lugar donde el bosque era menos espeso, pero los matorrales eran altos y enmarañados. Mi perseguido cayó una o dos veces, levantándose torpemente, y yo iba acercándome a él, cuando de pronto se dio la vuelta y puso las manos en alto. Una batalla es como un sueño: el soldado, con el espíritu enardecido, no espera nada, no teme nada, no se queja de nada; pasa sin sorpresa ni reflexión de una circunstancia extraordinaria o terrible a otra. Así, me pareció la cosa más natural del mundo el que ese oficial americano resultara ser mi antiguo camarada Richard Harlowe -aunque ignoraba, e ignoro hasta *el* presente, cómo fue a parar a las filas del enemigo- y que no le diera cuartel, como hice, metiéndole una bala en la cabeza, convencido de su traición. Luego desenvainé su-espada con desprecio y, haciendo un esfuerzo, la rompí contra mi rodilla.

Reparé entonces en un ruido sordo a mi izquierda, donde vi los cadáveres de varios rifleros apilados detrás de un matorral, muy cerca de mí. Allí había tenido lugar, evidentemente, una fuerte lucha entre el Segundo Batallón de Guardias y aquellas fuerzas, pues a mi alrededor yacían los cadáveres de varios guardias y americanos. Me detuve junto a un guardia muerto, me incliné sobre él y llené mi cartuchera con los cartuchos que quedaban en la suya. Luego volví a cargar mi fusil, muy despacio, como el sonámbulo que camina ajeno al peligro. Me gritaron y me hicieron varios disparos, pero ninguno me alcanzó. Mirando hacia el otro lado vi a una compañía de guardias que se lanzaba al ataque, y comprobé con alegría que el rumor popular los había calumniado; lejos de encontrarse afeminados por los lujos de la metrópoli o debilitados por el ocio, peleaban con vigor y empuje. Me habría unido a ellos, si eso no hubiera significado caer en manos de los americanos, que se encontraban en medio. No sabía qué hacer. Deseaba volver a la lucha, pero no podía hacer nada. Retrocedí algunos pasos.

En ese instante, otra visión extraordinaria pareció surgir ante mis ojos: el propio conde de Cornwallis venía hacia mí a caballo a través de la parte menos espesa del bosque, sin que *le* acompañase ningún ayudante. Montaba un vulgar caballo del cuerpo de dragones, pues el suyo había sido muerto. Las alforjas estaban bajo el vientre de la bestia dificultando su marcha, porque los matorrales quedaban enganchados en ellas. Me precipité en seguida hacia adelante, así las riendas y volví la cabeza del caballo.

-¡Milord! -grité-. ¡Unas pocas yardas más y quedará rodeado por el enemigo! ¡Por aquí, se lo ruego!

Él me dio las gracias, observó que no se había dado cuenta del peligro y, reparando en el caballo blanco de mi gorra, preguntó dónde estaban los Reales Fusileros Galeses. Le dije que me había separado de ellos persiguiendo a un oficial enemigo, pero que a juzgar por los gritos y hurras que había oído pocos minutos antes, creía que acababan de romper la segunda línea. Sujetando todavía las riendas, corrí junto al caballo hacia la dirección de donde habían partido los gritos, hasta que nos encontramos con los Reales Fusileros Galeses. Se hallaban reagrupados en el borde del bosque, a escasa distancia de las tierras cultivadas, detrás de las

Librodot

cuales se levantaba el Tribunal de Justicia. A la izquierda corría un camino y a la derecha se elevaba una suave colina. Lord Cornwallis notó en seguida que esa colina dominaba el Tribunal, y que era un sitio ideal para emplazar nuestra artillería, que en aquellos momentos venía por el camino.

-El general Greene no debiera haber pasado por alto este lugar -comentó al alcance de mis oídos, como quien jovialmente reprende al contrincante en una partida de ajedrez por haber perdido una oportunidad.

Los cañones fueron subidos a lo alto de la colina, colocados en posición y abrieron inmediatamente el fuego sobre la tercera línea americana, donde ya se estaba desarrollando una lucha encarnizada, pues el teniente coronel Webster, que se había separado de nosotros, había conducido allí al Treinta y Tres y a otras tropas. Al poco rato oímos hurras a lo lejos, que fueron ahogados por unos tremendos alaridos de los del Sur, y vimos un espectáculo que nos llenó de sorpresa y alarma: los hombres del Segundo *de* la Guardia, atrapados entre los sables del coronel Lee en la retaguardia y las bayonetas del Primero de Maryland en el flanco, huían en franca desbandada a campo traviesa. ¡Entonces, Lord Cornwallis, sin vacilar un instante, ordenó al teniente Macleod de la fuerza de artillería disparar metralla directamente sobre aquellos hombres! Este fuego puso al instante fin a la persecución de los americanos, pero al precio de graves pérdidas entre nuestra propia gente.

-Un mal necesario -observó Lord Cornwallis, volviendo, muy pálido, a donde estábamos formados-. Igualmente un hombre hace bien arrancándose de un tiro su propio dedo que ha sido mordido por una serpiente de cascabel, para evitar perder el brazo entero y aun la vida a causa del veneno.

Los de Maryland regresaron entonces a sus posiciones anteriores en las cercanías del Tribunal de Justicia.

Nosotros y *el* Setenta y Uno formábamos una línea sólida a la que se unieron entonces cinco regimientos, entre ellos, los guardias que habían sobrevivido. Eran aproximadamente las tres de la tarde y la batalla había llegado a un punto crítico. Pero el coronel Tarleton, mediante una carga de caballería, dispersó a la milicia enemiga que se encontraba a nuestra derecha, donde se estaba luchando más o menos a una milla de nosotros. Nuestra línea reformada se precipitó entonces hacia adelante a través de los campos de cultivo, llenos de profundos surcos, y los americanos se replegaron apresuradamente.

Los Reales Fusileros Galeses tuvimos la suerte de capturar dos de los cuatro cañones de seis libras, emplazados junto al Tribunal, que el general Greene abandonó junto con sus correspondientes municiones. Cogiéronse algunos prisioneros. Nosotros y el Setenta y Uno, por ser las tropas menos agotadas, recibimos orden de perseguir al enemigo en su retirada a nuestra izquierda, hacia un río llamado Troublesome Creek; pero estábamos a punto de desmayarnos de hambre y de fatiga, así que poco pudimos hacer . contra ellos.

En esta desesperada batalla tuvimos más de quinientas bajas entre muertos y heridos, o sea casi una tercera parte de todo nuestro ejército. Entre los mortalmente heridos figuraba el teniente coronel Webster, cuya muerte, que ocurrió unos días más tarde, causó a Lord Cornwallis tan tremenda pena que exclamó: "¡He perdido la vaina de mi espada!" Los efectivos del regimiento de los Reales Fusileros Galeses quedaron reducidos, por la pérdida de sesenta y ocho oficiales y soldados, a un total de tan sólo ciento cincuenta hombres. Los americanos dejaron entre doscientos y trescientos muertos en el campo de batalla, lo que nos permitió estimar sus pérdidas entre muertos y heridos en el doble de las nuestras. Fue una victoria, sí, pero, según lo expresó mi antiguo comandante el general Phillips al enterarse de la batalla, "una de esas que arruinan a cualquier ejército". (El general Phillips había sido canjeado últimamente por un prisionero americano de idéntica graduación, y estaba a la sazón con el general Arnold en Portsmouth, Virginia. Durante su cautiverio había provocado un profundo resentimiento entre los americanos por su hablar franco y porque ordenó a sus oficiales "no hacer de los americanos más caso que el que harían de una bandada de gansos graznadores". Debo admitir que muchos de nuestros oficiales y tropas veteranos resultaron

unos prisioneros muy molestos.)

Acampamos aquella noche en el campo de batalla. La oscuridad era completa y la lucha se había extendido por un terreno tan agreste y accidentado, que la noche cayó antes de que hubiéramos recogido a nuestros propios heridos y a los del enemigo. El Tribunal, con las modestas alquerías y graneros, no tenía cabida ni para los que pudimos recoger. Llovió torrencialmente toda la noche, y los gritos de los heridos y los moribundos a los que no se había podido proporcionar resguardo eran desgarradores. Carecíamos de alimentos, de bebida y *de* alojamiento. Rara vez se producen escenas tan complicadas de horror y desventura incluso en la vida militar; sin embargo, yo había pasado por una situación tan mala como ésta en la batalla de Saratoga, donde la sombría necesidad de una constante retirada había pesado como plomo sobre nuestros corazones. Ahora al menos habíamos obtenido una resonante victoria sobre un ejército valiente, bien alimentado y situado ventajosamente, que tenía sobre nosotros una superioridad numérica de casi el triple. Por mi parte, confieso que a pesar de todo sentía una extraña excitación. La muerte de tantos buenos camaradas, particularmente de Maguire el Loco, debiera haber llenado mi corazón de sentimientos menos optimistas; pero una circunstancia dominaba entonces todas las demás: Richard Harlowe (o Pearce) había muerto, y yo estaba ahora en libertad de casarme con la mujer a quien había dejado viuda con mi propio fusil, y que era la madre de mi hija. Pues estaba convencido, por una intensa intuición, no solamente de que ella vivía, sino de que volvería a verla antes de que pasaran muchos meses. Deseaba ardientemente buscar el cadáver de Richard Harlowe y registrarlo con el fin de apoderarme de sus documentos o alguna otra prueba de su muerte; pero no pude escapar de mi deber.

Smutchy Steel fue ascendido a cabo como premio por el valeroso comportamiento de que había hecho gala ese día, y me alegré de poder charlar de nuevo con él de igual a igual y como dos amigos. Aunque había sido un hombre de mentalidad baja y viciosa, la inexorable escuela del deber y la disciplina le habían ido mejorando de manera paulatina, al punto de que cambió radicalmente de espíritu y carácter, convirtiéndose en una persona honrada y moral, de cuya amistad me enorgullecía. Casos así son tan frecuentes como sorprendentes en las filas del ejército y hablan mucho en favor de la vida militar, siempre que los oficiales sean dignos de la confianza que en ellos se deposita.

A la mañana siguiente a la batalla sepultamos a los muertos, a los que quitamos las botas, cuando estaban en mejores condiciones que las nuestras, y regresamos al punto de reunión en New Garden. Allí dejamos a setenta de nuestros heridos más graves bajo los cuidados de los buenos cuáqueros, con bandera blanca y una petición dirigida a los americanos para que aliviasen sus sufrimientos. Esa misma tarde se nos distribuyó alimento por primera vez en cuarenta y ocho horas, consistiendo la ración en un cuarto de libra de harina de maíz y la misma cantidad de una carne muy magra de vaca. El lugar más próximo de donde podíamos esperar provisiones regulares era Wilmington, en la costa de Carolina del Norte, a más de doscientas millas de distancia siguiendo la orilla del río Cape Fear. Allí nos dirigimos, pues, en etapas cortas. El general Greene se lanzó entonces en nuestra persecución, pero nuestra retaguardia sostuvo pequeñas escaramuzas con sus avanzadas y no nos siguió más allá de cuarenta millas. Pasábamos mucha hambre, recibiendo, en vez de pan, un día hígado y otro día nabos, estos últimos de escaso valor nutritivo.

Nuestra ruta nos llevó a una colonia de leales, en Cross Creek, pero ni aun allí conseguimos, en veinte millas a la redonda, provisiones para cuatro días, así que no pudimos hacer un alto para reponer fuerzas. Esos *highlanders,* no obstante la cruel persecución de que continuamente les hacían objeto los revolucionarios, dieron pruebas de gran afecto y solicitud hacia nosotros, reuniendo y llevándonos toda la harina y alcohol de la comarca. Su atención salvó la vida a cierto número de nuestros heridos, extenuados tras atravesar aquel desierto desolado; ello no obstante, perdimos a muchos en el camino. La milicia enemiga no nos atacó, sino que se contentó con poner el ganado fuera de nuestro alcance, llevándose provisiones de

grano y destruyendo los puentes sobre los numerosos arroyos que debíamos cruzar.

El único comercio de que era capaz aquella apartada región era el de caballos. Éstos se multiplicaban con rapidez en los pantanos, y en la primavera eran vendidos a ganaderos de Pensilvania que los apacentaban en el camino de regreso. La agricultura tenía allí un carácter patriarcal, esto es, se cultivaba solamente lo necesario para el propio consumo de los labradores. Cada plantación producía y elaboraba la lana y el cuero que necesitaba, y lo que más escaseaba eran clavos y sal. Sin embargo, los colonos manejaban el hacha y el destral con tal habilidad que sabían construir y techar en brevísimo plazo cabañas sin un solo clavo, lo que era una tarea muy pesada.

El día anterior a nuestra llegada a Cross Creek ocurrió un incidente que demostró que aquel cuáquero de. New Garden había dicho la verdad. Vino a unirse a nosotros un individuo de aspecto extraordinario que (según alguien observó muy acertadamente) parecía escapado de la colección de monstruos naturales exhibida en el *Surgeons Hall* de Londres. Iba encorvado por efecto del reumatismo y estaba carcomido por la fiebre. Tenía los cabellos blancos como la nieve y su cuerpo estaba en los huesos. Contaba, según dijo, tan sólo treinta y ocho años de edad, pero por espacio de tres años había vivido como una bestia en los pantanos, en una cueva que había cavado en la orilla de un río, proveyéndola de una entrada secreta. De sus familiares y relaciones no quedaba nadie para proporcionarle las cosas más indispensables, salvo algunos primos que vivían muy lejos y una o dos veces al año se aventuraban a visitarle. Muchas veces había sido perseguido y atacado a tiros por sus enconados enemigos, pero siempre se había salvado. Se alimentaba de tortugas, peces y pequeños animales que generalmente comía crudos, y sustituía el pan por bellotas que, a fuerza de ingerirlas, habían acabado por gustarle. Su vestimenta consistía por entero en pieles unidas con fibras. Llevaba un gorro de piel de coatí. Si no hubiese carecido de paraguas, mosquete y un criado llamado Viernes, bien hubiera servido de modelo para ilustrar el *Robinson Crusoe* de De Foe. Militaba ahora en las Fuerzas Provinciales. Tanto vivir en soledad le había hecho contraer el hábito de hablar consigo mismo en un diálogo a dos voces, y tenía casi alteradas las facultades mentales; pero se reveló como un explorador valioso y sabía aún manejar el fusil. Cuando el señor Brice, que distribuía el rancho de las Fuerzas Provinciales, le dio su ración, el nuevo recluta vertió gruesas lágrimas en la escudilla llena de harina y exclamó:

-¡Por fin me reconozco de nuevo como un ser humano, señor, a la vista de la carne y la harina!

En el transcurso de aquella marcha tan desagradable ocurrieron otros incidentes que merecen la atención del lector. El primero ocurrió el 22 de marzo en Ramsay's Crossing. Aquella noche fui llamado para vigilar a los oficiales americanos prisioneros, un servicio que se destinaba a sargentos regulares, si bien los guardias propiamente dichos eran milicianos americanos. El preboste del ejército, al instruirme en mis deberes, me previno que cierto oficial de caballería era una persona muy peligrosa y estaba decidido a todo para escapar, consciente de que no sólo había faltado a su juramento de lealtad, sino que había actuado también con gran crueldad contra los habitantes de las Carolinas. Temía ser condenado a la horca si lo enviaban a Charleston, su ciudad natal, para ser procesado. Expresé el deseo de que me fuera señalado aquel oficial, a lo que accedió el preboste.

-Conozco al caballero ese -dije yo entonces-. Hasta he comido y bebido a sus expensas. ¿No es el capitán Gale, de Wapo Creek? Era un ardiente conservador cuando le oí hablar la última vez. Bien, señor, tomaré todas las precauciones para impedir su fuga.

-Hágalo, sargento -dijo el preboste-, pues si se escapa, temo que hunda en la desgracia a los ribereños que nos han ayudado en la marcha.

Se fue, y como no podía encerrar a los prisioneros en una choza, porque no había ninguna disponible para tal fin, até al capitán Gale de pies y manos con una cuerda, uno de cuyos extremos sujeté a mi propia muñeca, tras lo cual me acosté. Hacia la madrugada me despertó un leve ruido, pero al tirar de la cuerda la encontré atada todavía, según creí, al

prisionero, así que me volví a dormir. Sin embargo, al rayar el alba, descubrí con gran asombro y alarma que el capitán había desaparecido y el otro extremo de la cuerda estaba atado a un pequeño arbusto. Interrogué al centinela que había montado guardia, pero declaró que no sabía nada. En seguida le puse bajo arresto, di la voz de alarma y comuniqué lo ocurrido al preboste, quien envió caballería en persecución del fugitivo. Pero fue en vano; no dimos con el capitán Gale.

Lord Cornwallis se disgustó profundamente al enterarse de la fuga, y ordenó que el sargento de la guardia fuera llevado a su presencia, amenazando con "hacerlo trizas por tan grave negligencia en el cumplimiento del deber". Fui, pues, llamado al cuartel general, y me sentí muy desdichado al ir a presentarme ante su señoría; pero experimenté gran alivio al ver su aire adusto transformarse en una sonrisa cuando me reconoció. Dijo a su edecán:

-Vaya, es el sargento del que le hablé..., aquel que se me presentó como un genio protector en el bosque durante la batalla. Ni una palabra más de este asunto. Es evidente que el centinela se ha dejado sobornar. Ordene que sea procesado y, si resulta culpable, que se le condene a muerte. El sargento puede volver a su regimiento y declarará como testigo.

Séame permitido agregar que a partir de entonces Lord Cornwallis me daba frecuentemente los buenos días o me dirigía algunas palabras amables cuando nos encontrábamos; también recurría a menudo a mis servicios para copiar los duplicados de sus despachos. A esta última circunstancia debo los conocimientos que, a través de observaciones recogidas al vuelo y las confidencias de su estado mayor, adquirí acerca de la dirección de la guerra por parte de Lord George Germaine y Sir Henry Clinton.

El segundo incidente digno de interés ocurrió el 5 de abril, cuando estábamos en la plantación de Grange, a sólo dos jornadas de Wilmington. Aquel día presencié por primera vez de cerca una de las grandes maravillas de la naturaleza por las que tiene fama el continente americano. Era un día insólitamente sofocante, uno de esos que son propicios al estallido de los temperamentos exaltados, y, en efecto, provocó nada menos que tres duelos (uno de ellos de desenlace fatal) entre los oficiales de Hesse pertenecientes al regimiento de Bose. Soplaban corrientes de aire caliente y ráfagas bruscas de distintos cuadrantes. Una racha de viento me arrancó *el* gorro y la peluca mientras cruzaba el patio de la plantación donde íbamos a ser alojados. Fueron recogidos hábilmente, antes de caer al suelo, por dos negros, que se rieron de mí cuando devolví el honor a mi cabeza. De pronto surgió en el norte un tremendo nubarrón negro y oí a lo lejos una especie de sordo bramido, que se fue acercando, y que era como el ruido enormemente ampliado que hace el azúcar al ser molida. Comprendí en seguida que se trataba de un ciclón. Me precipité hacia un enorme granero rojo que se levantaba enfrente, pero luego cambié de parecer y permanecí de pie en medio del patio abierto.

El ciclón se abatió con inmenso fragor. Arrastraba consigo una enorme nube de hojas verdes, ramas tronchadas, polvo, heno y madera podrida, y trazaba en zigzag un surco de cien yardas de ancho arrasando cobertizos, árboles y casas en su camino. Me di la vuelta, sujetando mi gorro con ambas manos y caí de bruces al pasar sobre mí el remolino. El aliento fue aspirado de mis pulmones y casi me ahogué. El granero se vino abajo, desplomándose hacia el interior por efecto de algún fenómeno atmosférico, y el ‘`matadero", o sea las chozas de los negros, voló más allá como una hoja de papel. Cuando me incorporé apoyándome en los codos y alcé la cara, se presentó ante mí un espectáculo extraordinario: un gran recipiente vacío (de esos en que se guardan los restos malolientes de la elaboración del licor de melocotón) cruzaba por el aire como disparado por un mortero, y fue a estrellarse contra la pared de un establo, que se desmoronó como un castillo de naipes. Volaron entonces piedras, tablones y ladrillos alrededor de mi cabeza, como si fuesen balas; fue un bombardeo que duró tres minutos, durante los cuales pude respirar sólo con gran dificultad.

Siguió una breve calma, seguida de rayos y truenos y una lluvia torrencial, fría, que se prolongó durante una hora. Un rayo cayó delante de mí en un alto tulipero que había escapado al ciclón por quedar un poco fuera de su curso, partiendo de arriba abajo el liso tronco gris.

Dos de nuestros heridos y varios negros perecieron. Ese ciclón tuvo para mí consecuencias muy fastidiosas, pues arrastró consigo, además de mi modesto equipaje, el diario que había llevado al día durante toda la campaña. Mi memoria, que no es muy buena, me ha jugado más de una mala pasada en mi intento de reconstruir, después de tantos años, la historia de mis aventuras.

Librodot

13

Nos íbamos acercando a pasos agigantados al fin de la guerra, que ya hacía seis años que duraba, y la batalla de Guildford Court House había de ser la última en que yo participara. Había luchado en seis. Sin embargo, estaba aún lejos del fin de mi actuación bélica y aún más lejos del fin de mis viajes, y puedo afirmar, sin temor de exagerar o de ser desmentido, que, antes de acabar, las huellas de mis pies en el continente americano marcaron una ruta más larga y más lejana que las de cualquier otro soldado en los reales ejércitos.

Wilmington era un pueblo pobre y, si bien encontramos allí provisiones preparadas para nosotros que resultaron muy útiles, particularmente ron y algunos centenares de pares de zapatos, todavía nuestras necesidades no pudieron ser satisfechas por completo. Disfrutamos de dieciocho días de descanso, que junto con los baños de mar permitieron a la gran mayoría de los convalecientes reincorporarse al servicio.

Aquí el capitán Champagné, un asiduo cazador de zorros, pidió voluntarios entre los que deseáramos aprender el arte de montar, pues decía que éste era un país de caballería y que los caballos podrían muchas veces ahorrarnos el caminar, particularmente cuando se tratase de operaciones de reconocimiento de búsqueda de víveres. Se ofreció más o menos la mitad del regimiento, Smutchy Steel y yo entre ellos; *el* coronel Tarleton, un viejo amigo del capitán, puso varios caballos a su disposición. De este modo pasé otra vez a ser un recluta, por así decirlo, si bien tenía sobre la gran mayoría de la tropa la ventaja de que, cuando muchacho, en Irlanda, había aprendido los rudimentos de la equitación, teniendo como maestro a mi protector, el joven Mr. Howard. Los demás regimientos de infantería acudían en masa al picadero en calidad de espectadores, para reírse de nuestras desgarbadas posturas y torpes caídas; pero sabíamos que en su fuero interno nos envidiaban, y no nos desanimamos. Un sargento del Diecisiete de Dragones actuaba como nuestro instructor, y nos enseñaba también la manera de cuidar de nuestros caballos. Cierto día me dijo, con aire condescendiente:

-Le juro, sargento Lamb, que no me sorprende que, como hombres de honor que son, se preocupen por aprender nuestra profesión. Lo que es yo, no comprendo cómo un hombre puede alistarse, sin sentirse humillado, en otra rama del ejército que no sea la caballería. Creo que me gustaría tanto ser sacristán como sargento de infantería.

-Sin embargo -contesté, disimulando con una sonrisa mi resentimiento-, no todo son salmos y caras serias en nuestra pobre congregación pedestre. Le aseguro que a veces reina gran animación en nuestra sacristía.

-Ah, sin duda -dijo él, magnánimamente-. Pero la caballería domina en la batalla.

-En la *de* Minden, al menos, no dominó -repliqué, cada vez más irritado-, cuando seis regimientos británicos, entre ellos *el* mío, hicieron trizas a toda la caballería francesa, sin que la británica entrara en acción para nada. Y lo que es más, cuando los obuses y la metralla silban por el aire, doy las gracias al cielo por haber elegido la infantería. Porque puedo responder de mis piernas, que no se acobardarán o se volverán difíciles de manejar, en tanto que ni aun el más intrépido hombre de caballería puede responder de las patas de su cabalgadura. Olvida usted, sargento Haws, que el hombre de infantería tiene también su orgullo.

Era un estúpido, pero comprendió en seguida que sus palabras casi habían rayado en el insulto y no tardó en pedirme perdón, que le otorgué de buen grado, y bebimos juntos unas copas. Sin embargo, no llegamos a ser íntimos amigos. En general, el soldado de caballería considera al de infantería como el judío al cerdo; como se encuentra tres pies más alto que él, trata absurdamente de traducir esta superior altura en una superioridad moral. Sin embargo, es un hecho notorio el que, por lo general, la infantería montada cumple mejor con su deber en acción que la caballería que combate a pie. Quejábase el sargento Haws continuamente de los caballos de Virginia, afirmando que eran una raza magnífica, pero que *el* modo de andar falso

Librodot

que les enseñaban sus amos indolentes los echaba a perder para la equitación. Porque al plantador del Sur le era odioso *el* trote por creerlo perjudicial para el hígado, y un buen galope se le antojaba muy cansado; enseñaba al caballo estos modos de andar antinaturales: la ambladura y el tranco. En el primero, el animal mueve alternativamente las dos patas de un lado y las dos del otro, y como en consecuencia no le es posible brincar del suelo, como en el trote, anda como arrastrando las patas. El plantador de Virginia montaba en general con la punta de los pies debajo de la nariz del caballo, llevando estribos muy largos y la silla colocada tres o cuatro pulgadas sobre la crin. Las damas inglesas, los frailes, los sacerdotes y los abogados emplearon en un tiempo la ambladura, pero quedó en desuso allá por la época de George I. He comprobado que un pasaje de la enciclopedia de Chamber contradice al sargento Haws respecto al carácter antinatural de este modo de andar, declarando que la ambladura o paso es generalmente el primer modo de andar natural de los potrillos. En el tranco, el caballo va al galope con las patas delanteras y al trote con las patas traseras. He aquí un modo de andar que parece muy singular al hombre europeo y que fatiga mucho al caballo; pero los caballeros de Virginia lo encontraban adecuado para su comodidad, que era lo único que tenían en cuenta. Se lo consideraba también más seguro que el trote o el galope para jinetes soñolientos o que hubieran bebido más de la cuenta. Se enseñaba la ambladura y el tranco a los caballos, cuando eran jóvenes, atándoles las patas: en el primer caso con dos correas, una que sujetaba las dos patas de la derecha, y la otra las dos de la izquierda, y en el segundo caso con una sola correa para las patas traseras.

La derrota sufrida había sido para el general Greene como una victoria. Nuestra escasez de provisiones y nuestro gran séquito de enfermos y heridos nos habían obligado a alejarnos tanto de nuestra base en Carolina del Sur, que estaba ahora en condiciones de internarse él mismo en esa provincia con el resto de su ejército. Cabe observar aquí que, en toda su carrera, *el* general Greene no ganó una sola batalla, pero siempre, como también en este caso, se las arregló para obtener los frutos de la victoria. Escribió con mucha franqueza, a propósito de sí mismo, que pocos generales habían corrido con más velocidad y empeño que él, pero que siempre había tenido buen cuidado de no correr demasiado lejos, y que en general lo había hecho tan velozmente hacia adelante como hacia atrás. "Nuestro ejército -dijo- ha sido batido a menudo, pero, como el bacalao, siempre ha salido ganando con ello." Lord Cornwallis se encontró en verdad en un dilema cuando recibió la información clara y categórica de que el general Greene avanzaba resueltamente hacia Camden, donde la guarnición al mando de Lord Rawdon era sumamente reducida. No disponíamos de provisiones suficientes para recorrer otra vez las quinientas millas de país desolado, que nos separaban de aquella ciudad, y habría que cruzar varios ríos anchos, de los que el enemigo retiraría seguramente todas las embarcaciones conforme nos acercáramos a ellos. Regresar por vía marítima a Charleston le pareció vergonzoso a su señoría. Además, los viajes por mar solían tener resultados catastróficos para los caballos, y se perderían algunas semanas esperando los transportes, durante las cuales nuestro ejército, ya reducido a tan sólo mil cuatrocientos hombres, sufriría gravemente de enfermedades con los calores de esa estación malsana. Quedaba, empero, un tercer y más audaz camino, que era penetrar en la rica provincia de Virginia. Allí podríamos unir nuestras fuerzas con las del general Phillips, y tal vez causar daños tan ingentes que obligaríamos al general Greene a retirarse de Carolina del Sur.

El coraje y la determinación de Lord Rawdon frenaron al general Greene por un tiempo; sin embargo, Carolina del Sur estaba perdida, con la sola excepción de Charleston. Incluso esta ciudad nos habría sido arrebatada y ninguna de nuestras guarniciones fronterizas se habría salvado, a no ser por un azar: la llegada de tres regimientos británicos de Irlanda. Lord George Germaine los había enviado para reforzar a Lord Cornwallis en Carolina del Sur para su campaña contra el general Gates; pero cuando llegó la noticia de nuestra victoria en Camden, había supuesto que la provincia estaba definitivamente en nuestras manos y envió un barco tras los transportes con orden para ellos de dirigirse a Nueva York. Afortunadamente, un barco pirata americano lo interceptó y las tropas prosiguieron viaje rumbo a Charleston,

Librodot

adonde arribaron muy oportunamente. El general Greene permanecía acampado en la lengua de tierra cerca de la ciudad. De cualquier modo, no podía impedir que los liberales de Carolina del Sur trataran de exterminar a los conservadores, ni que éstos reaccionaran en la misma forma contra aquéllos. Millares de personas eran ahorcadas en los árboles mediante sarmientos de vid, o mediante sogas en un poste cualquiera, delante de sus hijos y mujeres. Una guerra civil siempre es más cruel y enconada que una guerra entre extraños; pero aquí el culpable principal era el clima sofocante.

Sir Henry Clinton se enteró con pesar de que Lord Cornwallis había abandonado las Carolinas a su propia suerte. También temblaba por su misma seguridad en Nueva York, donde era objeto de un ataque combinado de los franceses y los americanos. No entra en el objeto de este libro el intentar desenmarañar la red de propósitos distintos tejida por entonces entre Sir Henry Clinton y Lord Cornwallis. Cada uno de ellos tenía su propio plan de campaña y lo ejecutaba en la medida de sus posibilidades, de acuerdo con los conocimientos limitados que tenía de la situación del otro y la suya propia; ambos por igual veían entorpecida su labor por las órdenes y contraórdenes de Lord George Germaine (cuyo plan de campaña difería del de uno y otro) y por su incertidumbre respecto a la ayuda que cabía esperar de Lord George en Downing Street y del conde de Sandwich en el Almirantazgo. Todos los despachos que se escribían el uno al otro, lejos de disipar la niebla de equívocos, la espesaba aún más. El conde de Cornwallis se hallaba en una situación particularmente incómoda, ya que debía servir a dos amos: a Sir Henry y a Lord George, quienes se contradecían y cada uno de los cuales cancelaba continuamente sus propios planes sucesivos, conforme se enteraba de modificaciones en la situación; además, la mayor parte de esos despachos llegaban a destino demasiado tarde o no llegaban nunca. No debe, pues, censurarse a Lord Cornwallis por haber obrado por su cuenta, aunque incurriera en errores. Confesó que estaba muy decepcionado de los leales de las Carolinas, pues la esperanza expresada por Lord George Germaine de que se alzaran en grandes contingentes resultó totalmente vana. Muchos centenares de ellos habían acudido en diversas ocasiones a su campamento para estrecharle la mano y felicitarle por su victoria, pero ni dos compañías pudieron ser persuadidas a seguir bajo nuestra bandera. Su señoría declaró también a un oficial, al alcance de mis oídos, que estaba harto de andar por el inmenso continente americano como en pos de aventuras.

No ocurrió nada digno de mención durante nuestro avance desde Wilmington el 25 de abril de 1781. Como había muchos ríos y riachos entre los ríos Cape Fear y James en Virginia, entre ellos los importantes cursos de agua del Nuse, Tar y Roanoke, se llevaron con el ejército dos botes montados sobre carros. Teníamos ron, sal y harina en cantidad suficiente para tres semanas de marcha, y partimos con el espíritu animado. El país era tan desolado como se nos había descrito, pero no fuimos molestados en nuestro avance. El coronel Tarleton marchaba al frente con sus *Greens* y sesenta miembros de los Reales Fusileros Galeses, montados. Cada vez que llegaba a una colonia se esforzaba por magnificar el número y poderío de nuestras fuerzas. Yo iba atrás con el resto del regimiento, pero iba a caballo y efectué algunas operaciones de reconocimiento y búsqueda de víveres.

Sólo cuando llegamos al río Tar, después de una marcha en zigzag de doscientas millas, *el* país se presentó más densamente poblado y pudimos complementar las provisiones que llevábamos con nosotros en los carros; pero al mismo tiempo empezamos a tropezar también con cierta oposición en los cruces *de* los ríos. La milicia de Halifax estaba apostada junto al río Roanoke en un despliegue de fuerza, pero nuestras avanzadas la dispersaron, y el 20 de mayo efectuamos en el límite de Virginia el enlace con las fuerzas del general Phillips.

Me enteré con gran pena de que el general Phillips había muerto de fiebre una semana antes. Era un hombre querido y respetado tanto por sus virtudes como por sus grandes dotes militares. El marqués de La Fayette, que había descendido al Sur al frente *de* un pequeño ejército con el objeto primordial de capturar y ahorcar al general Arnold, no estaba lejos, pero se retiró tan pronto como se enteró de nuestra llegada. El joven marqués parece que había perdido su preciada *politesse* francesa desde que pisó tierra americana; pues cuando se le

Librodot

envió bandera blanca a la orilla opuesta para informarle que el general Phillips estaba agonizando en determinada casa y solicitarle que cesara *el* bombardeo contra ese lugar, desoyó esta petición y el cañoneo prosiguió. Un obús atravesó la habitación contigua a la cámara mortuoria. Las últimas palabras del general Phillips fueron: "¿Por qué diablos este engreído no me dejará morir en paz? Esto es muy cruel."

El enlace de los ejércitos tuvo lugar en Petersburgh, una pequeña ciudad de unas trescientas casas ubicada junto a un afluente del río James, que desemboca en la bahía de Chesapeak. Había magníficos saltos de agua en el extremo superior de la ciudad, y algunos de los mejores molinos harineros del país. Las casas eran de madera y estaban techadas con ripias; las de más categoría estaban pintadas de blanco y tenían chimeneas de ladrillos y ventanas con vidrios, en tanto que las viviendas humildes estaban sin revocar por fuera, tenían chimeneas de madera recubiertas de arcilla y ventanas provistas tan sólo de postigos. Era un importante centro del comercio tabaquero y había allí también cierto número de almacenes generales que solían abastecer el territorio circundante. El comercio estaba a la sazón paralizado, pues la amenaza de los barcos de guerra y corsarios británicos impedía a los mercaderes exportar su tabaco y así reponer sus existencias.

Los grandes almacenes y los molinos de Petersburgh eran propiedad de una tal Mrs. Bowling, en cuya mansión el general Phillips y ahora Lord Cornwallis establecieron su cuartel general. Esa magnífica residencia estaba situada en una amplia plataforma herbosa en una vasta ladera que dominaba la ciudad. Fui alojado allí en las cuadras a petición de su señoría, con el fin de estar a mano para copiar sus despachos. Recuerdo que cierto domingo por la mañana, temprano, me detuve embelesado en el jardín y exclamé para mí mismo: "¡Ah, qué encantador oasis verde en medio del desierto de la guerra!" Percibía el perfume de los claveles que por un largo trecho bordeaban ambos lados del sendero, y mis ojos se posaron gozosos sobre los albaricoques y las nectarinas maduros que asomaban en las copas cuidadosamente podadas de los árboles, en las verdes y turgentes plantas de guisantes sujetas a las estacas y en las fresas de enorme tamaño, cubiertas de redes para protegerlas de los pájaros. Al mismo tiempo, un arrendajo cantaba gloriosamente en la copa de un ciruelo sobre mi cabeza, saltando sin cesar de una rama a otra; tenía aproximadamente el tamaño de un zorzal, pero era más esbelto. Este pájaro imitaba el canto de otras aves pero con mayor sonoridad y dulzura, y con gran desconcierto por parte del pájaro imitado, que enmudecíase y se iba volando. En aquella ocasión imitó para mí al cardenal y a la avefría, y luego (como para provocar la carcajada) los lamentos y gimoteos de un negrito. Batípalmas y lancé un "¡bravo!", tras lo cual levantó vuelo, alejándose rápidamente.

El interior de la mansión, un ala entera de la cual, según la costumbre de Virginia, estaba a disposición exclusiva de los huéspedes, se hallaba provisto de muebles sólidos pero de dudoso gusto, predominando en ellos lo práctico y cómodo sobre el arte, con mucha plata maciza pero sin libros ni álbumes, con sofás confortables pero sin vitrinas con curiosidades artísticas.

Las gentes de Virginia se mostraban muy sentimentales con respecto a sus grandes magnolias de hojas anchas y de flores de perfume intenso, como también respecto a una exquisita flor blanca de menor tamaño que los novios galantes regalaban a sus amadas para que la colocaran entre sus senos. En Nueva Inglaterra, por el contrario, las flores y la música eran consideradas como objetos de lujo y un "signo de esclavitud". Virginia era la provincia más adelantada y agradable de América que yo conocía, y la que en sus costumbres se asemejaba más a mi patria. La caza del zorro con perros, desconocida en Nueva Inglaterra (donde sólo se cazaba para la cocina), y las peleas de gallos (que los yanquis consideraban anticristianas y bárbaras) eran, junto con la bebida y las carreras de caballos, las principales diversiones de los habitantes de Virginia. Debo agregar que la riqueza de la provincia se basaba tan sólidamente en el tabaco como la de las provincias del Norte en el bacalao.

A nuestro paso por el río James y otros cursos de agua vimos, con sorpresa, grandes

Librodot

extensiones de tierra abandonada que sin embargo nos parecía estar en condiciones favorables para el cultivo. El hecho era que el tabaco es una planta que pronto agota el suelo y que los plantadores, una vez extraído de un pedazo de tierra todo lo que podía dar de sí, no se tomaban el trabajo de reacondicionarla, sino que con el dinero que les había rendido compraban nuevas tierras en el interior y se establecían en las mismas, hasta que éstas quedaban a su vez agotadas. En los campos exhaustos no tardaban en crecer espontáneamente pinos y cedros, pero sólo al cabo de veinte años, más o menos, recuperaban su fertilidad primitiva.

Era la época en que las plantas jóvenes de tabaco acababan de ser sacadas de los semilleros y trasplantadas a los campos, donde se las colocaba en montículos a más o menos una yarda de distancia una de otra, tal como en Gran Bretaña se planta el lúpulo. Los esclavos, que eran en general de aspecto menos embrutecido, por recibir un trato más humano, que los de las Carolinas o Georgia, estaban continuamente atareados cuidando las plantas, quitándoles una gran mosca negra, especie de escarabajo, y toda clase de insectos voraces, y eliminando con sus azadas la mala hierba y los gusanos. Al alcanzar las plantas la altura de un pie, los esclavos arrancaban el brote, los retoños y las bastas hojas inferiores con objeto de estimular el crecimiento de las hojas finas de la parte superior. Las plantas alcanzaban su madurez en agosto y luego eran segadas y transportadas a los secaderos donde se procedería a ahumarlas, humedecerlas con vapor de agua, secarlas y volver a ahumarlas. Este trabajo debía hacerse con sumo tino, para que las hojas no se marchitaran o pudrieran. Cuando estaban suficientemente secas se eliminaban los tallos, se clasificaban las plantas y se las embalaba mediante potentes prensas en toneles con capacidad para mil libras. Los toneles eran remitidos para su inspección a un almacén oficial; se los hacía rodar mediante un par de fuertes rodillos colocados en ambos extremos, a modo de eje; a cambio de los toneles se entregaban unos certificados que circulaban en la provincia en calidad de moneda, y la gente solía calcular el valor de un caballo, de un reloj o una fuente de plata no en dinero, sino en tantos toneles de tabaco. Sin embargo, esta moneda americana (los certificados), la única que hasta entonces no había sufrido merma en su valor, había quedado a la sazón depreciada por completo a raíz de las incursiones del general Arnold contra los almacenes de tabaco.

A nuestra llegada a Petersburgh, encontramos que existía una amarga disputa entre el general Arnold y la Marina Real, pues cada parte reclamaba para sí el tabaco almacenado en los depósitos de Mrs. Bowling. Lord Cornwallis puso fin a la disputa a la manera india, ordenando la quema de todas las existencias, que ascendían a cuatro mil toneles. Sin embargo, por deferencia hacia Mrs. Bowling, los hizo sacar previamente de los depósitos. Nos enteramos complacidos de que este tabaco, junto con las cantidades que habían sido destruidas en Richmond y otros lugares, era propiedad del gobierno francés y que su valor era casi equivalente al monto total de su giro anual. Comprobamos con sorpresa que, pese a estarealidad desalentadora, los plantadores continuaban elaborando tabaco; debían mantener ocupados a sus esclavos y supongo que esperaban que vendrían tiempos mejores. A propósito, los hombres de Virginia, a diferencia de los de las Carolinas, no tomaban rapé ni mascaban tabaco, y pocos de ellos fumaban, por consideración hacia sus mujeres, cuyo olfato era muy delicado.

Se cultivaba por entonces en la provincia también mucho algodón, un arbusto que crecía particularmente en tierra inferior o que ya había sido agotada hasta cierto grado por el cultivo de tabaco; en suelo virgen se producía más madera que algodón. Este producto estaba contenido en el pistilo hinchado *de* la flor, que reventaba al alcanzar la madurez. Los copos mezclados con las semillas eran entonces cosechados por negros, procediéndose después a eliminar las semillas mediante un dispositivo formado por dos rodillos lisos que giraban en dirección contraria. La planta, que se cultivaba en hileras regulares, se podaba a una altura *de* cuatro pies. Si bien anteriormente todo el algodón era enviado a Inglaterra para su elaboración, la guerra había obligado a los habitantes de la provincia a cardar, hilar y tejer sus telas de algodón, cuya calidad era sólo levemente inferior a la de las telas elaboradas en

Manchester. Para este trabajo se empleaban esclavas. Gran parte de estas telas era teñida de azul en el mismo lugar donde se fabricaba, y para este fin se hacía uso del índigo, que se cultivaba igualmente en el país.

Llegaron refuerzos procedentes de Nueva York. Sir Henry los había enviado antes de tener conocimiento del propósito de Lord Cornwallis de trasladarse a esa provincia, y los efectivos de los dos ejércitos combinados, cuyo mando asumió entonces su señoría, se elevaron así a más de cinco mil hombres. Esto nos proporcionaba una marcada superioridad numérica sobre las fuerzas americanas de Virginia, y Lord Cornwallis decidió expulsar de la provincia al marqués. Cruzamos el río James sin encontrar oposición, en un lugar llamado Westover, donde el río tiene dos millas de ancho. El marqués abandonó sus posiciones en la ciudad tabaquera de Richmond, y se replegó hacia el Norte remontando el curso del río York. Nos lanzamos en su persecución; pero se retiró con demasiada rapidez para poder darle alcance, y Lord Cornwallis se contentó con ordenar la destrucción de todos los almacenes de tabaco y otros depósitos públicos que encontramos a nuestro paso. El general Arnold no estaba con nosotros; había sido llamado a Nueva York por Sir Henry, desde donde realizó una incursión de feliz éxito contra Nueva Londres, en su propio estado de Connecticut, causando terribles estragos. El Congreso habría hecho bien en tratarle en forma más decente y manifestarle más gratitud cuando su sobresaliente talento estaba al servicio de la causa americana.

A principios de junio, estábamos cerca de un pueblo llamado Hanover cuando llegaron órdenes de Lord Cornwallis de gran interés para los Reales Fusileros Galeses. Los setenta jinetes que había entre nosotros debían montar caballos pura sangre, que habían sido capturados en gran número en las plantaciones de oficiales revolucionarios, y emprender una incursión muy audaz bajo el mando del coronel Tarleton, juntamente con ciento ochenta *Greens*. Dentro de corto plazo debía reunirse la Asamblea General de Virginia en Charlotteville, ciudad enclavada en las estribaciones de la montaña a setenta millas de nosotros, donde nace el río Rivanna, afluente del James. La reunión tendría lugar bajo guardia militar, con objeto de votar impuestos, organizar la milicia y aumentar las fuerzas regulares del estado. Su presidente era el famoso Thomas Jefferson, vecino de Charlotteville y autor (o, mejor, compilador) principal de la Declaración de Independencia. Disolver esta reunión era el objeto que se nos encomendaba.

Partimos el 4 de junio, al rayar el alba, avanzando entre los ríos Anna del Norte y Anna del Sur. Nuestros caballos iban sin herrar como es costumbre en el Sur durante los meses de verano. Era un día excesivamente caluroso, pero como no llevábamos a cuestas el pesado equipo de un soldado de a pie e íbamos armados con pistolas en vez del mosquete, nos encantaba. La región era tierra boscosa y sin cultivar, y en varias millas no vimos ninguna vivienda humana ni encontramos un solo hombre. A mediodía hicimos un alto en el camino para reponer fuerzas, pero reanudamos la marcha al cabo de dos horas y a las once de la noche llegamos a Louisa, después de haber recorrido a caballo unas cuarenta millas. Cada vez que cruzábamos un puente lo recubríamos previamente con mantas, para evitar que el ruido de los cascos de nuestros caballos delatara nuestro avance.

En Louisa fuimos agasajados por un plantador leal con tortas caseras, tocino y aguardiente. A las dos de la madrugada estábamos otra vez en marcha, y antes de despuntar el día 5 de junio enfilamos por la carretera que bordeaba la montaña comunicando Maryland con los estados del Sur.

Aquí tuvimos suerte. Oímos ruido distante de ruedas, chasquidos de látigos y gritos de carreteros a caballos soñolientos: eran doce carros pesados con reducida escolta que descendían por la carretera procedentes de Alexandria. Nos apoderamos de los carros, apresando a la escolta, y comprobamos que transportaban un cargamento de ropa y armas francesas para las fuerzas del general Greene. No podíamos perder tiempo ni hombres llevando estos artículos de vuelta a nuestras tropas, y por tanto los quemamos. Esto fue un gran daño para el enemigo, pues mucho antes, según relató el mismo general Greene, más de

Librodot

dos tercios de sus hombres no llevaban puestos más que calzones y no salían de sus tiendas, y los restantes estaban harapientos y descalzos como pordioseros. Poco después del alba, en la plantación del doctor Walter y sus alrededores, los *Greens* sacaron de sus camas a cierto número de los caballeros más notables de Virginia, quienes habían huido a ese confín montañoso para ponerse a salvo. Llevábamos con nosotros a dos caballeros leales que conocían los antecedentes y caracteres de esas personas, una de las cuales era miembro del Congreso. Recomendaron la libertad de unos, la captura de otros y señalaron un tercer grupo para su ejecución inmediata. Sin embargo, el coronel Tarleton se abstuvo cuidadosamente de todo acto de violencia, pues un mes atrás Lord Cornwallis había echado en cara a los *Greens* su brutal rapacidad y dos de ellos entre la tropa formada, señalados por nativos como culpables de rapto y asesinato, habían sido ejecutados para escarmiento de los demás. Su señoría había prohibido asimismo todo acto de terror y venganza. En consecuencia, se prendía y se colocaba bajo vigilancia a los enemigos más activos del rey George, mientras que a los demás se les permitía permanecer junto a su familia, previa palabra de honor. Hicimos entonces un alto de treinta minutos, tras haber recorrido setenta millas en veinticuatro horas. Aquellos de nosotros que sólo éramos jinetes ocasionales nos sentíamos muy doloridos.

Se tomaron precauciones para prender a toda persona que se dirigiera a Charlotteville, que quedaba a siete millas de distancia, a fin de que nuestra llegada fuese una sorpresa. Entre los que apresamos estaba un negro alto y grueso que guiaba un magnífico carro amarillo, y era el cartero de Charlotteville. En sus bolsas de correspondencia descubrimos varias cartas importantes. La ley prohibía a los negros de Virginia el conspicuo cargo de cartero, pero éste actuaba, en apariencia, como representante de un chiquillo blanco de cuatro años de edad que iba en el carro con él. Era el chico quien llevaba el sombrero galoneado de cartero y había prestado el juramento: "Por Dios Todopoderoso", ante un magistrado, para llevar el correo debidamente a destino. Sin embargo, sus labios infantiles no eran capaces de tocar el cuerno de postillón ni sus manos podían manejar la pistola; y ni aun los agudos gritos de alarma que profirió su escolta de color le arrancaron de su sueño cuando rodeamos el carro y cogimos las bolsas.

Distintas fueron las informaciones de ese negro y otras personas que aprehendimos en el camino respecto a las fuerzas concentradas en Charlotteville. Algunos trataron de disuadirnos de nuestra aventura, exagerando la fuerza de la guardia del estado; otros, en cambio, nos alentaron negando que hubiera allí soldados. Se nos ordenó, pues, exigir a nuestros caballos *el* máximo esfuerzo. El capitán Champagné solicitó como un favor del coronel Tarleton que, de realizarse un ataque contra la ciudad, se dispensara a nuestros hombres el honor de encabezarla, solicitud que fue aceptada.

Era más o menos la hora del desayuno cuando, no obstante la advertencia de nuestras patrullas de que el vado del río Rivanna estaba vigilado por una compañía de americanos, descendimos a galope tendido por la orilla y cruzamos el río sin más bajas que tres hombres heridos, disparando nuestras pistolas tras los guardias fugitivos. La ciudad se levantaba en la orilla opuesta; era pequeña, pues sólo se componía de una docena de casas con sus barracas para los negros, y almacenes de tabaco, una taberna, un tribunal y algunos cobertizos. Se nos ordenó inmediatamente atacar por la calle, orden que fue cumplida. Yo estaba tan exaltado que, con gran sorpresa de mis camaradas y terror de mi caballo, que se sobresaltó y por poco me lanzó al suelo, proferí un estridente alarido de guerra al estilo de los indios mohawks. Algunos oficiales americanos se precipitaron entonces fuera de las casas, pistola en mano, para hacernos frente. Les dimos muerte a tiros y, mientras un destacamento avanzaba hacia *el* Tribunal, donde se reunía la Asamblea, y otro hacia el almacén, el capitán Champagné condujo a cuarenta de nuestros hombres en un intento de capturar a Mr. Jefferson.

Un buen camino de aproximadamente tres millas nos condujo a una gran mansión de estilo italiano, con pórticos de columnas, que era la residencia, denominada Monticello, de Mr. Jefferson. Cuando llegamos sus sirvientes nos dijeron que su patrón había oído los

Librodot

distantes disparos y visto a nuestros hombres con sus uniformes escarlata subir por la ladera, y había asegurado su libertad personal mediante una fuga precipitada. Su caballo era bueno y estaba descansado, y nuestras cabalgaduras, agotadas, no estaban en condiciones de darle alcance. El capitán Champagné entró acompañado por mí en la mansión, para registrarla minuciosamente. Mr. Jefferson, en efecto, había escapado.

Monticello, que ocupaba más o menos un acre y medio en lo alto de la montaña, era un lugar muy distinto de las otras plantaciones de Virginia. Mr. Jefferson no era hombre dado a los deportes, y ningún trofeo de caza adornaba su residencia, que había construido de acuerdo con sus propios planos y a la cual había puesto ese nombre italiano. En cambio, encontramos pruebas de sus aficiones científicas, como globos terráqueos y esferas, un gran catalejo con cuya ayuda había visto nuestra llegada, instrumentos para observaciones meteorológicas y una especie *de* gabinete de alquimista, con frascos, retortas y alambiques. El centro de la mansión lo constituía una espaciosa sala octogonal, con puertas de dos hojas de cristal que daban por ambos lados a un pórtico. Desde una ventana se disfrutaba de una amplia vista de los Montes Azules, de unos tres mil pies de altura, y desde la otra divisamos, más allá de un bien cuidado viñedo, el valle boscoso del río Rivanna. En la planta alta había también una biblioteca, con decoraciones al antiguo estilo romano, pero sin terminar. El capitán presentó sus excusas a la señora de la casa (que supongo sería Mrs. Jefferson) por nuestra intrusión, y tras un breve registro del edificio, del que se llevó algunos papeles de carácter oficial encontrados en un cofre, volvió a conducirnos colina abajo.

Entretanto, en Charlotteville se había procedido a la captura de siete miembros de la Asamblea, así como de algunos oficiales y tropa; mil fusiles nuevos de la fábrica de Fredericksburg habían sido destruidos, y también cuatrocientos barriles de pólvora, varios toneles de tabaco y un almacén de uniformes continentales. Nos abstuvimos de saquear o destruir bienes privados, pero nos pasamos todo el día registrando la zona en busca de cuanto pudiera considerarse de propiedad pública o susceptible de ser usado contra nosotros.

Pasamos la noche en la ciudad. A primeras horas de la mañana siguiente, un grupo de veinte hombres harapientos se presentó a nuestro piquete en lo alto de la montaña, dando vítores y cantando. Yo estaba de servicio no lejos de allí, y me acerqué en compañía de Smutchy Steel para ver de quién se trataba. Al verme, el hombre que acaudillaba al grupo profirió una exclamación y vino corriendo a mi encuentro con los brazos extendidos. Debo confesar que no di una bienvenida muy cordial a ese salvaje de poblada barba negra, mostachos rojizos y largos cabellos hirsutos, que sólo vestía unos pantalones de algodón a los que faltaba la mitad de una de las perneras. Pero Smutchy tenía mejor vista que yo.

-¡Vaya, Terry Reeves! -exclamó-. ¿De veras eres tú?

El encuentro entre los tres fue verdaderamente conmovedor. Los compañeros del cabo Reeves eran todos miembros del ejército cogido prisionero en Saratoga, en su mayoría hombres del Veinte y del Catorce, y dos del Noveno. Nos contaron su larga marcha desde el campamento de prisioneros de Rutland, durante la cual habían sufrido grandes penurias. A su llegada se les informó que no se les esperaba antes de la primavera próxima, y fueron conducidos a un bosque, donde había algunas cabañas de troncos a medio construir, sin techo todavía y llenas de nieve. Las provisiones eran muy escasas; sólo había un poco de harina de maíz, y nada de carne ni de ron. Para mantenerse en calor los soldados bebían agua caliente en la que habían puesto en infusión pimienta roja. Durante el último año y medio habían llevado una vida muy miserable, pues una plaga de ratas de enorme tamaño había infestado las cabañas. Según manifestó Terry, los efectivos del Noveno quedaron reducidos, a causa de enfermedades y deserción, a unos sesenta hombres. Un número mayor había muerto por beber demasiado alcohol barato. Últimamente habían sido llevados a Little York en Pensilvania. Al mismo tiempo se decidió, violando una vez más la Convención, separar de la tropa a los oficiales. Al enterarse de ello Ferry Reeves, había pedido permiso al coronel americano Cole, en cuya plantación había trabajado como mecánico, para quedarse atrás. Sostuvo que un regimiento sin oficiales ya no era un regimiento. Además, el clima de Virginia era más

Librodot

agradable para hombres desnudos y famélicos que el de los estados del Norte y del interior. El coronel Cole se comportó como un cumplido caballero. Los otros hombres habían recibido el mismo permiso de sus respectivos jefes. Terry me dijo que ahora se arrepentía de no haberse unido a Smutchy y a mí en nuestra huida de Hopewell; sin embargo, la guerra no había terminado aún y esperaba poder luchar de nuevo por su rey y por su patria. Agregó que quien había hecho más que ninguna otra persona en favor del Noveno, resolviendo disputas, organizando diversiones y trabajos provechosos y mil cosas más, era Jane Crumer, que todavía guardaba fidelidad absoluta a su pobre esposo inocente y era llamada "la Madre del Regimiento".

Recomendé a Terry Reeves al capitán Champagné, quien le incorporó inmediatamente al regimiento con su mismo grado. Durante el cautiverio se había convertido en un buen jinete, y aquella tarde, en nuestro viaje de regreso, cabalgó a mi lado, vistiendo un uniforme continental que había capturado y con dos magníficas pistolas quitadas a un oficial muerto. También los otros hombres quedaron incorporados al regimiento, cuyos efectivos, incluyendo a los enfermos y heridos que entretanto habían vuelto al servicio, y un pequeño destacamento, se elevaban aproximadamente a doscientos cincuenta hombres, entre oficiales y tropa.

Nuestra ruta nos llevó más al Sur, por el valle del río Rivanna. Dos de los miembros de la Asamblea capturados iban inmediatamente detrás de nosotros, conversando con el capitán. Parecían aliviados al comprobar el trato cortés que se les dispensaba, y se expresaban con mucha franqueza acerca de la guerra. Dijeron que la causa americana estaba agonizando, pues los ejércitos del Congreso no recibían su paga, estaban mal alimentados y se amotinaban; los estadistas y los oficiales del Norte y del Sur estaban en desacuerdo y las incursiones británicas contra las regiones más prósperas del país tenían un efecto sumamente entorpecedor.

-Todo depende ahora -declaró gravemente uno de ellos- de que ustedes puedan impedir la cooperación entre la flota y el ejército francés y los nuestros antes de fin de año. Hasta ahora los franceses han sido un obstáculo más que una ayuda, pues despertaban esperanzas que continuamente han defraudado. Nos echan en cara que los hemos defraudado respecto a los cargamentos de tabaco, arroz e índigo que esperaban recibir de nosotros a cambio de los mosquetes que nos enviaron. Pero no fue culpa nuestra. La vigilancia establecida por la flota inglesa y las incursiones destructoras del traidor Arnold nos impidieron cumplir con nuestras obligaciones. Sin embargo, es posible que ahora respondan a la urgente llamada que les ha sido hecha y entonces veremos. Por ahora, las cosas van de mal en peor, y le digo con franqueza, señor, que si los franceses nos resultan una vez más, como Egipto, un fracaso, el baile habrá terminado. Los de Virginia, al menos, romperemos de buen grado nuestra alianza con ellos y negociaremos un acuerdo honroso con Gran Bretaña. Porque, por Dios, ahora estamos pasando un mal trance.

Regresamos sin contratiempos, siendo mi única aventura la de que un viejo pino podrido se desplomó de pronto delante de mi caballo que, como yo, iba medio dormido a causa de la fatiga y del sol abrasador. En estos bosques abundaban los árboles viejos que se desplomaban a la más leve brisa.

14

Ningún otro acontecimiento digno de interés ocurrió durante el resto de aquel verano. Más almacenes públicos fueron tomados y destruidos en varios pueblos a nuestro paso, pero Lord Cornwallis no se decidió a ordenar nuestro avance hacia las provincias del interior sin recibir refuerzos. Esperaba que Sir Henry evacuaría ahora Nueva York y se reuniría con él en Virginia, utilizando como base Portsmouth o algún otro puerto más cercano. Pero Sir Henry se daba cuenta de que los franceses habían respondido por fin a la llamada del Congreso -que se hallaba en bancarrota total y obligado a comprar los suministros con títulos, pues nadie aceptaba su papel moneda- y le enviaban en su ayuda cajas llenas de metálico, una escuadra poderosísima y un ejército nutrido. El general Washington invitaba al país a realizar un esfuerzo supremo para llenar sus vacías filas y se proponía, en cooperación con los franceses, expulsar a Sir Henry de Nueva York, donde estaban acantonados menos de cuatro mil hombres. Sir Henry ordenó, pues, a Lord Cornwallis poner fin a sus operaciones en Virginia y enviarle hasta el último hombre del que pudiera prescindir para socorrer a la guarnición de Nueva York.

Habíamos pasado por la ciudad de Richmond y estábamos acampados en Williamsburgh, una ciudad antigua según el concepto americano, situada en una llanura entre los ríos James y York. Era un bonito pueblo de tres calles, con lindas casas blancas agrupadas alrededor de un parque al estilo inglés. Allí estaba *el* Colegio Universitario de *William and Mary,* del que era presidente el obispo de Virginia -un edificio macizo que parecía un horno de ladrillos-, así como el antiguo Capitolio de Virginia, un edificio espacioso también de ladrillos, cuyo vestíbulo estaba adornado con la estatua de un ex gobernador real, a la que los revolucionarios habían arrancado la cabeza y un brazo. Había allí también un manicomio, pero parecía mal controlado.

Al recibir estas nuevas órdenes, Lord Cornwallis, aunque hubiera preferido volver a Carolina del Sur para ayudar a Lord Rawdon, abandonó Williamsburgh y ordenó la marcha en dirección a Portsmouth. El marqués de La Fayette, que al darse cuenta de que no era perseguido cuando nos detuvimos en Hanover, había vuelto para hostigarnos, trató entonces de cortarnos la retirada cuando cruzábamos el río James. Lord Cornwallis dejó que arrollara nuestros puestos avanzados para alentarlo; luego lanzó un contraataque y le causó una derrota aplastante, conquistando dos cañones. Este combate, en el que yo no participé, tuvo lugar cerca de Jamestown, sitio famoso por ser la primera colonia fundada por los británicos en Virginia. Pero no bien habíamos cruzado el río, llegó otro correo de Sir Henry, solicitando esta vez tres mil hombres para ayudarle en una incursión a través de Nueva Jersey contra los polvorines enemigos de Filadelfia. Continuamos la marcha hacia Portsmouth. En *el* camino bordeamos al vasto Dismal Swamp, un pantano que se extendía al Sur hacia Carolina del Norte y ocupaba un área de ciento cincuenta mil acres. Estaba poblado de grandes manadas de ganado vacuno en estado salvaje, descendientes de los animales que se habían perdido al ser llevados a pacer en este pantano, como también de osos, lobos, venados indígenas, y, lo más notable, hombres blancos salvajes que se habían extraviado allí cuando niños y convertido en verdaderas bestias. El pantano y sus alrededores eran notablemente saludables y el agua tenía virtudes curativas, en particular contra fiebres y desarreglos biliosos; era de un color de coñac y tenía un marcado gusto a enebro, árbol que abundaba por aquellos parajes. Antes de la guerra, gran cantidad de duelas para barriles habían sido cortadas y labradas en el pantano por negros al servicio de The Dismal Swamp Company; los trabajos prosiguieron en Norfolk, cerca de Portsmouth, pueblo que fue arrasado por el fuego en el segundo año de la guerra, por orden del gobernador real, abandonándose entonces la empresa. Este solo incendio causó daños por valor de trescientas mil libras; y aun esto no era más que una ínfima parte de las pérdidas materiales que sufrió la provincia a raíz de la guerra. La guerra siempre ha sido un

Librodot

lujo costoso para cualquier nación, menos para los pueblos pobres, como los hunos y los vikingos, que tenían poco que perder y mucho que ganar.

A nuestra llegada a Portsmouth fuimos embarcados en número de tres mil en transportes rumbo a Nueva York; pero cuando estábamos a punto de hacernos a la mar, llegó otro correo de Sir Henry para impedir nuestra partida. Lord Cornwallis debía conservar la totalidad de sus fuerzas y regresar a Williamsburgh. Con base allí debía fortificar un puerto adyacente, donde nuestros barcos de mayor calado pudieran fondear bajo la protección de baterías costeras, ya fuera Old Point Comfort o Hampton Roads. El cambio de plan de Sir Henry era debido a una orden directa de Lord George Germaine en el sentido de que ni un solo hombre debía ser retirado de Virginia. Lord Cornwallis, disgustado por ese continuo tejer y destejer, visitó los dos puertos mencionados en compañía de su ingeniero, pero comprobó que por razones de carácter geográfico no servían para las intenciones de Sir Henry. Fuimos por lo tanto llevados en los transportes por el estuario del río James y luego, por mar, al río York. Allí, a corta distancia de la desembocadura, donde el cauce del río se estrechaba de pronto a menos de una milla de ancho y tenía una profundidad de cinco brazas, estaban dos puertos, uno frente al otro: Gloucester en la margen norte y York Town en la margen sur. Aunque tenían defectos, Lord Cornwallis opinó que se prestaban mejor a los propósitos de Sir Henry. Evacuó Portsmouth, un lugar insalubre y falto de comodidades, a fines de agosto. Había un gran número de leales y sus familias, que se habían refugiado en Portsmouth, y no podían ser dejados atrás a merced de la furia de los revolucionarios que regresaban, así que nos los llevamos a Gloucester y a York Town.

York Town, donde nos alojamos los Reales Fusileros Galeses, constaba de unas doscientas casas, algunas tabernas y tiendas de comestibles, una cárcel y una iglesia. Esta era episcopal, el credo corriente en Virginia. Sin embargo, la guerra había interrumpido por completo la práctica de la religión, pues el clero era leal y los obispos ingleses se negaron patrióticamente a ordenar a revolucionarios en su lugar. Se había dejado que las iglesias, que nunca habían sido cuidadas muy bien, fueran cayendo en un estado ruinoso, cosa que en mi opinión no preocupaba mucho ala gente de Virginia. La gran mayoría de la buena sociedad, incluidos el general Washington y Mr. Jefferson, eran poco más que deístas, y el pueblo llano era francamente pagano. El hecho fue que el general Washington, al asumir el mando, había prohibido al clero orar por su soberano y la familia real. Había aseverado que estaba "dispuesto a tolerar a los que profesaban el cristianismo que eligiesen el camino del cielo que se les antojara más directo, más fácil, más cómodo y menos susceptible de excepciones", pero no permitía plegarias por la monarquía. De casi un centenar de ministros que había en Virginia sólo veintiocho, de tendencia liberal o contemporizadores, siguieron en sus parroquias durante toda la guerra. Era la misma historia de todas las demás provincias de América. Oí hablar de cierto párroco, el reverendo Jonathan Boucher, de Annapolis, Maryland, quien en los días en que se gestaba la revolución predicaba siempre con un par de pistolas cargadas, colocadas sobre la barandilla del púlpito, y fustigaba "a todos los mentecatos y artesanos ignorantes que se complacían en censurar a su soberano". Un día el populacho envió a un forzudo herrero a acecharle y propinarle una paliza, pero el ministro de Dios derribó al de Vulcano de un solo puñetazo debajo de la oreja, hecho que le proporcionó hasta la admiración de sus enemigos. Pero no se jactó de su victoria, y cuando llegó el día en que no pudo practicar más la salvación de almas, dijo a los vecinos de Annapolis: "Ya no veréis más mi cara entre vosotros, hermanos. Pero mientras viva lanzaré con el sacerdote Zadok y el profeta Natán el grito: ¡Dios salve al rey!"

A ambos lados de York Town se extendían pantanos drenados por arroyos. La ciudad estaba situada a lo largo de un pequeño acantilado sobre el río. Entre los dos pantanos había media milla de tierra firme, llena de cedros y pinos, y una importante industria de por allí los había estado quemando para obtener alquitrán. Los árboles derribados eran simplemente apilados en un pozo de poca profundidad, y el alquitrán, al salir, era luego recogido y, tras eliminar el carbón vegetal con que iba mezclado, introducido en barriles. Sin embargo, la

Librodot

mayoría de los fabricantes de alquitrán había salido del país y no se conseguía en parte alguna mano de obra para la fortificación de York Town. Los soldados tuvimos que hacerlo todo. El trabajo resultó muy desagradable a causa del tiempo sofocante y porque el calor había endurecido extraordinariamente la tierra. Disponíamos tan sólo de cuatrocientas herramientas, de las cuales la mitad no servían. Sir Henry Clinton había ordenado *el* envío desde Nueva York de una gran cantidad de picos y palas, pero no habían llegado. Por los alrededores no se podían conseguir tampoco, pues los trabajos del campo se realizaban allí con azadas.

Al finalizar el mes de agosto, en el momento fatal que, puede decirse, inclinó el oscilante fiel de la balanza en favor de los americanos, arribó a la bahía de Chesapeak el almirante francés conde de Grasse, con veintiocho barcos de la línea. Este espectáculo fue para nosotros mortificante y sorprendente, pues cinco días antes nuestro almirante Hood había estado en aquellas aguas con catorce buques, pero, como no encontrara allí a los franceses, había partido para reunirse con *el* almirante Thomas Graves en Nueva York. El almirante Hood había asegurado categóricamente que de Grasse no vendría con más de diez barcos, ¡y ahí estaba lo mejor de la escuadra francesa!

El conde de Grasse sorprendió a dos fragatas británicas fondeadas en la desembocadura del río York, apresó una e hizo internarse a la otra aguas arriba, más allá de nuestro puerto. Luego cuatro de sus fragatas pasaron junto a nosotros llevando una poderosa fuerza de soldados franceses para engrosar las filas del marqués de La Fayette en Williamsburgh; pasaron *de* noche y no pudimos detenerlas con el fuego de nuestras baterías. Una semana más tarde oímos un cañoneo del lado del mar. Era el almirante Graves que había partido de Nueva York con dieciocho barcos para interceptar otra flota francesa, compuesta de ocho barcos y un convoy que transportaba suministros militares y artillería pesada, que se había hecho a la mar furtivamente en Newport, Rhode Island y del que se había supuesto que tomaría rumbo hacia donde estábamos nosotros. En vez de esos ocho buques de guerra encontró al conde de Grasse con veinticuatro, e inmediatamente trató de presentar batalla; pero a causa del viento y otras circunstancias no pudo obligar al enemigo a una lucha que éste prefería rehuir. Nuestros barcos sufrieron algunos daños y el almirante Graves regresó a Nueva York para reacondicionar sus barcos y buscar refuerzos. En su ausencia, los ocho barcos de Newport llegaron con su importante convoy.

Lord Cornwallis ardía entonces en deseos de marchar contra el marqués de La Fayette y sus cinco mil hombres. Pero consideró más conveniente ocuparnos en consolidar nuestras posiciones, ya que las órdenes recibidas eran que debía procurar una base segura para la flota británica. Nuestros escuadrones unidos, ciertamente, serían inferiores al enemigo, pero los británicos habían hecho frente muchas veces a una gran superioridad numérica y obtenido la victoria. Continuamos, pues, nuestros trabajos de fortificación, pero á causa de la citada escasez de herramientas las obras avanzaban con ritmo lento. No podíamos hacer más que construir una línea interior de defensas con parapetos y empalizadas, que debía ser protegida a cierta distancia por tres reductos avanzados. Otros puestos cubrían los pasos entre los pantanos, incluyendo el camino de Williamsburgh que bordeaba el río. La tierra, una vez que se perforaba la dura costra exterior, era muy ligera y más adecuada para el cultivo del algodón que para la construcción de trincheras; por eso nos inspiraba poca confianza. Las defensas en Gloucester, al otro lado del río, fueron completadas en un plazo de tiempo mucho más breve, pues allí la tierra se prestaba mejor para fines militares.

Llegaron noticias diciendo que el general Washington, que había estado inactivo tanto tiempo con su ejército en las *Highlands* del río Hudson, se había puesto al fin en movimiento. Marchaba contra nosotros al frente de un gran ejército (pagado en dinero contante y sonante, procedente de las arcas militares francesas), al que debían unirse las fuerzas francesas de Rhode Island; en total, dieciocho mil hombres que iban a reforzar a los cinco mil de La Fayette. Pero recordamos el éxito en la defensa de Savannah contra una combinación similar, y no nos desalentamos. El 28 de setiembre, York Town fue rodeada por el enemigo, quien

Librodot

acampó a dos millas de distancia; los hombres del general Washington estaban frente a la media milla que separaba los pantanos. Desgraciadamente, nuestros tres reductos avanzados no estaban todavía listos. Salimos al encuentro del enemigo y formamos en terreno abierto, entre esas pobres fortificaciones, pero aquél rehuyó la lucha. Al día siguiente, nos enteramos complacidos de que Lord Cornwallis había recibido un mensaje de Sir Henry Clinton, quien al tener conocimiento de que Washington había partido *del* río Hudson, se hizo a la mar, el 5 de octubre, con veintiséis barcos de guerra y cinco mil hombres, para venir en nuestra ayuda.

Como los reductos incompletos no podían resistir el fuego de la artillería pesada, Lord Cornwallis ordenó nuestro repliegue a la línea interior, en cuya consolidación continuamos trabajando febrilmente. El enemigo ocupó las posiciones abandonadas por nosotros. La mitad de los efectivos de mi regimiento habían sido enviados por el camino de Williamsburgh, en el flanco derecho, donde con el apoyo de cuarenta miembros de la marina retenían el reducto avanzado, construido en forma de estrella en lo alto del acantilado, más allá del arroyo. Tenían enfrente una división francesa al mando del conde de St. Simon. Esta fuerza enemiga tanteó las defensas del reducto, siendo rechazada mediante una descarga de metralla. Cuarenta de nuestros hombres montados libraron al otro lado del río York, bajo *el* mando del coronel Tarleton, escaramuzas contra los húsares franceses -más propiamente lanceros- comandados por el duque de Lanzun. El resto de nosotros, incluido yo, estábamos ocupados dentro de la ciudad. Más de seis mil soldados y tal vez tres mil civiles se hallaban hacinados dentro de un espacio de unos mil doscientos pasos de largo por quinientos de ancho. Pronto surgieron enfermedades que causaron estragos, pues las condiciones sanitarias de la ciudad eran muy malas y continuaba el tiempo caluroso.

En la mañana del 4 de octubre, mi compañía recibió orden de ponerse a disposición del teniente Sutherland, a la sazón ingeniero en jefe, destacado en el acantilado del río, donde nos hizo cavar un polvorín profundo a prueba de bombas. Estuvimos ocupados en esta tarea un par de días, y levantamos una armazón de madera para apoyar sobre él el techo. A la tercera tarde vino el conde de Cornwallis en persona a inspeccionar nuestra labor, y criticó algunos detalles. Le oí dar instrucciones al teniente Sutherland, que le acompañaba, sobre cómo debía situarse la abertura de la ventana para que dominara el río y cómo debía ir la escalera.

-Debe ser cubierta de fieltro verde -dijo su señoría-; yo se la proporcionaré. Y cuide usted de que la escalera sea lo bastante ancha para bajar la cama, la *poudreuse* y el gran *armoire.*

Al oír estas palabras agucé el oído, pues evidentemente esto no iba a ser un depósito para almacenar municiones, sino un resguardo seguro para alguna dama. Dos años antes, el conde de Cornwallis había perdido a su bella esposa, a la que profesaba un profundo amor; y aunque en Charleston había rechazado las coqueterías bastante desvergonzadas de muchas damas conservadoras, se murmuraba que en Portsmouth se había enamorado de una bella irlandesa, llegada hacía poco de Nueva York, a quien trajo consigo. Sin embargo, su señoría había llevado este asunto con tanta discreción que nadie sabía a ciencia cierta de quién se trataba.

Cuando conté a Terry Reeves lo que había oído, me dijo:

¡Buena suerte a su señoría y a la muchacha! No es natural que un hombre viva solo, particularmente cuando pesan sobre él tantas responsabilidades como las de Lord Cornwallis.

-Es un hombre a quien aprecio mucho -declaré yo.

-Sí; ciertamente -contestó Terry-; pero no obstante quisiera que fuera otro quien nos mandase. Un militar enamorado nunca ha traído suerte a ningún ejército.

La noche de aquel día, el 6 de octubre, el enemigo completó bajo una lluvia torrencial su primera línea paralela de trincheras, a unas seiscientas yardas de nuestro parapeto. Nuestros cañones y morteros emplazados en los reductos avanzados lo hostigaron continuamente durante este trabajo, que era efectuado de noche. Por su parte replicó con ocasionales disparos de artillería pesada, que levantaba espesas nubes *de* polvo, demolía casas y causaba graves

Librodot

daños en objetivos militares.

Dos días más tarde fui llamado al cuartel general para mi tarea habitual de copiar despachos, por cuyo trabajo, dicho sea de paso, su señoría me remuneraba a razón *de* un chelín la página; pero por algún error, cuando llegué a la casa del secretario Neilson, donde se alojaba Lord Cornwallis, el criado de color me condujo a las habitaciones privadas de su señoría y me rogó que esperara.

Allí oí una voz de mujer que cantaba una canción de la *Beggar's Opera,* del señor Gay, muy popular a la sazón, con la melodía de *Patie's Mill:*

Sentiré la misma pena que la zorra
abandonada por su compañero.
Y, al abrirse la puerta, continuó el canto:
Al que acosan sin tregua los sabuesos, desde el amanecer hasta el
crespúsculo. ¿Dónde puede ocultarse mi amado? ¿Cómo podrá
engañar a la jauría? Si no le guía el amor
jamás podrá...

Aquí la voz enmudeció bruscamente, como una caja de música destrozada de un martillazo, pues al verme, Kate Harlowe (que iba vestida y peinada al más exquisito estilo francés) quedó, anonadada y se estremeció.

-¡Tú, Gerry! ¡Oh, no puede ser cierto! Creí que habías muerto..., me aseguraron que la noticia era cierta. ¡Oh, de haberlo sabido nunca me habría embarcado en esta vida!

-¿Eres la querida de su señoría? -le pregunté, presa de agitación.

Ella asintió con la cabeza y rompió a llorar. Evidentemente, se había olvidado por completo de su decisión de mostrarse fría conmigo.

-¿Dónde está nuestra hija? ¿Está con vida? -fue mi siguiente pregunta.

Entonces se puso a llorar aún más fuerte y me dijo que no lo sabía. Cuando el ejército del general Sullivan había arrasado la aldea de Genesee, la niña, que era criada por una mujer india, estaba entre un pequeño grupo de fugitivos incomunicado por los americanos. Kate había hecho lo posible por obtener noticias de su pequeña hija, y hasta efectuó para tal fin un largo y solitario viaje a territorio americano, sin obtener resultado. Después se dirigió a Nueva York, donde un oficial canjeado del Noveno le informó de que yo había muerto. En su desesperación aceptó ser la amante de un capitán de artillería, quien la llevó a Portsmouth, pero allí abusó brutalmente de ella bajo los efectos del alcohol y Lord Cornwallis, que casualmente pasaba por delante de la casa y oyó sus gritos, entró y propinó al oficial una gran paliza. Su señoría la tomó bajo su protección, y desde entonces la trataba con gran afecto y consideración.

-Pero, Gerry -sollozó-, aun sabiendo que seguías con vida, ¿cómo hubiéramos podido continuar juntos? Soy la esposa de Richard Harlowe, y a buen seguro que él es una salamandra que no morirá por el fuego de las armas.

-Ya está muerto -dije-. ¡Oh, Kate! Yo mismo le maté en un combate, en Carolina. Él luchaba bajo el mando del general Greene.

-¿Me estás diciendo la verdad? -preguntó ella con los ojos brillantes de alegría.

-No te he mentido nunca -contesté-. Querida, hace años que vengo soñando con este encuentro, y sólo tu recuerdo me ha sostenido en mi largo padecimiento. ¿No puedes romper tus vínculos con su señoría y casarte conmigo?

-Lo haré cuando haya terminado el asedio -dijo ella-. Pero sería una gran crueldad ahora, cuando me necesita tanto..., e ingratitud también.

-¿No quieres darme un beso? -pregunté, cogiéndole la mano, que estaba fría como una piedra-. ¿Una sola prueba de amor, en testimonio de esta promesa?

-No puedo mientras esté bajo la protección de su señoría -dijo ella-. Soy su querida.

Besar entretanto a otro hombre sería una afrenta para él y haría de mí una vulgar prostituta. Vete ahora, querido Gerry. Ten paciencia y yo te seré fiel con el corazón, ya que no con el cuerpo. Perdóname, pero ahora no puedo volver a ti.

Salí de la habitación, debatiéndome entre la alegría y la mortificación, entre el orgullo y la vergüenza. Como oí la voz de Lord Cornwallis abajo, dando instrucciones a un oficial, me introduje en un armario para evitar encontrarlo en la escalera. Subió los escalones de dos en dos, y le oí saludar a Kate con su voz alegre y varonil al entrar en la salita. El gran aprecio que sentía por él prevaleció al instante sobre mis celos y sentimientos más bajos. Le oí decir:

-Tu nido está muy bien amueblado, mi querida niña. Allí estarás tan al abrigo de las balas rebeldes como si estuvieses en la misma Torre de Londres. Te llevaré allí esta noche, te lo prometo.

Bajé entonces la escalera; su ayudante me entregó los despachos para copiar y concentré mi mente en la tarea; pero me temblaba la mano y si bien no hice borrones ni cometí errores, mi escritura dejó esta vez mucho que desear. Pedí disculpas al oficial, alegando sufrir un acceso de una antigua fiebre, lo que, en sentido figurado al menos, era muy cierto.

Esa noche, nuestra compañía fue enviada al Reducto de los Fusileros, que era el nombre con que se había bautizado el puesto de la derecha, al otro lado del arroyo, para relevar a otra compañía.

A corta distancia de nosotros, los franceses estaban a su vez construyendo fortificaciones y había un violento intercambio de fuego. Nos mandaba el capitán Apthorpe, un amable oficial que se alegraba de que al fin estuviéramos frente a nuestros enemigos naturales, los franceses, quienes además combatían de un modo que nos era familiar.

-Me parece -dijo, volviéndose hacia el teniente Guyon-, que el regimiento de Turena está en la división del conde de St. Simon. Nuestro regimiento ha tenido ya más de una vez el placer de luchar contra él, cuando combatíamos bajo el mando del duque de Marlborough. ¿No participaron ellos también en la batalla de Dettingen?

-Creo que está usted en lo cierto, capitán Apthorpe -contestó el teniente-, y que les pegamos duro.

El 9 de octubre, las baterías enemigas abrieron fuego sobre la ciudad desde la primera línea, a una distancia de seiscientas yardas, llenando el aire de un terrible fragor. Corrimos a empuñar las armas y pronto los proyectiles empezaron a silbar en gran cantidad alrededor de nuestras cabezas, en el Reducto de los Fusileros. No era la primera vez, ni mucho menos, que yo soportaba un cañoneo, pero no recuerdo otro tan nutrido y violento. Los silbidos y los rugidos se sucedían casi sin interrupción, y el aire estaba gris por el polvo de nuestro parapeto demolido. Además de morteros y obuses, nos bombardeaban con una batería de nueve cañones de nueve libras, a sólo sesenta pasos de distancia. Las hileras de la empalizada fuera de nuestro parapeto fueron rotas en varios sitios, y hubo un buen número de muertos y heridos. Una granada estalló directamente sobre mi cabeza, y me desplomé mientras me zumbaban los oídos y la sangre me brotaba de la nariz y las orejas; creí que estaba mortalmente herido. Sin embargo, ningún trozo de metralla me había alcanzado y me levanté tambaleándome, listo para proseguir la lucha.

De lo que siguió no guardo un claro recuerdo, a causa del mareo que sentía; pero como por entonces ya era un soldado veterano, habituado a la batalla, impartí las órdenes a mis hombres de una manera muy serena y atinada, según me dijeron. Recuerdo, eso sí, a granaderos franceses de elevada estatura, luciendo uniformes blancos con insignias de color celeste, surgiendo detrás de sus fortificaciones y avanzando a la carrera hacia nosotros, guiados por oficiales que agitaban sus sables y sombreros adornados con plumas y gritaban: *En avant, mes enfants!* y otras palabras de aliento. Nuestros cañones les apuntaban directamente y aniquilaron con metralla sus primeras filas, que se esforzaban por abrirse paso entre los obstáculos formados por árboles derribados que se interponían en su avance. Entonces se lanzaron otra vez en masa al ataque, al grito de *Vive le roi!* y *Vive St. Simon!* Nuestro fuego de fusilería los detuvo en el glacis, y luego nos abalanzamos sobre ellos con la

bayoneta calada y los hicimos retroceder.

Recuerdo que se reagruparon fuera del alcance de nuestro fuego, y volvieron a la carga; pero el recuerdo del primero y segundo asalto es confuso en mi mente, por lo cual no puedo describirlos en detalle. Eran en total tres mil voluntarios, no del servicio obligatorio, y los mejores combatientes de Francia. Esta vez -según me contaron después- alcanzaron el borde superior del parapeto y se inició una lucha muy cruenta antes de que pudiéramos desalojarlos. El teniente Guyon entabló una lucha a sable con el jefe de ellos (que llevaba una reluciente condecoración), y le perforó la garganta con el arma. Recuerdo vagamente haber visto morir al teniente Guyon de un bayonetazo y haber cogido su arma en el momento de caer. Empuñándola recordé mis viejos conocimientos de esgrima y empecé a batirme con un oficial francés. Pero alguien intervino y entonces se disipó el humo de la batalla; los franceses habían desaparecido.

Una bala me alcanzó en la cabeza, hiriéndome en el cuero cabelludo, y lo que ocurrió entonces sólo puedo relatarlo tal como me pareció a mí, pues lo que sucedió en realidad parecerá absurdo a todo espíritu sensato. Surgiendo de entre la maraña de árboles, se acercó muy tranquilo, por el glacis, un hombre vestido con las ropas de un capellán francés, con un pequeño birrete púrpura y una gorguera de encaje en la garganta. Llevaba en la mano algo que parecía ser un breviario e, inclinándose sobre los cuerpos postrados de los soldados franceses, les administró uno a uno la extremaunción. Hasta aquí mi relato se ciñe sin duda a la realidad; pero luego me pareció que se erguía y avanzaba hacia mí apuntándome con el dedo índice, viéndole entonces el húmedo pelo negro y las facciones tétricas ¡del reverendo John Martin! Con voz fría y burlona me dijo:

-¡Conque nos encontramos otra vez, amigo Lamb!, ¿eh? ¿Y me vas a dar la tunda que prometiste? Pero escúchame; tengo una noticia que darte: no tendré nunca el placer de bendecir tu unión con Kate. Esta mañana, más o menos a las nueve, ella ha sido muerta por un proyectil que ha estallado a la entrada de su confortable refugio.

Me abalancé sobre él blandiendo mi espada. Pero tropecé con una empalizada rota y caí al suelo; y me pareció seguir cayendo interminablemente, durante mil años, en un pozo sin fondo, como el que, según dicen, está preparado para recibir a las almas condenadas en el segundo advenimiento del Salvador.

Recobré el conocimiento algunas horas más tarde. Me hallaba todavía en el reducto. Smutchy Steel estaba a mi lado y sonrió encantado al verme reaccionar. Le pregunté, con una voz débil que parecía llegar de muy lejos, qué había pasado.

-Oh -contestó-, los hemos rechazado por tercera vez y ése ha sido el final. Me parece que tú estabas un poco trastornado. Te has precipitado con un sable sobre un pobre e inofensivo sacerdote francés; francamente, Gerry, te creía un hombre más juicioso, siempre me habías dicho que no tenías nada contra los papistas. Ahora tengo una noticia que darte, triste para ti y para mí. Cuando te has desvanecido y te han llevado a la retaguardia, el pobre Terry Reeves ha recibido tu mando. Ha muerto; lo ha alcanzado una bala de cañón de nueve libras.

Yo prorrumpí en sollozos, de pura debilidad; pero en cuanto recuperé el dominio de mí mismo llamé al fiel Jonás. Le pedí que esa noche, al ir con el pelotón en busca de las raciones, preguntara si era cierto el rumor de que esa mañana, a las nueve, una dama había resultado muerta en un sitio junto al acantilado. A su regreso me informó que era cierto: una "mujer joven, muy bonita, que llevaba un vestido verde floreado" había muerto alcanzada por un trozo de granada en la garganta. Pero nadie parecía saber quién era.

Durante los tres días siguientes, según Smutchy me contó después, deliré, lloré con frecuencia y dije muchos absurdos hablando de cosas que eran simples alucinaciones mías. Pero me mantuve en el servicio, pues no tenía fiebre.

Entretanto el enemigo había demolido nuestras defensas incompletas a la izquierda de la ciudad, silenciado los cañones que habíamos emplazado en ellas y acribillado a balazos toda

Librodot

la hilera de casas enclavadas en lo alto del acantilado. La casa del secretario Nielson recibió varios impactos, pero Mr. Nielson llevó su estoicismo al extremo de abandonarla tan sólo después de que su criado negro fuera destrozado por una granada. El 11 de octubre el enemigo se acercó más y estableció su segunda línea paralela a sólo trescientas yardas de nuestro parapeto. Nuestros hombres se defendieron disparando obuses y *coehorns* (morteros livianos de un calibre de cuatro pulgadas y media), pero nuestros cañones eran desmontados en cuanto se asomaban a las troneras, pues el enemigo hacía fuego con sesenta poderosos cañones de sitio y gran número de morteros pesados. Por entonces vino por el río un correo de Sir Henry Clinton para Lord Cornwallis, informándole de que la partida de la flota de socorro había sido aplazada por una serie de azares adversos, y expresando gran ansiedad por su situación.

Entonces, el coronel Tarleton y otros instaron a Lord Cornwallis a dar su conformidad para un plan desesperado, consistente en retirar, al amparo de la noche, a la mayor parte de la guarnición y llevarla al otro lado del río para atacar a las fuerzas del general francés Choisy que asediaban Gloucester. Creían que tal vez podríamos romper fácilmente el cerco y, dejando atrás todo equipo innecesario y requisando todos los caballos de Roanoke, región rica en alimentos y forrajes, abrirnos paso a través de Maryland, Pensilvania y Jersey, y llegar a Nueva York. Su señoría parecía indeciso e incapaz de dar su conformidad a este plan. Su vacilación sorprendió a sus oficiales, pues hasta entonces había dado pruebas de gran serenidad y decisión. Pero su secretario, bajo cuya dirección yo había trabajado y con quien había hecho amistad, me contó, habiéndose a su vez enterado de ello por el propio ayuda de cámara de Lord Cornwallis, que la mañana del 9 de octubre su señoría "había experimentado un profundo horror y aflicción al conocer la noticia de la muerte de la bella Miss Kate". Desde entonces bebía más que de costumbre, y monologaba paseándose solo por la salita. El ayuda de cámara agregó que Lord Cornwallis no se había comportado en forma tan poco varonil desde el día, dos años atrás, en que se enteró de la muerte de la encantadora condesa. No debo extenderme sobre mi propia pena, pues no deseo presentarla como si rivalizara con la de Lord Cornwallis.

Hasta el 14 de octubre su señoría no pudo ser persuadido a dar su conformidad al plan de retirada; por entonces, todas las empalizadas estaban demolidas y sólo nos quedaban un obús para el único mortero de ocho pulgadas y algunas cajas de proyectiles *coehorn.* Sin dejarse amilanar por una salida desde nuestras líneas, en cuya ocasión habían sido clavados once de sus cañones, los ejércitos aliados del adversario se preparaban para el asalto. El clavado de esos cañones, dicho sea de paso, fue un trabajo chapucero, pues los soldados que participaban en la salida no iban provistos de alcayatas. Se limitaron a romper las puntas de sus bayonetas en los fogones, y éstas fueron luego retiradas fácilmente. Nuestros efectivos se reducían a cuatro mil hombres, siendo dos mil el número de los que no estaban de servicio por hallarse enfermos o heridos, pero seguíamos con el espíritu animado. Y como éramos soldados habituados a la lucha y sabíamos marchar y pasar hambre como el que más, no dudábamos de que saldríamos bien librados de nuestra empresa.

La noche del 15 de octubre, la infantería ligera, la mayor parte de la brigada de los Guardias y setenta miembros de los Reales Fusileros Galeses (entre ellos Smutchy y yo) fuimos embarcados en botes y llevados a Gloucester Point, en la orilla opuesta. Allí debíamos desembarcar y cubrir con nuestro fuego el cruce de nuestras restantes fuerzas. Pero no bien habíamos llegado -más o menos a medianoche- a la otra orilla, cambió el tiempo hasta entonces bonancible, y se desencadenó un violentísimo temporal de viento y lluvia que arrastró nuestros botes aguas abajo, casi hasta el mar. De este modo resultó imposible que el resto de nuestras tropas cruzaran, las cuales dependían de esos mismos botes, y si bien el temporal amainó y logramos regresar a York Town antes del alba, fuimos hostigados intensamente por fuego disparado desde las márgenes y sufrimos numerosas bajas.

Así se desvaneció la última esperanza del ejército británico. Nuestras defensas estaban en ruinas y los oficiales principales, reunidos en consejo de guerra, opinaron que sería una locura resistir. A la mañana siguiente, por orden de Lord Cornwallis, un tambor subió sobre

nuestro parapeto y tocó a parlamento. Entonces avanzó sin acompañamiento el duque de Lanzun, agitando un pañuelo de seda blanca, siendo informado de que Lord Cornwallis proponía el cese del fuego para negociar las condiciones de una capitulación.

Para ser breve, el general Washington accedió y se fijaron las condiciones para nuestra rendición como prisioneros de guerra al día siguiente. La capitulación fue firmada el 19 de octubre, el mismo día en que Sir Henry Clinton, tras largas demoras, se hizo a la mar en Nueva York al frente de siete mil hombres para venir en nuestra ayuda.

Los honores militares que nos fueron concedidos eran más o menos los mismos que el general Lincoln había obtenido en Charleston, y él mismo, habiendo sido canjeado, recibió la espada de Lord Cornwallis, pero de manos del general O'Hara, por hallarse enfermo su señoría. Marchamos entre dos largas filas, formadas por tropas francesas de aspecto muy cuidado, a un lado, y por americanos harapientos al otro, y apilamos nuestras armas. En represalia por las condiciones de Saratoga, no se nos permitió tocar una marcha francesa ni una americana. De modo que nuestra banda tocó, muy apropiadamente, *The World Turned Upside Down.*[8] Nuestras banderas iban enfundadas, no desplegadas, lo que permitió a dos oficiales nuestros -el capitán Peter y, si no me equivoco, el teniente Julian- quitar los estandartes de sus correspondientes astas y ocultarlos entre sus ropas. Los oficiales de campaña de la brigada del conde de St. Simon se dirigieron al capitán Apthorpe y lo elogiaron calurosamente por nuestra defensa del reducto en forma de estrella. Quedaron asombrados cuando supieron que ese día habíamos peleado contra una superioridad numérica de casi treinta a uno. Declararon al mismo tiempo que era un placer para ellos conversar así, tan agradablemente, con ingleses de distinción y sensibilidad, dirigiendo miradas severas a sus aliados americanos que desconocían casi por completo el "idioma *de* la civilización", o sea el francés. Al mismo tiempo el joven duque de Lanzun se dirigió al capitán Champagné para felicitarle por el magnífico comportamiento de sus fusileros montados en la escaramuza librada cerca de Gloucester. Estos cumplidos consolaron a nuestras gentes hasta cierto punto de la ignominia de la capitulación, ya que era la primera (y espero que la última) vez que los Reales Fusileros Galeses habían sido obligados a rendirse desde su fundación en 1689. Nuestras bajas, treinta y un hombres entre oficiales y tropa, nos habían convertido en el cuerpo de efectivos más reducidos de todo el ejército.

Entre los oficiales del ejército victorioso estallaron las rivalidades habituales. Un abanderado, de la división del marqués de La Fayette, estaba plantando la bandera americana en nuestro parapeto demolido a la vista de los tres ejércitos, cuando el mariscal de campo barón Steuben, instructor prusiano del general Washington, se le acercó al galope, se la arrebató de las manos y la plantó él mismo. Esta actitud provocó grandes risotadas entre nuestra gente, y gran escándalo y disputa entre las fuerzas enemigas. Un coronel americano retó a duelo al barón. Pero el general Washington intervino dejando triunfar a su instructor, pues el viejo barón estaba más familiarizado con las leyes de la guerra que el marqués de La Fayette. El barón estaba al mando en las trincheras enemigas cuando el tambor había tocado a parlamento, así que el honor de plantar la bandera le correspondía a él.

Por entonces mi mente había vuelto un poco a la normalidad, y naturalmente sentí curiosidad por ver al general George Washington, al que el ejército británico profesaba gran respeto por su paciencia, entereza y valentía, aunque muchos no podían soportarlo por su papel en el ajusticiamiento del pobre mayor André. Pude observarle en compañía de un grupo *de* altos oficiales franceses, con los que, sin embargo, no podía conversar en la lengua de ellos. Vestía con sencillez, pero montaba un magnífico caballo. Era de elevada estatura, pero no fornido; tenía la cara muy picada de viruelas y sus órbitas eran las más grandes que he visto en un hombre. Su expresión era severa, como la de una persona que durante muchos años ha luchado con éxito contra la malicia y la deslealtad de sus allegados, y contra los pecados de la soberbia y de la ira en sí mismo.

[8] "El mundo se puso patas arriba." (N *del T)*

15

Esta capitulación sería fatal para nuestra causa en América, a pesar de que teníamos todavía gran número de tropas destacadas en el continente, y a pesar de que el rey George, que recibió la mala noticia con gran entereza, optó por continuar la lucha a toda costa. Lord George Germaine finalmente dimitió, lo que significaba una ventaja para el país, al que había servido tan mal, siendo recompensado por sus servicios extraordinarios con un vizcondado. El conde de Sandwich, alias Jemmy Twitcher, detestado por todos, retuvo su cargo algunos meses más. (Pasó sus últimos días en soledad, pues dos años antes había perdido a su arrogante y ambiciosa, pero devota, compañera, Miss Ray, a quien un antiguo amante de ella, el reverendo James Hackman, mató a tiros de pistola junto a la entrada del Teatro del Covent Garden.) El gabinete declaró entonces que sólo debían realizarse operaciones defensivas contra los americanos, y en efecto, ya no tuvo lugar ninguna batalla de envergadura. El hecho era que estábamos librando simultáneamente varias guerras importantes, a saber: con los españoles en Gibraltar y Menorca, con las hordas inmensas de la India, con los holandeses en casi todos los mares de la tierra, y con los franceses en las Indias Occidentales y la India, además de la guerra en América. En esa época el poeta William Cowper escribió estos versos, muy ciertos y sentidos:

¡Pobre Inglaterra! Eres una corza desdichada,

que tiene todos los vicios menos el del miedo.

Las naciones te dan caza. Todos te persiguen como a una presa.

Te acosa la jauría, y tú permaneces

impávida, incólume.

Además, la neutralidad armada de Europa, una coalición compuesta por Rusia, Prusia, los países escandinavos y bálticos, Portugal, Turquía y en realidad casi toda Europa nos era hostil. Unía a esos países el compromiso común de resistir por la fuerza la "piratería" y la "codicia" de nuestra flota, cuando deteníamos y registrábamos barcos neutrales que transportaban municiones de guerra para nuestros numerosos enemigos.

La oposición clamó entonces por la retirada completa de todas nuestras fuerzas de América, para proteger mejor nuestras propias islas. Sí: y tal vez no nos habríamos visto metidos en tal situación si no hubiese sido por los cabecillas, que antepusieron los intereses partidarios al honor nacional. Sin que les importasen un bledo las vidas de nuestros pobres muchachos en América, habían fomentado en secreto la causa americana manteniendo una correspondencia traidora con el doctor Franklin y Mr. Silas Deane, como también por medio de informaciones falsas y libelos publicados en su prensa detractora. Pero, ¿dónde está el político que pueda erigirse en juez? De los conservadores, la mayoría de los que no eran simplemente haraganes e incompetentes en su deber eran unos bribones de siete suelas. Empleando las palabras de Shakespeare, uno podría lamentarse: "¡Una misma plaga en las dos casas!"

Era realmente penoso comprobar el empeño con que los escritores partidarios de la oposición insistían en la capitulación de Lord Cornwallis. Uno de ellos habló sin ambages del "orgullo de Lord Cornwallis". ¿De qué orgullo? Justamente lo contrario era el verdadero

carácter de su señoría. En esa campaña (hago estas afirmaciones basándome en mi experiencia personal) vivía como un soldado común. No pretendía ni aceptaba ninguna distinción; ni siquiera se permitió la de una tienda. Cuando un oficial querido es el blanco de ataques calumniosos, éstos no pueden dejar de provocar un resentimiento en la mente de todo viejo soldado, quien sabe que la verdad es todo lo contrario, pues la calumnia es algo que el temperamento militar no soporta y que la misericordia cristiana no perdona fácilmente. También Mr. Ramsay suele contar una bonita historia respecto a aquella ocasión: "El ujier del Congreso, un hombre de edad, murió repentinamente al enterarse de la captura del ejército de Lord Cornwallis. Todo el mundo atribuyó su muerte a una violenta emoción *de* alegría política." Mr. Ramsay me trae a la memoria el recuerdo de un famoso predicador republicano de Inglaterra, quien tuvo *el* gesto impío de tomar como tema estas palabras del buen anciano Simeón: "Señor, deja ahora a tu siervo partir en paz, puesto que mis ojos han visto tu Salvación", cuando predicó para celebrar la Revolución Francesa.

Es interesante recordar que la Revolución Americana fue el medio de introducir en Francia nuevas ideas de independencia que, encontrando arraigo entre la gente del pueblo, resultaron a la larga fatales para el régimen. Los jóvenes franceses del ejército de Newport que recorrieron América y fueron acogidos por un pueblo de campesinos vigorosos, hospitalarios, que se bastaban a sí mismos y eran reacios a todo gobierno, difundieron a su regreso a Europa, con gran entusiasmo, conceptos filantrópicos. En verdad, prendieron fuego a una caja de pólvora que hizo volar su propio polvorín en una explosión tremenda. Europa se habría salvado de treinta años de derramamiento de sangre si esos jóvenes filósofos revolucionarios hubiesen permanecido en la Corte. Dicen que el partido de la reina María Antonieta tuvo dificultades para imponer al desgraciado rey Luis XVI el tratado con América. Aunque no le repugnaba la idea de humillar a Gran Bretaña, lo consideraba un acto desleal, y cuando se le solicitó que lo sancionara mediante su firma, arrojó la pluma. Sin embargo, ante la repetida insistencia, cedió y firmó el documento, que indirectamente sería la sentencia de muerte para él mismo y su encantadora joven reina. Gran número de los altos oficiales ante los cuales desfilamos (entre ellos el duque de Lanzun) iban a morir, antes de que transcurrieran muchos años, bajo la cuchilla del instrumento inventado por el doctor Guillotin, o languidecerían durante años en la prisión; y entre la tropa había muchos destinados a ser sus jueces, carceleros y verdugos.

El mismo contagio arruinó también a la monarquía española, recibiendo así su merecido por haberse alineado contra nosotros.

Permítaseme agregar aquí, a título de curiosidad, el extracto de un discurso pronunciado en el Congreso, al recibirse la noticia de nuestra capitulación, por el célebre doctor Witherspoon, presidente del Nassau College de Princeton y el primer humanista de América. Quiero dejar bien claro, sin embargo, que debo oponerme a su ataque duro e injusto contra el general Washington, como también a su censura respecto al almirante Sir Thomas Graves (quien más tarde combatió con gran valentía bajo el almirante Howe en aquel glorioso Primero de Junio). En la batalla de Chesapeak, Sir Thomas hizo todo lo que cabía esperar de él; pero tuvo mala suerte. Sin embargo, el elogio que el doctor Witherspoon tributó a Lord Cornwallis está *de* acuerdo con la realidad y estoy seguro de que el discurso no resultará desprovisto de interés, ya que ilustra las disensiones y las incertidumbres que a la sazón caracterizaban la opinión pública americana.

Nos corresponde dar las gracias al Cielo por la victoria que acabamos de obtener, y si bien ésta fue lograda sobre un puñado de hombres, se trataba de fuerzas habituadas al triunfo y acaudilladas por un general que sobresale por su valentía no menos que por su prudencia; un general no igualado en coraje por el loco de Macedonia ni por el Fabio romano en lo que respecta a sabiduría y prudencia. La derrota no ha empañado su fama; pues le rodeó un poderoso ejército de tropas escogidas de Francia y de América, que contó con la ayuda de una

Librodot

escuadra formidable. Y para colmo de sus dificultades, fue atacado por el hambre en su campo.

Sería por mi parte un crimen guardar silencio en esta ocasión que ha llenado de regocijo a todos los corazones. Procurar a América libertad y felicidad siempre ha sido mi empeño desde que me incorporé a vuestro seno; esto me ha valido una serie de penalidades y he sufrido no poco daño en mis bienes y en mi reputación personal.

Ahora, señores, en el momento en que la victoria ilumina nuestras armas, aprovechemos la oportunidad para asegurarnos ventajosas condiciones de paz. Así sacaremos provecho del ejemplo de todos los estados sensatos que destacan en la Historia.

Habrá, tal vez, quien considere harto reprobable y agraviante para la dignidad de esta poderosa Confederación doblegarse y ofrecer condiciones de paz, cuando hemos conquistado tan magníficos laureles; pero si sopesamos todas las circunstancias de nuestra victoria, cuyo valor se ha exagerado, quizá todo hombre desapasionado comprenda más cabalmente la cordura de mi consejo.

Las tropas de Lord Cornwallis habían marchado audazmente por el corazón de nuestro país, teniendo que luchar, no sólo con bosques, ríos y pantanos, sino también con todas las fuerzas que nosotros pudimos enviar contra él, fuerzas que tenían una gran superioridad numérica sobre las suyas. En efecto, su ejército (se diría mejor su grupo de abastecimiento, pues no merece el calificativo de ejército) no poseía más de cuatro mil hombres; pero, no obstante sus efectivos reducidos, había sembrado el terror; hizo cundir la alarma incluso entre los hombres del general Washington y, por asombroso que parezca (!), sacó a ese valiente de su escondite (que parecía haber tomado en arriendo) al frente nada menos que de trece mil hombres, a los cuales había adiestrado durante esos últimos tres años en el manejo de las armas y enseñado a tomar por asalto fortalezas imaginarias en un campamento poderoso e inexpugnable donde a ningún enemigo se le ocurriría la idea de perturbar su sueño; y fue tal el pánico del héroe americano que ni aun al frente del grande y formidable ejército bajo su mando pudo decidirse a atacar un grupo de aprovisionamiento británico; no, primero debía estar seguro de que le precedían los franceses con ocho mil gendarmes, a modo de parapeto, para salvar a sus gallardas tropas cuyas vidas le han sido tan preciosas siempre. Y para completar su seguridad, ahí estaban, prontas a acudir a su llamada, esas treinta unidades de la escuadra, tripuladas por veinticinco mil marineros (la mitad de los cuales podían entrar en acción en tierra). ¡Santo Cielo! Si toda victoria, señores, ha de costarnos tan cara; si tenemos que enviar cincuenta mil hombres al campo de batalla para poder capturar a cuatro mil británicos agotados y medio muertos de hambre, debemos considerar muy remota la Independencia que tanto anhelamos: para conseguirla, si seguimos como hasta ahora, durante estos siete largos años, necesitaremos más que todas las riquezas de México y Perú juntas, y nuestras mujeres tendrán que dar a luz cuatro varones en un solo alumbramiento. ¡Oh espíritu intrépido del Cromwell inmortal, hasta qué punto se han enervado tus descendientes!

Señores, nuestro éxito, por más trivial e insignificante que sea, lo debemos al azar; no lo debemos a la vigilancia de nuestros aliados ni al poderío de nuestras armas, sino a la negligencia o cobardía del almirante británico, quien no se apoderó de Chesapeak cuando se le ofreció la gran oportunidad de hacerlo. Única y exclusivamente a este grave desatino hemos de atribuir nuestra buena fortuna. Pero, señores, aunque un comandante haya abandonado su puesto y traicionado los intereses de su país, ¿podemos suponer que su crimen no recibirá el castigo riguroso y ejemplar que merece? ¿Podemos esperar que nunca se despertará la venganza británica, sino que permanecerá adormecida para siempre? Cuando ese almirante culpable sea condenado a muerte, ¿creéis estúpidamente que su sucesor, temiendo por su propia vida, no aprenderá la lección? Sí, señores; hará un máximo esfuerzo y se apoderará de la bahía de Chesapeak, de la cual, como sabéis, depende nuestra suerte; pues una vez cerrada esta bahía, ¡adiós Virginia y Maryland, las fuentes de todos nuestros recursos, los objetivos que han seducido a vuestra grande y buena aliada a venir en vuestra ayuda! Entonces, un puñado de soldados británicos podrá hostigar a nuestros plantadores, asolar sus campos, que-

Librodot

mar su tabaco, destruir sus diques y bloquear los barcos que no puedan incendiar o apresar.

Es para mí una tarea penosa, señores, trazar ante vuestros ojos el cuadro real de vuestra situación; pero es el deber de un amigo vuestro. Quien os halaga en este momento terrible, os sonríe en la cara mientras que os apuñala por la espalda; trazando ante vosotros semejante cuadro se os podrá convencer de la necesidad de enviar inmediatamente emisarios que negocien la paz con Gran Bretaña. Admito que nuestros enemigos se hallan rodeados de peligro; una poderosa coalición se ha alzado en armas contra ellos. Pero no obstante poseer sólo un pedazo de tierra, la entereza, el empeño y denuedo de los británicos han asombrado al mundo. No están agotados, ni mucho menos; hasta ahora no han ido en busca de alianzas; solos y sin ayuda han tenido a raya a la coalición de sus enemigos. Gran Bretaña puede todavía hacer ofertas muy tentadoras a cualquier potentado que quiera atraer; domina nuestros puertos de mar, es suya la grande y rica colonia del Canadá, sus flotas han arribado de Quebec, del Báltico, de las Indias Occidentales y Orientales sin perder un solo barco, sus armas en Asia han logrado conquista tras conquista; y mientras retengan allí sus dominios tendrán a su disposición una fuente perenne de recursos. Ésta es la situación de nuestro enemigo, ¡e imaginaos cuán amenazadora será si suma a su escuadra, de por sí invencible, la de otra potencia!

Permitidme que haciendo mías las palabras del profeta Jeremías os pregunte: "Si has corrido con gentes a pie y te han extenuado, ¿cómo puedes entonces competir con caballos?" Una vez que vuestro enemigo haya acrecentado así su poderío, extremará su rigor para con vosotros, y en el paroxismo de su furia insistirá en vuestra sumisión, en vuestra sumisión incondicional. Para no desagradar a algunos de vosotros que calificáis de traidor al que os dice absolutas verdades, supóngase que todo lo que acabo de decir es exagerado; que Gran Bretaña está al borde del colapso. Dejad entonces que os haga estas preguntas: ¿Va en aumento vuestro poder y riqueza? Vuestro caso es lo contrario. Vuestras enfermedades, m_e apena decirlo, son incurables. ¿Dónde están vuestras numerosas flotas de buques mercantes que solían surcar el viejo océano? ¿Tenéis un solo barco para escoltar vuestros buques de carga o impedir su captura? ¿Tenéis mercaderías que exportar? ¿Qué ha sido de vuestros campos exuberantes y vuestras risueñas praderas? Desgraciadamente se han convertido en tierra desolada. Vuestro comercio se ha paralizado. Las primas de seguro para los contados barcos que se aventuran a hacerse a la mar, para no volver jamás, son tan exorbitantes y la paga de los marineros es tan alta (¡ya que tienen que elegir entre la muerte o un calabozo inglés!), que la ruina y la bancarrota han asumido proporciones tales que no existen palabras para describirlo. Pocos disfrutan de las comodidades, nadie de los lujos de la vida, salvo secretarios desleales, comisarios codiciosos y contratistas acaparadores. Éstos ciertamente se repantigan en sus carruajes, viven en suntuosos palacios, se rodean de un séquito de servidores y derrochan a más y mejor. "¡Maldito sea el miserable que deba su grandeza a la ruina de su país!"

¡Ojalá pudiera correr un velo sobre nuestras calamidades! Pero no lo permite mi afán de serviros. ¡No puedo menos de gritaros al oído que vuestra industria está arruinada; que vuestra pesca, esa escuela preciosa de marinos, fuente de todo lo que constituía nuestro orgullo, ya no existe! ¡Nuestros arados se han transformado en bayonetas, nuestros soldados se amotinan por falta de paga, nuestros plantadores se hallan reducidos a la mendicidad, y nuestros granjeros están arruinados! Os agobia la carga de los impuestos, no para redimiros de obligaciones, sino para mantener a los holgazanes, mimar a los soberbios, promover a bribones viles y taimados y tahúres disolutos a los más altos cargos del Estado, pagar ejércitos cuyos hombres tienen semblantes humanos pero corazones de liebres. Sí, son muchos: pero, ¿para qué nos sirven? ¿Por qué llamamos a nuestro país a soldados de sopa aguada?[9] ¿Es que los nuestros son unos cobardes? ¿No están bien adiestrados, después de tantos años pasados bailando al son de los pífanos y los tambores? ¿No están dispuestos a enfrentarse con el

[9] Es decir, los soldados franceses, que se alimentan de esa sopa. (R. L)

Librodot

enemigo cuando están en juego su religión y su libertad, cuando sus mujeres e hijos son masacrados ante sus ojos?

¡Oh, América! ¡América! ¡Estás arruinada y perdida irremisiblemente, condenada a la destrucción! ¡Al diablo con esa alianza francesa! Te veo postrada, implorando clemencia a los pies del monarca galo. Si Francia conquista a Gran Bretaña (¡lo que Dios no quiera permitir por vuestro bien!), tiemblo al pensar en la carga de miserias que se os echará encima. Ya los franceses os han arrebatado con malas artes Rhode Island, de donde, como de un volcán en erupción, se derramará fuego que incendiará vuestros barcos y convertirá vuestros puertos en montones de ruinas humeantes. ¡Ya me parece ver a los canadienses abalanzarse sobre vuestras posesiones en el Norte y a los franceses y españoles arrollar vuestras colonias del Sur! ¡Cual un impetuoso torrente lo barren todo en su camino! ¡E incluso vuestros propios hermanos, cuyas tierras habéis confiscado y a cuyos padres y hermanos habéis asesinado, se unen para labrar vuestra ruina! ¡Os veo convertidos en un desierto, a merced de los elementos implacables, clamando por un techo hospitalario que os resguarde de la tempestad! ¡Que el Cielo os preserve de la desventura y os disponga en favor de la paz! "¡Ésta es la hora señalada; éste es el día de la salvación!"

Librodot

16

Mis superiores se habían dado cuenta de que yo tenía ciertas aptitudes de médico, por los cuidados que prodigué a los heridos después de las batallas de Camden y de Guildford Court House, y me enviaron de York Town al hospital de Gloucester, un pueblo de sólo veinte casas, al otro lado del río, para atender a nuestros heridos, pues el médico del regimiento se hallaba enfermo. Los capitanes Champagné y Apthorpe, como también los oficiales más jóvenes, fueron muy amables cuando me despidieron, y me expresaron su profundo pesar porque a los sargentos no se les permitía, igual que a ellos mismos, regresar a Europa bajo palabra de honor. El adiós más conmovedor fue *el* del negro Jonás, cuya condición de esclavo le incluía en el equipaje que los términos de la capitulación permitían que los oficiales retuvieran. Iba a partir con ellos para Inglaterra como camarero de su mesa con el siguiente envío. Cuando se enteró de que debíamos separarnos, cayó a mis pies y balbuceó:

-Sargento Lamb, patrón, usted ser el mejor amigo que ha tenido el pobre negro Jonás. Usted librarme de la cabaña y hacerme negro militar muy orgulloso. Jonás no olvidar nunca al buen sargento Lamb, nunca hallar otro como él.

Sólo el capitán de Saumarez siguió con los hombres del regimiento, para protegerles contra atropellos mientras estuviesen en situación de prisioneros. Mis compañeros fueron llevados con las fuerzas restantes a Winchester, en el interior de Virginia.

Yo me quedé en el hospital de Gloucester por espacio de cinco semanas, transcurridas las cuales mis camaradas heridos habían sucumbido a sus heridas o estaban en franco período de recuperación. Un día me enviaron de vuelta a York Town, y fui a rezar ante la tumba de la pobre Kate. Estaba a dos pasos de la entrada del *boudoir* a prueba de bombas, que todavía estaba bellamente amueblado para el placer de ella y de Lord Cornwallis, y atraía a gran número de curiosos. Hubiera querido que el cuáquero Jonás estuviese también allí para orar conmigo; mi corazón estaba todavía anonadado y mudo.

Como el único remedio contra la melancolía es la acción, resolví escaparme otra vez de mis enemigos. Antes de pudrirme en un campo de prisioneros -que era la suerte que me esperaba en cuanto el hospital fuera trasladado de York Town- prefería arrostrar toda clase de penurias y peligros en las selvas de América como hombre libre. Rumiando en mi mente este plan me presenté al día siguiente, 28 de noviembre, ante el jefe médico y renuncié a mi puesto en el Hospital General, haciéndole saber que me proponía ir a Winchester a reunirme con la tropa. Se me pagó el saldo de la paga que se me debía por mis servicios en el hospital, o sea cuarenta chelines, y entregué mi peluca y mis charreteras, vistiéndome con las ropas de un soldado que ese día había muerto a causa de una herida. Metí en mi mochila camisas, calcetines y otros artículos necesarios, así como también aproximadamente media libra de harina, un poco de carne seca y una botellita de ron; pero esto debía ser sólo una reserva para casos de emergencia. Luego reflexioné sobre la forma de burlar a los centinelas franceses y americanos que vigilaban las barreras en el camino que conducía al Norte. Sería una empresa difícil; pero comprobé que tanto la guardia francesa como la americana eran relevadas a las diez de la mañana, y llegué a la conclusión de que el momento más propicio para eludirlas sería durante el relevo, que distraería su atención.

Mi conclusión resultó acertada. Encontré a la guardia francesa, compuesta de hombres de Soissons que lucían magníficos adornos color de rosa, más atenta a la ceremonia y el despliegue del relevo de la guardia que a su misión primordial, o sea impedir la fuga de los prisioneros. Coloqué una manta alrededor de mi uniforme y me senté en la barrera, aparentando ser un inofensivo espectador. Mientras la primera guardia era inspeccionada por un oficial antes de su relevo, y la segunda era arengada por otro -habiéndose retirado ya el centinela de la primera y no estando apostado todavía el de la segunda-, bajé al otro lado de la

Librodot

barrera y me fui por el camino de Rappahannock.

El método americano del relevo de la guardia era asimismo característico de la joven nación. A las diez debía ser relevada la primera guardia, que se iba exactamente a esa hora, confiando en que al cabo de pocos minutos llegaría la nueva guardia. Encontré el puesto desierto, crucé la barrera e inmediatamente me interné en el pinar enmarañado que flanqueaba el camino a la derecha.

Di un rodeo de más o menos una milla, con objeto de eludir el puesto avanzado establecido a una distancia conveniente para proteger el campamento contra un eventual ataque, y unas millas más allá me dirigí al camino. Desgraciadamente, como no sabía que al cabo de pocas millas el camino torcía bruscamente a la izquierda, no volví a alcanzarlo tan pronto como había esperado. La confusión y la alarma hicieron presa de mí y así me percaté de lo precario que era todavía mi estado de salud. La tarea de salir del enmarañado bosque donde me había metido se me antojó algo parecido a un trabajo que hubiera que realizar bajo el influjo de una pesadilla. Había por allí muchas lagunas que habrían parecido encantadoras a unos ojos románticos, pero que ofendían rudamente a los míos. Subí a una suave colina que se elevaba junto a una de ellas, justamente cuando se ponía el sol, pero no divisé nada aparte de bosque ininterrumpido; me castañeteaban los dientes a causa del frío que subía de la laguna.

Antes de caer la noche di con un tosco sendero que arrancaba de un claro donde últimamente se habían quemado algunos árboles para obtener alquitrán, y que me condujo a un grupo de casas de aspecto pobre, situadas cerca del camino que buscaba.

Fui hasta la casa más próxima y llamé a la puerta. Salió a abrirme un hombre rudo que se tambaleaba. Era tuerto y, según alcancé a ver a la luz de un gran fuego alimentado con madera de pino que ardía en la chimenea, tenía las uñas muy largas.

-¿Qué desea usted? -me preguntó con voz brusca. Todo él despedía un fuerte olor a aguardiente.

-Alojamiento para esta noche, si me hace el favor -contesté.

-¿Ves estos puños? -preguntó él, exhibiéndolos juntos-. Bonitos, ¿eh? Supongo que no te gustaría pelear conmigo, ¿verdad? Todo permitido. Mordiscos, romper costillas y saltar ojos es mi especialidad..., el otro día perdí yo mismo uno de los míos allá en Hob's Hole. Sin embargo, me gustaría arriesgar el otro en una buena pelea. Me apuesto la cabeza a que eres un hijo de perra escapado de Gloucester, ¿eh? ¡Vamos, cómo te atreves a asomar a mi puerta tu maldita cara, canalla! Vosotros los ingleses no sabéis pelear; lo único de que sois capaces es de pavonearos en las tabernas y los prostíbulos. ¿Quién os echó de las Carolinas, vamos a ver? El viejo general Marion, él y su legión patriótica, montando sus pobres rocines famélicos, con riendas de parra y sillas de piel de oveja. ¡Vaya si os hicieron correr como si os persiguiese el mismísimo diablo! Vamos, dime, ¿quieres pelear? ¿O prefieres que te agarre por el cuello y te arrastre de vuelta a Gloucester Point?

Desde el interior de la casa llegó una voz de mujer:

-Vamos, Joe, querido, ¿has de andar siempre buscando pelea? Quizá este hombre tiene un poco de metálico para pagar. ¡En estos tiempos no se puede pelear con dinero contante y sonante!

Naturalmente no admití encontrarme en posesión de moneda, para no ser despojado de ella con cualquier pretexto, y supliqué que me dieran alojamiento por caridad.

-¡Por caridad, eh! ¡No faltaba más! ¡Te has equivocado de puerta! -gritó la mujer, asomándose a su vez. Noté que era muy gorda, tuerta como su marido, y que la piel alrededor de su único ojo presentada magulladuras de color rojo, azul y amarillento. Tenía la cara abultada y cubierta de rasguños desde las mejillas hasta la barbilla-. ¡Por caridad, eh, pedazo de bruto! Los que no tienen dinero, que no viajen. ¡Lárgate!

Entonces se interpuso su marido, empujándola a un lado.

-No, quédate, pobre bastardo -dijo-. Vamos a pelear por el precio del alojamiento de una noche.

Le dije que no podía complacerle, pues era inexperto en la manera de pelear que se

estilaba por allí (en comparación con la cual el boxeo irlandés es un juego de señoritas) y que acababa de restablecerme de una grave enfermedad. Me llamó gallina y se precipitó hacia mí para darme un puntapié con sus botas toscamente claveteadas, pero tropezó en la penumbra con un perro y cayó en el barro cuan largo era.

Me disgustó la visión de esta pareja. Nunca había presenciado una pelea a la manera de Virginia, pero esta clase de luchas me había sido descrita como un combate de fieras. Los aficionados a este deporte, que naturalmente eran sin excepción hombres de baja estofa, se jactaban de su habilidad de¸ vaciarle un ojo a su contrincante. Para llevar a cabo tan horrible operación, el luchador enrollaba en torno de los dedos índices los largos cabellos laterales del adversario y luego aplicaba los pulgares a la base de las órbitas. Y, lo que era aún peor que todo eso, aquellos miserables hacían lo posible por castrarse mutuamente.

Volví a internarme en el bosque, sintiendo náuseas, con el ánimo abatido y la cabeza dándome vueltas como en aquel instante en que el obús había estallado sobre mí; así que apenas fui capaz de decidir el rumbo que debía tomar. Como hacía un frío cada vez más intenso y soplaba un fuerte viento del Norte, hice un esfuerzo desesperado y me arrastré hasta la puerta de una casa que quedaba a unos centenares de yardas de distancia. Por el resquicio de un postigo vi a una mujer de aspecto severo, que tendría unos treinta años, sentada a una mesa con un grupo de niños a su alrededor. Les estaba sirviendo un plato de arroz y tocino, y de un jarro vertía a cada uno una taza de leche.

Llamé a la puerta y ella me hizo pasar.

-¿Qué desea usted? -preguntó.

-Por favor, señora, sólo algún rincón de su casa donde pasar la noche. Hace poco estuve enfermo y me he extraviado en el camino. Me dirigió una mirada muy severa y dijo:

-¿Cómo puede usted esperar tal favor de mí, ni de ninguna mujer de Virginia, cuando se ve que ha venido de Inglaterra a destruir nuestro país?

-En verdad, señora -contesté muy humildemente-, está usted equivocada. En mi vida he estado en Inglaterra. Fui enviado desde Irlanda para proteger las tierras del Canadá contra una invasión, no provocada, *de* los americanos.

Al oír esto ella pareció alarmarse. Continué:

-Pero ya sabe usted lo que es la guerra, señora: una campaña conduce a otra. Al menos me he abstenido siempre de saquear y hacer daño a civiles, y he obedecido a mis superiores, como es el deber de todo soldado.

Una chiquilla se deslizó de su silla y vino hasta mí.

-Tengo un pajarito colorado en una jaula -me dijo-. Es muy listo, ¿sabe? Come las migas que le doy. Venga a verlo, buen hombre.

-Niña, vuelve en seguida a la mesa -ordenó la madre en tono severo, pero complacida.

-Entonces, *le* enseñaré mi pajarito más tarde a este pobre hombre -dijo la criatura con voz grave.

-Su hija tiene muy buen corazón -observé-. Sabe que soy desgraciado y quiere hacer lo que puede para alegrarme.

Casi con enojo, la mujer me sirvió un poco de arroz con un pedacito de tocino y me arrimó una silla.

-Coma usted -me ordenó, y obedecí.

Luego colocó delante de mí un jarro de estaño lleno de sidra.

-Beba usted -ordenó, y obedecí.

-Me llamo Henrietta -dijo la chiquilla-. Mis hermanos me provocan llamándome Etta. ¿Cómo se llama usted?

Le dije que me llamaba Roger Lamb y ella se limitó a reír. Los demás niños estaban cohibidos y no dijeron palabra. La mujer empezó a hacerme preguntas sobre Irlanda, que traté

de contestar con toda la amplitud posible. Mientras estábamos conversando entró su marido con una gavilla de leña a cuestas, que arrojó al suelo. Era un hombre alto y recio, de aspecto decente.

-¿Quién es ese hombre? -preguntó.

-Un rezagado del ejército de Lord Cornwallis -contesté-. Un cíclope y su mujer me han negado alojamiento allí, al lado del camino, a pesar de que apenas podía mantenerme en pie de debilidad. Pero su buena esposa ha sido muy gentil conmigo.

El hombre reflexionó un instante.

-Yo serví con Dan Morgan en el Canadá -dijo luego-. Pero sólo veinticinco hombres de todo nuestro regimiento volvieron a casa. Los sufrimientos que padecí aquel año están grabados para siempre en mi memoria. Sería en verdad cruel echarle de mi casa en una noche tan rigurosa como ésta. Puede quedarse aquí. Mujer, ve y trae un poco de paja del granero y échala allí, junto al fuego.

Ella obedeció y su marido y yo conversamos amigablemente, como dos camaradas, sobre las penurias y crueldades de la guerra; de vez en cuando intervenía la mujer, expresándose en términos muy duros respecto a la alianza con los franceses. Dijo que en Alexandria, rumbo a esa región, los oficiales franceses habían bailado minués con varias hermosas damas americanas en medio del campamento, y que nada había que objetar a eso, aunque a ella no le gustaba el baile. Pero los cochinos soldados franceses, que miraban el baile formando un amplio círculo, se habían desprendido de sus ropas a causa del calor, y permanecieron vestidos tan sólo con sus camisas, que no eran largas ni estaban en buenas condiciones.

-Además -continuó-, los oficiales mismos eran unos pícaros y desvergonzados. Cada uno de ellos traía un elegante surtido de cintas de color, de París, de esas que nuestras damas de Virginia prenden en sus cofias, con las que confiaban comprar el honor de las muchachas de las mejores familias de la región.

El marido observó juiciosamente:

-Ciertamente espero, mujer, que habrán reconocido su error. Pero, ya sabes, cuando unas muchachas así se encuentran con oficiales dé alta graduación y alcurnia, "no hay cordura por debajo de la cintura", como dice *el* refrán.

-Vamos, hombre -exclamó ella, indignada-, ¡qué lenguaje empleas en presencia de un extraño!

Antes de retirarme a descansar, el buen hombre me mostró dos cueros cabelludos de indios cherokees, bien preparados y montados en bastidores, que había arrancado como venganza por el asesinato del hermano de su esposa. Dormí como un santo y me desperté muy repuesto. Obsequié a los niños con algunas cositas: uno recibió un trozo de tiza, otro un botón del uniforme de fusilero, y la pequeña Henrietta un billete de Virginia de dieciocho peniques (según creo), más o menos. Estaba impreso en el papel de plata que emplean los sombrereros ingleses; un cargamento de ese papel había sido apresado por un corsario americano y convertido en papel moneda por la Asamblea de Virginia, por ser difícil de falsificar. La moneda de tabaco, la del Congreso y la de la Asamblea anterior eran a la sazón todas muy sospechosas a causa de las resmas de moneda falsa que los americanos leales habían puesto en circulación. Los niños y sus padres parecieron muy complacidos con mis regalos, y, tras un desayuno a base de leche y potaje, me despedí de ellos con un cálido sentimiento de gratitud, dispuesto a seguir viaje después de ese descanso.

Henrietta me dio un beso de despedida, y andando por el camino pensé con cariño que mi hija perdida tendría entonces la misma edad que aquella simpática criatura, o sea cuatro años y pico.

Ese día, 29 de noviembre, caminé con brío por el camino principal, que era arenoso, sin que nada interrumpiera mi marcha; dos días antes, un grupo de convalecientes había pasado por allí desde el hospital y la gente suponía que yo me había rezagado y trataba ahora de

darles alcance.

Llegué al río Rancatank, en un lugar denominado Turk's Ferry, donde un negro que se disponía a llevar varios magníficos cerdos a la otra orilla me ofreció pasaje gratuito en su *scowl,* o bote de quilla plana, a cambio de mi promesa de ayudarle a cuidar de su inquieta piara. Como el hijo pródigo de la parábola, ese negro agotado envidiaba a sus cerdos.

"Ese caballero Bockarorra -me dijo, refiriéndose al plantador blanco-, hacer trabajar al pobre hombre negro, hacer trabajar al caballo, hacer trabajar al buey, hacer trabajar a todos, menos al cerdo. El cerdo no trabajar; él comer y beber y brincar y dormir a gusto, el viejo cerdo vivir como caballero."

Por la noche llegué al pueblo de Urbanna, junto al río Rappahannock, a más de cuarenta millas de Gloucester Point.

Entré con audacia en la ciudad, insistiendo en mi condición de convaleciente rezagado que la gente que se me cruzó en el camino me había atribuido, juzgando con su mirada escrutadora mi situación e intenciones. Llegué a un gran edificio que resultó ser una fonda, y fui abordado por un caballero fornido y de rostro colorado, vestido con un vistoso chaleco, y que estaba sentado en una silla en el porche:

-¡Eh, soldado, en esta casa hay mucho espacio y mucha bebida para hombres como usted!

-¿Cómo para un hombre como yo? -pregunté.

Él se echó a reír.

-Tiene cara de inocente -dijo-, pero a mí no me engaña. Me consta que anda usted buscando patrón.

-No le entiendo -dije.

-Entonces le voy a hablar claro -dijo él-. Hay en mi casa muchos como usted que están decididos a quedarse en el país. Han entrado al servicio de distintos caballeros. ¿Por qué no imita su ejemplo? Le tratarán bien, y dentro de poco tiempo puede llegar a ser ciudadano americano.

Le di las gracias y me pareció conveniente entrar, pues no quería ofenderle por temor de que se pusiera al descubierto mi verdadera condición.

En el porche había un cartel que decía:

Camas a cuatro peniques por noche.

A seis peniques, incluyendo la cena.

No se admiten más de cinco para dormir en una cama.

No se permite acostarse con

las botas puestas.

No se admiten perros en los dormitorios.

No se permite beber en la cocina.

Los forasteros de Nueva Inglaterra deben pagar por adelantado.

Dentro encontré a unos cuarenta soldados británicos, ninguno de ellos de mi propio regimiento, pero sí uno del Treinta y Tres, quienes habían entrado al servicio de distintos caballeros de la comarca como mecánicos, criados, capataces, etc. Cada plantación en Virginia semejaba una pequeña aldea, y tenía establecidas por entonces varias nuevas

Librodot

industrias, utilizando esclavos para reemplazar los artículos manufacturados que antes se importaban *de* Inglaterra. Sastres, alfareros, tejedores, herreros, etc. eran, pues, de gran utilidad para los plantadores. Esos soldados me instaron a seguir su ejemplo antes que ser llevado a un campamento de prisioneros en tierra desolada; pero esta idea me repugnaba.

Hacia medianoche entró una persona *de* ojos penetrantes que llevaba un sombrero de ala ancha y, en la mano, un bastón con puño de plata. Se presentó como abogado y amigo íntimo del famoso señor Daniel Boone, de Bridnorth, Somersetshire, quien en 1759 había ido hacia el Oeste cruzando los Montes Alleghany y llegado a ser un admirador entusiasta del territorio que encontró al otro lado de la cordillera, llamado Kentucky. Esta elocuente persona me llevó a un rincón y me ponderó la diversidad y maravillas de la naturaleza en aquel glorioso clima de Kentucky, sus frutas y flores de magníficos colores, formas hermosas y perfume exquisito, la abundancia de venados, el suelo fértil, el enorme y majestuoso Ohio que corre por las llanuras con inconcebible grandeza, y las montañas lejanas cuyas venerables cumbres perforan las nubes. Me informó que justo antes de estallar la guerra el señor Boone había establecido su primer asentamiento en esa tierra privilegiada aunque olvidada; allí había entrado en lucha cruenta con los indios, que dieron muerte a dos hijos y dos hermanos suyos. Ahora, empero, "la paz coronaba las sombras selváticas", pues el señor Boone había sido reforzado por gran número de colonos que con sus familias habían cruzado las montañas para eludir las exacciones del Congreso y las incursiones de los soldados del rey George.

Manifesté que su relato era interesante y que creía que su descripción se ajustaba a la realidad de los hechos..., aunque para algunos pudiese resultar grandemente exagerada. Mis palabras parecieron ofenderle un poco y comenzó una encendida perorata que se parecía a la de un sargento de reclutamiento en busca de "muchachos guapos que quieran abrazar la carrera militar". Terminó ofreciéndome gratis y sin comisión un vale por trescientos acres de tierra rica y profunda, en una zona fértil a orillas del Ohio:

-Si ésta no era una oferta magnífica... -dijo.

Le pregunté qué trampa se escondía bajo este cebo.

Me aseguró solemnemente que no se trataba de ninguna trampa; que el señor Boone necesitaba hombres valientes y fuertes para afianzar la joven colonia, que pronto habría de ser un nuevo estado que enviaría sus propios representantes al Congreso, y que por eso ofrecía tierra gratis a posibles colonos con objeto de aumentar la prosperidad de la colonia.

Aquí creí oportuno hacerme un poco el gracioso, y pregunté a ese sargento de reclutamiento si no era cierto que los indios secuestraban a los hombres blancos, los asaban a fuego lento y luego los cortaban en pedazos, como uno va cortando rodajas de un jamón de Virginia.

Al oír eso me preguntó si yo era un cobarde.

Por toda respuesta recité parodiando una canción de la comedia *El sargento de reclutamiento,* de Mr. Bickerstaffe:

Ay, ay, buenos días, señor abogado, no hace falta, por ahora, que se detenga en su camino. Me parece que se ha ido mi afición por Kentucky. Cuando vuelva no dejaré de hacérselo saber.

Esta declamación provocó las risotadas de mis compañeros, y el caballero de Kentucky se puso furioso y salió con precipitación. Di a los soldados las buenas noches y pronto me dormí profundamente.

A primeras horas de la mañana siguiente vinieron los nuevos patronos de los soldados, con caballos, y se los llevaron. Yo me refugié en el retrete para eludir toda oferta de odioso

Librodot

servicio.

Cuando todos se hubieron marchado me dispuse a pagar mi cuenta, pero el posadero, que era coronel de la milicia, rechazó mi dinero con un ademán al tiempo que decía:

– Vamos, creía que había tomado usted las de Villadiego! Usted es el sargento Lamb del Veintitrés, ¿no es cierto? Un conocido suyo del Treinta y Tres le atribuye muchos méritos. Dice que tiene una letra muy buena y que sabe mucho de cuentas.

-Sí, señor -contesté-, puedo decir que es verdad. Si desea usted encargarme alguna tarea en este sentido, tendré mucho gusto en cumplirla inmediatamente. Ha sido usted muy hospitalario conmigo.

-Pues bien -dijo él-, voy a hacerle una proposición. Me dicen que usted es irlandés. Yo voy a construir una escuela para usted e instalarlo todo lo bien que me sea posible, y usted se quedará aquí y enseñará a los niños de Urbanna, que durante estos tres años han estado descuidados y hasta se han olvidado del abecedario. Tendrá comida gratis en esta casa y diez dólares al mes.

Todo mi ser se agitó ante esta proposición, tanto más cuanto que, si bien era algo deshonroso para un soldado, el que la hacía, a diferencia del astuto abogado de Kentucky, era evidentemente un hombre de espíritu liberal y filantrópico. Reprimiendo mi indignación balbucí cuanta excusa plausible se me ocurrió; luego, a pesar de que hacía un tiempo lluvioso y me sentía muy mal, abandoné al instante la casa. Al despedirme insistí en pagar mi cuenta, pero él se negó a retirar lo dicho y meneó la cabeza diciéndome que era un "tipo orgulloso que no sabía lo que me convenía".

Más allá de Urbanna el país era de pobre aspecto. El camino, que era llano y muy arenoso, corría millas y millas a través de bosques de robles, pinos y cedros; había varios puentes sobre arroyos y senderos a través de pantanos donde abundaba la agachadiza. Tras recorrer algunas millas por el camino alcancé a un tal sargento Macleod, del Setenta y Uno, que era conocido mío, y a un tambor de mi propia compañía, de nombre Darby Kelly. Ellos eran en realidad lo que yo era tan sólo en ficción, o sea rezagados del grupo de convalecientes. El tambor Kelly tenía una herida en la pierna y el sargento Macleod, hombre muy intrépido y emprendedor, había estado a punto de morir de fiebre amarilla. A la pregunta del sargento de cómo era que yo andaba por allí, contesté:

-Me he evadido y voy camino de Nueva York. Ya lo hice una vez, después de la capitulación en Saratoga, junto con dos compañeros, y si Dios quiere lo repetiré. ¿Quieren ustedes acompañarme?

El sargento Macleod contestó solemnemente, con ese hablar lento y fuerte de los escoceses:

-Usted sabe muy bien, sargento Lamb, cuán arraigado está el amor a la libertad en el corazón de un hombre. Pero aunque es muy fácil alardear de abrirse paso a través de quinientas o seiscientas millas de tierra poblada de enemigos, no veo cómo se puede hacer en realidad.

-Con un corazón firme y fe en el espíritu humanitario de los mejores elementos del pueblo americano -contesté-; particularmente de las mujeres.

Cuando hice el relato de mis experiencias anteriores, el sargento Macleod quedó convencido de que yo no estaba alardeando, y tanto él como Kelly decidieron unir su suerte a la mía. Pasamos esa noche ocultos en una pila de heno cerca de Hob's Hole, o Tappahannock, a veinticinco millas más allá de Urbanna. Era un pueblo de aspecto triste que tenía unas cien casas. Al rayar el alba reanudamos la marcha, y encontramos a un mulato, vendedor ambulante de pescado. Cuando topamos con él estaba pregonando con voz melodiosa:

¡Pescado! ¡Pescadito! ¡Lenguado y perca!

Librodot

Filetes de tiburón, para quien le guste;

pez espada, para quien se atreva con él.

¡Pescado! ¡Pescadito!

Le compramos filetes de tiburón, que era todo cuanto tenía para vender. Nos informó que en el río Rappahannock, que allí tenía tres cuartos de milla de ancho, abundaban los tiburones, que los negros capturaban con fuertes ganchos cebados con carne de tiburón y luego mataban a arponazos. Asamos los filetes en palos sobre un fuego de ramas de pino, y fueron un manjar exquisito para nuestros estómagos.

A la mañana siguiente iniciamos confiadamente nuestra marcha, pero al poco rato, el tambor Kelly se quejó diciendo que no podía seguir nuestro paso. Cuando hicimos un breve alto dijo, presa de profundo desaliento:

-Sabéis muy bien que *es* imposible llevar a buen término nuestra huida. Por mi parte, no quiero seguiros más hacia el frío Norte. Quiero quedarme aquí y descansar después de tantas penurias. Hob's Hole no es un lugar tan malo; no tengo la menor duda de que encontraré allí algún empleo.

Fueron vanos todos los argumentos con los que tratamos de hacerle cambiar de parecer, así que le dejamos sentado en el borde *del* camino. Al reanudar la marcha, el sargento Macleod observó con exasperación:

-A ningún tambor entrenado ha de faltarle empleo en este clima bochornoso, donde nadie trabaja de buen grado si no es azotado a menudo y científicamente.

-El tambor Kelly tenía una puntería terrible para azotar -contesté-, y verle pasarse lentamente el látigo por la mano izquierda antes de pegar era el terror de todos nuestros delincuentes cuyas heridas todavía escocían. Realmente, es extraño que un hombre tan despiadado con los otros sea tan sensible al propio dolor.

El cauce del río se iba estrechando. Esa misma noche llegamos a un lugar llamado Port Royal, sin nada digno *de* mención aparte de las hediondas emanaciones de la ribera; estábamos entonces a una jornada de Fredericksburg, el centro tabaquero. Pasamos la noche en el secadero de una plantación abandonada. Habíamos encontrado en el barro del camino un montón *de* arroz caído de algún carro; lo lavamos y nos preparamos una comida mezclándolo con bayas de la hierba carmín y algunos filetes de tiburón que habíamos guardado.

Al día siguiente, saliendo de Port Royal, alcanzamos un magnífico carro del tipo denominado Conestoga, nombre *de* una ciudad de Pensilvania, donde los construían los holandeses. La parte de abajo estaba pintada de azul y la de arriba de un rojo vivo. Lo cubría un toldo de tela de algodón embreado, reforzado por aros. El carro iba lleno de bolsas.

El carretero montaba uno de sus caballos de tiro; era un viejo de cara chata y muy colorada. Supimos más tarde que lo apodaban

Sops-in-Wine, nombre de una manzana (llamada *pomme caille* en el Canadá) cuya pulpa es colorada hasta la misma pepita y extraordinariamente dulce. Nos abordó diciendo:

-Eh, muchachos, ¿adónde van ustedes?

Le contestamos:

-A Winchester.

-No son ustedes de esos que se venden a los caballeros de por aquí, ¿eh?

-No, señor -contesté, sonriendo-. No estamos en venta. ¿Quería usted hacer una oferta?

Por toda respuesta el hombre señaló con su látigo la otra orilla del río y preguntó:

-¿Saben ustedes cómo se llama la tierra que hay al otro lado? Le dijimos que no lo

sabíamos.

-Pues bien -dijo él-, es *el* condado del Rey George, que se extiende hasta unas siete millas desde aquí. "Dios bendiga al rey George", digo yo, y los que me oyen pueden creer, si quieren, que estoy bendiciendo sólo al condado.

Nos dimos cuenta por sus palabras de que era un leal, y en consecuencia le preguntamos si podríamos viajar escondidos en su carro. Nos dijo que no tendría inconveniente en llevarnos tan lejos como quisiéramos en dirección a Filadelfia, donde residía su patrón, el cuáquero señor Benezet. Hacía tres meses había ido al Sur pisando los talones al ejército francés, con un cargamento de hojalatería, cuchillería, géneros y otros artículos manufacturados en Nueva Inglaterra, y regresaba ahora con arroz, índigo, limones y tabaco vía Frederick Town, en Maryland, y Little York, en Pensilvania. Otros cuatro carros del mismo convoy marchaban una milla más adelante. Aceptamos gustosos su ofrecimiento de protección y le prometimos dos chelines por día en metálico por el transporte, comprometiéndose él a alimentarnos con pan de maíz y tocino frío.

Al cabo de una o dos horas pasamos junto al grupo de convalecientes británicos, que descansaban al borde del camino, pero preferimos no saludarlos.

Viajamos sin ser descubiertos por espacio de cinco días, ocultos entre las bolsas de la parte trasera del carro y sin ver nada del país por el cual pasábamos. No salíamos tampoco de nuestro escondite cuando el señor *Sops-in-Wine* almorzaba con los demás miembros del convoy.

Era el carro un medio de transporte confortable. Con sorpresa comprobé que, en vez de grasa, nuestro protector usaba para los ejes esteatita pulverizada; la misma sustancia pálida y grasienta que empleaban los pieles rojas para hacer sus *calumets* huecos y otros instrumentos ornamentales. Cruzamos el río Rappahannock en Fredericksburg, siendo llevados a la otra orilla en una barca chata que provocó las maldiciones de nuestro protector, quien declaró que era peligrosa y hacía agua.

Pasamos por Colchester y cruzamos el río Potomack en Alexandria, donde había una gran fábrica de vidrio y las mujeres iban más elegantemente vestidas que en cualquier otra ciudad de América, particularmente en lo que respecta a cofias guarnecidas con plumas. Nos hallábamos ahora en el estado católico de Maryland. Al quinto día nos salió desgraciadamente al paso un soldado del ejército continental americano, quien en York Town había sido herido en un pie y caminaba cojeando apoyado en un palo. Dijo que se dirigía a Frederick Town. Nuestro carro encabezaba aquel día el convoy y el carretero no se atrevió a negarle un lugar en el carro. Era un hombre locuaz y bien informado, y al oír la forma en que abordó a nuestro protector consideramos conveniente salir de nuestro escondite antes de que él subiera al carro. No quiero tratar aquí de recordar con exactitud su modo de dirigirnos la palabra, pero fue de lo más oprobioso y nos dijo que los suyos nos habían dado una buena paliza en York Town y, "¿quiénes eran ahora los cobardes, nosotros o ellos?". Le dijimos que nunca habíamos tildado de cobardes a los americanos; pero él nos apuntó con el índice al tiempo que gritaba:

-¡Me lo imagino! ¡Me lo imagino!

El sargento Macleod pensó que era mejor informar a ese soldado que habíamos estado enfermos y por eso nos quedamos rezagados en el camino; y que éramos miembros de un grupo que había partido de York Town hacia Frederick Town y con el cual íbamos ahora a reunirnos de nuevo. Pero él se limitó a contestar con una sonrisa de conocedor:

-¡Ajá! ¡Me lo imagino, cangrejos, me lo imagino!

Esto desbarataba por el momento nuestro plan. Nos acercábamos rápidamente a Frederick Town, por cuya ciudad no podríamos pasar escondidos en el carro a causa del soldado americano. Así que, cuando estábamos a unas seis millas de la ciudad, consideramos más conveniente para nuestros propios intereses y más decente para con el señor *Sops-in-Wine* dejar el carro y atravesar la ciudad a pie, confiando en la inspiración del momento para hacer frente a cualquier pregunta molesta. Eso ocurrió el 10 de diciembre de 1781. Antes de abandonarnos, el buen carretero prometió que nos esperaría unas millas más allá de la ciudad.

Librodot

Pero si cumplió su promesa, esperó en vano.

Cruzamos el río Little Monocaccy por un vado donde las piedras estaban muy sueltas; la corriente era muy rápida y el agua nos llegaba hasta el pecho. Cuatro millas más allá llegamos a Frederick Town, que era una ciudad importante, construida principalmente *de* ladrillos y piedra, con varias iglesias y habitada por casi dos mil alemanes. No bien entramos, el soldado americano dio a nuestras espaldas la voz de alarma. Había obligado a azuzar los caballos para darnos alcance, pues nosotros caminábamos con rapidez, y ahora gritó a viva voz a los dos guardias apostados junto a la entrada de la calle principal:

-¡Eh, hermanos, ahí van dos pájaros más para la jaula! Querían engañarme, ¡pero yo soy demasiado listo para esos hijos de la gran perra!

Fuimos apresados y conducidos triunfalmente por la ciudad; detrás de cada uno de nosotros iban dos guardias sujetando con una mano una de nuestras muñecas y con la otra un hombro. Allí los hombres del Setenta y Uno, que al capitular eran doscientos cuarenta y ocho en número, pero quedaban sólo doscientos a causa de las enfermedades y deserciones, estaban recluidos en cobertizos junto con algunos otros regimientos. Nos metieron entre ellos y nos encontramos en una situación muy lamentable: casi cincuenta soldados británicos estaban hacinados en un lugar que había sido construido para el alojamiento de ocho americanos. Es verdad que disponíamos de amplio espacio para pasearnos durante el día, pero como hacía ya mucho frío, muy pocos hacían uso de este privilegio, y la habitación, si bien era cálida, se volvió fétida hasta un grado nauseabundo.

El sargento Macleod se volvió hacia mí exclamando:

-Me imagino, sargento Lamb, que no piensa usted quedarse aquí muchos días, ¿eh?

-Claro que no -contesté-. La salud de mis pulmones vale para mí más que la compañía de mis compañeros de infortunio.

Librodot

17

Rodeaban los cuarteles y el paseo público de Frederick Town numerosos centinelas; pero antes de tratar de encontrar un eslabón débil en esta cadena, el sargento Macleod y yo nos propusimos ensayar otro plan. Nos enteramos de que se enviaban con frecuencia pequeñas partidas de prisioneros, con fuerte escolta, para recoger leña. Pronto persuadimos al sargento intendente del Setenta y Uno, quien tenía a su cargo nuestra cabaña, de que nos incorporase a la siguiente partida, que debía salir el 12 de diciembre. Luego tratamos de inducir al mayor número posible de los que componían el grupo a arriesgarse y huir con nosotros. Pero sólo uno de ellos, un soldado raso que también se apellidaba Macleod, se declaró dispuesto a ello.

Cuando llegó el día en cuestión, aguardé presa de gran tensión nerviosa la llamada para salir a desempeñar nuestra tarea. Primero vacié mi mochila y distribuí mis efectos menos necesarios entre mis camaradas, pero me puse tres camisas, metí mi par de zapatos de repuesto en el bolsillo, me envolví en la manta y cogí mi hacha.

A las diez llegamos al bosque, situado a media milla de nuestro lugar de reclusión, y nos pusimos inmediatamente a talar árboles. Los dos Macleod se mantenían a mi lado, y entre los tres derribamos un pino y lo partimos en trozos. Luego dije a uno de nuestros guardianes:

-La madera de pino da un fuego vivo, pero se consume en muy poco tiempo. ¿Nos dejaría a mí y a mis compañeros talar aquel magnífico arce que está ahí cerca?

El guardia accedió pero, con esa rudeza que siempre caracteriza al hombre vulgar cuando está investido de alguna autoridad, nos detalló varias cosas desagradables que de todos modos podríamos hacer con la madera, una vez cortada en pequeños pedazos. Juntos nos encaminamos al arce, aparentando indiferencia, y con el fin de no despertar sospechas empezamos a discutir a gritos acerca de la mejor manera de talarlo; luego nos pusimos a trabajar, sin perder de vista al guardián.

Cuando por fin éste se volvió para vigilar a los otros prisioneros, aprovechamos la oportunidad y nos metimos corriendo en lo más espeso del bosque. La ansiedad y la esperanza, que más o menos se contrarrestaban en nuestro ánimo, eran las dos alas que impulsaban nuestra huida. Nuestros guardianes tendrían que ser capaces de correr como gacelas para darnos alcance. Seguimos corriendo hacia adelante por el bosque hasta que me pareció que habían transcurrido unas dos horas, deteniéndonos apenas para tomar aliento. Tomamos rumbo al Norte. Finalmente, nos pareció que podíamos caminar sin peligro y continuamos nuestra marcha durante otras tres horas o más, caminando y corriendo alternativamente, hasta que llegamos al río Great Monocaccy justo aguas abajo del Bennet's Creek. Allí pagamos nuestro pasaje a un viejo barquero y cruzamos a la otra orilla sin ser examinados, pues las mantas en que íbamos envueltos ocultaban nuestros uniformes y nos daban una apariencia de indios más que de soldados británicos.

Pero una vez más la suerte nos abandonó. Estábamos cruzando un bosque, cuando de pronto topamos con una partida de americanos armados, que nos rodearon inmediatamente y nos llevaron en calidad de presos de regreso a Frederick Town, que era su punto de destino. Se burlaron en forma amistosa de nuestra locura al querer escapar sin conocer el terreno. Pero luego la cosa se puso más fea. Al entrar en la ciudad, al caer la noche, con los pies doloridos, un hombre que haraganeaba en el porche de una taberna gritó:

-Que me cuelguen si no es otra vez ese infatigable sargento Gerry Lamb. En eso de escapar se pinta solo. Se escapó del ejército de la Convención cerca de Fishkill Creek, cuando yo servía en el cuerpo de ingenieros, y llegó a Nueva York. La semana pasada lo vi cuando lo traían preso a esta ciudad después de haberse escapado del hospital de Gloucester. Mucho ojo con él, soldados, o les va a engañar otra vez. Corre como si tuviese alas, ese Gerry Lamb.

El hombre, que era un desertor, estaba ebrio, y quizá no tenía malas intenciones; pero

Librodot

los soldados le prestaron atención y me entregaron a la guardia del campamento como hombre de cuidado.

El sargento Macleod y el soldado del mismo apellido fueron separados de mí; los devolvieron a su regimiento, en tanto que yo fui enviado preso al cuartel de la guardia americana.

Hacía un frío intensísimo y el cuartel de la guardia era un blocao abierto por el cual entraban libremente la nieve y el frío. Con grandes dificultades conseguí que un guardia, por seis peniques, me trajera un poco de paja sobre la que pudiera acostarme en un rincón. Pero no tardé en comprobar que mi estancia allí sería muy dura; pues cada vez que los guardias descubrían que me había dormido, prendían fuego a la paja, y al arder ésta proferían alaridos como los indios, regocijándose ante mi apuro y mofándose de mis esfuerzos por apagar las llamas. A la hora del relevo me tomaba a veces la libertad de arrimarme al fuego para calentar mis miembros medio congelados; pero esta satisfacción duraba poco, pues cuando los centinelas eran relevados entraban rápidamente en el cuartel de la guardia y, si me encontraban cerca del fuego, solían atacarme a golpes, y a lo mejor una docena de bayonetas caladas apuntaban a un tiempo a mi pecho. Cuando me di cuenta de que no podría esperar piedad de aquellos salvajes, y que cada día me trataban peor, escribí una carta al comandante en jefe americano. En dicha carta, que entregué al teniente que inspeccionaba la guardia, informé al comandante sobre el trato que recibía a diario y le solicité que me trasladara a la cárcel de la ciudad.

Esta petición me fue concedida tres días antes de Navidad, pero no por eso mejoró mi situación. Se me quitó el dinero y los efectos que me quedaban, y fui alojado en la parte superior de la prisión, a la que tuve que trepar por un largo tablón, provisto de tablillas, cuya posición era casi vertical. En ese triste lugar, sin ningún tipo *de* comodidades, encontré a doce delincuentes encadenados a las paredes. Algunos eran desertores de la milicia; otros, ladrones de caballos; dos eran vendedores ambulantes encarcelados por haberse dedicado a su profesión sin poseer licencia. Uno había insultado a un miembro del Congreso, y otro había tratado de hacer circular dinero falso. Pronto fui atado al lado de ellos, y los saludé cortésmente. Tras hacerme toda clase de preguntas, a las que contesté con cuidado, reanudaron su única y constante ocupación, que consistía en discutir sobre política. Ni uno solo, dicho sea de paso, hablaba bien del Congreso. En cambio sentían gran estima por los generales

Washington y Green, y quedaron complacidos cuando declaré que esa estima me parecía muy justificada. Los pobres recibían una ración muy escasa de galleta y un poco de tocino rancio, con agua para rociar la comida; en cuanto a mí, no se me dio ni un bocado por no estar a cargo de la prisión, pues yo era preso militar recluido allí a petición propia. Pero los prisioneros, aunque algunos de ellos eran sin duda unos bribones redomados, se compadecieron de mí. El hombre que había insultado al miembro del Congreso y llevaba allí la voz cantante declaró que sería "una barbaridad" que se me dejara morir de hambre, y a propuesta suya decidieron que cada uno de ellos debía reservar para mi subsistencia una duodécima parte de su ración. A no ser por su humanidad, nunca habría sido escrito *el* presente libro: me habría muerto de hambre.

Debo aquí, en honor a la justicia, explicar el porqué del mal trato que se me dispensaba. El regimiento de caballería aniquilado en agosto de 1776 en Long Island se componía en gran parte de jóvenes oriundos del límite occidental de Maryland, circunstancia esta que era motivo de odio general hacia los prisioneros británicos, alegándose que al regimiento se le había negado cuartel y que fue masacrado. Ignoro lo que puede haber de cierto en esta afirmación. Por otra parte, se me trataba con particular rigor porque se creía que todavía alentaba planes de fuga, lo que era cierto.

Permanecí en aquella prisión por espacio de doce días, hasta después del año nuevo de 1782, sufriendo de día las punzadas del hambre y tiritando de frío toda la noche. La única ocasión en que nos quitaban nuestras cadenas era cuando, una vez al día, se nos conducía abajo, a la letrina, bajo escolta de guardias armados con mosquetes. Aunque difícilmente cabe

Librodot

concebir mayores sufrimientos, nuestra situación era, sin embargo, aún peor, pues continuamente éramos molestados por los chillidos de una negra liberta que se hallaba recluida en el fondo de la prisión por haber asesinado a su hijo. Se pasaba la noche gritando, llorando y gimiendo por su "pobre corderito", su "panalito de miel" que se había ido para convertirse en un ángel allá en el cielo.

Me devanaba los sesos para hallar algún medio de escapar, y finalmente prometí al negro que nos traía los alimentos y el jarro de agua que le daría una de mis tres camisas (que todavía llevaba puestas) si me proporcionaba pluma, tinta y una hoja de papel y llevaba una carta mía a un oficial que, según sabía, estaba en la ciudad. Se trataba del mayor Gordon, del Ocho, al que había prestado el servicio de curarle una pequeña herida maligna de que sufría, en York Town, y atender a los once heridos que su regimiento había dejado atrás en Gloucester Point. Era un caballero de espíritu muy generoso; se había ofrecido voluntariamente para reemplazar al teniente coronel Lake, el oficial designado por Lord Cornwallis para el mando del ejército cautivo, nada más que por ser soltero, mientras que el coronel Lake tenía mujer e hijos.

El negro me trajo lo que le había pedido y escribí al mayor, informándole de mi mala situación y suplicándole que intercediese ante el comandante americano en mi favor. Todo lo que solicitaba era ser liberado de la prisión y alojado entre otros soldados británicos.

El negro volvió pronto para informarme que había entregado la carta y reclamó la camisa. No sabía si debía creerle o no, pero cumplí por mi parte con lo pactado y esperé ansiosamente el resultado de mi gestión. A la mañana siguiente, un soldado se presentó al pie del tablón y gritó:

-¿Hay aquí un prisionero de nombre Robert Land? Como ninguno contestara, el soldado se dispuso a marcharse, cuando tuve la inspiración de gritar:

-¡Ah, perdón, presente! -pues suponía que mi nombre había sido escrito mal en la orden de excarcelación, y prefería de todos modos ser puesto en libertad por un rato como Robert Land a permanecer encadenado allí como Roger Lamb.

-Pues en marcha, Land -me dijo él-. Mucho ojo y fíjese por dónde camina. ¿Le gusta tanto la prisión que se da tan poca prisa para dejarla?

-Primero tendrá que soltarme de la cadena -dije.

-¡Vamos, qué lío es éste! -gritó él-. ¡Eh, guardián! ¿Dónde ha metido sus malditas llaves, pedazo de bruto? Vamos, suba pronto y suelte al señor Land, el soldado inglés, o le meto una bala en el cuerpo. Tengo mucha prisa esta mañana.

En un santiamén fui desencadenado, y temblando de debilidad bajé por el incómodo tablón. El soldado me tuvo lástima al ver mis mejillas pálidas y hundidas, y a pesar de su prisa me permitió recuperar mi dinero del director de la prisión, si bien aquel hombre codicioso se negó a devolverme mis zapatos de repuesto, que vi llevaba puestos. Luego confié cinco chelines al negro, con un chelín extra para él, encargándole que los gastara en alimentos para mis compañeros de infortunio. Creo que era un hombre humano y honrado, y espero que cumpliera el encargo.

Entonces el soldado me dijo:

-Tengo órdenes de llevarle a la presencia del capitán Coote.

Temí que después de todo hubiera hecho mal en responder al nombre de Land, pero me tranquilicé al ser llevado a través de la ciudad al alojamiento del capitán Eyre Coote, del Treinta y Tres, pues este caballero me saludó pronunciando mi nombre correctamente.

-Dígame, sargento Lamb -exclamó, cuando estuvimos a solas-, ¿qué han hecho esos canallas con usted? ¡Parece un cadáver que camina!

Con breves y sencillas palabras le conté mis malandanzas y le confesé mi resolución y esperanza de escapar, a pesar de todo, a Nueva York.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de simpatía.

-Ah, sargento -dijo-, todos somos desgraciados, mas a pesar de todo, no debemos perder el ánimo. El mayor Gordon le transmite sus saludos. Desde que llegó aquí está aquejado de

toda clase de achaques. No es indiferente a su caso, pero me lo ha asignado a mí. Tengo una buena noticia que darle: he obtenido del comandante americano una orden de excarcelamiento para usted. Queda en adelante bajo mi mando.

Me apresuré a dar al capitán Coote (quien más tarde sería el teniente general Sir Eyre Coote) las gracias por su gentileza, y me tomé la libertad de felicitarle por la noticia -que acababa de recibirse en el país- de la victoria que su tío, de su mismo apellido, había obtenido sobre una enorme horda de hindúes acaudillados por Hyder Alí en la batalla de Porto Novo.

-¡Ah, sargento! -dijo él, dando un suspiro-, a mi pobre tío le queda sin embargo un largo camino que recorrer. El viejo está enfermo, y con su puñado de hombres famélicos, frente a la adversidad por la traición del gobierno de Madrás, andando y desandando bajo aquel clima pestilente, me da pena pensar en él y esos otros valerosos comandantes nuestros que luchan con terrible desventaja en puntos lejanos de nuestro Imperio. En la India, Goddard, Popham y Caniac; ¡y mi amigo Flint, en Wandewash, obligado, según me he enterado, a construir morteros de madera y granadas de barro! El general Elliott asediado y cañoneado durante largos meses en Gibraltar, y el pobre Murray, cuya bandera espero que todavía ondee en Port Mahon. Nuestros camaradas acorralados en Charleston, y otras varias guarniciones languideciendo en Pensacola y las islas de las Indias Occidentales, bajo la constante amenaza de quedar aniquiladas por la fiebre o las flotas francesa y española. Los americanos tienen una sola guerra que librar y cuentan con un enjambre de aliados, en tanto que nosotros luchamos ahora solos y por nuestra vida, como un toro atacado de frente por tres mastines, mientras dos más lo acosan prontos a clavarle los dientes en las entrañas. ¡Ojalá yo estuviera libre *de* mi palabra de honor! Trataría *de* escapar con usted.

Mientras conserve la vida, recordaré las palabras afectuosas del capitán Coote.

-Mi capitán -le dije-, lo que me impulsó a desertar fue el amor a la libertad y la lealtad a mi soberano. Usted ha confirmado esos sentimientos en mí, y no me daré tregua hasta que encuentre el medio de escaparme otra vez.

-Escúcheme ahora, sargento Lamb -dijo él-, ya he dado órdenes a mis sargentos para que le construyan una cabaña en el campamento y le incorporen a su grupo. Lo harán gustosos, pues todos ellos le aprecian. Tome; acepte esta guinea como mi tributo a su fortaleza de ánimo. Y cuando se haya repuesto un poco y reanude su plan, mis esperanzas y mis votos son por que tenga éxito en su tentativa de fuga.

Me fui triunfante para unirme al Treinta y Tres en su campamento, encontrando mi cabaña casi terminada de construir. Pero no bien estaba instalado con cierta comodidad entre aquella magnífica gente, llegó la orden de que todos los hombres alojados en regimientos que no eran los suyos debían ser trasladados al lugar que les correspondía. Yo debía ser transferido bajo escolta a los Reales Fusileros Galeses, confinados en Winchester, a unas ochenta millas al oeste de allí.

Ese viaje de cinco días por los Montes del Sur y Harper's Ferry no ofreció nada digno de interés. Mis dos guardianes callaban y se mostraban hoscos tanto entre ellos como conmigo. Me vigilaban estrechamente durante el día, y por la noche me ataban con gruesos grilletes que debía llevar durante la marcha. A lo largo del río Potomac la tierra era rica y, al parecer, estaba dedicada primordialmente al cultivo de trigo. Más allá del desfiladero, en los Montes del Sur, se extendía un ancho valle de piedra caliza cuyas aguas me produjeron al principio intensos dolores. En el medio de este valle, con el Devil's Backbone cubierto de nieve sirviendo de fondo, estaba situada Winchester, que resultó ser una ciudad irregular de unas doscientas casas. Los Reales Fusileros Galeses habitaban un campamento en las inmediaciones de un fuerte cercano, que durante la guerra anterior había sido construido por *el* general (entonces coronel) Washington como un baluarte contra los pieles rojas.

Allí me dio la bienvenida el capitán de Saumarez, quien mandaba el regimiento cautivo y estaba enterado de mis penurias.

-Sargento Lamb -me dijo-, ¿quiere usted tomar nota *de* una advertencia mía? Sé por los guardias que le han traído aquí, que es usted un hombre marcado. El sargento dice que sus

camaradas han estado constantemente ocupados en aprehenderle y escoltarle *de* un lugar a otro. Tengo entendido que cuando dentro de tres días nos vayamos a Little York, en Pensilvania, le pondrán bajo arresto en cuanto se incorpore a filas, y le recluirán aquí, en la cárcel de Winchester, *de* donde ya no saldrá, salvo como cadáver, hasta el fin de la guerra.

Le di las gracias al capitán por su advertencia, y la mañana del 16 de enero, cuando el regimiento, junto con todos los demás, partió hacia Little York, informé que estaba enfermo y me quedé atrás, en el hospital. El médico, que me conocía, me envió muy gentilmente a tenderme sobre una camilla en la "cabaña de la muerte", destinada a alojar a los enfermos desahuciados.

Los días que pasé allí me fortalecieron un poco. Una vez transcurridos éstos y cuando los guardias habían abandonado la ciudad para escoltar al ejército hasta Little York, no era difícil escapar de la cabaña, que no estaba vigilada a causa del lúgubre fin a que la destinaban. Debo decir aquí que había confiado a Smutchy Steel mi propósito de seguir al regimiento, y le había rogado hacerme un favor si podía: informar a nuestros viejos camaradas del Noveno, que se hallaban por entonces alojados en las cercanías de

Little York y disfrutaban allí de amplia libertad, que yo estaba en camino para allá. Le dije que haría como si nunca me hubiera escapado del Noveno desde su primera capitulación en Saratoga; alegaría que había quedado atrás en Charlotteville, trabajando (igual que el pobre Terry Reeves) en la plantación del coronel Cole, cuando el Noveno partió de allí en abril, pero que ahora volvía para incorporarme al regimiento.

Averigüé que el camino corría en línea recta unas cien millas, cruzando siete ríos o grandes arroyos y una cadena de colinas. Me puse en marcha en la mañana del 18 de enero. Hacía un frío intensísimo, pero tenía la guinea del capitán Coote, o mejor dicho, su cambio en billetes pequeños, medios reales y cobres, y también mi manta y algunos objetos indispensables que había obtenido en la cabaña de la muerte, de los efectos de un fusilero que murió allí durante mi estancia. En la mochila llevaba cuatro libras de harina, una botella de ron y un poco de carne en conserva.

Me parecía que el severo trato que me habían dado los americanos me dispensaba de revelar la verdad sobre mí mismo. Sólo estaba resuelto a no tratar de conquistar los favores de ninguna persona que encontrara fingiendo deslealtad a mi rey y a mi patria. Resultó aquélla una de mis marchas más duras, pues la efectuaba en pleno invierno y estaba enfermo, solo, y me acosaba el constante temor de ser llevado de nuevo a la cárcel. El viento soplaba del noroeste y era completamente glacial. Pero el mismo rigor del tiempo ayudaba a mis fines, pues no me cruzaba en el camino con nadie que se tomara la molestia de hacerme preguntas, excepto un viejo loco que olía a cerdos, aunque no llevaba tales animales consigo. Me detuvo a pocas millas de Spurgent donde yo debía volver para cruzar el río Potomack.

-¡Párese, señor! -gritó-. Supongo que usted viene de Charlotteville pasando por Wood Gap.

-*Nein* -dije yo, fingiendo ser alemán, pues no quería entrar en conversación. Era casi la única palabra alemana que sabía por entonces, aparte de *ja,* que significa lo contrario.

-Entonces, supongo que viene de Kentucky, ¿eh? -sugirió él.

-*Nein* -volví a decir con aire aburrido.

-Oh, ¿de dónde diablos viene usted entonces? -insistió él. Para librarme de él, solté una retahíla de disparates ininteligibles tales como "Twankydillo, lilliput, finicky blitzen, niminy-piminy buzz-buzz postdam finicky-fanicky, ulallo hot-pot *Fredericksburg".*

Captando la última palabra, dijo, como si entendiese lo que yo había pronunciado:

-Entonces, se habrá enterado usted de todas las noticias. Por favor, señor, ¿a qué precio va allí el tocino?

-*Kenn kein Englisch* -grité con pretendido enojo, recordando providencialmente las palabras con que los guardias alemanes de nuestro campamento de Rutland nos apartaban cada vez que les pedíamos un pequeño favor.

Librodot

Esto sí que lo entendió.

-Ah, señor, ahora veo que usted no es uno de los nuestros. Bueno, tengo que seguir viaje. Tengo una larga marcha por delante. -*Ja, ja* -dije, apartándome de él.

Continué mi camino hasta el río Potomac, que crucé sin que me hicieran preguntas; pagué al barquero el precio de mi pasaje sin decir palabra, fingiendo un violento dolor de muelas. Durante todo ese tiempo viví de mis raciones y dormía por la noche en cobertizos o sobre montones de forraje. A menudo la nieve me llegaba hasta las rodillas, y los ríos que tenía que cruzar estaban cubiertos de trozos de hielo que flotaban a la deriva. Estuve a punto de perder el dedo gordo de los pies por congelación durante mi paso por los Montes del Sur, pero los froté bien con nieve antes de que fuese demasiado tarde. Recorrí aproximadamente quince millas por día, pasando junto a cuatro tumbas recién cavadas del ejército que me había precedido.

Me hallaba entonces en el estado de Pensilvania, y por la lengua que oí hablar supe que estaba en una zona alemana. Esos alemanes eran gente laboriosa, tranquila y sobria, y los únicos americanos que se abstenían de hacer preguntas impertinentes a los viajeros. Iban siempre en busca de las tierras más ricas, donde se establecían en comunidades bien regidas y construían y laboraban como para toda la vida; no tenían ese precipitado e inquieto modo de hacer de pionero de los americanos de habla inglesa, que marcaban un pedazo de terreno en la selva, talaban árboles, construían una precaria cabaña, araban entre los troncos, extraían del suelo su parte y, al cabo de algunos años, vendían su terreno a bajo precio y pasaban a otra tierra. Esos alemanes, y los holandeses que estaban mezclados con ellos, construían magníficas y sólidas casas y amplios graneros rojos, cultivaban la tierra con cariño, manteniéndola siempre en buenas condiciones mediante una rotación de cosechas, y se dedicaban a toda clase de industrias artísticas.

Hacia el 25 de enero, me estaba arrastrando por el camino, ya muy enfermo, a unas cinco millas de Little York, cuando una mujer gritó alegremente desde detrás de una tapia:

¿Adónde vas, espíritu errante?

Mi corazón dio un brinco de alegría y declamé en respuesta:

Por los montes y los valles, por los bosques y matorrales, por

el fuego y las aguas, vago yo por todas partes...

-Hola, querida Mrs. Jane, ¿recuerda usted el trabajo que teníamos en Rutland con Fairy, el pequeño tambor, quien no conseguía jamás aprender estos versos?

-Hace ya dos días que aguardo su paso por aquí. ¿Ha sido tan malo el camino? -preguntó Jane Crumer-. Parece usted muy enfermo, Gerry Lamb. Venga; mi pobre marido anda por allí, en el camino. Le dará un trago de *whisky.*

Comprobé que Crumer tenía la mente todavía trastornada. Al llegar me dijo:

-Hola, sargento Lamb, ¿está de vuelta tan pronto? Ayer mi Jane lloró al decirme que se había escapado usted. ¡Mire cómo sonríe ahora! -Había perdido por completo la noción del tiempo, y creía que era todavía el año 1779, cuando huí de Hopewell a Nueva York. El que Jane Crumer hubiese llorado en aquella ocasión me conmovió, como también el que sonriese ahora.

El *whisky me* hizo entrar en calor y seguí por el camino en compañía de ellos con el corazón muy alegre. Pero la sorpresa más grata me aguardaba todavía: Smutchy había tenido

la idea de llevar mi mensaje a los sargentos del Noveno, los cuales ya habían obtenido del oficial americano que los mandaba, y quien no sospechaba nada, un pase extendido a mi nombre en el que se indicaba que yo pertenecía a su regimiento. Este precioso documento me fue entregado al entrar en la ciudad, pues varios viejos camaradas míos, aparte de Jane Crumer y su marido, habían tenido la gentileza y atención de aguardar mi llegada.

De este modo evité que me metieran en el campamento que había sido construido para los Reales Fusileros Galeses y fui adoptado como habitante de Convention Village, que había sido levantada a unas doscientas yardas del campamento por los reducidos restos del ejército del general Burgoyne. Los habitantes de dicha aldea disfrutaban de amplias libertades, siendo considerados casi como ciudadanos de América. Encontré que el pase me otorgaba el privilegio de alejarme hasta una distancia de diez millas a la redonda, siempre que observara un comportamiento bueno y decente. Fui conducido a la cabaña que mis camaradas habían construido para mí, con cariño, en cuanto supieron de mi próxima llegada. La habían equipado muy confortablemente, con cama y mantas, mesa y silla, velas, licor y hasta una estufa de hierro.

Librodot

18

Permanecí seis semanas en Convention Village, visitando de cabaña en cabaña a mis antiguos compañeros. Quedé sorprendido por el espíritu laborioso que imperaba entre ellos. Los hombres y las mujeres se ocupaban de una variedad de oficios mecánicos que habían ejercido antes de enrolarse en el ejército o habían aprendido durante su cautiverio. Hasta a los niños se les obligaba a prestar servicios útiles. Uno de mis antiguos camaradas se había casado con una *she-kener* o gitana, venida con una tribu que unos holandeses, traficantes de esclavos, habían traído al país desde Alemania como *redemptioners,*[10] pero cuyos miembros pronto habían comprado su libertad y se hallaban a la sazón instalados en esa zona. Esa gitana enseñó a las mujeres la confección de encajes y de cestas. Algunos soldados fabricaban a punta de navaja cucharas de madera y aprendían asimismo a hacer fuentes, platos, espumaderas, vasos y salseras, con los largos nudos que tenía la madera de los viejos arces, hayas y fresnos. De un solo trozo de tal madera se podía confeccionar todo un juego de fuentes. Un hombre que había sido hojalatero enviaba a sus compañeros por la comarca con dinero procedente de los fondos comunes para comprar viejos candeleros, lámparas, ollas y otros objetos de latón y de cobre, pagando con arreglo al peso, y luego martillaba el metal y fabricaba con *él* botones y hebillas de toda clase. Empleaba a algunos de los soldados como aprendices; otros se hicieron vendedores ambulantes y vendían los artículos por la comarca, agregando a su surtido encajes, escobas, objetos de madera labrada y cestas.

Casi en seguida de llegar a la aldea fui invitado por mis camaradas a interpretar el papel de Richard Plantagenet en una representación pública de la *Historia de Enrique VI,* correspondiendo a Jane Crumer el de la reina Margaret. Una razón importante del aprecio y hasta cariño que los habitantes de Little York guardaban a los de Convention Village eran esas periódicas veladas teatrales. Hasta entonces los americanos habían poco menos que desconocido el teatro, y quedaron muy impresionados al escuchar por primera vez la poesía recitada con sentimiento e inteligencia; creo que desde entonces ya no han perdido el gusto por las obras de Shakespeare. Cuando más tarde mencioné esto al mayor Mackenzie de mi regimiento, observó:

-¡Hay que ver qué pícara indolente es la Musa de la Historia..., cómo se repite! Hace dos mil años, una fuerza expedicionaria partió del antiguo estado marítimo de Atenas rumbo al Oeste contra los fuertes colonos griegos del Nuevo Mundo de Sicilia. El asunto salió mal y gran número de atenienses fueron cogidos prisioneros; pero ellos mitigaban el rigor de su desgracia representando las obras del autor dramático Eurípides, que encantaban a sus apresadores de Siracusa.

Jane Crumer era en verdad la madre del regimiento: hasta agrupó a los trabajadores en una corporación o hermandad, y con las cuotas mensuales que pagaban acumulaba un fondo respetable, al que podían recurrir los que se hallaban enfermos y las personas que deseaban tomar dinero prestado para la compra de herramientas o material. Administraba este fondo con gran prudencia, pero como no sabía hacer cálculos debidamente, *le* di lecciones en este arte. Me suplicó que me quedase allí *e* hiciese de maestro de escuela para los niños de la aldea, que eran muy numerosos, ya que los hombres casados, en general, no habían desertado de su regimiento; pero cuando le informé de que no podía renunciar a mi propósito de escapar, desistió, lamentándose de mi obstinación.

Tan bien había domesticado ella al "rudo y gallardo Noveno" con las suaves cadenas de la disciplina femenina, que cuando traté, apelando a todos los argumentos, de suscitar ese brío que debiera llenar el pecho *de* todo soldado, no les causé la menor impresión. Me ofrecí para capitanear cualquier número de ellos y hacer un noble esfuerzo por huir a Nueva York, pero no me hicieron caso. Dijeron que se sentían muy a gusto allí donde estaban, y que se

[10] Emigrantes que pagaban su pasaje a América con su trabajo. *(N. del T)*

quedarían por lo menos hasta que se firmara la paz, y quién sabía si no hasta el fin de sus días. El clima les agradaba, la gente de Pensilvania les gustaba y estaban hartos de la guerra. Veinte o treinta de ellos se habían casado, en su mayor parte con alemanas.

Jane Crumer sonrió cuando le conté mi fracaso, asegurándome que la paz, no menos que la guerra, tenía sus victorias. Señaló al otro lado del paseo a Winifried la Larguirucha (la mujer que había robado el toro municipal de Boston y vencido al alcalde), sentada delante de su cabaña con su familiar pipa de barro todavía entre los labios. De la arpía que había sido en el campamento se había transformado en una muy notable cestera y en la mejor ama de casa, si bien conservaba todavía su lenguaje rudo.

-Gerry Lamb -me dijo Jane Crumer-, usted aún es joven. Cuando haya pasado la cuarta edad del hombre y dejado, para expresarlo con palabras de Shakespeare, de "buscar la fútil reputación hasta en la boca del cañón", creo que entrará muy bien en la quinta edad. Llegará a ser un juez muy juicioso... Y espero conocerle mejor entonces.

-Vamos, Jane -dije yo-, déjese usted de bromas, se lo ruego. Bien sabe que yo no busco la gloria; los británicos estamos metidos hasta los codos en la guerra, y por mi parte quiero, como el pobre Terry Reeves, luchar hasta la muerte por mi rey y por mi patria.

Ella me pidió perdón y exclamó:

-No, no, Gerry Lamb; no era mi propósito desviarle de su camino. Admiro su perseverancia y le deseo toda clase de éxito. Sólo que estos pobres restos del regimiento son los que siempre han carecido de la determinación de huir, hombres de paz, no soldados por temperamento como usted, y es mejor que se queden aquí. Los demás hace mucho que se escaparon, y ya sabe que muchos llevaron su fuga a feliz término. Pero la mayor parte de ellos fueron capturados, siendo fusilados unos, ahorcados otros y el resto metido en prisión. La noticia de su destino ha desalentado a los restantes.

Envié un mensaje a mis camaradas de los Reales Fusileros Galeses del campamento, colocando un papelito alrededor de una piedra que tiré sobre la empalizada cuando el centinela volvía la espalda. Iba dirigido al sargento Collins y en él le hacía saber que me proponía capitanear un grupo para huir a Nueva York el día de San David. Consideraba que en todo el ejército británico nadie aventajaba en valentía e intrepidez a los siete hombres que mencionaba en mi carta. Éstos eran los tres sargentos Collins, Smutchy Steel y Robert Prout, el sargento de transporte y cuatro soldados rasos: Tyce, Penny, Evans y Owen. Mencioné que si decidían venir debían ir a buscarme a mi cabaña a medianoche del último día de febrero. Al mismo tiempo fui a ver al capitán de Saumarez a su residencia en la ciudad y le informé de mi propósito, mencionando los nombres de los hombres. Como había gastado casi por completo mi dinero, *le* rogué me adelantara la suma que creyese conveniente. Aplaudió mi propósito y mi elección de la fecha, y esa misma noche me envió nada menos que ocho guineas, una para cada miembro del grupo.

Si bien mis viejos camaradas del Noveno no se decidieron a acompañarnos, hicieron todo lo que estaba en su poder por ayudarnos en nuestra evasión. Dos de ellos, incluso, consintieron en distraer la atención del centinela a la hora fijada para la evasión del campamento, fingiendo estar borrachos y hacer cabriolas cerca de la garita. Afortunadamente, la noche era muy oscura; a las doce, los siete hombres entraron en mi cabaña después de haber escalado la empalizada sin ser descubiertos. Allí pasaron el resto de la noche. Tomé la precaución de hacerles prometer la observancia de ciertas normas de guerra. La expedición que estábamos a punto de iniciar debía realizarse bajo disciplina militar, y ya que me habían elegido por unanimidad como jefe, exigía una obediencia incondicional. Smutchy, que me había acompañado en mi anterior fuga, llevada a feliz término, y que había comprado una pistola de caballería a un habitante de Convention Village, se ofreció voluntariamente para ejecutar la sentencia de muerte en cualquiera que desacatara mis órdenes. A mi vez, yo me comprometía a celebrar un consejo de guerra cada vez que tuviera dudas respecto a lo que había que hacer; pero mis decisiones debían ser obedecidas como si fueran del propio Lord Cornwallis.

Librodot

El uno de marzo, después de tomar en mi cabaña unos tragos de despedida, brindando por el éxito de nuestra empresa y "por San David", partimos en dos grupos, rumbo al Oeste hacia el congelado río Susquehannah, que quedaba a diez millas de distancia. Con el grupo que marchaba delante iba Jane Crumer, que por entonces era tan bien conocida en el país que se supondría que los hombres que la acompañaban pertenecían al ejército de la Convención. Yo capitaneaba el grupo de retaguardia, y mi pase, que me daba libertad de movimiento hasta el río, protegería sin duda también a los otros cuatro hombres, que dirían que habían dejado el suyo en casa. Marchamos por la comarca sin contratiempos y cuando divisamos el río dimos las gracias a Jane y le dijimos adiós. Mirando hacia atrás noté que ella se alejaba con aire muy apenado, como si hubiese deseado acompañarnos, de no haber sido por las responsabilidades que había asumido en la aldea y por su pobre marido imposibilitado. De pronto ella volvió a su vez la cabeza y reparó en mi mirada. Los dos, impulsados por una simpatía mutua, volvimos al lugar donde nos habíamos separado; nuestros ojos se llenaron de lágrimas y le besé la mano, pero ninguno de los dos encontramos palabras para esta segunda despedida.

Cuando llegamos al río vimos que el hielo se estaba deshaciendo, consecuencia de la cálida temperatura que se había registrado durante el día anterior, y nos vimos en la imposibilidad de cruzar a la otra orilla. Sin embargo, se levantó un frío viento del Norte y comprendí que las aguas del río se estaban congelando otra vez. El Susquehannah tenía allí aproximadamente una milla de ancho. Decidimos permanecer toda la noche en la orilla, con la esperanza de que por la mañana el hielo soportaría nuestro peso. En unos matorrales algunos de mis compañeros .cortaron cañas y construyeron una especie de choza para protegernos contra el viento, en tanto que otros recogieron leña. Me dirigí por la orilla hacia donde había visto a un hombre que metía sedales de pescar en un agujero practicado en el hielo. Creía que había reparado en nuestra presencia, y deseaba cerciorarme de que no significaba ningún peligro para nosotros. Su cara me parecía conocida, y cuando llegué hasta él no tuve dificultad en identificarlo.

-¡Hola, Feliz Billy Broadribb! -exclamé-, ¿qué tal la pesca?

Ese Broadribb era miembro de los Reales Fusileros Galeses, y debía su apodo al aire triste que tenía siempre; había desertado dos años atrás durante nuestra expedición contra Fort Lafayette. En aquel entonces era muy descuidado con su cabello y su equipo, y replicó insolentemente al sargento que lo reprendió por ello, asegurando que "el blanquizal y la pomada nos harán perder la guerra", y que "los americanos, al menos, tienen suficiente sentido común para no perder el tiempo en tales futilezas". El sargento le condenó entonces a veinte azotes, que le serían administrados a la mañana siguiente, pero prefirió desertar antes que someterse al castigo. Feliz Broadribb pareció al principio muy cohibido, por ser yo sargento en el regimiento del que había "desertado frente al enemigo"; pero se me ocurrió pensar que podría sernos útil, y por eso extremé mi amabilidad con él.

-Vaya, Feliz Billy -le dije-; el sargento Farr que le condenó a esos azotes murió hace dieciocho meses, el pobre. Era un oficial muy severo. Creo que nadie le reprochó a usted de veras la forma en que le replicó. Pero, ¿no era usted amigo de Harry Tyce? Él está allí, en los matorrales, junto con algunos otros hombres del regimiento, y estoy seguro de que le gustaría estrecharle la mano otra vez.

-No, no; tengo que irme -dijo Broadribb con gran embarazo-. No podría mirar a la cara a ningún Fusilero Galés. Además, hace mucho frío.

-Tenemos entre todos un galón de aguardiente -dije-, y puede usted entrar en calor con una copita.

Entonces accedió a acompañarme a los matorrales. Pero antes le pregunté:

-Bueno, Feliz Billy, viejo, ¿cómo le ha ido en estos dos años? ¿Han sido los americanos como usted esperaba?

Él dio un suspiro y contestó sombríamente:

-Para serle franco, sargento Lamb, he llevado una vida muy miserable desde que dejé el ejército. Los americanos sin excepción me desprecian por haber desertado de mi rey y ser, no

Librodot

obstante, contrario a combatir por *el* Congreso. Esto es muy duro. Desde entonces vago por Pensilvania, Nueva York y Jersey, trabajando duro para ganarme la vida; pero recibo más puntapiés que monedas.

-¿Qué tipo de trabajo ha hecho? -pregunté.

-Bueno, todo lo que caía..., talar árboles, con *el* hacha al hombro, vender artículos de mercería, ayudar en un aserradero, conducir una balsa, cultivar nabos para un colono holandés; hasta cuidé gansos, aunque no sirvo para manejar la vara. Creo que conozco cada pulgada de terreno entre este lugar y las líneas británicas. Los leales han sido más amables conmigo que los rebeldes, pues nunca he ocultado lo mucho que lamento mi deserción.

Penetramos juntos en los matorrales y, en un tono que esperaba fuera entendido por mis camaradas, grité:

-Aquí viene un amigo que está en apuros, el fusilero William Broadribb, quien en un momento de ofuscación desertó del regimiento, pero que ha vivido para arrepentirse de ello. Creo que ahora reparará su error conduciéndonos a Nueva York. Conoce toda la comarca tan bien como el mismo general Washington. ¡Vamos, camaradas, venga ese aguardiente! Un buen trago en honor de Feliz Billy Broadribb.

El soldado Tyce, que era oriundo de Yorkshire, entendió bien la insinuación y le dio una palmada en el hombro a su viejo camarada.

-Encantado de verte, Billy Broadribb. Todo irá bien. Nos conducirás por los senderos que conoces y, cuando lleguemos sanos y salvos a Nueva York, intercederemos como un solo hombre en tu favor ante Sir Henry Clinton..., ¿qué dice usted, sargento Lamb?

-No le negará el indulto -contesté con convicción-. No cabe la menor duda de ello. Y es más, cuando hace tres años me escapé en la misma forma, Sir Henry se mostró muy generoso en su recompensa a nuestro guía, como lo puede confirmar el sargento Steel.

Aquí se interpuso el sargento Robert Prout, con su temperamento exaltado de hombre de Gales:

-No me importa lo que dé Sir Henry, pero lo que sí sé es que yo mismo recompensaré a Billy con mucho dinero y con muchos buenos tragos.

Hicimos a Billy feliz de veras con repetidas copas de aguardiente, e insistiendo en que era un hombre incomprendido y que había sido tratado mal, terminó por acceder a conducirnos a nuestro destino. Noté complacido que, aunque borracho, no sólo conservaba una mente clara, sino que muy al contrario de lo que pudiera esperarse nos dio valiosos consejos. Dijo que conocía muy bien la mentalidad de la gente y que dos o tres hombres podrían pasar sin contratiempos, pero un grupo de nueve era excesivo. Debíamos dividirnos en cuanto cruzásemos el río, pues la presencia de un número tan grande de soldados británicos no tardaría en difundir la alarma por el país y se nos perseguiría inmediatamente. También insistió en la conveniencia de cambiar cuanto antes nuestros uniformes por ropa civil.

Le dijimos que consultaríamos con la almohada y hubo una cena muy alegre, a base del pescado que él había conseguido y que asamos sobre el fuego, acompañándolo con algunas rebanadas de pan alemán y bebiendo aguardiente.

Montamos guardia por turnos y al rayar el alba bajé al río para examinar el estado del hielo. Crujió bajo mis pies, pero soportó mi peso. Llevé la buena noticia al grupo y decidimos cruzar el río sin demora. Aunque el hielo era sumamente frágil y estaba quebrado en muchos sitios, avanzamos con la más firme determinación; se estremecía y gemía a cada paso bajo nuestros pies. Marchamos en fila india, a unos pasos de distancia uno del otro, y llevábamos largas ramas de árbol para que, si alguno se hundía en el hielo, los otros pudieran sacarlo y salvarle la vida. Pero cruzamos sin ningún contratiempo. Una vez ganada la orilla opuesta, el sargento Collins me dijo:

-Ahora, Lamb, creo que Broadribb tiene razón. Debemos dividir nuestras fuerzas si queremos tener éxito. ¿Qué opina usted?

-Me gusta muy poco esta idea -contesté-, pero no veo otra alternativa. Los leales, que

Librodot

acaso estarán dispuestos a ayudar a dos o tres hombres, temerían muy probablemente dar acogida a un grupo tan numeroso como es el nuestro ahora. Propongo, pues, que nos dividamos en dos grupos de a cuatro. Broadribb puede elegir el grupo que quiere conducir. Usted y yo, Collins, vamos a elegir alternativamente un hombre, pues como usted es el sargento de más edad debe mandar el otro grupo.

Así lo hicimos. Elegí en primer término a Smutchy Steel, en segundo lugar al sargento Probert y en tercero al soldado Jack Tyce. El sargento Collins eligió a los tres soldados restantes por ser hombres de su propia compañía. Feliz Broadribb optó por acompañarme a mí a causa de su amistad con Tyce, y porque creía que si nuestra empresa salía bien, yo tendría más influencia que el sargento Collins en lo de obtener su indulto de Sir Henry Clinton. Luego dije:

-Muy bien, esto ya está decidido. Collins, mi consejo es avanzar de noche y ocultarse de día, y utilizar una cadena de amigos, asegurándonos de cada siguiente enlace.

-Puede tener la seguridad de que así lo haré. Pero, ¿y el primer enlace? Feliz Billy, ¿no puede indicarme un punto de partida?

Billy contestó afirmativamente, e indicó al sargento Collins el nombre de una viuda leal que vivía a siete millas de distancia, quien seguramente los ayudaría si la abordaban en forma discreta. Acto seguido nos despedimos con el corazón apesadumbrado, aunque expresando nuestra firme esperanza de que nos volviéramos a ver en Nueva York. Hasta discutimos los platos y el vino del banquete con que celebraríamos el acontecimiento. Tras alguna discusión, convinimos en bistecs, un fricasé de pollo, una pata de carnero asada, un ganso bien relleno, dulce de arándano, mucho vino de Madeira, huevos, tocino, y una piña entera para cada uno, si se conseguía esta fruta. Smutchy protestó diciendo que para él no existía una mesa bien preparada sin una buena fuente de "tubérculos de Irlanda" hervidos con la piel. Nos comprometimos a proveerle de una amplia ración, y agregar sal y manteca fresca para acompañarlos.

El sargento Collins y sus hombres se encaminaron a la casa señalada mientras que nosotros nos ocultamos todo el día entre los árboles de la ladera nevada que constituía la otra orilla del río. A la mañana siguiente, nuestro guía nos llevó a casa de uno de los "amigos del rey", término con que se designaba por allí a los leales. Nos resultó un hombre más útil que agradable. Se ocupaba de coleccionar y clasificar retales de seda, hilo y algodón para la elaboración de papel, y pudo darnos de sus existencias cuatro trajes, de un género de pésimos colores, a cambio de nuestros uniformes. Era un hombre hosco y no nos permitió entrar en su casa, advirtiéndonos que si bien podíamos hacer uso de su cobertizo, fingiría ignorar nuestra existencia en el caso de que fuésemos aprehendidos en su finca. Le pedimos unas cuantas patatas frías o un poco de pan, pero nos dijo que no podía darnos nada. No lo volvimos a ver, y ni siquiera se molestó en desearnos buena suerte.

Me puse mi traje con repugnancia, pues despedía *el* penetrante olor característico de los negros. Como el soldado Tyce sonriera un poco al ver al sargento Lamb, siempre tan correcto y formal, vestido con semejante atavío, asumí una actitud teatral y declamé solemnemente un trozo de mi papel favorito de Edgar en *El Rey Lean*

Ningún puerto es libre; no hay lugar

sometido a la más estricta vigilancia

que no espere mi captura. Mientras pueda escapar

me cuidaré; y estoy decidido

a asumir el aspecto más vil y pobre

con que la desgracia haya aproximado el hombre a la bestia.

Voy a cubrirme la cara de mugre;

ceñirme con un trapo las caderas y enmarañarme los cabellos...

A las once de aquella noche nos pusimos en marcha rumbo a Lancaster, una activa ciudad alemana de mil cien casas. Pero decidimos evitar sus calles y torcimos hacia la derecha, sin salir del bosque. Pasar al sur de la ciudad hubiera sido peligroso; nos habría llevado a territorio habitado por los fanáticos presbiterianos de Ulster, cuya ciudad de Londonderry era uno de los focos principales de la revolución, así como también el centro de la joven industria del tejido americana. Como irlandeses que éramos, Smutchy y yo seríamos tratados sin piedad si caíamos en sus manos. Los alemanes, en cambio, según nos aseguró Broadribb, no interrogaban a los viajeros ni eran crueles para con los desgraciados.

De madrugada llegamos a un pueblo llamado Litiz. Había allí, un poco apartada de las demás, una casa con un cartel que en torpe letra anunciaba que ahí se ofrecía refresco para hombres y caballos. Broadribb nos informó que el calor del aguardiente se había disipado en él y que le hacía falta más, como también un buen desayuno para acompañarlo. Consideramos necesario mantenerlo de buen humor y, como no podíamos ofrecerle aguardiente, era natural darle un poco de dinero para que pudiera echar un trago. Desgraciadamente, empero, no teníamos moneda más pequeña que un dólar de plata, y no podía dejar a Broadribb solo en una taberna con esa suma de dinero; no tardaría en emborracharse y a lo mejor se olvidaba por completo de nosotros, mientras esperábamos fuera, en el bosque. No nos quedó, pues, más remedio que entrar con él. Llamamos a la puerta y supongo que el tabernero nos espió desde la ventana y nos consideró como clientes de sospechoso aspecto, pues se escurrió por la puerta trasera descalzo y a medio vestir, abotonándose la ropa mientras caminaba. Temerosos de que hubiera salido de su casa, para advertir a los vecinos echamos a correr en dirección contraria y nos escondimos en un pequeño bosque.

Allí permanecimos hasta la noche, medio muertos de hambre y de frío, sin atrevemos a encender fuego ni a reanudar la marcha antes de la caída de la noche. Broadribb se puso muy triste y tuvimos que darle el aguardiente que nos quedaba. Nos dijo que nuestra próxima meta era el pueblo de Caernarvon, donde había un granero en el que él había pernoctado hacía poco tiempo. En aquella ocasión el propietario, al pasar por la mañana por su granero, no había descubierto su presencia ni aun cuando se le escapó un fuerte estornudo; o bien estaba absorto en sus pensamientos o, lo que era más probable, era más sordo que una tapia. Broadribb nos condujo sin contratiempos por un puente para peatones sobre Conestoga Creek, y por un sendero a través del bosque, hasta que al amanecer se detuvo y dijo que habíamos llegado al lugar. Se trataba de una vivienda *de* piedra, junto a la cual había un amplio granero rojo y un cobertizo para maíz, de esos que se van ensanchando hacia arriba como una hacina de trigo, y cuyos tablones se hallan media pulgada separados uno de otro para hacer posible la ventilación de las panojas de maíz almacenadas. Consideramos si debíamos o no sustraer algunas panojas por la abertura de un tablón; pero carecíamos de rallador para convertirlas en harina. Así que resolvimos unánimemente, hambrientos y cansados, ir a dormir en el granero

Librodot

rojo. La puerta estaba abierta; no tardamos en entrar y, trepando por una larga escalera, nos escondimos debajo de unas gavillas de trigo que había en el suelo. Nos frotamos algunas espigas en la mano a la manera de la gente de Galilea y mascamos los granos; pero nos quedamos dormidos mascando. Yo mantenía un agujero abierto entre las gavillas por si éramos sorprendidos.

Sin embargo nuestro sueño fue defraudado, pues justo cuando éste estaba invadiendo deliciosamente mis sentidos, con muchas imágenes de color y luces confusas y danzantes, un estridente silbido entonando el *Yankee Doodle* lo echó todo a perder; me desperté con un sobresalto, viendo a un muchacho delgado de cabellos rizados que subía por la escalera con una horquilla. Evidentemente venía a llevarse el trigo para la trilla.

Desperté a los demás y en seguida salí del escondite, diciendo:

-Ayer vinimos a ver a tu patrón muy entrada la noche, y nos tomamos la libertad de quedarnos a dormir en su granero.

Él nos miró atónito. Nuestro aspecto, sin duda, no le gustó, pues volvió a bajar precipitadamente la escalera, empuñando la horquilla, y salió corriendo del granero. En mi apresuramiento por llegar antes que el muchacho a presencia de su patrón, salté sobre una pila de heno y corrí tras él, entrando los dos en la casa casi al mismo tiempo. El muchacho estaba informando a gritos de nuestra presencia al granjero, un alemán grandote de mirada vacilante y de barba gris, quien le escuchaba con la mano en la oreja y contestaba:

-Sí, sí, hijo -en un tono muy indulgente.

Lo saludamos cortésmente y él nos invitó a tomar asiento. Aunque resultó ser viudo sin hijos, toda la casa estaba inmaculadamente limpia. Había una colección de curiosidades en una vitrina, como puntas de flechas indias de pedernal rojo, gris y negro, nueces tropicales, trozos de mineral, fósiles, un diente de ballena ahuecado y un cinturón de cuentas *de* madreperla. Admiré una mampara decorada en alegres colores (que servía en verano para cubrir el hogar), que colgaba de un clavo en la pared. El intrincado dibujo de pájaros, árboles y flores había sido evidentemente grabado en la madera blanda, y luego llenado de color y barnizado el conjunto.

El hombre sonrió amablemente. "Hecho por mí", dijo con marcado acento alemán. Luego señaló un arca pintada y decorada en el mismo estilo, con casas y personas entre pájaros y flores. "Hecho por mí", volvió a decir. Todos expresamos profunda admiración por la obra, que estaba en efecto pintada de una manera muy atractiva, si bien las figuras eran toscas y las flores no armonizaban con ellas en tamaño. A continuación nos mostró el trabajo que estaba realizando cuando entramos: un manuscrito en colores, casi terminado, bajo un dibujo que representaba la ballena vomitando al profeta Jonás. El manuscrito se componía de versos en alemán, que resultaron ser un himno. Sobre la mesa, junto a él, había una caja de pinturas con plumas de ganso, pinceles (que, según él, eran de pelo de gato), un frasquito de goma laca y otros que contenían tintas de color rojo, verde, azul, amarillo y sepia.

Le palmeé el hombro y dije un rimbombante cumplido. Era claro que, por más que estuviésemos hambrientos y fatigados, no podíamos precipitar las cosas, sino que debíamos cultivar la amistad de este artista en la forma más fácil y natural, o sea, ponderando su obra. Al cabo de un rato me dijo, alternando el cuchicheo con el hablar a gritos según es característico de las personas sordas:

-¿Sabe usted escribir letra gótica, *ja, ja?* ¡No es fácil, *ja, ja!*

Puso una pluma de ganso en mi mano y hurgó en una caja en busca de una hoja de papel. Con una sonrisa irónica la colocó delante de mí. Desafiado de tal suerte, tracé un bonito dibujo de cuatro criaturas hambrientas con sendos platos en la mano, de pie, mansamente, junto a la puerta de una casa, donde un señor, vivo retrato de nuestro anfitrión, las miraba afectuosamente. Debajo escribí lo mejor que pude, con complicados arabescos y serafines rematados por una rúbrica intrincada, el primer verso de una canción que en mi patria cantaban los niños de puerta en puerta, la víspera del día de los difuntos:

Un difunto, ¡un pastel de difuntos! Por favor, patrón, un dulce,

una pera, una manzana, una cereza,

una hogaza o una torta para mantenernos de buen humor,

uno para Pedro, dos para Pablo, tres para Aquel que nos dio el ser.

¡Un pastel de difuntos!

Entonces le tocó a él palmearme el hombro, festejando a carcajadas mi feliz insinuación, e inmediatamente gritó a una criada la orden de servirnos un desayuno.

Consistía éste tan sólo en un potaje de maíz, pero como no habíamos probado bocado desde nuestra comida al otro lado del río Susquehannah, cincuenta horas atrás, comimos con buen apetito. El nos miró con una expresión risueña, pues era grande nuestra voracidad, pero no nos hizo una sola pregunta respecto a nuestra situación y destino. Sin embargo, terminado el desayuno y tras servir a cada uno de nosotros una taza de leche fresca, dijo en tono solemne:

-Señores, me doy cuenta de quiénes son ustedes. Me doy buena cuenta de sus intenciones. Pero no quiero meterme en sus asuntos. Por su buen jefe, que es mi colega en el arte de la letra gótica, les digo esto: ¡Váyanse en paz!

Le ofrecí dinero pero lo rechazó, diciendo muy amablemente que con mi pequeño dibujo (que después del desayuno yo había completado pintando en los niños mendicantes pequeños abrigos de color escarlata) quedaba pagado nuestro gasto. Le dimos nuestras gracias más expresivas y nos retiramos a nuestro escondrijo habitual, el bosque, donde permanecimos por espacio de varias horas.

-Bien, Feliz -dijo Smutchy Steel-, ¿adónde vamos ahora?

Broadribb nos dijo que diez millas más allá, por el camino que conducía a Pensilvania, vivía un señor que era uno de los "amigos del rey" y seguramente nos acogería en su casa. Era oriundo de Manchester, Inglaterra, y había reunido una fortuna exportando harina. La harina, puesta a bordo en Filadelfia, se cotizaba a cinco dólares el barril de 196 libras y, si lograba burlar la vigilancia de los barcos del rey y los corsarios en la boca del río Delaware, y llegar a La Habana, se vendía por lo menos a treinta dólares el barril en dinero contante y sonante. Muchos barcos eran interceptados, pero siempre había otros para tomar su lugar y, últimamente, aquel hombre había sido insólitamente afortunado. Creo que apenas había un solo capitán, y hasta un marinero, a quien no hubiesen apresado seis o siete veces durante la guerra; ni tampoco, dicho sea de paso, un solo mercader que no pasara más de una vez de la riqueza a la ruina y de nuevo a la riqueza.

Cuando llegamos, al atardecer, a la magnífica mansión de dicho caballero, permanecimos ocultos en un bosquecillo de frutales, mientras que Broadribb se adelantaba dirigiéndose a la casa. Regresó al poco rato informándonos que debíamos entrar con él por la puerta de servicio. Pasamos a una estancia muy suntuosa, amueblada al estilo inglés. Tyce, Probert y Smutchy parecían avergonzados de penetrar en tan lujoso lugar, vestidos como estaban con míseros harapos, las botas rotas y mojadas y una barba de cinco días. Pero yo decidí no perder mi aplomo, y saludé al viejo caballero de peluca amarilla que se levantó de su amplio sillón de brazos para recibirnos como si luciésemos toda la elegancia de nuestra ropa militar.

Nos invitó a tomar asiento junto a un magnífico fuego crepitante hasta que se nos

Librodot

sirviera de comer. Luego dijo con mucho sentimiento:

-Saben ustedes los grandes riesgos a que me expongo recibiéndoles como amigos en mi casa. Son ahora las ocho. Les daré albergue hasta la medianoche. Entonces deben marcharse. No les pregunto sus nombres, y si saben el mío he de rogarles que lo olviden.

-Se lo prometemos, señor -contesté.

Acto seguido la hija viuda del anciano caballero, que hacía las veces de ama de casa, nos sirvió una espléndida cena. Hubo jamón cocido, jalea de arándano, pastel de venado, café caliente con mucho azúcar moreno para endulzarlo; también hubo manzanas, nueces, pan *de* trigo, mantequilla y abundante sidra servida en copas de plata. La mesa de caoba brillaba con la luz de varias velas blancas de cera, y nuestros cubiertos eran cuchillos con mango de marfil fabricados en Sheffield y cucharas y tenedores de plata maciza. Nuestro anfitrión nos hizo una serie de preguntas respecto a nuestras andanzas por las Carolinas y Virginia, y yo le contesté con amplitud, pues pude ver que su mente estaba ocupada en problemas de comercio y las perspectivas de nuevos mercados que pudieran abrirse para él en aquellas tierras ahora que se habían retirado *de* allí los ejércitos reales. Me tocó a mí llevar todo el peso de la conversación, pues mis camaradas no habían comido nunca en una mesa parecida a ésta y mantenían la boca cerrada, salvo por algún ocasional "sí, señor", "no, señor" y "no sabría decirle, señor".

Por la noche se desencadenó una tempestad y cayó una lluvia torrencial; pudimos oír su constante tamborileo fuera, en el techo del porche. Las agujas del alto reloj de pie se fueron acercando a medianoche y las miramos ansiosamente, como la dama del cuento que a esa misma hora tendrá que abandonar el salón de baile para que no se rompa el hechizo y su magnífico traje de baile quede convertido en los primitivos harapos. Pero la gratitud que sentíamos hacia nuestro anfitrión nos impedía prolongar nuestra permanencia bajo su techo. Le solicité el gran favor de proporcionarnos una lista de los "amigos del rey" que vivían a lo largo de nuestro itinerario, y él accedió a ello a condición de que aprendiéramos los nombres de memoria y no nos lleváramos el papel, y que jamás los reveláramos a nadie.

-Recuerden -dijo-, que en el caso de que las cosas se pongan muy graves y ocurriese lo peor, y un tratado de paz concediese a los Estados Unidos la independencia, esa buena gente, a diferencia de ustedes, tendrá que permanecer en América, donde están sus bienes e intereses. Y ser catalogados como personas desleales al régimen sería para ellos tan fatal entonces como ahora.

Prometimos cumplir esta condición y por mi parte nunca he faltado a mi promesa. Cuando nos disponíamos a afrontar las tinieblas y la tempestad, el viejo caballero nos dijo:

-Esperen un momento, vamos a brindar juntos.

Sacó de un aparador una enorme botella de ron, llenó seis copas y se acercó a un retrato del general Washington, que colgaba sobre la chimenea, y lo colocó *de* cara a la pared. A nuestros ojos maravillados *se* reveló otro retrato pintado en el reverso del lienzo.

-Por Su Majestad *el* rey George, señores -dijo, apurando el vaso de un trago.

Imitamos su ejemplo, y por un minuto permanecimos con la mirada fija, en silencio, en las augustas facciones que se destacaban en el retrato. Luego hicimos el saludo militar y salimos de la mansión.

Librodot

19

La noche era tan oscura que nos aventuramos a ir por la carretera principal de Filadelfia. El más próximo de los "amigos del rey" mencionados en la lista vivía cerca de Hilltown, a unas diecisiete millas de distancia. Caminamos llenos de esperanza, a pesar de la creciente inclemencia del tiempo. Antes de haber recorrido una milla estábamos empapados hasta los huesos, y lo que hacía aún más penosa nuestra caminata era que, como consecuencia de la lluvia torrencial, la carretera se había convertido en un lodazal. Broadribb empezó a renegar de las penurias que pasaba, diciendo que sus botas estaban muy desgastadas y que las piedras le lastimaban los pies. En efecto, las botas de todos nosotros estaban en pésimas condiciones; apenas si podíamos mantenerlas sujetas a los pies. Mis dos suelas se habían desprendido por delante y para impedir que dificultaran mi marcha las había sujetado con algunas vueltas de alambre.

Exhortamos a Broadribb a no desalentarse, presentándole la situación bajo su mejor aspecto. Le aseguramos que la lluvia era de todos modos preferible a la nieve, pues presagiaba buen tiempo primaveral. Además, acabábamos de comer bien y nos dirigíamos a la casa de un amigo recomendado. Juramos que nos enorgullecíamos de su compañía y que *le* elogiaríamos con entusiasmo a nuestra llegada a Nueva York. Sin embargo se detuvo en el camino, ' como un borrego recalcitrante y, dando un profundo suspiro, exclamó:

-No, camaradas, no; no puedo acompañarles más. Ya saben que soy un desertor, un borrachín y un pobre desgraciado, y ustedes me desprecian, en el fondo de su corazón. Vamos, no pueden negar lo que realmente piensan de mí.

El soldado Tyce puso un brazo alrededor del infeliz, al tiempo que le decía: Billy Broadribb, te complaces en rebajarte ante ti mismo. En otro tiempo eras un magnífico soldado, y lo serás otra vez cuando hayas sacudido tu desesperación. A ver, sargento Probert, ¿no estaba usted presente a bordo del *Isis* hace tres años y medio, cuando entramos en combate con el *César* de setenta y cuatro cañones? ¿Y no recuerda que el capitán Raynor, nuestro comandante, distinguió a Billy Broadribb entre toda nuestra compañía de fusileros llamándole un "soldado de notable entereza"?

Probert no recordaba claramente tal ocasión, pero asintió al instante:

-Ah, sí, sin duda, que me cuelguen si éstas no fueron las palabras del capitán.

Este aliento ayudó al desgraciado a seguir una o dos millas, pero luego volvió a detenerse y declaró entre suspiros:

-No, no; he estado pensando que tal vez todas mis penurias serán en vano. Cuando llegue a Nueva York me será negado el indulto y me condenarán. En mi presente estado de debilidad nada más que dos azotes significarían la muerte.

Faltaba todavía más o menos una hora para el alba, pero la lluvia cesó y a la luz gris de la madrugada vimos una pequeña cabaña en *el* borde del camino y una casa de construcción sólida un poco más allá. Propuse que fuéramos a buscar resguardo en ella, y Tyce dijo muy noblemente:

-Sí, Billy Broadribb, veo ahora que tus botas están realmente en pésimas condiciones. ¿Qué te parece si hacemos un cambio?, pues siendo tú nuestro guía es justo que calces las mejores botas.

Pero resultó que aparte de mí, sólo Smutchy Steel gastaba un calzado de la medida requerida, así que Smutchy sacrificó sus botas a la causa común. Yo hubiera cedido las mías, pero estaban en peor estado aún que las de Broadribb.

Empujamos la ruinosa puerta de la cabaña, siendo, con gran disgusto nuestro, saludados por los chillidos y gruñidos de los cerdos que se hallaban dentro. Nos fuimos en seguida para que su alboroto no alarmara a los ocupantes de la casa; y Broadribb, que comprendía ahora

Librodot

hasta qué punto dependíamos de él, dio con un nuevo motivo de queja, el que la ropa de color que había recibido del escocés era mucho más ligera y estaba más raída que la de ninguno de los demás. Para impedir que profiriera una exclamación mientras pasábamos por delante de la casa, nos declaramos dispuestos a darle al instante las mejores ropas que teníamos a cambio de las suyas. Finalmente divisamos un gran cobertizo. No habíamos podido descansar la mañana anterior y decidimos resguardamos allí, pero una vez más quedó truncada nuestra esperanza, pues cuando nos acercamos vimos que alguien estaba dentro con un farol encendido. Llegaba del cobertizo el balido de algunas ovejas, y supusimos que se trataba de uno de esos pastores escrupulosos que velaban a sus ovejas en la época de parir.

Entonces, Broadribb empezó a gimotear y a sollozar, y juró que no daría un solo paso más sin antes descansar y dormir. Detrás del cobertizo había un gran estercolero y, como último recurso, con tal de complacerlo, convinimos en acostarnos en él, cubriéndonos con la paja desparramada por allí. Permanecimos allí por espacio de media hora, pero no pudimos aguantar más el intenso frío y los dolores punzantes que nos causaba la humedad del estiércol.

De pronto, Smutchy Steel se levantó de un salto mascullando un juramento:

-¡Vamos, maldito Broadribb! ¡Ya estamos hartos de someternos a tus achaques y caprichos, canalla! ¡Ni que fueses una mujer encinta, en vez de un fusilero! Por medio chelín en vieja moneda continental te retorcería el pescuezo, mamarracho. Arriba, porquería *de* hombre, y sigue adelante o si no, te juro que te meteré una bala en el cuerpo y te enterraré en este magnífico estercolero.

Este duro lenguaje tuvo el efecto deseado. Broadribb se levantó presuroso y se declaró dispuesto a continuar la marcha. La casa que nos habían recomendado no quedaría lejos, y ya estaba clareando. Tras recorrer media milla llegamos al lugar. Se trataba de una taberna; cuando nos acercamos oímos relinchos que salían de la cuadra. Me adelanté para explorar el terreno, pero cuál no sería mi disgusto al encontrar seis caballos de batalla atados en la cuadra, con monturas que indicaban bien a las claras que la casa estaba llena de oficiales americanos.

Puse buena cara al mal tiempo y, volviendo al grupo de mis camaradas, dije:

-Parece que toda la familia del general Washington está acostada en nuestras camas. Sigan media milla por el camino, mientras yo consigo un poco de licor para todos nosotros. Si no vuelvo dentro de cinco minutos continúen la marcha al mando *del* sargento Steel, pues estaré perdido.

Se marcharon y yo volví a la taberna.

Cuando me acerqué a la casa oí a dos hombres que conversaban detrás de una ventana con los postigos cerrados. Uno hablaba con voz gruesa y lentamente, y otro con el acento vivo propio de Nueva York. Me detuve a escuchar, y hasta donde llega mi recuerdo, éste fue el diálogo:

-Capitán Cuyler, es usted un condenado hijo de perra, pero no obstante le juro que le amo.

-Vamos, querido mayor McCorde; debería reprocharle tales palabras. Pero le perdono de todo corazón, pues es evidente que está usted borracho como una cuba.

-¿Qué dice, canalla? ¡No quiero su maldito perdón holandés! ¿Yo, borracho? ¡El borracho es usted! Yo estoy completamente sereno. Pero usted es un beodo, un bellaco y un estúpido.

-¡Está usted mintiendo y ofendiéndome, mayor McCorde! ¡Y, por todos los diablos, voy a replicarle a usted con todo el alfabeto si no se calla, borrachín! ¡Como que me llamo Cuyler, es usted un sinvergüenza, un caradura y un cochino!

-¡Acepto su reto, qué demonio! Es usted una basura despreciable y un desgraciado..., sin embargo, le juro que le amo.

-¿Yo un desgraciado? ¡Está usted completamente ebrio! -¡Y usted borracho!

- ¡Charlatán!

-¡Lengua larga!

-¡Borrachín!
-¡Canalla!
-¡Loco deslenguado!

-Está usted hecho una cuba de vino, amigo.

-¡Mamarracho! ¡Majadero! ¡Mayor de los mil demonios!

-¡Lengua de víbora!

-¡Infeliz!

- ¡Cretino!

-¡Ruin, canalla, repugnante, roñoso!
– ¡Tonto!
-¡Engreído!
-¡Vulgar fanfarrón!
-¡Sapo lleno de *whisky!* ¡Le he vencido, mayor! ¡Le he vencido desde la "a" hasta la "z"! Pero como no soy vanidoso, aquí tiene mi mano.

-Y yo se la beso, pícaro capitán... Pero ahora echemos un traguito de cualquier cosa, ya sea ron, aguardiente, *whisky,* o un veneno del diablo... Así sellaremos nuestra amistad eterna, ¡y brindaremos por la condenación del Congreso!

Se hizo entonces un silencio; yo me retiré de la ventana y empujé la puerta lateral. Divisando a un hombre que resultó ser el tabernero, le dije:

-Un hombre que vive cerca de Hilltown me recomendó su *whisky.* ¿Me hace el favor de llenarme esta botella?

La llenó sin decir palabra, rechazó el dinero que le di, me palmeó el hombro, envolvió un pedazo de carne asada en un diario, lo puso en mi mano, y con una expresiva orden de guardar silencio, apretándose los labios con los dedos, me empujó suavemente fuera de la casa.

Con la carne y el *whisky* conseguimos que Billy Broadribb avanzara unas cuantas millas más. Se apartó con nosotros de la carretera y nos condujo por el camino que llevaba a Valley Forge, donde los hombres del general Washington habían pasado hambre y frío aquel invierno en que Smutchy y yo sufrimos idénticas calamidades en Prospect Hill. Cerca de la encrucijada había un indicador que nos guió hasta la vivienda de un zapatero, y allí hicimos repasar nuestras botas por un artesano alemán y su aprendiz, sentándonos entretanto junto al fuego, en un rincón. Creo que eran desertores de la División de Hesse, y mostraban más ansiedad por complacemos que curiosidad por nuestra historia o intenciones. Por diez chelines quedamos todos provistos de un calzado bastante aceptable, con excepción de Billy Broadribb al que, por otros cinco chelines, compramos un par de botas nuevas. Luego volvimos al bosque y cambiamos nuestra ropa buena por la suya mala, según le habíamos prometido. Tras otro largo trago de *whisky* pareció decidido a seguir con nosotros hasta Nueva York. Esa noche no nos equivocamos, y fuimos hospedados noblemente en una mansión a orillas del río Schuykill por una dama que era parienta cercana del general Lee. Nos preparó jergones de paja en el desván de su casa y, habiendo comido una suculenta cena que nos fue servida por un negro, dormimos como troncos por espacio de casi veinte horas.

El esposo de la dama, un caballero nervioso y locuaz que vestía muy bien, subió para conversar con nosotros en cuanto supo que nos habíamos despertado, y peroró largamente sobre su firme lealtad a la causa del rey. Sin embargo, todas sus observaciones terminaban

con la afirmación de que Filadelfia se había convertido en una ciudad terriblemente aburrida desde que la abandonaron los británicos. Dijo que los bailes populares que habían sucedido a las reuniones elegantes de aquellos tiempos de oro eran una verdadera burla; que las damas más distinguidas tenían ahora que pasarse el día cosiendo camisas para la chusma de Washington, y que los odiosos franceses se pavoneaban por los magníficos paseos de ladrillos de la ciudad como si fuesen conquistadores. "Se han acabado los buenos tiempos", fue la síntesis de su discurso. Le dejamos despacharse a su gusto, escuchándole atentamente, si bien nos parecía que en tiempos así una restricción de sus frívolas diversiones no justificaba tantas lamentaciones. Al fin y al cabo tenía una buena y bella esposa, una magnífica casa, una servidumbre atenta, ambos bolsillos del pantalón llenos de dinero que hacía sonar ininterrumpidamente mientras hablaba y, como él mismo se jactaba, una "constitución de hierro, a Dios gracias".

La noche del 8 de marzo, después de haber hecho los honores a una cena exquisita a base de pavo y fiambres, este pobre y desamparado amante de los placeres vino a informarnos que su canoa estaría a nuestra disposición a medianoche y que sus sirvientes nos llevarían a la otra orilla. También nos indicó el nombre y el lugar de residencia de un amigo, un joven cuáquero, que vivía a unas millas de Germantown y seguramente nos acogería. Ese cuáquero, a cuya casa llegamos sin ningún contratiempo, nos alojó en un pajar encima del establo. Resultó que había conocido al mayor André cuando aquel amable y desgraciado caballero se hallaba encarcelado en Lancaster, en 1776, y que sus hijos habían recibido lecciones de dibujo de él. Era tan estricto en sus creencias como mi antiguo amigo Josías, y corroboró el buen concepto que me había formado de esa secta. Nos dijo, entre otras cosas, que hacía uno o dos años que los Amigos de Filadelfia habían decretado expulsar de su sociedad a todo miembro que cancelase una deuda en la depreciada moneda continental, a pesar de que por entonces era traición dudar de la bondad de la moneda y ellos mismos tenían que aceptarla de sus propios deudores a su valor nominal. También habían resuelto no participar en ninguna actividad de piratería o de contrabando, y nuestro huésped señaló sin jactancia que esa disposición le había obligado a devolver al dueño inglés su parte de un botín capturado por un barco mercante en el que estaba interesado. Se lamentó, empero, de que un número de sus hermanos hubieran intervenido activamente en la guerra olvidando sus principios; y él con frecuencia había sido abordado con preguntas tales como: "¿quieres empuñar un fusil?", y "¿vendrás mañana al desfile?". Y agregó:

-Nuestro pobre hermano *vacilante,* Nathaniel Green -la insinuación se refería a la cojera del general- pertenece a esa cohorte de renegados.

Abandonamos su casa a medianoche, y al rayar *el* alba llegamos a un arroyo cuyo nombre no recuerdo, entre Germantown y Bristol. Llevaba mucha agua a causa de las recientes lluvias. Decidimos cruzarlo en un lugar donde era muy ancho, pero tenía sólo cuatro pies, aproximadamente, de profundidad. En el medio del cauce había una pequeña isla. Como no existía puente ni balsa, ni tampoco otro medio para cruzar, dije:

-Vamos, nos queda más remedio que vadearlo.

-Bien -dijo Smutchy-, ¡a quitarse toda la ropa y hacer un hatillo para llevarlo colgado del cuello! Vamos, Billy Broadribb, tienes los ojos todavía cargados de sueño. La zambullida en *el* agua fría te va a despabilar.

Broadribb se quitó lentamente una bota y un calcetín y probó el agua con los dedos del pie, retirándolos con un grito.

-¡Por amor de Dios! -se quejó-, ¿pretenden ustedes que yo pase por este helado líquido antes de haber desayunado? -Empezó a balbucir. Aquel caballero atildado y el honrado cuáquero le habían mimado tanto que no era capaz de tornar a sus anteriores penurias-. ¡Oh, sargento Lamb! -gritó-. Los sufrimientos me tienen casi destrozado. Estoy seguro de que moriré si me meto en este río. Y no puedo engañarme respecto a mi indulto..., el comandante en jefe no me lo concederá nunca, estoy seguro.

Le propusimos llevarle a cuestas a la otra orilla y darle la mitad del dinero que

Librodot

llevábamos encima, o sea un importe de casi dos guineas, y naturalmente reiteramos nuestras garantías de que intercederíamos en su favor; pero todo fue en vano. Broadribb volvió a calzarse el calcetín y la bota.

-Muy bien -gritó entonces Smutchy-, con el permiso del sargento Lamb voy a cumplir ahora mi amenaza. Voy a sacarte los malos modales y la cobardía a golpes y luego te mataré a tiros como a un perro.

-Le doy mi permiso, sargento Steel -dije, pues parecía no quedar ya otro medio de persuasión, ya que el cuáquero no nos había proporcionado bebida y nuestra botella estaba ya vacía.

Bill Broadribb se volvió bruscamente, presa de gran terror, y echó a correr a toda velocidad. Nos precipitamos tras él, pero íbamos todos descalzos, pues estábamos preparados para vadear el río, y no pudimos perseguirle mucho rato a causa de los zarzales y las piedras. Nos abandonó allí, llevándose sus botas nuevas, nuestras mejores ropas y el dinero que le habíamos adelantado. No volvimos a verlo, pero estuvimos de acuerdo en que era mejor habernos librado de él, pues su cobardía había deprimido nuestro ánimo.

Tiritábamos ya de frío, pero deseosos de no postergar más nuestra tentativa nos metimos en el agua. Esa media milla de río era indeciblemente fría. Cuando llegamos a la isla resultó que nuestros miembros estaban poco menos que entumecidos, y nos frotamos y golpeamos unos a otros para restablecer la circulación de la sangre, saltando y brincando como indios.

Robert Probert, cuya piel había tomado un color blanco azulado y cuyo cuerpo temblaba convulsivamente, exclamó con su acento galés:

-¡Maldición!; no puedo censurar al pobre Billy. Siento un frío terrible. No, realmente no puedo censurar al pobre Billy.

Sin embargo, fue el primero en vadear la segunda mitad del río y el primero en ganar la otra orilla. Smutchy se lastimó un pie durante el cruce, una lesión que descubrió sólo algún tiempo después de salir del agua, pues sus piernas se habían vuelto completamente insensibles. Tuvimos que ayudarle a caminar durante las siguientes dos millas de marcha, pues no podía pisar con el pie lastimado. Por fortuna la casa que nos había recomendado el cuáquero resultó ser muy hospitalaria. Permanecimos allí ocultos en el granero, y me facilitaron ungüento y vendas para curar el pie de Smutchy. Nuestras provisiones, aunque abundantes, consistían sólo en pan de maíz, miel y sidra. Pensilvania produce una cantidad notable de miel; casi todas las casas cuentan con siete u ocho colmenas. Dicen que las abejas eran completamente desconocidas en América antes de la llegada del hombre blanco, según lo prueba el hecho de que en la mayoría de los dialectos indios la abeja es designada con *el* nombre de "mosca del inglés".

Hasta entonces todo nos había salido muy bien. Estábamos cerca del gran río Delaware, a unas veinte millas aguas arriba de Filadelfia, y teníamos que hallar alguna manera de cruzarlo y pasar al estado de Nueva Jersey. Por desgracia, nuestra protectora, viuda de un ex oficial británico, no podía darnos ayuda ni recomendaciones en este aspecto. Nos dijo que arriesgaba su vida si hacía nuevas averiguaciones para nosotros, pues ya sus vecinos sospechaban de ella. Debíamos obrar por nuestra propia iniciativa.

Partimos esa misma noche a las nueve, y, al pasar frente a una casa, observamos a una pobre viejecita que cortaba leña en un cobertizo.

-Pueden estar seguros -dijo Tyce en un susurro- de que esa mujer es viuda o su marido está ausente. Por aquí son los hombres los que cortan la leña, y lo hacen muy de mañana.

Como la experiencia me había enseñado que las viudas y otras mujeres solitarias son rara vez vengativas y gustan de hallarse en compañía, me aventuré a visitar a ésta en su casa. Le pregunté si podía indicarme dónde estaba el embarcadero más próximo. Me escrutó atentamente de pies a cabeza y, llegando al parecer a un resultado favorable en su examen, me contestó muy amablemente:

-Pase adentro con sus compañeros. Aquí se encontrarán a salvo. Veo por su modo de andar y de comportarse que es un soldado británico. Si quiere hacerse pasar por un americano,

Librodot

debe aflojar los músculos de la nuca y no sacar el pecho de esa manera; y al andar no debe pisar primero con el talón, como si quisiese herir el suelo, sino con toda la planta.

Postrado en cama en la planta alta yacía su marido, quien había estado al servicio del gobernador real de Georgia, y su único hijo se encontraba en Nueva York con los *provinciales* de Fanning, al servicio del rey. Nos agasajó muy gentilmente e insistimos en pagarle su tocino y su potaje cuando nos despedimos de ella, a la mañana siguiente. Luego nos encaminamos al embarcadero, a dos millas de distancia.

Apenas hubimos entrado en la casa, nos dimos cuenta *de* que nos habíamos metido en un avispero. Ocho barqueros acababan de llegar del río para refrescarse con sidra; venían de las cercanías de Trenton, cuarenta millas aguas arriba, y bajaban una balsa de troncos curados en dirección a Filadelfia, para los astilleros. Dos de ellos llevaban escopetas. Uno, que en nuestra presencia ya había tomado uno tras otro dos grandes vasos de sidra y ahora pedía el tercero, gritó:

-Esos cuatro espantajos no despegan los labios. ¿Por qué no hablan? ¿Por qué no nos dan su parecer? Que me cuelguen si no son del otro bando. ¿Qué dice usted, vecino Melchizedek?

-Vamos, vamos, barqueros -intervino el propietario-, no se busquen líos ni alboroten en mi casa. Estoy seguro de que son pobres alemanes honrados que no saben hablar inglés. *Kommen Sie, mein Freund* -agregó, volviéndose hacia mí-. *Trinken Sie etwas?*

Me pareció más conveniente parecer alegre e impávido, y adoptando el acento de Irlanda del Norte, cosa que hacía sin dificultad, pedí cuatro vasos de sidra y le dije que "los hombres de Londonderry nos mantenemos siempre juntos". Luego agregué fieramente:

-Bebamos, Phil, y vosotros, Corney y Sand, y también tú Robby, antes de que se pierda una gota de buena sidra. Si a esos brutos insolentes no les gusta nuestra compañía, que se queden solos.

Al oír eso se levantaron como un solo hombre y se retiraron a una habitación interior. El posadero corrió tras ellos, supongo que para disuadirles de toda violencia. Smutchy dijo:

-Tengo mi pistola, pero sólo servirá para un solo tiro. -Vamos a vender cara nuestra vida -gritó Probert con todo el ardor del hombre de Gales.

-No creo que sea necesario comprar o vender nada -dijo el imperturbable Tyce-, si nos apoderamos de la barca y cruzamos el río. ¿Qué opina usted, sargento Lamb?

Tyce tenía razón. Les ordené ir delante hasta la barca, pues Smutchy se rezagaba a causa de su pie vendado, mientras yo llamaba al posadero y pagaba el gasto. Protesté airadamente ante este Melchizedek por la descortesía de los barqueros y juré que me vengaría de ellos en cuanto el resto de mi partida de diez hombres viniera por el camino. Estas palabras nos permitieron retirarnos en buen orden. Luego me precipité fuera de la casa y corrí al río, encontrando a mis camaradas ya en el bote y a Smutchy sentado detrás del atemorizado piloto negro, con la pistola colocada contra su nuca. Entré de un salto, soltamos amarras, Tyce cogió el otro par de remos y, antes de que se diera la señal de alarma, ya estábamos en el medio del río. Nos hallábamos sin duda al alcance de sus escopetas, pero Smutchy, al pasar una bala silbando junto a nosotros, les gritó:

-Si disparáis otra vez, mataremos a vuestro viejo negro. -Entonces desistieron.

En cuanto el bote llegó a la otra orilla, nos internamos rápidamente en el bosque y pronto nos encontramos a salvo de nuestros perseguidores, ya que les llevábamos una ventaja de más de una milla y media.

Sería tedioso seguir con el relato detallado de nuestra marcha; baste con decir que en ninguna de las regiones del continente americano que he recorrido como soldado, por las que he sido llevado en calidad de prisionero o que he cruzado para recuperar mi libertad, encontré gente más firmemente partidaria del gobierno británico que los habitantes de Nueva Jersey. Afirmo esto plenamente convencido de la veracidad de mis palabras, a pesar de las

aseveraciones malévolas del historiador Belsham, de que en esta misma zona del país nuestra soldadesca disoluta, particularmente los alemanes, bajo la inspección y mando personal del general Howe, había causado tales estragos y ruina que "provocó el máximo encono y odio de la población". Un historiador debiera referir la verdad, nada más que la verdad, sin distinción de amigos o enemigos. Debe admitirse que los de Hesse propendían al saqueo al estilo europeo, así que sus oficiales tenían dificultades para poner freno a sus pequeños robos de aves de corral, forraje, etc., y que un regimiento tan magnífico como el Treinta y Tres, al carecer de leña con una temperatura invernal, había confiscado las cercas de los granjeros liberales. También admitiré que en todo ejército hay bribones cuyos delitos ocasionales desacreditan a sus compañeros. Pero si las fuerzas británicas en América hubiesen asesinado a sangre fría y premeditadamente al padre, a la madre y todos los familiares del señor Belsham delante de él mismo, no hubiera podido ser éste más rencoroso al imputar a oficiales británicos la dirección o instigación de atrocidades. Los oficiales que combatían en esas campañas eran caballeros o nobles pertenecientes a las familias más importantes del imperio; importantes por su riqueza y su honor; hombres a quienes nada sobre la tierra podía inducir a los actos de que se les acusaba y cuyo espíritu elevado se hubiera rebelado ante la sola insinuación del pequeño robo y el saqueo.

Pero volviendo al hilo de mi narración, durante las siguientes semanas esas buenas gentes de Nueva Jersey se jugaron su propia vida y sus bienes para velar por nuestra seguridad, y nos llevaron clandestinamente de casa en casa en etapas cortas. Esa región estaba llena de tropas y a medida que nos acercamos a Nueva York aumentó su número. Pasamos por Moonstown, Mountholly y Princeton; en este último lugar nos escondió por la noche uno de los profesores del Nassau College. Era un magnífico edificio de piedra desnuda, muy grande y de cuatro pisos, pero que a nosotros nos pareció una escuela primaria más que una universidad. Nos ocultamos en la biblioteca. Vi con sorpresa que los libros eran en su casi totalidad antiguas obras teológicas, algunas de ellas colocadas al revés en los estantes y todas dispuestas sin orden alguno. No había entre ellas, por lo que yo pude comprobar, ningún tratado científico, de historia o geografía. En un extremo de la biblioteca estaba el magnífico planetario del señor Rittenhouse, pero uno o dos años antes los americanos lo habían desarmado y retirado presurosamente de allí, ¡supongo que por temor de que nuestros oficiales desearan agregarlo a su botín! Desde entonces nadie lo había vuelto a poner en condiciones de funcionamiento. En el otro extremo de la estancia había dos pequeños armarios denominados "el museo". Contenían tan sólo un par de pequeños cocodrilos disecados y unos cuantos peces curiosos, todo ello en muy mal estado por haber sido el constante juguete de los estudiantes cada año en la fiesta anual de fin de curso. Durante las horas que pasamos allí no fuimos molestados por ningún joven estudiante, interesado en los sermones de Attenborough, South o el obispo Berkeley.

Cuando escribí estas líneas, un caballero americano que, merece cierto crédito, graduado en el Nassau College, me aseguró que lo exiguo de la biblioteca se debía al saqueo de los rudos soldados de Hesse que se alojaron allí, antes de la victoria del general Washington, a fines del año 1777. Agregó con indignación que utilizaron montones de los tomos más selectos para encender fuego en las estufas Franklin. Me lamenté con él de que esos estúpidos hubiesen rechazado todos los volúmenes muertos y secos como inadecuados para quemar, seleccionando sólo la madera más verde y menos combustible del árbol del saber.

La última etapa de nuestro viaje fue la marcha hasta el pueblo de Amboy, que estaba situado frente a Staten Island, separado de las avanzadas británicas sólo por un río. El 19 de marzo llegamos a dos jornadas de distancia del mismo. Ibamos acompañados por un guía que considerábamos digno de confianza. A las once de esa noche nos condujo a Elizabethtown y, deteniéndose en las afueras del pueblo, nos dijo que podríamos atravesarlo sin contratiempo pues los habitantes estaban acostados y no había americanos acantonados allí. Sin embargo, ese día habíamos leído en un diario de Filadelfia la siguiente noticia: "El 9 de marzo, William

Librodot

Broadribb, desertor británico, fue apresado por un oficial en Germantown. Fue llevado al día siguiente ante un tribunal de guerra de Filadelfia, bajo la acusación de conducir hacia Nueva York a cuatro hombres, presumiblemente soldados británicos, y, una vez probado el hecho, fue condenado sumariamente a morir en la horca. La sentencia será ejecutada en público, *in terrorem similium,* en el lugar habitual de las ejecuciones, mañana a las doce en punto, y siempre que no llueva." Este aviso llenó de pánico el corazón de nuestro guía, quien nos dijo:

-Yo voy a dar un rodeo, para que no me vean en compañía de ustedes, y me pase lo que a ese Broadribb. Volveremos a reunirnos en el camino, en lo alto de la primera colina después del pueblo.

Los vecinos de Elizabethtwon dormían profundamente y no hubo ningún problema. Pero nuestro guía no se presentó en el lugar convenido. Lo esperamos dos horas y luego abandonamos toda esperanza de volverlo a ver, comprendiendo que nos había dejado plantados. Soplaba un viento glacial del Norte que arrastraba consigo remolinos de abundante nieve, y no soportamos la idea *de* esperar más, con las ropas hechas jirones y las botas otra vez rotas a causa de nuestras últimas caminatas, pues el cuero estaba demasiado deteriorado para soportar las costuras hechas por los zapateros alemanes. Decidimos finalmente seguir adelante sin guía, aun cuando ignorábamos en qué dirección estaba Amboy. Amainó el temporal de nieve y divisamos la estrella polar, que brillaba con gran intensidad. Sabíamos que no podíamos errar mucho el camino si tomábamos rumbo al Norte, y nos pusimos en marcha briosamente, por un terreno accidentado y escabroso, unas veces por *el* camino y otras a través de bosques.

A las cuatro de la madrugada, Smutchy Steel se tambaleó y cayó de bruces sobre la áspera tierra, exclamando con voz débil:

-Gerry Lamb, me he esforzado en disimular los sufrimientos y apretar los dientes. Pero ya he excedido en mucho el límite de mis fuerzas. Siento un dolor de todos los diablos en el pie herido, que está muy inflamado, y no puedo dar un solo paso más.

Yo sabía que Smutchy no era un hombre débil ni pusilánime; si decía que no podía dar un solo paso más, era verdad. Así que dije a los otros dos:

-Bien, camaradas, sé que todos tenéis los pies doloridos, pero no debemos abandonar a nuestro amigo tan cerca de nuestra meta. Vamos, ponedlo sobre mi espalda. Podemos llevarle por turnos hasta el alba; luego descansaremos.

-No, Gerry -dijo él-, ¡déjame aquí! Vosotros mismos ya no podéis más. Es preferible que se muera uno a que se pierdan todos. Si sobrevivo, por la mañana trataré de arrastrarme hasta la casa más próxima, y si tengo suerte les seguiré dentro de un día o dos.

Intentamos llevarlo con nosotros, pero era un hombre de muchos kilos y no pudimos aguantar su peso. Comprendimos que después de todo tendríamos que abandonarlo, lo que era particularmente penoso para mí por haberlo acompañado en tantas penurias. De no haber sido por Tyce y el sargento Probert, que dependían de mi dirección, habría optado por permanecer al lado *de* Smutchy. Éste nos entregó su pistola, le estrechamos la mano y seguimos adelante.

Durante todo el día siguiente marchamos por los bosques nevados. Carecíamos totalmente de víveres y no probamos bocado hasta las dos de la madrugada siguiente, que era el 22 de marzo.

Nos detuvimos entonces frente a una casa que se levantaba solitaria al borde de un estrecho camino y, oyendo voces en la planta baja, llamamos a la puerta. Un viejo salió rápidamente a abrirnos y dijo:

-No sé quiénes son ustedes, pero si son gente buena, entren; y quédense fuera si no lo son. Mi mujer y yo somos viejos y estamos solos, pero seleccionamos nuestras compañías.

-Por favor, señor -contesté-, por su modo de hablar creo que es usted dublinés. Hace mucho que no oigo el verdadero acento dublinés a otros que no sean soldados. ¿Me permite preguntarle de qué parte de la ciudad es usted?

Esta pregunta audaz provocó una risotada cordial del viejo y el regocijo de su anciana mujer.

-Alabado sea Dios -exclamó él-, ¿quiere decir que treinta años de vida en este país de pronunciación fuerte no me han sacado el acento suave? Pero dígame, trasnochador, ¿a quién diablos se parece usted? He visto antes esos ojos y esa manera de abrirlos mucho al hablar. Bueno, no quiero pensar en ello; cuanto menos piense más fácilmente me acordaré. Pero sepa usted, muchacho, que yo vivía cerca de Bloody Bridge, y trabajé en la catedral de St. Patrick, para el viejo deán, un hombre muy querido.

-Usted se fue cuando estaban agregando la gran torre al campanario de la catedral, ¿no es cierto?

-Exacto -asintió él con un aire muy grave-; y me fui precisamente a causa de esa torre. Tuve la desgracia de dejar caer un martillo sobre el cráneo de un albañil borrachín y mentiroso que pasaba en ese momento, y nadie quiso creer que se trataba de un mero accidente. Tuve la buena suerte de casarme algunos días después con mi buena Molly, que acababa de enviudar, y como mis compañeros albañiles de la catedral me miraban con malos ojos, me vine a estas tierras. Dígame, ¿han levantado o restaurado en los últimos años muchas iglesias y otros edificios en Dublín? ¡Dígamelo pronto, que me muero de curiosidad!

Le pedí primero permiso para dejar entrar en la casa a mis camaradas, aunque no le dije todavía quiénes éramos. Él accedió y, tras saludarlos con un rápido movimiento de cabeza, empezó a acosarme con preguntas respecto a esas nuevas iglesias, su estilo, sus materiales, su decoración y capacidad. Su mujer lo regañó por su falta de hospitalidad hacia un paisano, y se puso presurosamente a mondar unas doce libras de magníficas patatas, pidiendo a su marido que avivara el fuego con el fuelle, que puso en su mano.

¡Es muy duro para un hombre perdido en tierra desolada y hostil y a punto de desmayarse de frío, de hambre y de falta de sueño, que le obliguen a perorar sobre la arquitectura eclesiástica de Dublín! Pero hice frente a la tarea, pues sabía cuánto dependía de ello. Éste era un viejo colérico al que convenía no contrariar. Le hablé, pues, de la elegante simetría de la torre de St. Werburgh -un magnífico octógono que descansaba sobre columnas y estaba rematado por una bola dorada-, de la renovación de la iglesia de Santa Catalina en la calle Thomas, y de la nueva iglesia de Santo Tomás, la última que fuera construida en la ciudad, como también de la bella fachada de piedra labrada que había sido agregada a la iglesia de San Juan en la calle Fishamble, en los tiempos en que yo me fui de la ciudad.

De las iglesias tuve que pasar a la nueva Bolsa, lo que fue como un cuento de hadas para mi anfitrión, y a la reconstrucción del puente de Arran (ahora, de la Reina), que había sido arrastrado por la riada cuando yo tenía once años, siendo poco después reconstruido en piedra labrada. Entonces él se dio, de pronto, un golpecito en la rodilla con la palma de la mano, al tiempo que exclamaba:

-¡Qué montón de buenas noticias! ¡Anda, Molly, mi vida, trae el *whisky!* Aquí hay dos irlandeses que quieren beber.

Las patatas hervían ya en la olla, listas para ser servidas, y a no ser por el recuerdo del pobre Smutchy Steel, que era otro dublinés, hubiera sido aquélla una noche muy alegre.

Nuestro compatriota nos informó, como de paso, de la ubicación de los puestos americanos a lo largo de las orillas del río, que corría a sólo dos millas de distancia. Pero no nos dio a conocer claramente su opinión política, ni tampoco su mujer. Ésta me besó .muy afectuosamente cuando nos despedimos.

Seguimos viaje, eludiendo los puestos americanos, y al rayar el alba divisamos a lo lejos los bosques de Staten Island, separados de nosotros por un río ancho y profundo. Fuimos y vinimos por la orilla en busca de una canoa o un bote, pero no encontramos nada. Ya era de día y, alarmados, decidimos tras rápida deliberación regresar a la casa de mi paisano, revelar nuestra identidad y quedar bajo su protección.

Librodot

El hombre salió corriendo de su casa a mi encuentro, chasqueando los dedos y exclamando:

-¡Ya caigo! ¡Ya caigo!

Traté de hablarle, pero él insistió en decir primero:

-Dígame, mi pobre amigo, ¿quién era aquel hombre apuesto de ojos azules como los suyos que tenía un negocio de artículos marinos cerca del puente de Arran?

Contesté riendo:

-Pues se llamaría Lamb, igual que su hijo, ¿no?

-¡Eso es, por todos los santos! En su tienda compré mi ropa de marinero cuando me embarqué rumbo a América. Abría sus ojos azules igual que usted. Bien, señor Lamb, estoy enteramente a su disposición. Ustedes son soldados británicos, ¿no? Déjenme que los guíe. Quiero al rey George como el que más.

Muy entrada la noche nos embarcamos en un pequeño bote a remo propiedad de dos amigos de nuestro dublinés, y nos alejamos de la orilla. Habíamos acordado pagarles por llevarnos al otro lado todo el dinero que nos quedaba. El río tiene allí más de tres millas, de ancho.

Los hombres no habían remado aún un cuarto de milla, cuando el viento, que hasta entonces nos había favorecido, cambió de dirección y empezó a soplar con fuerza. El bote hizo mucha agua y los remeros, alarmados, dieron la vuelta al timón y tomaron rumbo a la orilla de la que habíamos partido. Había una corbeta británica que de noche patrullaba continuamente esas aguas para interceptar corsarios americanos y otras embarcaciones, pero no la habíamos avistado todavía. Pedimos a los barqueros que volvieran otra vez hacia el centro del río y trataran de llegar hasta esa corbeta o, de fallar esto, nos llevaran a toda costa a la isla, pero dijeron que un bote no podía resistir semejante viento y que nos ahogaríamos todos si insistíamos. Entonces extraje la pistola de Smutchy de entre mis ropas y les ordené perentoriamente hacer lo que les decía.

Tras luchar por espacio de casi dos horas con el viento y el oleaje, medio muertos de frío y empapados, divisamos un barco de aparejo cuadrado a media milla de distancia. Los remeros declararon que era un corsario americano, pero como nuestro bote amenazaba irse a pique en pocos minutos, resolvimos dirigirnos hacia él. Tyce no sabía nadar y Probert era un nadador muy inexperto; dije, pues, que teníamos que correr el riesgo. Cuando nos acercamos nos gritaron desde a bordo, ordenándonos ponernos al costado. Con indescriptible regocijo vimos, a la luz de un farol, soldados británicos sobre la cubierta.

Nos izaron a bordo y en mi calidad de jefe fui conducido a la cabina para informar al capitán Skinner, comandante del barco, sobre nuestra identidad. Cuando estuve en su presencia, sólo pude abrir la boca, pero no articular una sola palabra durante un rato. Pero él, con gran humanidad, ordenó que me sirvieran un vaso de ron. La bebida no tardó en devolverme la facultad de hablar.

-¡Gracias a Dios -exclamé-, estamos de nuevo entre nuestra gente!

20

El autor ha conducido a sus lectores por variados campos de aventuras y penalidades, llevándolos por tierra y mar a través de unas cuatro mil millas, desde su enrolamiento en Dublín hasta Boston, y luego otras cuatro mil millas, aproximadamente, en sus complicados viajes, pasando por Nueva York, a través *de* los estados del Sur y del Centro; y nuevamente de regreso a Nueva York. Por angustiosos que hayan resultado estos capítulos, espera que la fiel descripción local que contienen ofrezca cierto grado de amenidad *e* interés, por ser el relato de un testigo ocular. Ahora, llegado casi al término de su carrera militar, el autor se dispone a retirarse de la escena literaria, consciente de que sólo la terrible conflagración de la guerra pudo hacer público a un personaje tan oscuro como él.

El capitán Skinner nos desembarcó a la mañana siguiente con una carta dirigida a su padre, coronel de un regimiento de americanos leales. Nos presentamos ante el coronel Skinner, quien ordenó inmediatamente que un barco nos llevase a Nueva York. Nuestro aspecto sorprendió a los soldados de la guarnición cuando con paso brioso nos dirigimos al cuartel general. Nunca se habían presentado en estado tan andrajoso sargentos del regimiento de los Reales Fusileros Galeses. Sir Guy Carleton, que entretanto había reemplazado a Sir Henry Clinton como comandante en jefe, nos acogió muy amablemente y *le* dimos toda la información que creímos de utilidad para *el* comando. Pero se me oprimió el corazón al pensar, mientras permanecía en el salón, cómo había estado allí la última vez en más o menos idéntica situación y con cuánta familiaridad y gentileza el pobre mayor André había conversado conmigo. Todavía colgaban en las paredes algunos dibujos y siluetas enmarcados que él había hecho. Su puesto de ayudante general era ahora ocupado por el mayor Frederick Mackenzie, quien había sido ayudante de los Reales Fusileros Galeses durante el asedio a Boston, y por eso se interesó mucho por nosotros. Expresó el deseo de que yo escribiera un relato de nuestra fuga, y luego nos envió al oficial que debía pagarnos el premio habitual. Después de haber anotado mi nombre en el libro, este oficial se fijó en la parte superior de la primera página.

-Vaya -dijo-, los Lamb son famosos por este tipo de cosas. Aquí hay otro Roger Lamb, sargento del Noveno, uno de los primeros que logró escapar del ejército del general Burgoyne, en el invierno de 1778.

-Soy yo -contesté-. Pasé después al regimiento de los Reales Fusileros Galeses.

-Pues si usted puede probar eso -dijo él-, tengo una buena noticia que darle. El coronel John Hill, que fue canjeado y enviado a Inglaterra, le dejó aquí todas sus pagas atrasadas.

No me fue difícil proporcionar esta prueba, pues había por entonces oficiales de ambos regimientos en Nueva York, y me fue pagado el dinero, que ascendía a cuarenta libras.

El mayor Mackenzie me recomendó luego al general Birch, comandante de Nueva York, quien me nombró su secretario mayor, con un buen sueldo. Pero la gentileza del mayor no paró ahí: a iniciativa suya fui más tarde designado ayudante del cuerpo de Voluntarios de la Marina Mercante, que prestaba servicio permanente en la ciudad. ¡Durante los dos meses que estuve con ellos disfruté del único descanso -bien puedo decirlo- que tuve durante los ocho años que estuve en América! Debo señalar que Sir Guy Carleton había sido nombrado para este cargo por Lord Rockingham (que había sucedido en el ministerio a Lord North) ante todo por ser un administrador honesto y enérgico, que expulsaría de su madriguera en Nueva York a los parásitos y ladrones que bajo la mirada negligente de los generales Sir William Howe y Sir Henry Clinton habían acumulado inmensas fortunas a la sombra de la guerra. Sir Guy instituyó inmediatamente una Corte General de Investigación y no tardó en destituir a un gran número de funcionarios, comisarios y contratistas.

Más tarde, cuando fueron firmados los preliminares de paz entre España, Francia,

América y Gran Bretaña, yo estaba en King's Bridge al mando de los reclutas de los Reales Fusileros Galeses, que se encontraban de servicio allí. Me enteré de la noticia con una especie de apatía, pero muchos leales y británicos la recibieron con la más viva indignación. Se daban cuenta de que el ejército del general Washington estaba más pobre y abandonado que nunca, y era incapaz de realizar una sola jornada de marcha; que hasta tramaba con frecuencia motines y era tenido a raya sólo mediante el fusilamiento de los cabecillas. El propio general Washington admitió más tarde que sus gentes eran presa de una especie de estupor; que si se nos hubiese permitido avanzar, seguramente habríamos tomado las *Highlands* sobre el río Hudson. Los términos de la paz concedían a los Estados Unidos la independencia total; los vastos territorios del interior desde el curso medio del Misisipí hacia el Norte hasta los Grandes Lagos, antes parte del Canadá; los derechos -de pesca del bacalao en las costas de Terranova y la conservación de las propiedades confiscadas a los leales. Estos, de los que veinticinco regimientos habían combatido en nuestros ejércitos, se arrancaron entonces las insignias británicas y las pisotearon. Lo habían perdido todo.

Así terminó una contienda que despojó a Inglaterra de mucho más de la mitad de su territorio. Hasta qué punto su comercio y sus intereses legítimos como nación quedaban afectados por ella, es una cuestión sobre la cual era vano entonces hacer conjeturas, y se han vertido desde entonces opiniones tan innumerables como contradictorias. Esto sí que puede decirse sin temor a la contradicción: para imponer gravámenes sobre el té y otros productos, que habrían rendido tan sólo algunos miles de libras esterlinas –¡suponiendo incluso que los gastos de percepción no excediesen en mucho a los ingresos!–, se provocó una guerra que aumentó en no menos de 120 millones de libras la deuda nacional, ya de por sí muy crecida, y duplicó la carga de los intereses que devengaba. (Los franceses, dicho sea de paso, también perdieron 50 millones de libras como consecuencia de esa misma guerra.) Sin embargo, el dinero es basura, y mucho dinero es mucha basura, y a la larga creo que era mejor que las dos naciones se separaran. Quién sabe si no llegará un día en que los americanos, recordando los antiguos vínculos del afecto y de la lengua que a pesar de todo siguen uniendo a las dos naciones, entren en una coalición armada con nosotros contra los franceses u otros enemigos enconados que amenazan nuestras libertades comunes. Sin embargo, a raíz de la pérdida de sus conservadores, han sido deplorablemente lentos en organizarse como nación sobre una base sólida, y en este mismo año en que escribo (1814) nos hemos enfrentado de nuevo con ellos y nos hemos visto obligados a desembarcar tropas que han incendiado su nueva capital, Washington.

He reservado para mis lectores dos gratas sorpresas, que voy a ofrecerles ahora. El sargento Collins y su grupo llegaron sanos y salvos a Nueva York a fines del mes de abril. Habían sufrido las mismas penalidades que nosotros, y tuvieron la mala suerte de ser capturados en Jericho Valley cuando se disponían a cruzar el río Delaware, unas millas más abajo de Trenton, siendo encerrados en la famosa prisión correccional de Filadelfia. Allí, el trato dado a los presos estaba sabiamente orientado hacia el fin de extirpar sus vicios y abrir ante ellos la perspectiva de su reinserción como miembros honestos de la sociedad; se les permitía continuar su oficio durante el tiempo de su encarcelamiento, y se enseñaba algún oficio a los que no conocían ninguno. El sargento Collins y su grupo declararon pertenecer a esta última categoría, y fueron instruidos en la fabricación de clavos; del mismo modo que a las mujeres ignorantes se les hacía en general abatanar cáñamo. Si a mis camaradas, que preferían la libertad a ser reformados, los hubiesen hecho batidores de cáñamo, habrían sustraído hebras para retorcerlas y hacer cuerdas, de las que se hubieran valido para huir; siendo fabricantes de clavos, sustrajeron barras de hierro y se escaparon socavando los cimientos de su celda. Se introdujeron clandestinamente a bordo de un barco mercante amarrado en el muelle y fueron rescatados, al salir el barco del río, por un corsario británico.

Celebramos con un banquete nuestra reunión, según lo convenido, con los platos selectos que habíamos mencionado cuando estábamos agazapados en la nieve, cerca del río Susquehannah, si bien tuvimos que renunciar a las piñas por no poder conseguir esta fruta.

Librodot

Puedo asegurar a mis lectores que el gasto no fue poco, pues en el mercado de Nueva York una pierna de cordero se vendía a la sazón a una guinea, un pollo a seis chelines, un huevo de buena calidad a tres peniques, y lo demás a precios similares. También la bebida era carísima. Propuse brindar en silencio por "una cara ausente", refiriéndome naturalmente a Smutchy Steel, y cuando llevábamos nuestras copas a los labios, alguien, como si se tratara de un efecto teatral, llamó a la puerta.

-Pase -gritamos, y permanecimos a la expectativa para ver de quién se trataba.

Entonces se asomó una cabeza bien conocida y una voz más conocida aún preguntó:

-¿Hay cubierto para ocho o sólo para siete? ¿Y dónde está esa fuente llena de patatas que me prometieron?

-¡Smutchy! -gritamos, y corrimos hasta él, dándole un efusivo abrazo-. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

-Por el mismo camino que tú, Gerry -dijo-. Tuve suerte desde que nos separamos cerca de Elizabethtown. El guía no nos había abandonado, sino que por un error nos había esperado en otra colina más próxima al pueblo. Cuando se dio cuenta de su equivocación nos siguió, y me encontró tendido sin conocimiento junto al camino. Me reanimó con un poco de ron caliente y me llevó a casa de un amigo, donde permanecí tres semanas, hasta que mi pie quedó curado con cataplasmas. Mi siguiente etapa fue la casa de un viejo irlandés situada cerca del río, quien me encargó que te transmitiera sus cordiales saludos. Y desde allí fui en un bote a Staten Island, con viento favorable y cielo estrellado.

¡Pueden ustedes imaginarse fácilmente qué noche fue aquélla!

En mayo de 1783, el capitán de Saumarez, uno de los doce capitanes cuya vida se había sorteado por orden del general Washington, condujo a los Reales Fusileros Galeses, que seguían tan animosos como siempre, para reunirse con el ejército de Staten Island. El coronel Balfour ya se encontraba en Nueva York, pues Charleston había sido evacuada algunos meses antes por los británicos. Yo agregué mi compañía de reclutas al regimiento, y el 5 de diciembre nos hicimos todos a la mar en Sandy Hook. Mirando atrás hacia la costa que se iba perdiendo en el horizonte, dije al sargento Collins, que se hallaba a mi lado:

-Dígame, Collins, ¿cómo se siente en este solemne momento? Él contestó:

-Contento por haber visto tantas cosas y escenas interesantes,

pero sin el menor deseo de regresar a esa costa. También estoy harto de combatir. El doctor Franklin no estaba muy equivocado cuando declaró que nunca ha habido una guerra buena ni una paz mala. América para los americanos, digo yo; será a la vez una recompensa y un castigo para ellos. Son vivaces y sensibles y no son gente mala; pero si el arcángel Gabriel en persona descendiese del cielo para gobernarlos, lo denunciarían al día siguiente como un tirano, un libertino y un ladrón; tan celosos son de sus libertades.

Cuando el sargento Collins se retiró de la cubierta, afloraron sin querer a mis labios las palabras de Ricardo Plantagenet, en el *Enrique VI* de Shakespeare, con las que se lamenta de la pérdida de las posesiones británicas en Francia, y recité con voz melancólica a las gaviotas que seguían nuestro barco:

¿Y en esto se han convertido nuestros esfuerzos?

¿Tras la matanza de tantos pares,

de tantos capitanes, caballeros y soldados que perecieron en esta contienda

y dieron sus vidas por su patria?

Librodot

Tras una travesía breve y feliz desembarcamos en Portsmouth, Inglaterra. Desde allí marchamos a Winchester, donde solicité mi licencia a pesar de disfrutar de grandes privilegios en el ejército y ganar mucho dinero. El coronel Balfour argumentó gentil y afablemente conmigo para persuadirme a seguir sirviendo; pero había decidido regresar a mi país.

Firmó a regañadientes mi licencia y, junto con un grupo de compañeros míos, me encaminé a Londres para presentarme a la junta de reclutamiento. Allí se me consideró demasiado joven para recibir la pensión, juzgándose además que no llevaba suficiente tiempo en el servicio. El 15 de marzo salí de la metrópoli, que visité por primera y última vez, y cuatro días más tarde desembarqué en Dublín, con la indescriptible alegría de mi anciana madre y dos hermanas que vivían aún.

El Noveno también regresó de su cautiverio en la primavera de 1783, pero lamentablemente su número había quedado muy reducido. Pronto se reorganizó y se le otorgó el título de Regimiento de East Norfolk, pero sus hombres se conocen ahora más popularmente con el mote de "Los Santos". Son todavía rudos y diligentes, pues las características de los regimientos no cambian. Del dominio público son el heroísmo y la entereza de este regimiento y el de los Reales Fusileros Galeses en las guerras contra Napoleón Bonaparte.

Jane Crumer y su marido permanecieron en Little York, junto con un grupo de familias de Convention Village. Sin embargo, con el correr del tiempo yo había de renovar mi trato con aquella mujer realmente admirable.

A mi llegada a Dublín, resolví, tras larga reflexión, que mi deber para con la patria no había de ninguna manera terminado en el campo de batalla, y que las frecuentes propuestas que me hicieran los americanos en el sentido de permanecer en su pueblo en calidad de maestro de escuela eran claros indicios del destino que me había reservado la Providencia. De vuelta en Irlanda, consagraría el resto de mi vida a educar a los hijos de mis compatriotas pobres, en las virtudes morales y las cosas más sencillas que deben saber los ciudadanos útiles, o sea, leer, escribir y contar.

Mis gratos recuerdos del sargento Fitzpatrick, cuyos hijos fueron los primeros en recibir mis lecciones, sugirieron la conveniencia de hacerme cargo de una nueva escuela libre, anexa a la capilla metodista en White Friar Lane, donde pronto hubo cuarenta muchachos confiados a mis enseñanzas. Nos reuníamos a diario en el atrio de la capilla, hasta que, al cabo de algunos años, se construyó para mí, por suscripción, una escuela en la parte trasera del templo. En el otoño de 1785 regresó Jane Crumer a Dublín. La volví a ver en casa de la viuda del sargento Fitzpatrick, que era tía suya. El pobre Crumer, su marido idiota, había hallado la muerte en Little York debido a la caída de un pino podrido. Como ella y yo armonizábamos muy bien, nos casamos el 15 de enero del año siguiente, en la iglesia parroquial de Santa Ana, de Dublín. Tuvimos una prole numerosa, pasamos por más de un mal trance, y experimentamos muchas alegrías. Quiero agregar que mis pies andariegos han cesado hace mucho de viajar. Ya llevo más de treinta años enseñando en la misma escuela, y creo que con la misma devoción con que serví en mi regimiento.

Antes de casarnos, revelé a mi querida esposa la historia de Kate Harlowe y la niña perdida, y a la larga me alegré de haberlo hecho, pues diez años más tarde una hermosa muchacha se me presentó, habiendo conseguido mi dirección de un soldado del Noveno, y declaró ser mi hija. Traía mi moneda de plata, envuelta en un papel en que estaba escrito:

Obsequio de Roger Lamb, sargento del Noveno regimiento, a su hija: Eliza Lamb.

K. H.

Me enteré de que esta encantadora criatura, cuyo rostro y figura recordaban los de Kate

en sus mejores tiempos, había sido arrebatada a los indios por un oficial americano, quien deseaba adoptarla como hija propia. Pero el *bardash* Dulce Cabeza Amarilla, del que he escrito en mi libro anterior, averiguó su paradero y la envió de nuevo a su jefe, Thayendanegea, o capitán Brant, quien llevó a la niña, que a la sazón tenía cinco años de edad, a la casa del cuáquero Josías para que viviera entre gente de su propia raza. Como ese cuáquero se fue a vivir a Montreal, ella se crió en aquella ciudad, hasta que murió el buen hombre, dejándole una modesta renta. Poco después de su llegada a Irlanda se casó, con mi consentimiento, con un hombre de la banda del regimiento de milicianos y no tardó en hacerme abuelo.

Por mi hija supe de Thayendanegea. Me dijo que él había vuelto a visitar Londres el año siguiente de mi regreso a Dublín y que fue presentado al rey, pero por algún escrúpulo de honor rehusó besarle la mano, observando, sin embargo, que gustosamente besaría la de la reina. El príncipe de Gales halló gran satisfacción en su compañía, y mi hija había oído a Thayendanegea observar que el príncipe lo llevaba a veces "a lugares que ciertamente no eran muy apropiados para ser visitados por un príncipe". Durante su permanencia en Londres había asistido en compañía del príncipe a un baile de disfraces al que asistieron muchos miembros de la nobleza y de la burguesía, ataviado como para la guerra, pintada en mí lado de la cara una mano negra, y la nariz de color carmesí. Un miembro de la embajada turca quedó tan maravillado al ver el aspecto de Thayendanegea, que se atrevió a tocarle la nariz para satisfacer su curiosidad; no bien lo hubo hecho, Thayendanegea, divertido pero fingiendo rabia, profirió un tremendo alarido de guerra y blandió su *tomahawk* alrededor de la cabeza del aterrado otomano. Los hombres gritaron y desenvainaron sus espadas, las damas chillaron y se desmayaron, y Su Alteza Real tuvo que hacer grandes esfuerzos para no reírse. Esto ocurrió el mismo año en que Thayendanegea publicó el *Evangelio de San Marcos en* lengua mohicana. Tras una guerra contra el general americano St. Clair, al que derrotó y mató en 1791 en la batalla de Miami, se estableció para administrar su rica propiedad en las inmediaciones del Niágara, en el lado canadiense, con treinta negros a su cargo a quienes trataba con extremo rigor. Murió en 1807.

Librodot

POSDATA, 1823

Hace unos días estaba yo bebiendo en compañía *de* Smutchy Steel en su respetable taberna de la calle del Parlamento. Me preguntó entonces:

-Gerry, ¿por qué pones esa cara pensativa y no te ocupas de tu buena cerveza?

Le contesté que estaba meditando sobre la suerte corrida por los pocos generales americanos que nos habían hecho frente y que habían salido de esa guerra cubiertos de honor. El general Nathaniel Greene había muerto a causa de una insolación en la magnífica propiedad que le fuera regalada en Georgia, antes de poder disfrutar de ella, y el general Washington a consecuencia de las sangrías excesivas que le hicieran sus médicos. Su muerte ocurrió tras dos difíciles períodos como presidente de los Estados Unidos, durante los cuales el rencor popular lo había obligado a defenderse del cargo de enriquecimiento ilícito, siendo acusado de "manchar en un grado casi irremediable el armiño presidencial".

-¿Y qué se hizo de aquel francesito, el marqués de La Fayette? -preguntó Smutchy.

-Cuando la revolución que había promovido en América se propagó a su propio país -le informé-, la Asamblea Nacional lo declaró traidor y fue encerrado en una fortaleza. Se hicieron grandes esfuerzos por conseguir que Inglaterra intercediera en su favor, apelándose al propio rey; pero Su Majestad interrumpió al portavoz pronunciando tan sólo estas palabras: "¡Acuérdese de André!"

-Ah -dijo Smutchy-, como acabas de demostrar, los que condenaron a la horca al pobre mayor no tuvieron mucha suerte desde entonces. Parece mentira que fueran capaces de ahorcar a un caballero tan apuesto, tan sentimental y honrado. Nuestra gente nunca lo hubiera hecho, aunque se tratase de un canalla rebelde. Siempre hemos sido demasiado blandos en estas cosas.

-Sin embargo, hasta el triste destino del mayor André fue preferible al del hombre que lo causó, el general Benedict Arnold. Quería poner fin a la guerra y a su derramamiento de sangre, para bien de su país. Si lo hubiese logrado, habría conquistado gloria imperecedera y la gratitud de la posteridad. Pero fracasó, y se vio obligado a luchar a sangre y fuego contra su propio pueblo. Terminó la guerra y América se perdió. El general Arnold vino a Inglaterra y, a pesar de que fue conducido a presencia del rey apoyado en el brazo de Sir Guy Carleton, la mejor sociedad lo repudió, siendo recibido con rechifla cuando entró en el teatro. Murió al cabo de veinte años, amargado, agobiado por la desgracia y cargado de deudas.

Entonces comentó Smutchy:

-Sin embargo, hubiera preferido mil veces estar en el pellejo del general Arnold antes que en el de otro..., un hombre animoso, bien intencionado y rebosante de actividad, cuyo criterio sobre una cuestión de honor hundió a dos mundos en la muerte y el desastre, que enloqueció al descubrir la unión incestuosa de su hija favorita con su hijo natural; que estuvo recluido durante muchos años y fue azotado a diario por sus guardianes, y se volvió ciego y siguió vegetando entre las ruinas de sus esperanzas, sin poder. morir...

-Ah, sí; Su Majestad el difunto rey George -asentí, dando un profundo suspiro-, en cuyo servicio sufrimos terribles penalidades. Creo qué hasta los americanos, que le condenaron tan duramente en su Declaración de la Independencia, debieron de perdonar al pobre rey antes de su muerte.